
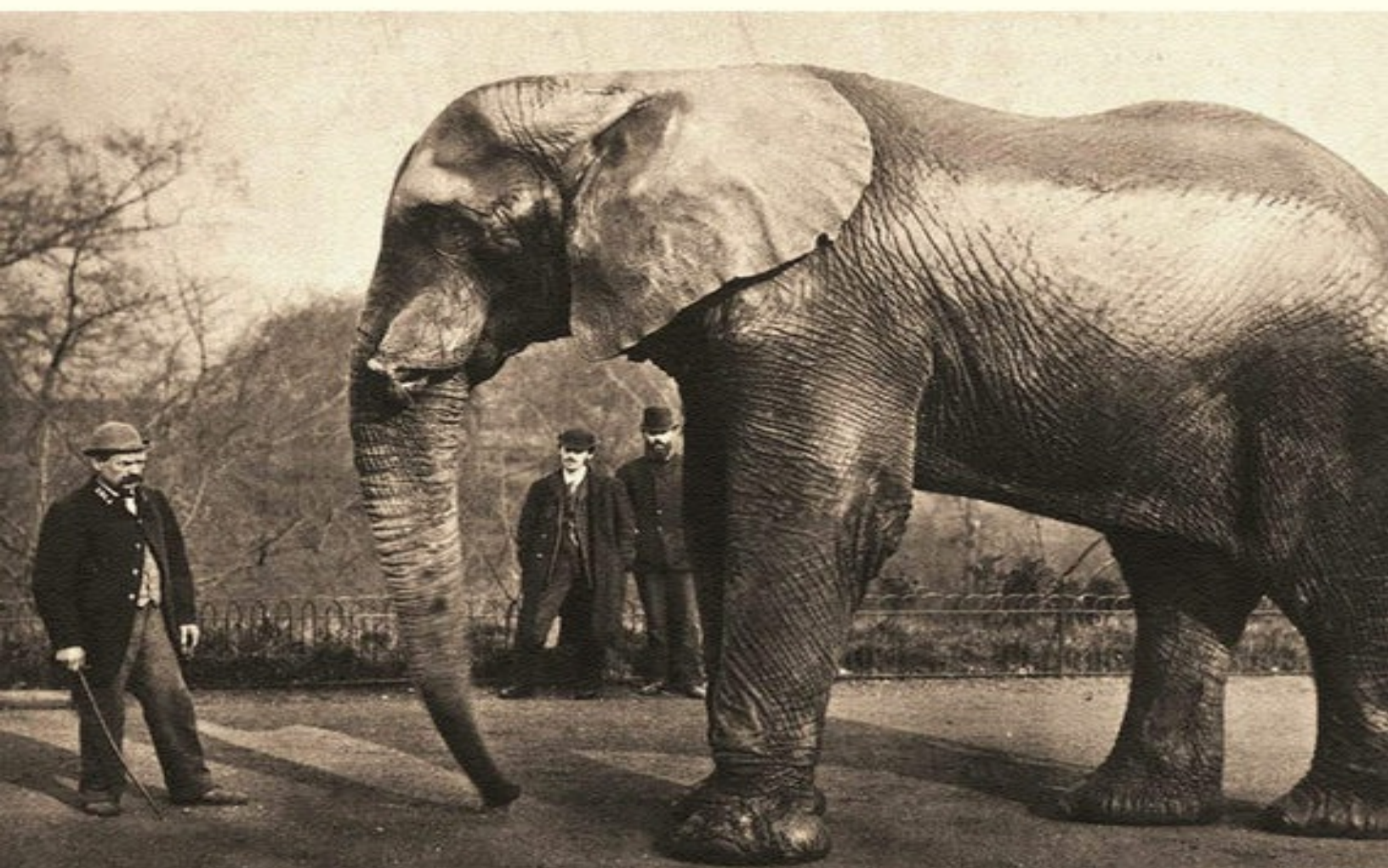


El cuidador de elefantes

CHRISTOPHER NICHOLSON

gatopardo ediciones 




El cuidador de elefantes

El cuidador de elefantes

CHRISTOPHER NICHOLSON

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

gatopardo ediciones 

Título original: *The Elephant Keeper*

© Christopher Nicholson, 2009

© de la traducción: Benito Gómez Ibáñez, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2018

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Jumbo y su cuidador*, 1822,

Edward Bierstadt, Collection on P. T. Barnum,

cortesía de Tufts Digital Library

eISBN: 978-84-17109-37-0

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre

Índice

Portada

Presentación

PRIMERA PARTE

Sussex, 1773

HISTORIA DEL ELEFANTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

SEGUNDA PARTE

Sussex, 1773

TERCERA PARTE

Londres, 1793

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

CUARTA PARTE

Christopher Nicholson

Otros títulos publicados en Gatopardo

PRIMERA PARTE
Sussex, 1773

VEINTICUATRO DE ABRIL. Hace seis días que lord Bidborough, acompañado de otro caballero, vino a la Casa del Elefante, y después de hacer las habituales indagaciones sobre mi pupila, que en aquel momento estaba comiendo heno tranquilamente, me preguntó si era cierto que, según le habían dicho, yo sabía leer. Le contesté que mis padres pusieron en mis manos varios libros que leí con detenimiento, juntando las letras hasta que empezaron a tener sentido; con lo cual su señoría me preguntó cuáles eran tales libros, y yo mencioné la Biblia, *El progreso del peregrino* y *Los viajes de Gulliver*. Esta última obra, dije, me fascinó y embelesó de tal manera que empecé a acariciar el sueño de embarcarme y viajar a remotas partes del mundo en busca de fortuna y aventura, una ambición de la que mi padre me disuadió señalando los peligros que acechaban en semejante travesía y recomendando que me conformara con lo que me había tocado en suerte. Lord Bidborough me escuchó con atención.

—Parece que tu padre estuvo acertado —observó sonriendo—. Muchas vidas se han desperdiciado en la búsqueda de la aventura. ¿Tus padres también sabían leer y escribir?

—Sabían leer, milord, pero apenas eran capaces de escribir una palabra.

—¿Pero tú sí aprendiste a escribir?

Le contesté que me habían enseñado a escribir en la escuela del pueblo, y que había aprendido pasablemente aquel arte, si bien llevaba mucho tiempo sin escribir.

En eso intervino el otro caballero, que era el doctor Goldsmith:

—Por lord Bidborough sé a ciencia cierta que sabes hablar la lengua del elefante.

Le expliqué, con toda cautela, que podía comunicarme con el elefante haciendo ciertos sonidos y señales, y que también era capaz

de interpretar determinados signos y ruidos emitidos por el animal; pero que ninguno de ellos iba más allá de lo que un hombre hacía con sus perros favoritos. Así como un perro obedecía si le ordenaban que se postrara, se sentara o saliera de la habitación, así, de igual modo, podía yo indicar a la elefanta que se arrodillara, enroscara la trompa o realizara otras acciones. El doctor Goldsmith lanzó una mirada a lord Bidborough, que dijo:

—Tom, al doctor Goldsmith le interesaría mucho ver una muestra de esa comunicación.

Accedí de buena gana, sacando a la elefanta del establo y dejándola en el patio, donde le pedí que estrechara la mano al doctor Goldsmith; es decir, que le estrechara la mano con la trompa, cosa que, para sorpresa del doctor, procedió a hacer. Al oír la orden, se arrodilló, muy despacio y con cuidado, como suelen hacer los elefantes, después de lo cual le hice una seña con las manos y se tumbó de costado con toda delicadeza.

Lord Bidborough preguntó si en realidad no era ésa una forma de lenguaje. El doctor Goldsmith repuso que se trataba de algo verdaderamente notable:

—Pero —prosiguió— ¿no se considera al elefante casi como un animal pensante?

Lo discutieron durante unos minutos mientras la elefanta yacía en el suelo, observándome con sus ojos de largas pestañas, a la espera de la señal para levantarse. Por el leve temblor de la trompa se adivinaba que estaba a punto de perder la paciencia, pero por lo demás permanecía quieta y sumisa.

Al cabo de un momento los dos caballeros dieron una vuelta alrededor de su cuerpo, inspeccionándolo, tocándolo con la punta del bastón y formulando más preguntas sobre su alimentación y su edad. El doctor Goldsmith, que había sacado del bolsillo un cuaderno y un lápiz de grafito, tomaba nota de mis respuestas. Le intrigaba, como siempre ocurre tanto con las señoras como con los caballeros, su trompa, que él denominó *probósida*. Tras arrodillarse para tocarla, cosa que hizo con cierta precaución, me pidió que le explicara su objeto y función. Le contesté que tenía un doble propósito: no sólo era un

conducto respiratorio, como la nariz humana, algo sumamente sensible, sino que también servía de brazo y de mano, y en ese aspecto era tan prodigiosamente fuerte, capaz de arrancar ramas de los árboles y de arrojar piedras, como enormemente hábil, ya que con ella podía desatar cuerdas o recoger del suelo objetos menudos, como un trozo de paja o un alfiler, a voluntad. Pedí al doctor Goldsmith que dejara el lápiz en el suelo; seguidamente, tras hacer que se pusiera en pie, le pedí que lo recogiera y se lo devolviera, cosa que hizo con la mayor cortesía y con cierto brillo de diversión en los ojos. Lord Bidborough observó gravemente que «el macho de la especie humana también posee un órgano con doble función».

Con objeto de mostrar la fuerza de la elefanta, me ofrecí a ordenarle que alzara al doctor Goldsmith en el aire, tal como a menudo había hecho en el pasado con conocidos de su señoría. Aunque claramente tentado, el doctor Goldsmith manifestó interés por los posibles riesgos, preguntando si podía garantizarle que estaría completamente a salvo. ¿Era posible que la bestia lo arrojase al suelo o constriñera su *probósida* como una serpiente hasta el punto de cortarle la respiración? Le dije que no sentía recelo alguno a ese respecto, y que apostarí la vida en cuanto a su seguridad; no obstante, si lo prefería, podría hacer la demostración ordenando a la elefanta que me elevase a mí en su lugar. El doctor Goldsmith estaba a punto de aceptar mi sugerencia, cuando lord Bidborough, con una maliciosa sonrisa, le preguntó si tenía miedo. Al doctor Goldsmith pareció molestarle un poco la ocurrencia.

—En verdad, milord, no siento el menor temor, pero cuando se trata de mi propia vida suelo hacer uso de cierta prudencia; no obstante, en este caso me limitaré a confiar en el consejo de su señoría. Si al final muero asfixiado, dejo mis asuntos en orden; estoy preparado para ir al encuentro de mi Hacedor.

Diciendo esto se quitó la casaca y abrió los brazos, sosteniendo con una mano el bastón, con la otra el lápiz y el papel, al tiempo que yo daba instrucciones a la elefanta. El doctor Goldsmith es de corta estatura, de frente amplia sobre un rostro picado de viruela y surcado de profundas arrugas; y su expresión, mientras la elefanta extendía la

trompa, la enrollaba en torno a su cintura, sujetándolo, y lo elevaba sin esfuerzo aparente por el aire, era tal, que lord Bidborough reía con ganas.

—¿Lo aprieta mucho? —preguntó alzando la voz.

El doctor Goldsmith, a unos dos metros y medio del suelo, no hizo caso de su regocijo, declarando en cambio con voz afectadamente tranquila que la perspectiva era condenada... buena, y que se sentía tan cómodo como si estuviera sentado en una magnífica butaca; en realidad, de haber estado provisto de un libro o un catalejo, habría estado muy contento de pasarse toda la tarde entre las espirales de la elefanta. No obstante, cuando le pregunté si le gustaría sentarse a lomos del animal o bajar al suelo, contestó que cuando fuese conveniente quedaría muy agradecido si pudieran volver a depositarlo en *terra firma*. La elefanta lo bajó al suelo y lo soltó. El doctor Goldsmith estaba un poco colorado, pero no excesivamente, y cuando le devolví la casaca, me agradeció mucho la experiencia, que jamás olvidaría.

Recompensé la obediencia de la elefanta con una manzana que llevaba a tal efecto en el bolsillo. Cogiéndola ansiosamente con la punta de la trompa, se apresuró a lanzarla a la sima de sus fauces. Pues para un elefante esa recompensa es como un confite para un niño.

Fue entonces cuando lord Bidborough me preguntó si, dándome provisión de pluma, tinta y papel, estaría dispuesto a escribir una Historia del Elefante. Afirmó que nadie había escrito antes una historia así, y que una narración que describiera las características del animal, su comportamiento, hábitos e inteligencia, escrita por alguien como yo, que poseía un conocimiento profundo de la criatura, sería de enorme interés para mucha gente importante de Londres y otros lugares. En ello convino el doctor Goldsmith, asegurándome que rendiría un servicio a la Humanidad escribiendo acerca de tan noble animal. Me quedé muy sorprendido y, por un momento, tan intimidado por la perspectiva que apenas acerté a responder; al cabo dije que temía no poseer aptitudes suficientes.

—No tengas miedo, Tom —me dijo lord Bidborough—. Sólo se precisa una simple enumeración de detalles. En la práctica, escribir no

es muy diferente de hablar, ¿verdad, doctor Goldsmith?

—En efecto, milord, escribir es como hablar; o, en realidad, como montar a caballo; una vez que se acomoda uno en la silla, resulta bastante fácil. Un toque con la fusta, y allá que vamos. Claro que lo mismo que hay buenos y malos jinetes, también hay buenos y malos escritores, pero todo el mundo tiene aptitudes para escribir, siempre y cuando crea en ellas.

Aunque yo albergaba ciertas dudas sobre el asunto, estaba claro que, al ser su señoría mi amo, no tenía más remedio que aceptar la petición, lo que hice sin objeciones. Me dio las gracias y añadió que le diría al señor Bridge que mandara recado de escribir a la Casa del Elefante. Como era de esperar, aquel día llegó uno de los pajes con tres plumas de ganso, veinte pliegos de papel y un tintero de cuerno.

A duras penas soy capaz de describir la desesperación que aquella misma noche se apoderó de mí. Enseguida se me ocurrió un título, *La Historia del Elefante. Escrita por Thomas Page*; a lo que añadí: *Cuidador de Elefantes de lord Bidborough de Easton, en Sussex*; no obstante, después de eso no se me ocurría cómo seguir. Frases a medias se removían en mi mente como pelusas en el aire; cuando quería alcanzarlas, se me escapaban. ¿Y por qué, pensaba yo, tengo que escribir esta historia? ¿Acaso algo escrito por un simple criado, hijo de un caballero, cuidador de un elefante, puede ser de interés para unos ilustrados caballeros de Londres? En un momento determinado, según recuerdo, me quedé mirando durante varios minutos la palabra «Elefante» hasta que las letras parecieron disolverse ante mis ojos, pasando de ser partes de un alfabeto a líneas y formas sin sentido alguno. Flotando a la luz de la vela, parecían transformarse en un animal, en una larga bestia plana con la «E» por cabeza y la «t» por rabo.

Al cabo, acordándome de la «simple enumeración de detalles» de lord Bidborough, logré escribir una primera frase: «El Elefante es, sin Disputa, el Animal más grande del Mundo»; sin embargo, antes de que se hubiera secado la tinta, me sentí lleno de dudas. Porque, pensé, el elefante no es el animal más grande del mundo: hay criaturas en el mar, ballenas, y el Leviatán (que algunos consideran como una especie

de ballena), que son mucho mayores que los elefantes. Así que taché la primera frase y, en su lugar, escribí: «El Elefante es, sin Disputa, la Criatura más grande de todo el Mundo terrestre», lo que, tras nueva reflexión, cambié por: «No cabe Disputa sobre que el Elefante sea la más grande y formidable Criatura de todo el Mundo terrestre». Luego me puse a dudar de que también eso fuera cierto. ¿Quién sabe lo que contiene el mundo? ¿Quién sabe lo que es motivo de disputa? Vi a los caballeros de Londres, que murmuraban su desacuerdo sacudiendo la cabeza. Taché de nuevo y escribí: «Suele creerse que el Elefante es la más grande y formidable Criatura de todo el Mundo terrestre. En su pleno Desarrollo, llega a medir dieciséis pies de Altura, o más». Otra vez muchas dudas, pero en mi desesperación seguí adelante: «Aunque la Naturaleza ha sido generosa con el Elefante al dotarlo de esa gran Talla, cabe observar que se ha mostrado descuidada en cuanto a la Forma; porque en general se considera al Elefante como un Animal de lo más Grotesco». Revisé eso y volví a escribir: «porque en general se considera al Elefante un Animal de lo más pesado y difícil de manejar. Su Rasgo principal es la larga Protuberancia que se le extiende a partir de la Nariz, conocida con el nombre de Trompa». Taché ahora «trompa» y escribí «probósida», porque pensé que agradaría al doctor Goldsmith y a los otros caballeros ilustrados, pero la palabra me sonaba tan rara que resolví no utilizarla y volví a «Trompa». Sin embargo, me asaltó una nueva duda, la de si había sido enteramente preciso: porque, cabría argumentar, la trompa del elefante no se extiende a partir de, sino que es la nariz. Pues ¿qué es una trompa, sino unas buenas y muy largas napias? A pesar de ello, continué: «De amplias Orejas, suele tener la Piel gris. Es conocido como el Animal casi pensante y se lo considera la más sagaz de las Criaturas. El Elefante suele mostrar un Temperamento pacífico, aunque es famoso por su Bravura, Valor y Voluntad de presentar Batalla a Leones y Tigres, si lo provocan».

El sufrimiento que me costó escribir esas pobres frases fue enorme, y aquella noche me desperté y me quedé pensando en la oscuridad: lord Bidborough cuenta con que escriba esta Historia, y por tanto debo hacerlo, porque lord Bidborough es mi amo; pero no sé nada de los

elefantes en su estado natural, en las Indias y El Cabo. Hay muchas historias sobre estos animales, algunas de las cuales me ha contado el señor Coad, pero no sé si serán ciertas. Ignoro si es verdad que, cuando se hacen mayores, tienen la piel tan dura que ninguna espada puede atravesarla, o si tienen sus propios reyes, a quienes sirve un tropel de elefantes siervos, o si es cierto que rinden culto a la luna. Ni siquiera sé a ciencia cierta si luchan con leones y tigres. ¿Cómo podría escribir más allá de mis conocimientos, salvo a través de ciertas conjeturas, y, en ese caso, qué valor tendría? Además (proseguí, discutiendo conmigo mismo), diga lo que diga su señoría, escribir no es lo mismo que hablar; la gente no escribe igual que habla. Al hablar, empleamos palabras corrientes, comunes, que fluyen de los labios como agua de la fuente, mientras que, al escribir, utilizamos un vocabulario diferente. Al hablar, un hombre *ve* un elefante, pero, cuando tiene la pluma en la mano, lo *observa*, o lo *contempla*. No *se topa*, sino que *se encuentra* con un elefante, y en vez de *tratar de* montar en ese mismo elefante, *se propone*, *se esfuerza* o *se empeña* en subirse a su lomo. Hay un lenguaje completamente distinto para escribir que en buena parte desconozco. No sabré redactar esa Historia, soy incapaz.

La siguiente vez que vi, es decir, la siguiente vez que me *encontré* con lord Bidborough, le supliqué que me excusara de la tarea. Leyó la página que había escrito (para mi vergüenza, no sólo estaba cubierta de tachaduras, sino también de numerosos churretes y borrones).

—Vaya, Tom —me dijo con una sonrisa—, ¿es tan pesada y difícil de manejar? ¿Te refieres a la trompa o a la criatura entera?

—Milord —respondí tartamudeando—, no creo que sea pesada y difícil de manejar, pero es que... al principio había escrito un «animal grotesco». ¿Sería mejor «feo»?

—¿Feo? El elefante es sin duda lo que la Naturaleza pretende que sea. Para mí, es de una belleza notable.

—Para mí también, milord. Pero si escribo que la elefanta es bella... Vacilé, confuso.

Lord Bidborough me miró con su aire comprensivo.

—Discúlpame, Tom, ya veo que has trabajado mucho en esto, aunque no es lo que yo pretendía. No deseo que escribas una Historia

de los elefantes en general, sino de esta hembra de elefante en particular. Quisiera que escribieras una historia de vuestra vida en común, en la que empezaras relatando la primera vez que la viste, y continuaras a partir de ahí. Y si en tu opinión la elefanta es bella, pues bueno, eso es lo que debes decir.

—Sí, milord —repuse.

Vacilé de nuevo, incapaz de manifestar la magnitud de mis reservas salvo con la expresión del semblante, que me ardía.

—Mira, Tom —me advirtió—, con tal de que lo que escribas sea preciso y no dependa de la imaginación, mientras sea fiel a la verdad, no podrás equivocarte demasiado.

—Sí, milord.

Después de devolverme la página, que yo cogí de muy mala gana, prosiguió:

—A propósito, Tom, aunque se trata de una minucia..., con respecto al estilo, no hay necesidad de emplear mayúsculas de forma tan generosa como lo has hecho. Hace tiempo, lo sé, se consideraba correcto prodigarlas siempre que fuera posible; pero esa moda, como suele ocurrir, ya ha pasado.

—No las utilizaré en absoluto, milord.

—No, no —dijo sonriendo—, debes utilizarlas cuando se trate de nombres propios y al principio de la frase, y también, quizá, si deseas destacar la importancia de algo en concreto; en esos casos tienen valor y, efectivamente, son necesarias. Por lo demás, se puede prescindir de ellas. No obstante, es algo de poca importancia, que apenas merece la pena mencionar.

—¿Puedo utilizar mayúscula para la elefanta, milord?

—Pues..., si lo deseas. Al fin y al cabo constituye el centro de la historia, y en consecuencia tiene mucha importancia, ¿verdad? Sin embargo, quizá no debería haberlo mencionado. Tu objetivo, Tom, debería ser la simple verdad. Concéntrate en eso y no tendrás grandes dificultades.

—Sí, milord.

Me parece que con ello me comprometí a intentarlo otra vez, es decir, a procurarlo, a esforzarme, a empeñarme otra vez (como

empeñarme, según creo, es la palabra más imponente, estoy decidido a prodigarla siempre que sea posible), aunque persisten mis dudas: porque no tengo aptitudes para el arte de la composición, y mucho me temo que, aun llevando a buen término la historia, resultará un asunto aburrido, dado que no soy ningún Gulliver y no tengo aventuras con las que rellenar las páginas.

HISTORIA DEL ELEFANTE

Capítulo 1

Nací en el pueblo de Thornhill, en Somersetshire, en el año de nuestro Señor de 1753, y fui el mayor de dos hijos. Mi padre era el caballerizo mayor del señor John Harrington, comerciante de azúcar y dueño de media docena de buques mercantes registrados en la ciudad de Bristol; con ellos había ganado una fortuna suficiente para comprar una propiedad compuesta por más de dos mil acres de bosques y tierras de cultivo. Al señor Harrington le complacía mucho pasear a caballo por sus terrenos, y mantenía una cuadra de diez monturas. Desde muy temprana edad, con poco más de dos o tres años, me separaba de mi madre para ir a pie con mi padre del pueblo a las cuadras. Me encantaba el calor del establo y el olor dulzón a paja y estiércol, y adoraba a los caballos, de hocicos suaves, orejas largas y mirada inteligente. Los consideraba amigos míos, y les ponía nombres. Había una yegua ruana, con una mancha blanca en la cabeza, a la que llamaba *Starlight*; la besaba en el hocico y le hablaba, contándole historias para tenerla entretenida, y ella alzaba las orejas y parecía escuchar. La quería mucho y estaba convencido de que ella también me quería a mí: imaginaba, incluso, que yo no era un ser humano sino un caballo. Una noche de verano, cuando tenía unos seis años, me quedé dormido en el heno junto a ella, lo que causó gran alarma en mi familia, con mi madre y mi padre pasándose la noche sin dormir en la creencia de que me habían raptado los gitanos, como solía ocurrir alguna que otra vez en aquellos días. Cuando me encontraron, no sabían si regocijarse o mostrarme su enojo.

Teniendo todo eso en cuenta, podría deducirse que pasé una infancia solitaria, y sin embargo disfrutaba de la compañía de los demás niños de Thornhill y Gillerton, y también de la de mi hermano, Jim, porque ambos jugábamos juntos en las caballerizas. No obstante, en las cuadras del señor Harrington había seis caballos de tiro, dos de

caza y dos de silla, es decir, caballos de paseo, y mientras que los de tiro eran animales plácidos y pesados, los de caza y de silla tenían algo de purasangres y su temperamento era mucho menos de fiar. En particular, uno de los caballos de caza, un corpulento castrado zaino, era de temperamento muy nervioso, y un día soltó una coz a Jim, asestándole un severo golpe en el entrecejo. Se vio obligado a guardar cama y a permanecer a oscuras durante más de una semana, y aunque se recuperó, el recuerdo del accidente se materializó en forma de cicatriz en la frente, con el fastidio de unos continuos dolores de cabeza; a ello se debió, más que a otra cosa, según creo, ese carácter tímido y retraído que lo preparó para que de mayor fuese jardinero. Le entró un gran miedo a los caballos, y desde entonces siempre evitó las cuadras.

Mi padre, que percibió mi adoración por los caballos, se ocupó de enseñarme todo lo que pudo sobre ese asunto. Me decía que, si a un caballo le faltaba aire para respirar, podía tener Paperas; si le fallaba la vista y se acostaba temblando, era señal de enfermedad del Tambaleo; si le olía mal el aliento, o le salía pus de los ollares, podía tener Úlcera, a menos que el pus fuese blanco, en cuyo caso eran los Ganglios, o negro, y entonces se trataba del Luto de la China, que es parecido a la tisis. Me enseñó a distinguir el color de la orina de las caballerías, y las características de sus deposiciones. En una ocasión me llevó ante un caballo de tiro que padecía de lombrices.

—Al caballo lo atacan tres clases diferentes de lombrices —me dijo—, reznos, solitarias y vermes rojos. Levántale el rabo.

Así lo hice, y entonces debía de ser muy pequeño, porque tenía los ojos justo a la altura del ano del animal.

—Ahora mete la mano.

Temía que me soltara una coz, pero mi padre me aseguró que no lo haría. Así que me puse de puntillas y le introduje la mano.

—Más adentro. Hasta el codo. Más. Y ahora, ¿qué notas? Con los dedos. ¿Sientes que se retuerce algo?

Le dije que sí, aunque no estaba seguro.

—Sácalo.

Lo saqué, y vi que entre los dedos húmedos tenía un pequeño

gusano de cabeza grande y rabo pequeño.

—Éste es un rezo —me explicó mi padre—. Vive en el intestino grueso y es fácil de sacar. La solitaria y los vermes rojos anidan más arriba. La solitaria es negra y gruesa. El verme es largo, delgado y rojo.

Recuerdo que me asombraba el amplio caudal de conocimientos de mi padre, al que a su vez se lo había transmitido el suyo, y además poseía un preciado ejemplar de la *Ópera maestra* de Gervase Markham, considerada la Biblia del Herrador. No obstante, mi padre era muy suyo y no estaba conforme con todo lo que decía Markham; por ejemplo, en lo referente a los vermes rojos, el bueno de Markham sostenía que el primer remedio consistía en untar el bridón con excrementos humanos, y si eso fallaba, había que meter tripas de gallina por el garguero del caballo, mientras que mi padre, por el contrario, creía que era suficiente administrarle una severa purga, aunque eso sólo lo hacía con gran precaución. En general, los mozos de cuadra la consideran eficaz únicamente cuando provoca un tornado, pero una purga demasiado fuerte puede matar al animal, en particular si se trata de un caballo débil o delicado, o si padece una inflamación de la sangre. Sin embargo, no cabe duda de que la purga es muy útil a la hora de limpiar impurezas. Todo mozo de cuadra tiene sus ingredientes favoritos para elaborarla, y mientras Markham prefería nitrato, mi padre empleaba palo de áloe y ruibarbo, o casia, con lo que hacía bolas del tamaño de un huevo de gallina que administraba en primavera y otoño.

También aprendí viendo cómo trabajaba mi padre, de tal modo que a los ocho o nueve años ya conocía las particularidades de un buen caballo: que la boca debe ser profunda, el pecho ancho, los hombros altos, el lomo amplio y la grupa al ras de la cruz, la lengua no muy grande, el cuello no demasiado largo, los ojos poco protuberantes. Aprendí a sangrar y purgar, a hacer toser al caballo, esto es, a comprobar el buen estado de su resuello, apretando el conducto superior de la tráquea entre el índice y el pulgar, así como a aplicar un laxante, es decir, despacio y ni frío ni caliente. Aprendí a saber la edad de un caballo por el estado de sus encías, por el brillo del pelaje y por el desgaste o la desaparición de cierta mancha en los incisivos que se

presenta entre el quinto y el noveno año; pero también a descubrir una práctica engañosa consistente en limar algunos dientes hasta hacerlos desaparecer para que el animal parezca más joven; de hecho, recuerdo que mi padre me enseñó una vez una yegua vieja que, a juzgar por los ahuecados carrillos y el pelaje desvaído, debía de tener veinte años por lo menos, pero como le habían limado y cortado los dientes parecía diez años más joven. La lección más importante de mi padre, sin embargo, fue una que no me explicó con palabras sino con hechos: que los caballos son criaturas con inteligencia y emociones muy parecidas a las de los seres humanos, aunque en menor grado, y que cuando un caballo es díscolo o rebelde, no es lo mejor comportarse como un tirano sino armarse de amorosa paciencia para lograr su sumisión.

A los doce años empecé a trabajar de mozo de cuadra en Harrington Hall, y mientras me ocupaba de los caballos —almohazándolos, dándolos de comer, ejercitándolos y desempeñando un centenar de tareas en su beneficio—, llegué a comprender algo, o eso creo, de sus sentimientos y procesos mentales. El tiempo afectaba notablemente a su estado de ánimo. En los días soleados de primavera y principios de verano, les encantaba correr por los campos y revolcarse en el suelo dando coces al aire, pero en los días de bochorno, cuando se acercaba el trueno, se ponían nerviosos e irritables, sobre todo si una concentración de moscas zumbaba en torno a sus ojos. Me daban lástima, igual que los compadecía cuando los montaban con demasiada dureza, como tantas veces ocurría cuando los llevaban de caza. En todos mis tratos con el señor Harrington, me pareció un amo muy justo y generoso, que nunca alzaba la voz con furia; sin embargo, cuando seguía a los perros, era un hombre distinto y trataba con brutalidad a su montura. En una breve cacería matinal, el señor Harrington fustigó y atormentó al mismo castrado zaino que había dado la coz a mi hermano, una bella criatura que gustaba de hacer cabriolas, dejándolo en un estado de gran padecimiento, jadeante y lleno de espuma, con sangre en torno a la boca y los ojos desorbitados. Con frecuencia me tocó aliviar a aquel pobre animal. Lo llevaba a su cuadra, que ya había preparado con un lecho de paja fresca, y allí le

quitaba la brida, le aflojaba la cincha y le ponía un paño seco sobre el lomo; después le frotaba la cara, la garganta y la nuca y le daba una ración de heno. Mientras comía, le lavaba despacio las pezuñas con jabón y agua caliente, hasta el corvejón, y por último le quitaba la silla, le secaba el lomo y lo cepillaba de arriba abajo. Mientras tanto no dejaba de hablarle; porque aunque los otros mozos se burlaban de mí por esa práctica, a los caballos les gusta oír la voz humana, y poco a poco se iba calmando hasta recuperar su brío habitual.

El señor Harrington tenía un hijo pequeño que se llamaba Joshua; con frecuencia venía solo a las cuadras, y me habían encomendado la tarea de velar por su seguridad. A partir de su cuarto cumpleaños, cuando el señor Harrington le compró un poni castaño de poca alzada, también pasé a ser su maestro de equitación, y todos los días lo entrenaba en el arte de montar en el patio de la caballeriza; de ese modo, por ejemplo, debía sacar el pecho hacia delante, con los brazos doblados y los codos pegados a las caderas; las riendas debían estar ligeramente combadas, y tenía que sujetarlas con la mano floja y los pulgares descansando en cada ramal, al tiempo que adelantaba la cintura hacia el pomo para fundirse con los movimientos del poni. Era un pupilo entusiasta, aunque a veces demasiado impaciente para su propio bien, y para el del poni, y a veces debía recordarle que el mejor jinete comunica sus deseos a la montura a través de la boca: las manos moviendo las riendas, las riendas obrando sobre las anillas, las anillas sobre las barras del bocado. Sin embargo, Joshua y yo nos llevábamos bastante bien y nos hicimos buenos amigos. La única diferencia que surgió entre los dos fue con respecto al uso de la fusta: porque el señor Harrington le había regalado una, y se enfadó cuando le prohibí utilizarla.

—¡Mi padre fustiga al caballo! —objetó, y no le satisfizo mi contestación de que ningún caballero recurría jamás a la violencia salvo cuando era absolutamente necesario. Sobre esa cuestión me han contado que en los países árabes, célebres por sus magníficas monturas, apenas se utiliza la fusta, y yo deseo que aquí, en Inglaterra, pueda decirse lo mismo.

El señor Harrington también tenía casa en Bristol, y allí fue a pasar

la familia unos meses en el invierno de 1765 a 1766. Debido a mi amistad con Joshua, los acompañé, mientras mi padre se quedaba en Harrington Hall. Me entusiasmó el bullicio y ajetreo de Bristol, con sus calles atestadas de gente, y pronto empecé a considerar la idea de buscar fortuna en el mar, en vez de seguir siendo un humilde mozo de cuadra. La casa del señor Harrington quedaba cerca de College Green, y por tanto a un corto paseo subiendo por Brandon Hill, desde donde podía seguir el paso de los barcos mientras avanzaban por el angosto canal del río y se dirigían con las velas desplegadas hacia mar abierto, como pájaros batiendo las alas. Aún más próximo estaba el muelle propiamente dicho, que no se me quitaba de la cabeza y por el que rondaba continuamente, de modo que durante horas seguidas me quedaba viendo los barcos mientras se balanceaban y entrechocaban en la turbia y pestífera corriente, esperando el turno de descargar de las bodegas azúcar y ron, o tabaco y madera. Los marinos eran hombres de rostro moreno y curtido, con unos andares arrogantes que yo envidiaba e incluso trataba de emular. Entraba furtivamente en las tabernas y a escondidas oía sus conversaciones, y al escuchar las historias de dónde habían estado y lo que habían visto, me transportaba con la imaginación a aquellos países lejanos y exóticos, y vivía toda clase de aventuras inverosímiles.

Hacia finales de aquel invierno, me enteré de que un mercante con una carga insólita acababa de atracar en el muelle después de una larga travesía desde las Indias Orientales. Por las tabernas de la ciudad corría como un reguero de pólvora el rumor de que habían capturado una sirena y la iban a poner a la venta al mejor postor. Ansioso por ver tan curiosa criatura, que según decían era muy bella, de piel blanca como la nieve y cola semejante a la de la marsopa, se lo mencioné a Joshua, que de inmediato corrió a decírselo a su padre; con lo cual apareció el señor Harrington preguntando si estaba seguro de que se trataba de una auténtica sirena. Le contesté sinceramente que me habían asegurado que lo era, pero que no la había visto con mis propios ojos. El señor Harrington dijo que los viajeros solían volver con un cargamento de historias que luego resultaban falsas; no obstante, dada la cantidad de relatos que corrían sobre sirenas, no

descartaba enteramente la posibilidad de que tales criaturas existieran, y por tanto deseaba que fuese al muelle con Joshua y averiguase lo que pudiese con respecto a la verdad o falsedad de esa historia.

Temiendo que llegáramos tarde, nos apresuramos por el puente de madera hacia el muelle, donde se había congregado un gentío junto a la enorme grúa al pie de la cuesta de la calle Princes. El buque en cuestión, que se llamaba *Dover*, estaba fondeado de costado, y mientras bajaban a tierra su cargamento, que en su mayor parte consistía en especias y otras mercancías de las Indias, abordé a uno de los marineros y le pregunté si habían bajado ya a la sirena. Con una sonrisa, me contestó que si le daba un chelín nos conduciría a Joshua y a mí hasta sus aposentos, donde podríamos peinarle sus negros cabellos. A punto estaba de entregarle el chelín cuando otro marinero me aseguró que no había a bordo ninguna criatura semejante; aunque sus camaradas y él habían avistado varias sirenas durante la travesía a lo largo de las costas de Madagascar y en torno al cabo de Buena Esperanza, y había resultado imposible capturar alguna, debido a los caníbales que habían intentado abordar la nave en su insaciable hambre de carne humana. Sin embargo, prosiguió, en el buque se encontraban varios animales exóticos y salvajes, pero por motivos de seguridad no podían desembarcarlos hasta que subiera la marea. Debo explicar aquí, para quienes no conozcan Bristol, que allí la marea sube con gran rapidez y hay un reflujó bastante considerable, entre siete y diez metros; de manera que con marea baja los buques se mecen en el barro con la quilla al descubierto y la punta de los mástiles rebasando a duras penas el nivel del muelle. Lo que supondría un gran inconveniente para aquellos que deseen cargar y descargar sus mercancías, de no ser por las grúas emplazadas a lo largo del muelle y que pueden remontar cualquier carga como si fuera una pluma. Ahora que estaba bajando la marea, era prudente esperar hasta la madrugada siguiente para desembarcar los animales. Pregunté al marinero a qué especies de animales se refería, y mencionó un leopardo, un caballo a rayas, dos elefantes y un babuino de barba blanca y testículos azules.

—¿Azules? —pregunté.

—Tan azules como los colores de ahí arriba —me aseguró señalando al cielo; información tan inverosímil que inmediatamente taché de falsa.

Pregunté al marinero cómo era el elefante; me contestó que no tenía parangón en la tierra.

Joshua y yo esperamos más de dos horas, ansiosos por echar un fugaz vistazo a los animales, pero cuando empezó a caer la tarde pensé que era mejor volver a casa del señor Harrington. Transmití la aclaración del marinero al señor Harrington, quien manifestó su interés por ver a tales criaturas. La señora Harrington, que se encontraba presente, advirtió a su marido:

—John, no nos conviene iniciar una *ménagerie*.

Era la primera vez que oía hablar de una *ménagerie*; es una palabra francesa que significa colección de animales. El señor Harrington contestó:

—No tengo intención de hacerlo, te lo aseguro.

A primera hora de la mañana siguiente, volvimos al muelle acompañados del señor Harrington. Con la pleamar en su punto álgido, la cubierta del *Dover* estaba al mismo nivel del muelle; y en medio de un gran vocerío observamos cómo la enorme grúa iba depositando cinco sólidas y oscilantes jaulas a un lado del muelle. La operación duró más de una hora, y a medida que pasaban los minutos, otra muchedumbre, casi tan numerosa como la del día anterior, se iba congregando para contemplar el espectáculo.

El patrón del *Dover* era un tal capitán Elias Hall, hombre corpulento de facciones enrojecidas que parecía incómodo embutido en su traje almidonado. Empuñando un cincel, hizo palanca y arrancó dos tablas de la primera jaula, que se desenganchó del arnés y cayó pesadamente al suelo. Contenía el caballo a rayas, criatura conocida con el nombre de cebra, y al instante vi que se había roto las dos patas delanteras y estaba al borde de la muerte. Su sufrimiento afligió mucho a Joshua, pero el contenido de la siguiente jaula que abrieron era aún más penoso de contemplar, porque hacía mucho que el leopardo había perdido toda esperanza de recuperación. Aquella bestia constituía claramente el trofeo máspreciado del capitán, que había esperado, sin

duda, venderlo a algún caballero por una cuantiosa suma de dinero, e hizo todo lo que pudo por espabilar al pobre animal dándole patadas y tirándole del rabo, esfuerzos vanos, porque estaba miserablemente muerto, pues, en efecto, había empezado a heder. La tercera jaula, bastante más pequeña, contenía un babuino de color rojo anaranjado con una pulcra barba blanca y testículos azul cielo, tal como había asegurado el marinero; tiritando como si tuviera frío, y sujetándose la cabeza con las manos, se hallaba acurrucado en un rincón de la jaula. Alguien gritó para exigir que lo sacaran de allí, pero otro dijo que era sumamente peligroso y mordería a discreción. Joshua rompió entonces a llorar, diciendo que quería volver a casa, pero el señor Harrington lo disuadió.

En la siguiente jaula que abrieron había un enorme animal de color gris, tumbado de lado, con las patas traseras encadenadas y rebozado en sus propios excrementos. En mi ignorancia no tenía idea de si era terrestre o marino, porque en verdad no se parecía a criatura alguna que hubiera visto o imaginado, salvo quizá a una ballena. Oí la palabra «elefante», pero en mi perplejidad apenas reparé en su significado. Disponía de dos enormes alerones por orejas, cuatro patas gruesas y una protuberancia en forma de serpiente que le colgaba del centro del hocico. Desde lejos parecía lampiño, aunque observándolo de cerca vi gruesos y ásperos pelos que le brotaban a intervalos entre las grietas y fisuras de la piel, que era del color de la ceniza. Tenía los ojos cerrados. Para mí que estaba tan muerto como el leopardo, y al parecer el capitán Hall también lo temía, porque ordenó a dos de sus marineros que le echaran agua de mar por encima. Ante el impacto del agua, la criatura no abrió los ojos aunque hizo un pequeño movimiento con la cabeza, después de lo cual un grupo de marineros lo sacó de la jaula, y, a pesar de su enorme volumen, logró incorporarse. Pero incapaz de mantenerse en pie, enseguida se desplomó, y a punto estuvo de aplastar con su peso a uno de los marineros. No me sorprendió que no pudiera sostenerse, pues tal como acababan de informarme, había estado confinado en aquel reducido espacio, y prácticamente a oscuras durante toda la travesía, cosa de noventa y un días, tiempo durante el cual lo habían alimentado con magras raciones de galletas y raíces.

Resultaba fácil imaginar el sufrimiento que había soportado la criatura, así como la confusión de su mente; lo raro era que hubiera sobrevivido a la travesía.

Cuando se abrió la última jaula vimos a otro elefante, en un estado aún más desesperado: un montón de piel grisácea.

El señor Harrington y el capitán Hall se apartaron a un lado y se pusieron a cuchichear en privado, mientras yo me enteraba de más detalles a través del marinero. Me contó que los dos elefantes no eran sino crías, y apenas tenían la mitad de la talla que acabarían alcanzando, algo que personalmente me pareció increíble, pero él me aseguró que así era, que otro elefante, un macho, que también habían capturado y embarcado, tenía al menos el doble de tamaño y estaba provisto de largos colmillos. Cuando pregunté dónde estaba aquella prodigiosa criatura, el marinero me contestó que una noche, en el apogeo de una violenta tempestad, rompió las cadenas, abrió de golpe la jaula y corrió alocadamente a todo lo largo y ancho del barco, bramando y barritando. Se temía que, con su peso y tamaño, cargara contra el costado de la nave y le hiciera un boquete, pero volver a capturarlo en su furioso estado, incluso con el mar en calma, habría sido una operación de lo más arriesgada; durante una tormenta, no podía siquiera considerarse. Sin embargo, el elefante pronto resbaló y cayó gimiendo en la encharcada cubierta, a raíz de lo cual lo amarraron con redes, cuerdas y cadenas. No volvió a moverse, y como rechazó el pienso y el agua murió a los tres días. El capitán Hall, que esperaba venderlo por una gran suma, lamentó mucho su fin, pero la tripulación se sintió aliviada al verse libre de tan peligroso animal, y se regocijó con la carne de la res muerta. Pregunté al marinero a qué sabía la carne de elefante, y me dijo que tenía muy buen sabor, similar al del buey, aunque de textura más recia. Los restos que quedaron se arrojaron por la borda, no sin antes extraerle los colmillos y los dientes, que se depositaron en la cabina del capitán Hall.

Revelando mi ignorancia, le pregunté qué quería decir con «colmillos», ante lo cual abrió los brazos y describió dos grandes cimitarras de cuerno blanco que sobresalía no de las sienes, tal como cabría suponer, sino de unas cavidades en el cielo de la boca del

elefante. El marinero dijo que era de lamentar que la naturaleza no hubiera dotado a los seres humanos de tales armas, pues habrían resultado de mucha utilidad. Afirmó asimismo que quien comprara aquellos jóvenes elefantes lamentaría su adquisición, porque al hacerse mayores manifestarían su cólera e irritabilidad, tal como había hecho el macho furioso.

Recordando las palabras del señor Harrington sobre las historias de los viajeros, pensé que su relato sobre los colmillos gigantesos podría contener más invención que realidad; sin embargo, acto seguido sacaron del barco tanto los colmillos como los dientes del macho muerto. Los dientes se encontraban bastante desgastados, testimonio de años de rechinarlos, y me recordaron a los de los caballos, aunque mucho más grandes, dos de ellos enormes, como ladrillos de construcción, y los colmillos eran suaves, curvos y largos, pero no tanto como me había dicho el marinero. Uno era algo más largo que el otro y tenía la punta afilada, mientras que la del colmillo corto era roma. Además, cuando los comparó con cimitarras, me los imaginé con un filo cortante que cercenaría la mano de un hombre como la hoja de una espada; pero eran redondeados. En cuanto al color, tendían más al crema que al blanco.

El señor Harrington se me acercó ahora, y me dijo:

—En tu opinión, Tom, ¿es probable que vivan esas desdichadas criaturas?

Me sentí enormemente halagado de que me pidiera mi opinión, y también muy poco seguro de la contestación que pudiera darle. Los dos elefantes respiraban, pero poco más había decir en su favor; parecía poco probable que sobrevivieran mucho tiempo. No obstante, no deseando que mi respuesta fuera del todo negativa, sugerí, lleno de confianza, que se les diera agua dulce y que si accedían a beber sería señal de que podrían vivir. Sin demora trajeron cubos de agua que colocaron delante de los animales. Como tenían los ojos cerrados, difícilmente podían percatarse de lo que les ofrecían; por consiguiente, tras recibir permiso del capitán Hall, me agaché cautelosamente junto al elefante que tenía más cerca, una hembra, y le eché un poco de agua en el hocico. Como no reaccionaba, le levanté la

trompa —como después supe que se llamaba— y me la apoyé en el cogote. Aquel momento, cuando toqué a un elefante por primera vez, cuando sentí la sequedad, las arrugas, el calor de su piel, tan cálida como la de un ser humano, me resulta difícil describirlo, pero una gran oleada de ternura recorrió de arriba abajo todo mi ser. Incorporándome despacio, estuve en condiciones de levantarle la trompa y abrirle la boca, y en aquella oscura caverna vertí cierta cantidad de agua. Se perdió en la garganta de la criatura como un arroyo desaparece en un hoyo en el suelo. Eché todo el contenido del cubo, y cuando alargaba el brazo para coger otro pareció que la trompa de la elefanta se me escurría del cuello enroscándose hacia su boca en busca de más frescor. Aquella señal de vida me produjo un gran regocijo. Después de darle el segundo cubo, dirigí la atención al otro elefante, que era macho según veía ahora, porque dos breves colmillos le sobresalían de la piel por encima de la boca. Le levanté la trompa, mucho más pesada que la de la hembra, y la puse sobre mi cogote; pero aunque le eché tres cubos enteros de agua por la garganta siguió sin moverse, y ya parecía sin remedio. El señor Harrington, que había estado atento a todo esto, se volvió ahora hacia el capitán Hall.

Yo suponía que el señor Harrington tenía intención de comprar los colmillos o algunos dientes; no se me había ocurrido que quisiera adquirir los elefantes. No era, en general, de los que actúan por capricho ni por antojos pasajeros; meditaba suficientemente sus decisiones, que se basaban en la razón. Creo que los compró en parte por compasión, en parte para agradar a Joshua, a quien adoraba, y en parte también como una astuta operación comercial que podría producirle grandes beneficios. Por lo que yo sé, pagó la suma de cincuenta guineas por la pareja. El capitán Hall, guardándose las monedas en el interior de la casaca, no parecía muy contento, pero como ningún caballero había presentado otras ofertas, no tenía mucho donde elegir. Si los elefantes hubieran muerto, como habría sido lo más probable, no le habrían rendido nada sus esfuerzos.

Al poco, el señor Harrington me envió a por una carreta y dos caballos, y corrí como el viento hacia College Green, esquivando trineos de carga, carretones y carromatos. Martin Pound, otro mozo de

cuadra del señor Harrington, también había venido a Bristol. Era viejo, con más de sesenta años, y muy lento, tanto de actos como de entendederas; en realidad creo que quizá había sido siempre lento, pero la edad lo había vuelto aún más torpe.

—¿Elefantes?

—Sí.

—¿Dos elefantes? ¿El señor Harrington ha comprado *dos elefantes*?...

—Así es.

Cuanto más trataba de que Martin entendiera la necesidad de apresurarnos, más parsimonioso se volvía. Sesentó en un taburete de madera y sacudió la cabeza con aire compungido, como perplejo por el alcance de la insensatez humana.

—¿Dos elefantes? ¿Por qué? ¿Dónde van a vivir? ¿Quién va a cuidarlos? ¿Qué comerán? ¿Son muy grandes?

Al cabo se puso rígidamente en pie y se dirigió cojeando a la cochera, pero pasó más de una hora antes de que engancháramos las caballerías a la lanza y volviéramos al muelle.

El elefante macho seguía vivo en el interior de su jaula, pero su respiración era muy rápida y desigual, y consideré que se encontraba al borde de la muerte. Las tablas de la jaula estaban sujetas con clavos, y con gran dificultad y alboroto la cargamos en la carreta, que subió traqueteando la cuesta hasta College Green. Una vez descargada en el patio de las cuadras, la carreta se apresuró de nuevo hacia el muelle para recoger a la hembra.

Después de colocar cada jaula en una cuadra individual, Martin y yo desmontamos las tablas mientras Joshua y su padre observaban la operación. En aquel momento apareció la señora Harrington. Se quedó pasmada ante la adquisición de su marido, tal como cabía esperar después de las garantías que él le había dado.

—¿Es una decisión prudente? —exclamó—. ¿No has pensado que estos animales pueden ser peligrosos?

El señor Harrington, con los brazos en jarras, repuso que los elefantes no presentaban de momento peligro alguno —porque desde luego no se encontraban en condiciones de hacer daño a una mosca—,

y además no eran rapaces ni crueles, como los tigres o los lobos.

—Al contrario, por lo que me han dicho, son bestias inteligentes, de temperamento afable, que se convierten en servidores muy apreciados y leales. Si es así en las Indias, ¿por qué no aquí, en Inglaterra? Además, estarán en todo momento al cuidado de Tom y Martin. No hay nada que temer.

Una vez acomodados ambos animales sobre un lecho de paja, les cortamos los grilletes con los que habían estado encadenados durante la travesía. Les habían producido mucha irritación y desgarrones en la piel, y las heridas supuraban un líquido pestilente. Las limpiamos y vendamos lo mejor que pudimos. A lo largo de la operación, los elefantes no se movieron, y, en efecto, pasaron muchas horas tumbados, exhaustos y durmiendo, mientras el sol entraba por encima de las puertas del establo iluminando sus cuerpos grises y arrugados. Entre las vigas cotorreaban los gorriones, y de cuando en cuando algún atrevido se posaba en la oreja del elefante más fuerte, la hembra, y brincaba sobre su cabeza. Se puso el sol, cayó la noche; y como al día siguiente no se había producido cambio alguno en su estado, me pregunté si habría que sangrarlos (y efectivamente, mi padre, muy partidario de la sangría, me regañó más tarde por no haberlo hecho). A decir verdad, no estaba muy seguro de encontrar bajo la piel gris alguna vena que pudiera abrir, y Martin no era de mucha ayuda. Me dijo que había sido mozo de caballos durante toda la vida, no mozo de elefantes, y que no sabía ni quería saber nada de aquellos animales, y deseaba tener que ver lo menos posible con ellos. Si de él dependiera, añadió, bien podría ocuparme yo solo de aquellas criaturas. Aunque yo tampoco sabía nada sobre el cuidado y el comportamiento de los elefantes, quedé extrañamente complacido con el acuerdo.

Mientras así yacían, tuve una excelente oportunidad de empezar mi educación en materia de elefantes inspeccionando cada centímetro de su cuerpo. Tenían la piel tan áspera que en algunas partes parecía el lecho de una laguna seca, aunque era más tersa de lo que había imaginado. Sus enormes orejas, surcadas de arrugas, eran duras, y en las pezuñas les brotaba toda una serie de uñas huesudas, con los dedos ocultos entre la carne. En las delanteras tenían cinco uñas, mientras

que en las pezuñas traseras se contaban cuatro en cada una, y la piel que les cubría las plantas era tan dura que parecía cuerno. Cosa rara era la cola, de unos dos pies de longitud, colgante, acabada en un mechón de pelo, semejante al rabo del buey; lo que me pareció indigno de animales tan grandiosos.

Con cierto temor les abrí la boca. La lengua era gruesa y carnosa y en cada mandíbula tenían cuatro enormes molares para triturar, pero ninguno para cortar. Tanto los dientes del macho como los de la hembra aún eran fuertes y estaban poco desgastados, y teniendo eso en cuenta, al compararlos con el desgaste de los dientes del caballo, calculé que los elefantes tendrían entre ocho y diez años de edad. Al examinarles la trompa, me percaté de que al final no sólo tenían un par de orificios nasales, sino también, en la parte superior de esas ventanas, una especie de protuberancia o prolongación, como un dedo, que es el medio del que se vale el elefante para coger objetos menudos. Desconozco el nombre de ese dedo, aunque a menudo pienso que debe de llamarse de algún modo.

Pude tomar las dimensiones de ambos animales, que en aquellos momentos eran las siguientes:

HEMBRA

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro: 12 pies, 11 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro: 7 pies, 3 pulgadas
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola: 9 pies exactos
- Trompa: 5 pies, 1 pulgada
- Diámetro de la pezuña: 9 pulgadas

MACHO

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro: 14 pies, 11 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro: 8 pies, 5 pulgadas
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola: 10 pies, 2 pulgadas

- Trompa: 5 pies, 10 pulgadas
- Diámetro de la pezuña: 1 pie, 1 pulgada

De todo ello podemos deducir que en el caso de los elefantes, como ocurre en la naturaleza en general, la hembra es más pequeña que el macho.

Al igual que los del elefante muerto en el mar, los colmillos del macho eran de distinto tamaño. De la base a la punta, el colmillo derecho medía 13 pulgadas, mientras que el izquierdo apenas alcanzaba las 10 pulgadas, y era algo más romo. Tal discrepancia parecía extraña a primera vista, pero después hallé la explicación, que consiste en que siempre utilizan el mismo colmillo para excavar — igual que las personas se sirven de una mano determinada para escribir—, razón por la cual se va desgastando poco a poco ese colmillo en particular.

Aunque no pude pesarlos, calculo que cada uno tendría un peso equivalente al de un toro grande, o algo menos, porque habían padecido hambre durante la travesía y la piel les colgaba de los huesos. Mientras dormían, el pequeño Joshua hizo frecuentes visitas a las cuadras —porque, como yo, según creo, se había enamorado de los elefantes—, y juntos observábamos cómo sus cuerpos subían y bajaban con cada aliento que tomaban. Posábamos la mano en sus cálidas pieles, o poníamos la oreja en sus costados para escuchar el lento latido de sus corazones. En una ocasión, según recuerdo, me preguntó si iban a morir, y yo le dije que esperaba que no.

—No van a morir —declaró con voz furibunda—, yo no permitiré que mueran.

A raíz de lo cual se arrodilló y empezó a rezar por su recuperación, y yo me arrodillé a mi vez, y quién puede decir que nuestras oraciones no fueron atendidas, porque muy pronto el más fuerte de los dos elefantes, la hembra, bebió abundante agua para luego volver a dormirse. El macho se debatió entre la vida y la muerte durante mucho más tiempo, y aunque bebió agua al tercer día no fue sino hasta más de una semana después cuando inició una lenta recuperación.

Al cabo de dos largas semanas, ambos elefantes se pusieron en pie con dificultad, y pude tentar su apetito con heno fresco y verduras, de

las que compré gran cantidad en el Mercado del Trigo de la calle Union. Una vez que recuperaron el hábito de alimentarse, comieron con enorme premura, atiborrándose la boca, aunque podría decir llenándose si el elefante no poseyera una boca de tal capacidad. Les gustaban la fruta y las verduras de todas clases, incluso nabos, judías verdes y patatas, y mostraban una afición desmedida por las zanahorias. Recuerdo la gran excitación de que ambos hicieron gala cuando deposité por primera vez un montón de zanahorias en sus respectivos comederos. El deleite que éstas les procuraban era tan considerable que establecí la conjetura de que los elefantes debían de conocer esa planta; en definitiva, que el sabor de las zanahorias debía de estimular recuerdos de su vida en estado natural. No estoy seguro de que sea así; he preguntado a varios viajeros que han visto manadas de elefantes en El Cabo y las Indias, pero ninguno ha sido capaz de recordar la presencia de zanahorias.

Su consumo de agua era colosal, equivalente a doce barriles diarios, y también les daba leche, con objeto de ayudarlos a recobrar las fuerzas. En este punto cabe mencionar que, cuando los elefantes beben, lo hacen por medio de la trompa, que utilizan como si fueran pajas, sorbiendo grandes tragos de líquido que luego se arrojan a chorro en la boca. He oído decir que los muy jóvenes no emplean la trompa para beber, sino que se agachan para hacerlo directamente con la boca; si es cierto o no, lo ignoro, pero nunca he visto que mis dos elefantes utilizaran la boca para beber. De todos modos, se movían torpemente, y no era raro que volcasen los cubos con las pezuñas, cosa que, cuando lo comprendían, suscitaba una expresión de sorpresa en su semblante. Resultaba evidente el placer que les deparaba comer y beber, y una vez que acababan la comida pedían más alimento balanceando la trompa y emitiendo pequeños chillidos.

Algo que pronto descubrí fue la calidad de su olfato, que era agudo, mucho más que el del caballo; no sabría decir si lo era tanto como el de un sabueso, pero cuando entraba en las cuadras con una zanahoria u otra exquisitez en el bolsillo, los dos elefantes la olían al instante, y la forma en que dirigían ávidamente la trompa hacia el bolsillo y, en efecto, rebuscaban en él, me hacía pensar que casi podían *ver* con la

trompa. Eso no es natural, y sin embargo el órgano olfativo de un elefante, que se halla en la punta de la trompa, es tan sensible que puede equipararse a un tercer ojo. En cierta ocasión, cuando el macho estaba dormido, oculté unas zanahorias bajo un montón de heno, y cuando se despertó detectó las zanahorias al instante echando el heno a un lado para alcanzar su bocado favorito.

Yo era muy consciente de su fuerza y su potencia, y tenía cuidado de no interponerme entre sus cuerpos ni de verme contra las paredes de la cuadra, donde fácilmente podría resultar aplastado. No los perdía un instante de vista; ni una sola vez les daba la espalda ni les permitía aprovecharse de la trompa, que de pronto balanceaban en mi dirección. Habían sufrido tanto durante la travesía que fácilmente podrían albergar cierto odio hacia los seres humanos, y no tenía intención de convertirme en su objeto de venganza. Si sentían odio, sin embargo, nunca lo mostraban con los ojos, que más bien parecían expresar un hastío absoluto.

En relación con el vasto tamaño del cráneo, el elefante tiene los ojos pequeños, muy juntos, y aunque mucho más menguados que los de los caballos, en apariencia más grandes y globulares, son de todos modos sumamente expresivos.

El señor Harrington y el pequeño Joshua acudían con frecuencia a ver a los elefantes, y el niño siempre quería acariciarlos, como hacía con los caballos; pero yo se lo desaconsejaba firmemente. Sin embargo, lo retenía contra las puertas de la cuadra y él entonces ofrecía a cada grandioso animal una zanahoria, que ellos le quitaban de las manos de un tirón.

—¿Crees que olvidarán alguna vez la experiencia de la travesía? — me preguntó una vez el señor Harrington.

Le contesté que tanto perros como caballos recordaban los malos tratos muchos años después de haberlos sufrido. El señor Harrington repuso que uno de sus conocidos, un tal señor Coad, que había viajado a menudo a las Indias, le había explicado que los elefantes poseían una memoria superior a la de otros animales, que en ese sentido quizá sólo fueran por detrás del hombre, y por tanto era probable que algunos vestigios de su terrible experiencia no desaparecieran jamás.

—Tengo el convencimiento, sin embargo —continuó—, de que tratándolos con consideración y respeto podremos hacer que esos desdichados recuerdos vayan atenuándose poco a poco en su mente.

La señora Harrington también nos visitaba. Los elefantes la ponían sumamente nerviosa, y aún más cuando veía que Joshua les daba zanahorias. Su marido le aseguró que el muchacho se encontraba a salvo, pero ella seguía mostrándose temerosa.

—¡Tom cuidará de mí! —exclamó el chico con vehemencia, pero yo le hice callar.

La señora preguntó si los elefantes iban a crecer más, y el señor Harrington dijo que creía que iban a hacerse mucho más grandes, el macho aún más que la hembra.

—Nadie más tiene elefantes, ¿por qué nosotros sí?

—Si los hubiera dejado en el muelle, se habrían muerto.

—Mejor habría sido —replicó ella.

El señor Harrington:

—¿Por qué?

La señora Harrington:

—Porque según vayan aumentando de tamaño más peligro supondrán.

El señor Harrington:

—Que se hagan más grandes no significa que se vuelvan más peligrosos. Ahora son bastante pacíficos, ¿no te das cuenta?

—De momento, lo son.

Sin embargo, la señora Harrington no parecía muy convencida. El señor Harrington sonrió y dijo:

—¿Habrías preferido que te hubiera traído un criadito negro para que fuera tu apreciado esclavo?

—En absoluto —replicó ella—, ya sabes que aborrezco la esclavitud, es una costumbre propia de bárbaros.

—Pero satisface una necesidad —repuso él—, y en realidad la mayoría de los esclavos siente agradecimiento hacia sus amos, pues ¿cómo, si no, iban a vestirse y alimentarse? ¿Cómo harían para vivir?

—Puede que sí y puede que no, pero sigo sin entender qué te propones teniendo a estas criaturas.

—Yo tampoco estoy muy seguro, pero todo tiene un propósito. A su debido tiempo, podrán criar.

—¡Vaya, espero que no! —exclamó la señora Harrington—, si es que son hermanos, como has dicho.

—Eso fue lo que me dijo el comandante del *Dover*, pero ¿quién sabe? —repuso el señor Harrington.

Por primera vez oía que los elefantes eran hermanos, así como que podrían criar. La historia de los elefantes antes de su captura es un espacio en blanco, y durante mucho tiempo ni siquiera supe a ciencia cierta si procedían de las Indias o del Cabo, aunque esa duda en concreto la resolví posteriormente cuando el señor Coad, a quien ya he mencionado, vino a Harrington Hall a ver a los dos animales, y me dijo que debían de proceder de las Indias: porque allí, el macho tiene colmillos pero la hembra no; sin embargo, en la isla de Ceilán ningún elefante, ni macho ni hembra, llega a tenerlos, mientras que en El Cabo tanto el macho como la hembra poseen colmillos, aunque los de la hembra son muy cortos.

Me intrigaba el hecho de que criaturas tan enormes pudieran ser reducidas a una vida en cautividad. ¿Las atrapaban con redes? Lo hicieran como lo hicieran, me parecía a mí, la operación debía de ser sumamente peligrosa, porque si el elefante se resistía a la captura, como cabía imaginar, ¿quién sería capaz de hacerle frente? Más adelante me enteré de dos procedimientos con que los hacen prisioneros en las Indias.

El primero se utiliza para capturar elefantes macho sin hembra y con grandes colmillos que, según el señor Coad, se denominan *tuskers*. Se envía a la jungla a una hembra domesticada; cuando encuentra una manada de elefantes, se insinúa a uno de los *tuskers*, haciéndole caricias con la trompa hasta inflamarlo de deseo. Cuando el macho responde a sus insinuaciones, la hembra lo aleja arteramente de su familia y lo conduce a un rincón tranquilo donde, tal como él espera, se consumará la conquista, y con la mente absorta en ese menester dos jóvenes nativos se le acercan sigilosamente y le echan una especie de cuerda en torno a las patas traseras. Luego enroscan la cuerda en algún árbol robusto. La astuta hembra se aparta entonces del *tusker*,

que al descubrirse las ligaduras en las patas sufre un tremendo arrebatado de ira, y se pone a bramar y barritar con estruendo mientras intenta recobrar la libertad. Finalmente, al cabo de unas horas parece caer en un trance de desesperación, pero enseguida le vuelve la furia y de nuevo empieza a bramar, tratando de arrancar el suelo con los colmillos, para luego volver a entregarse a la desesperación, y así sucesivamente durante varios días, hasta que el ansia por comer y beber domina su furor.

El segundo método, según creo, es el que debieron de utilizar con los elefantes que ahora tengo a mi cargo. En esta modalidad intervienen centenares de nativos, que forman un amplio círculo en torno a una manada que se encuentra pastando en la jungla. Al principio los nativos procuran no alarmar a los animales, pero mediante hogueras y antorchas inducen poco a poco a la manada a que avance en determinada dirección, es decir, lejos del ruido y el clamor, hacia un cercado especialmente preparado que en lengua hindi se conoce como *keddah*. A veces tardan hasta una semana en hacer que la manada llegue al *keddah*. Ese recinto está formado por vigas verticales y transversales que forman una barricada, reforzada por una profunda zanja, que en realidad constituye una serie de espacios conectados de los cuales el primero es grande, el segundo, más pequeño, el tercero aún más chico. Las barricadas están ocultas por espinos y bambúes, pero al acercarse, los elefantes se muestran recelosos y tratan de retroceder, para encontrarse con estridentes gongs y vibrantes sonajeros. Una vez que entran en el primer recinto, se cierra un portón y no tienen más remedio que avanzar hasta el segundo, que se cierra a su vez, hasta que al final llegan al tercer espacio cerrado. Ya altamente alarmados en ese punto, los elefantes cargan desbocados, pero al ser repelidos en todo momento acaban congregándose en un irritable grupo, sin saber qué hacer, y ahí permanecen durante un día entero hasta que se abre una pequeña puerta que conduce a un angosto pasadizo. Allí se arroja comida, para tentarlos, y cuando alguno entra, la puerta se cierra. El elefante intenta dar la vuelta pero no hay sitio suficiente; trata entonces de salir hacia atrás, pero el camino está cortado: no tiene otro remedio que seguir

avanzando más y más, con la mente girando en un remolino de terror y confusión, hasta que se ve confinado en un angosto espacio. Lo sujetan con sólidas cuerdas y allí, hasta que se le pasa la furia, es decir, hasta que lo somete el hambre, permanece durante una semana o un mes, o más tiempo aún, en compañía de un hombre conocido como *mahoot*, que será su cuidador durante el resto de su vida. Ese hombre nunca se aparta del elefante, y atiende a todas sus necesidades; de modo que el animal llega a depender de él, entendiendo sus órdenes y haciendo lo que sea preciso para complacerlo. En verdad, el elefante es esclavo de ese hombre, aunque hay una diferencia con respecto a los esclavos humanos: que le sirve gustosamente, con cariño, sin poner en duda su posición ni abrigar el menor resentimiento; porque en la mente del elefante, su cuidador, por modesto o humilde que sea su rango en la sociedad humana, es una especie de Dios.

Capítulo 2

Mis dos elefantes (había empezado a considerarlos míos, aunque eran propiedad del señor Harrington) estaban muy complacidos de su mutua compañía, y como señal de amistad entrelazaban las trompas por encima del tabique de ladrillo que separaba sus respectivas cuadras. Pronto empecé a sentirme más seguro, y dejaba que me exploraran con la trompa para ver la clase de criatura que era yo, tanteándome el cuello, o las piernas, la cabeza y el rostro. Recibir una bocanada de cálido aliento de elefante en la mejilla o la oreja me producía una curiosa sensación.

Las cuadras que albergaban a los elefantes daban al este, y por tanto sólo por la mañana recibían la luz del sol. Una cálida tarde decidí sacarlos al patio. Rodeado por muros de ladrillo, el patio era un lugar perfectamente seguro, aunque por precaución les trabé las patas traseras y delanteras. El corazón me latía con fuerza al agacharme bajo las trompas para anudar las cuerdas, pero hice una demostración de audacia; porque dejar que detectaran mi temor habría sido un grave error. En el patio pasaron dos horas muy agradables, y después los llevé de vuelta a sus cuadras. Martin y yo nos dirigimos luego al Mercado del Trigo con una carreta y un caballo a fin de comprar provisiones para nuestros pupilos, pero nada más llegar vino jadeante a nuestro encuentro una de las doncellas, gritando que los elefantes se habían escapado y andaban corriendo por las calles. Muy alarmado, volví a toda prisa hacia la casa, donde para mi gran alivio me encontré a los dos royendo tranquilamente las pequeñas hierbas que brotaban entre las grietas de los ladrillos. Con el señuelo de unas cuantas zanahorias, los devolví sin esfuerzo a la seguridad de las cuadras.

Una vez que cerré las dos puertas de la caballeriza, me quedé perplejo pensando cómo se habrían soltado. Albergué fuertes sospechas de que había sido obra de Joshua, pero cuando volví a verlo,

el muchacho afirmó acaloradamente su inocencia. Confieso que no estaba muy seguro de creerle, cosa que le dio mucha rabia; empezó a patear y a gritar tan fuerte que apareció la señora Harrington y me preguntó qué pasaba. Al enterarse de que los elefantes se habían escapado, frunció los labios y declaró que sabía que eso iba a ocurrir. Le prometí que no volvería a suceder; sin embargo, al día siguiente lo consiguieron de nuevo. Entonces les tendí una trampa, fingí que me marchaba con la carreta pero me oculté en una de las cuadras de los caballos, desde donde veía bien las ocupadas por los elefantes. Nada ocurrió durante varios minutos; pero luego la hembra, que había estado al acecho por si alguien la vigilaba, desenroscó la trompa, agarró con ella el cerrojo que atrancaba la puerta de su cuadra y lo corrió con un hábil movimiento. El macho hizo lo mismo, y los dos animales salieron tranquilamente, muy complacidos consigo mismos; en ese momento abandoné de un salto mi escondrijo y los conduje de nuevo a sus dependencias. Aseguré la puerta de cada cuadra con una cerradura que sólo podía abrirse con llave. A lo largo de las horas siguientes, ambos realizaron repetidos intentos de forzar la cerradura, y cuando vi que no lo conseguían, me sentí victorioso. Os he derrotado, pensé. Pero al poco tiempo volví del Mercado del Trigo y me los encontré de nuevo en el patio con las puertas de la cuadra en el suelo, arrancadas de las bisagras. Los elefantes, tras rendirse ante las cerraduras, habían recurrido al sencillo método de salir de las cuadras hacia atrás. Me miraron con una especie de alegría, que no era tan inocente como pretendía ser, y les solté una severa reprimenda, diciéndoles lo mucho que desaprobaba su conducta. No me miraron, apartando, incómodos, la vista.

A causa de aquel incidente, encargué puertas más sólidas, con barras de hierro, pero era evidente que los elefantes necesitaban un adiestramiento adecuado. No obstante, antes de tratar ese pormenor con mayor profundidad, debí considerar otro asunto. El señor Harrington y su familia pronto volverían a Thornhill a pasar los meses de verano, y por consiguiente había que transportar a los elefantes. Cómo acarrearlos sin ningún percance durante más de treinta millas de terreno rural era una cuestión peliaguda. Martin estaba a favor de

transportarlos en carro, en las sólidas jaulas de madera que utilizamos para trasladarlos desde el muelle; mientras que yo era partidario de que viajaran a pie, con las patas encadenadas. Dudaba de que pudiéramos persuadirlos de que se metieran en las jaulas, lo que seguramente les recordaría los tormentos sufridos durante la travesía desde las Indias; y también dudaba de que las jaulas resistieran en caso de que los elefantes intentaran recobrar la libertad. El señor Harrington, sin embargo, era de la misma opinión que Martin, y señaló que, como College Green quedaba en la parte oeste de Bristol y al norte del río, nuestra ruta pasaba necesariamente por el centro de la ciudad, donde las calles son muy estrechas, y que con toda seguridad los elefantes atraerían a multitud de gente, causando estragos; además, incluso cuando nos hubiéramos alejado de la ciudad y estuviéramos en la campiña, no podríamos estar seguros de que se asustaran y echaran a correr desbocados por campo abierto. Lo mejor que podíamos hacer, por tanto, era transportarlos en las jaulas.

Varios días antes de emprender el viaje, dispuse las jaulas en el patio de las cuadras, cubriéndolas de heno y ocultando su apariencia con hiedra y trapos. A pesar de ese disfraz, los elefantes no se dejaron engañar; desconfiaban de las jaulas abiertas y no se acercaban a ellas. Sin embargo, les di muy poco de comer, y al tercer día, la víspera de la jornada en que teníamos previsto salir, el hambre fue superior a las sospechas del macho, que entró en una de las jaulas y se puso a comer heno. La hembra siguió desconfiando. La dificultad que eso nos planteaba era aún mayor, porque los animales debían entrar al mismo tiempo en sus respectivas jaulas; puesto que, si el macho veía que la hembra quedaba aprisionada, ciertamente se asustaría, y lo mismo en el caso contrario.

A primera hora del día de la partida, Martin y yo habíamos reunido un tropel de ayudantes —unos veinte hombres fuertes, de otras casas del Green—, y mientras ellos estaban a la expectativa, yo fui dejando un rastro de zanahorias desde las cuadras a las jaulas, en cuyo interior ya había dispuesto un buen montón de estas hortalizas. Para mi gran asombro, en cuanto abrí las puertas de las caballerizas comprobé que la artimaña daba resultado; en realidad surtió efecto con tal prontitud

que ambos elefantes se apresuraron a entrar en las jaulas, y todos nos quedamos sorprendidos. Los hombres acudieron corriendo, diez para cada elefante, y los sujetaron mientras poníamos unas barras de hierro. Cuando los animales comprendieron que los habían engañado para someterlos a cautividad, barritaron con rabia y desesperación, y no me cabe duda de que se habrían escapado de no haber reforzado las jaulas con barras, de manera que se encontraban estrechamente confinados, incapaces de poder darse la vuelta y mover la trompa. Debo aclarar en este punto que la gente cree que la principal arma de los elefantes son los colmillos; mientras que, en verdad, la trompa es mucho más peligrosa.

Sin más preámbulos, cargamos las jaulas en un carro, donde quedaron bien aseguradas con cuerdas; luego enganchamos cuatro caballos a las lanzas.

La fortuna nos había favorecido hasta aquel momento, pero no más allá: porque apenas dejamos a nuestra espalda la ciudad de Bristol, se abrieron las nubes. Empezó a caer un chaparrón que pronto dejó la carretera enfangada, y en consecuencia los elefantes se convirtieron en una pesada carga. Además, los caballos, aunque fuertes, se asustaban por la presencia de los cuadrúpedos, que de manera intermitente no dejaban de bramar y barritar. Me desesperaban sus gritos y quería cubrir las treinta millas lo antes posible para así liberarlos de su reclusión; pero adelantábamos poco, y mientras subíamos esforzadamente la pronunciada pendiente de una colina cerca de Cheddar, me pregunté si lograríamos alcanzar la cumbre. Llovía a mares, y por la carretera, llena de surcos, corrían torrentes calcáreos mientras los caballos, agobiados, daban continuos traspiés; desmontamos, pero uno de los caballos bufaba y resoplaba de tal modo que pensé que iba a desplomarse. Al aproximarnos a la cumbre nos encontramos con un numeroso rebaño de ovejas que conducían al mercado, y sus quejas y balidos indujeron a los elefantes a barritar aún más fuerte. En medio de aquella cacofonía, el pastor se puso a gritar, preguntándonos qué animales llevábamos en el carro; en cuanto oyó que eran elefantes, se quedó tan pasmado como si le hubiéramos dicho que eran dragones. Después de aquel incidente los elefantes se

calmaron; y cuando llegamos a una posada de Wells, donde dimos pienso a nuestros fatigados caballos, escudriñé el interior de la jaula donde se hallaba el macho. Entre las líneas de luz que se filtraban tenuemente por las juntas de las tablas, permanecía inmóvil, pero advertí un brillo en uno de sus ojos y tuve la impresión de que me estaba observando. Alargó el extremo de la trompa y resopló por la hendidura. Dentro de su jaula, la hembra estaba igualmente quieta. Me imaginé la angustia que estarían padeciendo, y el miedo de que nos dispusiéramos a cargarlos en otro barco.

La noche ya había caído y seguía lloviendo con fuerza cuando a duras penas llegamos a Thornhill y pasamos frente a la pequeña casa en la que vivía mi familia. Entramos en la propiedad del señor Harrington y nos dirigimos a las cuadras, detrás de la mansión. Mi padre, a quien no veía desde hacía más de tres meses, nos estaba esperando junto a los demás mozos, mis compañeros Bob Brown y Dick Shadwick. Mientras ellos atendían a los caballos, yo me dediqué a abrir las jaulas haciendo palanca; primero la de la hembra, después la del macho. Los dos elefantes estaban aturcidos e inseguros sobre sus patas, se tambaleaban entre los charcos y chocaban uno con otro; pero sentí alivio al ver que estaban vivos. Después de darles bien de beber, los conduje al cobertizo, que según había decidido sería en lo sucesivo su nuevo hogar. No permití que me ayudara ninguno de los mozos, ni siquiera mi padre, lo que causó algún resentimiento, pero mi principal preocupación era el bienestar de los dos elefantes.

Enseguida apareció el señor Harrington, en compañía de Joshua, que llevaba un farol. Los elefantes estaban en pie, uno junto a otro, y recuerdo que a la luz que sostenía el niño parecieron encogerse por un momento, con la trompa colgando, mientras la sombra que proyectaban contra la rugosa pared encalada al fondo del cobertizo se fundía en una sola criatura oscura con dos trompas oscilantes que se alargaban al menor movimiento del farol. El señor Harrington me preguntó qué tal se encontraban y le contesté que muy bien, aunque el viaje los había afectado considerablemente.

Aquella noche dormí con ellos en el cobertizo. Por la mañana los dejé al cuidado de mi padre y fui a ver a mi madre, y me alegré de

encontrarla en buen estado de salud. Me dijo que, a pesar de sus dolores de cabeza, a mi hermano le habían dado trabajo en los jardines de Harrington Hall, y cuando me enteré de eso le estuve muy agradecido al señor Harrington. Sin embargo, a mi madre le asustaba que yo estuviese a cargo de dos elefantes, y no dejó de repetirme que tuviera mucho cuidado, porque, dijo alzando la voz y retorciendo las manos, no podría soportar la idea de que me hicieran pedazos y me devoraran vivo. Por su observación deduje que tomaba a los elefantes por animales de gran ferocidad, que utilizaban sus enormes colmillos como espadas para matar cruelmente a sus presas, según le había contado la señora Perry, una vieja mustia que era vecina nuestra en Thornhill. Como mi madre consideraba a la señora Perry una autoridad en todo asunto relativo a política, historia, geografía, moralidad y ciencia, si bien en toda su vida probablemente no se había aventurado más de doce millas fuera de Thornhill, tuve grandes dificultades para convencerla (esto es, a mi madre) de que, por el contrario, los elefantes eran tan mansos como las vacas, aunque diez veces más inteligentes, y sólo comían hortalizas y cosas así. Cuando la invité a que viniera a comprobarlo por sí misma, dijo que no se atrevía, que no iría aunque le fuera la vida en ello; estaba segura de que la devorarían. Con ayuda de mi padre, sin embargo, conseguí que cambiara de opinión. Observó a la hembra y luego al macho, antes de preguntar:

—Tom, si es tan manso, ¿por qué tiene colmillos?

Esa cuestión me había desconcertado más de una vez, y confieso que desconozco la respuesta. Aunque puede ser que, en estado natural, a veces utilicen los colmillos como armas, estoy seguro de que principalmente los usan con fines pacíficos, para arrancar raíces y desenterrar arbustos y árboles, tarea para la cual son muy valiosos.

Fue por aquella época cuando puse nombre a los elefantes, igual que solía hacer con determinados caballos cuando era niño. Al macho le puse *Timothy*, por mi padre, y llamé *Jenny* a la hembra, nombre que siempre me había gustado. Sin embargo, no comuniqué a nadie dichos nombres, y así los llamaba en privado para no exponerme al ridículo.

Cuando dejó de llover, les permití salir del cobertizo. A diferencia de

Bristol, en Harrington Hall daba el sol durante gran parte del día, y los elefantes disfrutaban del calor, moviéndose de tal manera que los rayos no dejaban de acariciarles la amplia extensión de sus lomos grises. Mientras estaban así, con las patas traseras trabadas, aprovechaba la ocasión para lavarlos y restregarlos con un cepillo duro, cosa que *Jenny* soportaba con gran paciencia; sin embargo, cuando le tocaba el turno a *Timothy*, me arrancaba el cepillo con la trompa y lo arrojaba hacia su hermana, y cuando intentaba recuperarlo, ella lo lanzaba aún más lejos. Esa travesura demostraba lo bien que habían recobrado el ánimo después del viaje desde Bristol, y durante los días siguientes comenzaron a gastar una buena cantidad de jugarretas. Una de mis tareas diarias consistía en recoger con la pala el estiércol acumulado en el cobertizo y sacarlo en una carretilla hasta una amplia fosa junto al huerto, mientras mi padre se quedaba vigilando a los elefantes y ocupándose de que se portaran bien. (Quizá deba mencionar aquí que los excrementos de elefante, al ser más ligeros y secos que las boñigas de caballo, resultan de gran utilidad en el huerto.) Cuando, después de uno de esos viajes, volví al patio, oí gritar a mi padre y vi que *Timothy* había cogido la pala con la trompa y la balanceaba de un lado a otro con tal fuerza que, de haberle dado a mi progenitor en la cabeza, le habría saltado la tapa de los sesos. Le eché una reprimenda en el tono más severo de que fui capaz, pero él estaba irritado y lanzó la pala por los aires. Fingí estar muy enfadado y le di un golpe en el costado con la palma de la mano, que me dolió a mí mucho más que a él.

Como era evidente que debía apresurarme con su adiestramiento, empecé a enseñarles ciertos sonidos y señales. Me miraban con atención, porque cuando obedecían, los elogiaba y los recompensaba con zanahorias y fruta; sin embargo, cuando no cumplían, sacudía la cabeza y les hacía un gesto admonitorio con el dedo, aunque rara vez era necesario. Aprendían con presteza, mucho más deprisa que los caballos; en efecto, era notable la rapidez con la que progresaban, hasta el punto de preguntarme si no habrían recibido ya algún entrenamiento en las Indias. Una de las causas de esa celeridad era que se imitaban mutuamente. Mientras me observaban, esperando la

siguiente orden y con frecuencia anticipándose a que se la diera, no dejaban de mirarse el uno al otro.

En pocos días ya estaban dispuestos a avanzar, detenerse, dar media vuelta, girar a izquierda y derecha, y caminar hacia atrás. Entonces les enseñé a arrodillarse. Una de las diferencias entre caballos y elefantes consiste en que, mientras el caballo tiene tres huesos en la pata, el elefante sólo tiene dos; de ese modo, al arrodillarse, el caballo coloca los cuartos traseros bajo el cuerpo, mientras que el elefante inclina el cuerpo hacia delante, como un ser humano.

El adiestramiento lo llevaba a cabo en el cobertizo o en el patio, y siempre les trababa las patas, tanto delanteras como traseras. Además, fabriqué una especie de arnés, que les amarraba al lomo, sujetándolo bajo el vientre y tensándolo entre las patas delanteras.

El siguiente paso fue enseñarles a tumbarse. Eso resultó más difícil, porque si bien los elefantes se tienden en el suelo para dormir por la noche, durante un par de horas o así, se trata de algo contrario a su naturaleza, que consiste en estar de pie, ya que una vez tumbados no pueden incorporarse con rapidez y son vulnerables, incapaces de utilizar los colmillos y la trompa para defenderse de cualquier enemigo. Por ese motivo me llevó muchas horas de instrucción convencerlos de que obedecieran mis órdenes. Procuraba no mostrarles mis emociones y no perder la paciencia, con la certeza de que al final mi voluntad se impondría a la suya. Y eso fue lo que ocurrió. Fue *Jenny* quien cedió primero, dejándose caer de rodillas e inclinando el cuerpo de costado hasta desplomarse, hecha un ovillo, en el suelo; después de lo cual la elogí, alzando la voz y recompensándola con comida, y a la vista de todo eso se convenció *Timothy* de hacer lo mismo. Mientras seguían los dos tendidos en el polvoriento patio, respirando lentamente, con el sol de primavera en el cuerpo, sentí la intensa satisfacción de que dos criaturas semejantes, las bestias más poderosas del reino animal, se hubieran doblegado a mi voluntad; y también sentí cierto pesar por el hecho de que ni mi padre ni mis compañeros de cuadra, ocupados en ejercitar a los caballos, hubieran presenciado aquel acontecimiento singular. Al día siguiente me aseguré de repetir la hazaña cuando Bob y Dick estaban mirando, con

la intención de impresionarlos, pero como no dijeron nada y fingieron una absoluta indiferencia me llevé una profunda decepción.

Sin embargo, cuando hice la demostración del progreso de los elefantes al señor Harrington, me manifestó su asombro y complacencia.

—Pero, Tom —prosiguió—, no deberías hacer todo esto tú solo. Sin duda cada elefante ha de tener su propio cuidador. ¿Por qué no te ayuda Martin? ¿O Dick?

—Señor —repuse con cierta inquietud—, es más fácil que lo haga yo personalmente. Los elefantes prefieren un solo cuidador.

—Ah, sí, ¿eh? ¿Los dos? ¿Han expresado claramente su preferencia por un solo cuidador?

—Sí, señor. Además, me ayuda mi padre.

—Si tú lo dices —dijo el señor Harrington, que parecía un tanto sorprendido—, pero por favor, Tom, ¿cómo han manifestado esa preferencia?

—Señor, se niegan a obedecer a los demás mozos. No les hacen caso.

—¿No les obedecen?

—No, señor. Se niegan. Fingen estar sordos. Sólo me obedecen a mí.

Aunque eso no dejaba de ser cierto, también era verdad que mis compañeros nunca habían intentado hacerse amigos de los elefantes, ni siquiera les habían ofrecido muestra alguna de afecto. Por aquel entonces no llegaba a entenderlo, pero ahora creo que se debía en parte al miedo y en parte al resentimiento, en la medida en que los elefantes desviaban la atención de los caballos. El señor Harrington no ocultaba el hecho de que le interesaban más los elefantes que las caballerías. Mi padre, además, al ser el jefe de los mozos de cuadra, consideraba que los elefantes perturbaban el buen funcionamiento de las caballerizas. Aquí debo precisar que existe una curiosa antipatía entre caballos y elefantes. Incluso antes de verlos en las cuadras del señor Harrington, los caballos los olfatearon; y al no gustarles lo que acababan de ventear, se pusieron nerviosos. Resultaban más difíciles de manejar; daban coces en el suelo, resoplaban, y esos síntomas se manifestaban de forma más pronunciada cuando los elefantes se

ponían a bramar y barritar. En cuanto los caballos echaban la vista encima a los elefantes, se asustaban tanto que algunos empezaban a sudar y temblar de manera incontrolable, y se negaban a comer. Parece que todos los caballos se asustan de los elefantes. No me corresponde a mí explicar los motivos de tal antipatía, pero en la mirada de los redondos ojos de los elefantes hay una fijeza, una intensidad que produce terror en el corazón del caballo más brioso.

A raíz de aquella conversación, el señor Harrington pareció aceptar que yo fuese el único cuidador de los elefantes; al menos, no volvió a mencionar el asunto. De ello, según creo, tengo que dar las gracias al señor Coad, que los visitó y contó al señor Harrington los vínculos personales que, en las Indias, se establecen entre esos animales y sus *mahoots*. En efecto, el señor Coad, cuando hablaba con el señor Harrington, siempre se refería a mí con esa curiosa palabra, *mahoot*.

El señor Coad era un caballero de mediana edad, originario de Lancashire, y su carácter quedaba claramente expresado en sus duras y arrugadas facciones, un tanto similares a las de un viejo bulldog. Cuando expresaba su opinión sobre cualquier asunto relativo a los elefantes —lo que generalmente hacía con las piernas separadas y los brazos en jarras—, empleaba un tono que pretendía decir que cualquiera lo bastante estúpido para poner en duda su parecer merecía una buena dentellada. No obstante, a mí me resultaba muy interesante casi todo lo que decía.

En las Indias, afirmaba, los principescos gobernantes utilizaban elefantes para ejecutar a los criminales, acto que llevaban a cabo aplastando o quebrando sus miembros, o ensartándolos con los colmillos, según las instrucciones de sus *mahoots*. Por invitación del príncipe de Udaipur, el señor Coad había presenciado la ejecución de un hombre culpable de violar a una muchacha. Con las manos atadas a la espalda, los ojos vendados, se arrodilló en el polvoriento suelo y aguardó su suerte mientras el elefante, un *tusker*, avanzaba despacio con el *mahoot* montado en su cuello. Se detuvo frente al hombre arrodillado y, a la voz de mando, lo arremetió con la trompa. El condenado cayó, emitiendo un solo grito, rápidamente silenciado cuando el *tusker* puso sobre él una de sus pezuñas anteriores y le

aplastó el pecho. Como conclusión, el elefante lanzó el cadáver por los aires, elevándolo a una altura de más de seis o siete pies, antes de estrellarlo contra el suelo y atravesarle el cuello con un colmillo. En ese momento finalizó la ejecución; el *tusker* retrocedió, y a los parientes del ajusticiado se les permitió recoger el cadáver. Lo más impresionante, relató el señor Coad, era la forma solemne en que se llevó a cabo la ejecución, con el elefante obedeciendo a pies juntillas las instrucciones de su *mahoot*, y comportándose, hasta donde él podía juzgar, como un perfecto agente de la justicia humana. «Es infinitamente preferible a los sórdidos ahorcamientos que tenemos en Inglaterra», aseguró al señor Harrington. El relato de la ejecución me quitó el sueño muchas noches, y a veces me sigue atormentando incluso ahora: me imagino al hombre arrodillado, entro en su mente y escucho el lento paso del elefante que se acerca, como la proximidad de la Muerte misma, y oigo aterrorizado el tenue rumor de la trompa, el último sonido que oiré jamás.

En las Indias, prosiguió el señor Coad, se considera un gran honor que designen a un elefante como verdugo. Otros elefantes trabajan en tareas tales como arar, tirar de carruajes y transportar grandes cargas de troncos y piedras, como los caballos y bueyes de tiro de Inglaterra, aunque la carga que llevan es mucho más pesada. Debido a su enorme fuerza a veces también contribuyen a la botadura de barcos.

Otros elementos de información que pueden tener interés para el lector son los siguientes:

Que, en estado natural, los elefantes se alimentan principalmente de hierba, hojas, cortezas y fruta; entre su comida favorita destaca un fruto en forma de media luna y gruesa corteza verde conocido como plátano.

Que los elefantes salvajes irrumpen a veces en los campos de trigo produciendo tremendos destrozos, y tienen que ser ahuyentados por los nativos.

Que los elefantes tienen buena memoria, y si son víctimas de vejaciones o insultos tratarán de vengarse, incluso años después.

Que, cuando los elefantes proceden a aparearse, lo hacen en el máximo secreto, retirándose a espesos matorrales; lo que es un signo de gran modestia; y que después del apareamiento, los dos animales se dirigen a la corriente de agua

más cercana para lavarse.

Que el periodo de tiempo necesario para que el *mahoot* adiestre a su elefante suele estimarse entre seis meses y un año.

Que las hembras son más dóciles que los machos; sin embargo, los individuos de ambos sexos están sujetos a bruscas oscilaciones de carácter, y elefantes que siempre han desplegado una disposición amable se vuelven, sin avisar, tercos e irritables.

Que, a diferencia del Cabo, en las Indias no matan a los elefantes por el marfil; sin embargo, cuando un macho se vuelve díscolo o indisciplinado, le pueden cortar los colmillos.

Que dicha operación, que parecería imposible, se lleva a cabo permitiendo que el animal beba grandes cantidades de alcohol de la localidad, lo que rápidamente lo reduce a un estado de extrema insensibilidad.

El señor Coad siguió contando al señor Harrington que, en las Indias, los *mahoots* eran capaces de imponer su voluntad a sus pupilos por medio de un pico ganchudo llamado *ankus*, y me recomendaba encarecidamente que me hiciera con uno de esos utensilios. Me dijo que en el fondo de la obediencia estaba el miedo; lo que constituía un principio universal, y era igualmente de aplicación al gobierno de la sociedad humana, porque si el pueblo no temía a sus gobernantes era natural que se rebelase. El señor Harrington repuso que eso era indudablemente cierto:

—Debes hacerte con uno de esos picos, Tom.

Pregunté al señor Coad cómo se utilizaba el *ankus*, y me contestó que el *mahoot* presionaba con la punta en el envés de la oreja, o la hincaba con mayor o menor fuerza en el cráneo del animal. Un golpe que abriría la cabeza a un hombre, sentenció el señor Coad, no suponía para un elefante, que tiene el cráneo como una roca, más que un ligero toque disuasorio.

A instancias del señor Coad y del señor Harrington me hice con aquel gancho, que utilicé unas cuantas veces, aunque me sentía reacio a usarlo a menudo, en la creencia de que era mejor trabajar con los elefantes sobre la base del consentimiento que del miedo, evitando así

el instinto feroz presente en su naturaleza. Una peculiaridad común a todos los animales es que pueden echarse a perder con facilidad si se los trata mal a temprana edad. Un perro brutalmente apaleado de cachorro vivirá el resto de su vida en una especie de humillante terror. Un caballo fino y fogoso, sometido a base de fusta y ligaduras, perderá el temple y se convertirá en un jamelgo despreciable. Descubrí que simplemente con llevar el *ankus* colgado de una cuerda al cuello, de modo que los elefantes pudieran verlo, bastaba para inducirlos a la obediencia.

Una mañana de mayo, me sentí con la confianza suficiente para sacar a los elefantes del patio y pasearlos por los terrenos de la propiedad. Hacía un día espléndido y soleado, y aunque les había trabado las patas, comenzaron a retozar y a revolcarse por el suelo, de modo muy semejante a caballos o ganado que han estado recluidos todo el invierno. El placer que sentía al verlos estaba teñido del temor a que no me hicieran caso cuando les ordenara volver a las cuadras; sin embargo, a una simple palmada de atención, y luego a otra, vinieron bamboleándose hacia mí.

Animado por su obediencia, probé a llevarlos a un viejo bosquecillo que había al pie de una colina, a eso de una milla de la mansión. Los conduje mediante cuerdas atadas a los arneses. Al principio fuimos por el sendero a paso lento, los elefantes comían de la vegetación que crecía en los márgenes, pero en cuanto nos acercamos al bosquecillo olfatearon lo que había delante y apresuraron el paso, de manera que me vi obligado a correr. En el bosque, los avellanos habían echado hoja nueva, el suelo estaba cubierto de jacintos silvestres y el aire colmado de fragancias. Muy excitados, emitiendo pequeños chillidos y ruiditos placenteros, los elefantes pastaron entre los jacintos, ondeando la trompa y enroscándola en las ramas de los avellanos, que arrancaban a tirones para embutírselas luego en la boca. Zorzales y otros pájaros cantaban bulliciosamente, y los rayos del sol pasaban como lanzas entre las hojas. Fue entonces cuando vi a *Timothy* usar el colmillo de la forma que he descrito, hincándolo profundamente en el suelo para desarraigar un roble joven.

Entre los jacintos corrían estrechos senderos, obra de los tejones, y

los elefantes no tardaron demasiado en encontrar sus madrigueras, excavadas hacía poco, con frescos montículos de tierra apilados frente a la entrada y jacintos (que los tejones utilizan para tapizar sus hogares) diseminados por el suelo. *Timothy* y *Jenny* olfatearon ruidosamente el acceso a las madrigueras, percibiendo sin duda el olor de los tejones y emitiendo fuertes ruidos de aversión—en realidad llegaron a insertar la trompa por los hoyos hasta una cierta profundidad—, mientras yo sentía una nueva preocupación por si el suelo, ya minado, se derrumbaba bajo su peso. Los llamé para que vinieran y bajamos por una cuesta donde los jacintos daban paso a una blanca extensión de ajos de oso. Las pezuñas de los elefantes chirriaban sobre las hojas, triturándolas y liberando su fuerte olor. No obstante, en lugar de detenerse a comer los ajos pasaron apresuradamente por encima, dirigiéndose a una charca bordeada de sauces y juncos que yo conocía bien como un sitio especial donde se congregaban las ranas. De niño, a finales de invierno, solía ir por allí a coger los collares de sus huevas y a contemplar el caótico frenesí de su apareamiento, en el que veinte o treinta relucientes machos pugnaban por montar a una desventurada hembra. Ahora, a principios de verano, la charca estaba llena de jóvenes sapos, y cuando los elefantes se metieron en el agua, las ranas se apresuraron a quitarse de en medio nadando frenéticamente, las pollas de agua se escabulleron buscando refugio en los juncos y una pareja de patos remontó el vuelo. Después de remover grandes cantidades de barro maloliente, con el que se rebozaban el lomo y los flancos, los elefantes empezaron a echarse mutuamente grandes chorros de agua, sirviéndose de la trompa a guisa de caños. El sol formaba arcoíris entre los chorros, y el barro les resbalaba por los costados. Parecían niños revoltosos, y mientras peleaban con las trompas o se empujaban con las cabezas, cada uno procurando desalojar al otro y gruñendo por el esfuerzo, pensé que efectivamente eran como criaturas humanas con forma de elefantes.

Cuando, finalmente, di una palmada para llamarlos y ordenar que salieran de la charca, se negaron a hacer caso y continuaron con sus juegos. Los amenacé a gritos, e incluso blandí el *ankus*. Hicieron como que no se enteraban, y aquello me enfureció, porque no se me ocurría

forma alguna de sacarlos fácilmente del agua sin que yo mismo me metiera en ella, y eso era algo que, a la vista del apestoso barro, me resistía a hacer. Me vi obligado a esperar más de una hora mientras ellos seguían revolcándose y salpicándose. Al final recurrí a la astucia, me oculté detrás de un árbol, y la curiosidad por descubrir mi paradero les hizo salir de la charca. Tras cogerlos de la cuerda, les solté una severa reprimenda, y aunque cualquiera de ellos me habría derribado con un simple movimiento de la trompa, me escucharon con atención y parecieron amedrentarse y arrepentirse. Al salir del bosque, nos encontramos con una cuadrilla de leñadores cuya alarma ante dos elefantes cubiertos de verdes hierbajos, chorreando agua y rebozados de barro fue tan grande que soltaron sus herramientas y pusieron pies en polvorosa.

Volvimos varias veces a aquel lugar, y nunca más tuve dificultades para conseguir que salieran del agua; en parte, según creo, porque solía recompensarlos con azúcar o zanahorias, pero también porque estaban deseosos de complacerme. Los leñadores llegaron a entender el carácter inocente y apacible de los elefantes, y mientras la noticia de nuestras excursiones se extendía por el vecindario pronto empezamos a tener compañía de niños que corrían delante de nosotros o nos seguían, yendo y viniendo de un árbol a otro, o atisbando detrás de un tronco, atrapados entre el miedo y la curiosidad. Algunos eran lo bastante atrevidos como para acercarse demasiado; entre ellos se contaba una niña de no más de cinco años, que un día lo hizo con mucha timidez. *Jenny* y *Timothy* alzaron la cabeza y la miraron fijamente, así que les hice una señal para que no se movieran y me acerqué a la niña, que llevaba un poco de leña en los brazos. Se llamaba Margaret Porter; era hija de Robert Porter, el carretero. Cuando le pregunté si sabía cómo se llamaban aquellas grandes criaturas, negó con la cabeza.

—Se llaman elefantes —le dije—, y son unos animales muy nobles y sabios que vienen de muy lejos, más allá de los mares.

Dejó la leña en el suelo, me tomó valientemente de la mano y caminamos hacia los dos elefantes, que estaban juntos.

—¿No tienes miedo? —le pregunté.

—No —contestó ella, aunque me apretaba la mano con mucha fuerza.

A ella debían de parecerle tan altos como los gigantes con que Gulliver se encuentra en el país de Brobdingnag. Dije a los elefantes:

—¿Puedo presentaros a mi buena amiga Margaret? —Y dos trompas se deslizaron por el aire y empezaron a explorarle la cabeza y los brazos con la mayor cortesía. Ella no sabía, me parece, si reír o llorar; al principio soltó una risita tonta, y luego, olvidando la leña, echó a correr tan velozmente como sus piernas se lo permitieron. Pero volvió otros días, y pronto se convirtió en una favorita de los elefantes.

Otra de sus preferidas era Lizzy Tindall, una chica de mi edad que vivía en Thornhill. Era la hija del curtidor, George Tindall. De niños a veces habíamos caminado juntos hasta la escuela de Gillerton, donde ella tenía gran fama de alborotadora; se la labró en una ocasión en que, habiéndose cortado el pelo y restregado la cara con barro, hizo creer al maestro, el viejo señor Gibbons, que era un niño gitano. En eso tuvo éxito, pero en otro momento, cuando afirmó que había visto un ángel en el patio de la iglesia, recibió una buena paliza por embustera. Ahora estaba empleada en la mansión como doncella, o *quitatelarañas*, como se denominaba a sí misma, y eso le parecía menos entretenido, de modo que cuando tenía ocasión se escabullía para charlar con los mozos de cuadra, acariciar a los caballos o dar azúcar a los elefantes.

Siempre había una buena provisión de azúcar en las cocinas, y como el dulce les gustaba aún más que las zanahorias tomaron mucho cariño a Lizzy; en efecto, una vez *Timothy* se le acercó demasiado y, pasándole la trompa desde el cuello hacia abajo, le exploró el pecho. Lizzy me hizo notar lo que estaba haciendo el elefante, y le dije que apartara la trompa con la mano, cosa que ella hizo, *tap tap*, pero *Timothy* volvió enseguida la trompa al mismo sitio.

—¡Tom! —exclamó Lizzy—. ¡Mira, si lo hace aposta! ¡Qué elefante más descarado!

En realidad era del todo inocente y no tenía ni idea de las libertades que se estaba tomando, y así se lo hice saber; con lo cual Lizzy se sacudió la melena (que cuando se quitaba el gorro, como ahora, le llegaba a la mitad de la espalda), y se echó a reír.

—¡Yo no estoy tan segura, míralo! ¡Fíjate, Tom!

Y era cierto que el elefante continuaba hurgando. Pero había una razón, como pronto descubrí, y era que Lizzy se había escondido un trozo de azúcar en el pecho, para ponerlo a prueba.

Mientras los elefantes consideraban a Lizzy y Margaret como amigas especiales, había otras personas a quienes tenían en menor estima. Entre ellas se encontraban mis compañeros de cuadra, Bob Brown y Dick Shadwick. Siempre había mantenido buenas relaciones con Dick, que sólo era tres años mayor que yo, pero desde la llegada de los elefantes parecía haberse vuelto contra mí. Por entonces aún no me había cambiado la voz, que seguía siendo aguda y aflautada, y siempre que se encontraba conmigo se ponía a dar grititos de ratón. Esa broma de mal gusto le procuraba una enorme diversión. Yo no le hacía caso, pero no podía quedarme de brazos cruzados cuando a Bob y a él les daba por fastidiar a los elefantes. Bob solía divertirse tirándoles piedras o chinas, y a veces los engañaba lo suficiente para que se introdujeran tales dádivas en la boca, aunque por lo general las escupían enseguida. Cuando le pedí que dejara de hacerlo, se echó a reír.

—Si son tan tontos como para comer piedras, déjalos —me dijo, y aquello me llenó de indignación, porque mi padre me había contado más de una vez la historia de un caballo de carreras que se ahogó cuando le purgaron con una bola demasiado grande. La bola se había alojado en el gástrico del animal, y como todos los esfuerzos por sacarla con un instrumento de hierro fracasaron, el caballo sufrió una muerte horrible.

Advertí que mi padre no tenía gran interés en saber nada de la conducta de Bob, y en realidad trató de quitarle importancia diciendo que no era más que una broma, momento en el cual lo interrumpí:

—Una broma, padre, que podría acabar con la muerte de los elefantes.

—Bueno —repuso con mucha reticencia, porque no le gustaba discutir—, hablaré con él.

Mi padre fue a hablar con Bob. Poco después, Bob vino a verme:

—Tom —me dijo—, perdóname; lamento lo de las piedras, y para

demostrártelo les daré una manzana a los elefantes.

Había una sonrisa burlona en su rostro, y antes de que pudiera impedírselo les había ofrecido dos pequeñas manzanas verdes. Los elefantes las cogieron y se las llevaron a la boca; pero mientras *Timothy* trituró la suya hasta convertirla en pulpa, *Jenny* la escupió junto con un clavo. Me enfadé mucho y le dije que era un verdadero imbécil.

—¿Imbécil? —repitió Bob en tono despectivo—. ¿Quién eres tú para llamarme imbécil?

—¡Un mozo de cuadra!

Le dije que si los elefantes se morían como consecuencia de sus manzanas él sería el imbécil, y que si volvía a hacer algo así, se lo diría al señor Harrington. Hacía años que Bob me desagradaba, desde que vi cómo prendía fuego al rabo de un perro. Hacer sufrir a los animales era una de sus diversiones favoritas. Solía torturar a ranas y sapos, y me dijeron que una vez echó una botella de anís por el lomo de un gato y lo soltó por donde corrían los perros, que empezaron a chuparlo hasta dejarlo hecho trizas.

Una cosa que aprendí del señor Coad fue que, en las Indias, a los elefantes cautivos se los montaba como si fueran caballos, y yo estaba decidido a probar suerte en ese sentido, aunque las dificultades parecían formidables, y ni siquiera me imaginaba cómo podría hacerlo. Ninguna silla de caballo era lo bastante ancha para el lomo de los elefantes, y montar sólo parecía posible si el animal se arrodillaba o tumbaba, o permanecía quieto mientras se colocaba una escalera a su costado. Lo que más me desconcertaba era el modo en que, una vez encaramado en lo alto, el jinete dirigiría la montura. A los caballos, con sus bocas sensibles, se les dirige principalmente con el bocado, la brida y las riendas, y quizá, decía para mí, el elefante también tenía la boca sensible, pero harían falta un bocado y una brida muy especiales para que se ajustaran a ese animal. Aunque pudiera acoplarse una brida semejante, enganchándola bajo la trompa, y aunque el elefante estuviera dispuesto a aceptar el bocado, ¿tendría suficiente fuerza quien tirase de las riendas para dirigir a una bestia tan poderosa? Disponía del *ankus* como medio de castigo, pero ¿qué pasaría si el elefante se enfurecía tanto por la presencia del jinete sobre su lomo

que decidía salir de estampida? ¿Qué ocurriría si decidía quitarse al jinete de encima revolcándose en el suelo, como suelen hacer los caballos cuando no quieren que los monten? Caer debajo de él cuando se revuelca de espaldas sería sin duda fatal. Seguí pensando un poco más y comprendí que un elefante, si así lo deseaba, podría utilizar la trompa para derribar al jinete de la silla. Mi padre, con quien discutí el asunto, pensaba que la empresa era demasiado peligrosa para correr el riesgo; no obstante, para mis adentros decidí no tener en cuenta su consejo.

Con ese propósito, confeccioné una tosca silla con cuerdas y la aseguré al lomo de *Jenny*, atándola bajo su vientre. Aunque se sometió a la tarea con bastante docilidad, al cabo de unos minutos empezó a hurgar con la trompa en el nudo, que enseguida se desató. Volví a atar la silla, con mayor firmeza esta vez, y cuando trató de deshacer el nudo no lo consiguió; pero *Timothy* procedió a desatarlo por ella. Esto no sirve, dije para mí, y volví a atarla de nuevo, esta vez apretando al máximo el nudo. Seguidamente le hice una señal, ordenándole que se arrodillara, cosa que hizo, y entonces pude montar; aunque, pegado a su lomo, me resultaba imposible hacer que se incorporase. «¡En pie! ¡En pie!» Permaneció arrodillada porque, insensato de mí, había olvidado que sólo podría obedecerme si me veía.

Por consiguiente, tenía que enseñar a mis elefantes a entender el lenguaje humano, con lo cual no me refiero a todo el ámbito del habla, sino a determinadas palabras y frases. Una vez más demostraron ser excelentes pupilos, escuchándome con gran atención, de forma muy parecida a la de un cachorro que, deseoso de agradar, levanta las orejas y escucha hasta el último sonido que sale de labios de su amo. Al cabo de un mes me sentí dispuesto a realizar otro azaroso intento. Esta vez, *Jenny* se puso en pie, y ahora me encontraba a casi tres metros del suelo, inclinado hacia delante sobre las prominencias de su columna vertebral, agarrado a las cuerdas y con las piernas tremendamente abiertas sobre la anchura de su lomo. Bob y Dick miraban; y también Lizzy, que gritaba con inquietud preguntándome si me encontraba bien, y estaba a punto de contestarle cuando Bob hincó un hierro candente en las asentaderas de *Jenny*, con lo cual se lanzó

precipitadamente hacia delante. Incapaz de agarrarme con las piernas, como en un caballo, y con la silla menos segura de lo que pensaba, perdí el equilibrio y caí rodando por el precipicio de su lomo. Aunque puse las manos para amortiguar la caída, el dolor me subió por los brazos hasta los codos. Mientras yacía en el suelo, Lizzy se revolvió contra Bob, diciéndole que me podía haber roto la crisma, pero él se rió en su cara; no por mucho tiempo, sin embargo, porque *Timothy*, que había estado observando, lanzó la trompa hacia delante, arrojándolo al suelo cuan largo era. Se levantó y se marchó maldiciendo, jurando venganza. Me sentí agradecido a *Timothy* por administrar tan rápida reprimenda; pero me dolían los codos, y al cabo de media hora tenía el derecho hinchado. Intenté, mejor dicho, me empeñé en quitar importancia al dolor, haciendo como si fuera una simple contusión, pero por la noche apenas pude pegar ojo, y comprendí que debía haberme roto algún hueso. Mientras se me curaba, llevé el brazo sujeto con un trozo de tela atado al cuello.

Cuando el señor Harrington se enteró de mi fracaso, escribió al señor Coad, que amablemente dibujó un bosquejo de cómo se montaba a un elefante en las Indias. Mostraba a un *tusker* de largos colmillos caminando por un palmeral. Cargaba con toda una compañía de pasajeros, sentados en una plataforma de madera semejante a una ancha embarcación. En lengua hindi, tales plataformas se denominan *howdars*. En el dibujo, el cuidador, el *mahoot*, no iba sentado en el *howdar* sino sobre el cuello del elefante, con los pies descalzos apoyados en las duras ondulaciones de las orejas. Era una solución tan evidente a mis dificultades que me maldije a mí mismo por no haber pensado antes en ella, y, a pesar del dolor del brazo, me quité los zapatos y, en aquel preciso momento, me encaramé al cuello de *Jenny*. Me encontré con que, en la estrecha articulación del cuello, mi posición era maravillosamente cómoda y segura. Como el *mahoot*, podía apoyar los pies en sus orejas o, si lo prefería, dejarlos caer y aferrarme con las piernas a los costados de su cuello. En caso de que ella agachara la cabeza, corría el riesgo de deslizarme hacia delante y escurrirme por la trompa, pero ésa era una contingencia a la que estaba acostumbrado; y desde aquel momento,

todos los días monté en los elefantes, descubriendo, cosa maravillosa y casi increíble, que podía manejarlos bastante bien sin recurrir a bocados ni bridas, fustas ni espuelas, ni siquiera al *ankus*: sólo con la autoridad de la palabra.

Capítulo 3

En el segundo verano que los elefantes pasaron en Harrington Hall, tuvimos un periodo de calor muy seco que duró más de mes y medio. Eso complació y a la vez disgustó a los agricultores, porque si bien contribuyó a madurar el trigo acabó siendo una tortura para las ovejas de las colinas, cuyos sofocados gritos de aflicción enrarecían el aire. Como hasta la última charca había quedado reducida a un turbio estofado, los elefantes, a través de los trigales, iban hasta un río que se hallaba a unas tres millas de distancia. Como el río era poco profundo, el agua no les llegaba a las rodillas, pero los elefantes jugaban en su cauce durante muchas horas dichosas, echándose chorros de agua y arrancando grandes cantidades de hierba, que lanzaban muy alto por encima de sus cabezas.

Hubo un día de truenos, que se oían a muchas millas de distancia pero que iban acercándose cada vez más. Entonces los elefantes se pusieron nerviosos, agitando las orejas para alejar a la nube de moscones que les infestaban los ojos, y como se oscurecía el cielo y resonaba el estruendo y el bramido de los truenos, los metí en el cobertizo. Traté de calmar sus emociones hablándoles con voz suave y acariciándoles la trompa. A ningún animal le gusta el trueno, y los caballos también estaban inquietos, mientras que los pájaros guardaban silencio. El cielo se iluminó de destellos y las primeras gotas, enormes, empezaron a salpicar el suelo; luego, al cabo de una breve pausa, cuando parecía que la tormenta se había detenido para tomar aliento, la lluvia cayó como un torrente, aporreando el tejado del cobertizo con un ruido ensordecedor y formando chorros al tocar el suelo. De pronto se abrió la puerta de par en par y Lizzy entró precipitadamente, con la cabeza empapada. Le di una manta de caballo para que se la pusiera por los hombros y me senté a su lado en un montón de paja.

—¿Te importa que haya venido? —inquirió, escurriéndose el pelo y mirándome con sus ojos negros.

—En absoluto, ¿por qué iba a importarme? ¿Cómo está la señora Harrington?

—La señora Harrington se ha comprado un vestido nuevo y está muy orgullosa de sí misma —contestó ella, quitándose un zapato—. ¡Ah, estoy empapada! ¡Qué oscuro está todo esto! ¿Cómo tienes el codo?

—¿El codo? —Me quedé sorprendido; se me había olvidado el codo—. Curado, aunque todavía lo tengo un poco entumecido.

Lo doblé despacio, para que lo viera; luego ella se remangó, descubriendo su brazo, que era muy suave y blanco en comparación con el mío. El pelo le goteaba sobre mi brazo, ella me lo secó pero no apartó la mano, y entonces pensé que debía besarla, que en realidad ella quería que le diera un beso; pero era muy tímido y tenía miedo de que, si lo hacía, Lizzy haría algún chiste a mi costa. Aun así, podría haberme armado de valor y besarla, pero los elefantes eligieron ese momento para interrumpirnos, deslizándose la trompa sobre nuestros hombros y juntándonos las manos. La tormenta continuó durante más de una hora; cuando llegó a su fin, una franja de brillante luz dorada restalló bajo una nube oscura que se desplazaba hacia el este. Dejé a los elefantes en el patio, donde pisotearon por los charcos salpicándose con fruición.

Pocas veces los vi tan inquietos como en aquella tormenta. Pese a que les sobresaltaban los ruidos fuertes, por ejemplo cuando los faisanes irrumpían por debajo de los matorrales, o las palomas torcaces surgían entre la maleza aleteando con estruendo, en general se mostraban muy tranquilos y ecuanímenes. No obstante, en cierta ocasión, íbamos por un camino cuando *Timothy* se detuvo bruscamente y emitió un agudo bramido. En el mismo instante irguió la trompa y señaló algo, ante lo cual me incliné sobre su cabeza, y, siguiendo la línea que indicaba, vi una enorme víbora enroscada entre los helechos. Lo insté a que continuara pero no quería moverse, y tampoco *Jenny*, que nos seguía de cerca, y tuvimos que esperar hasta que la víbora, quizá consciente del peligro, se desenroscara y

desapareciera sinuosamente. De todo ello concluyo que, por alguna especie de instinto o porque habían visto serpientes en las Indias, los dos elefantes sabían que tales animales son venenosos, algo extraordinario, aunque más insólito aún, en mi opinión, era el hecho de que siempre que pasábamos por el mismo sitio los dos elefantes recordaban la víbora y aminoraban el paso para saber si aún seguía allí.

En el otoño, a veces nos encontrábamos con piaras de cerdos del pueblo, hozando en busca de bellotas. A los elefantes no les gustaban los cerdos, y solían arrojarles ramas de árbol o piedras con gran fuerza y puntería. Pronto los cerdos aprendieron a evitarnos, y siempre que nos acercábamos huían chillando, atemorizados. En ocasiones, de forma inesperada, también nos encontrábamos con caballos. Una mañana que había caído una fuerte helada, mientras cruzábamos por un rastrojal de habichuelas, oímos rumor de caza y al poco llegó hasta nosotros una avalancha de perros olfateando al zorro y ladrando furiosamente. Pasaron por nuestro lado como un torrente desbocado, perseguidos por los caballos con sus jinetes, que, como siempre, iban gritando y azuzando a la jauría con gran excitación. Ninguno de los elefantes pareció perturbarse por tal revuelo; pero una yegua negra, al verlos, se puso tan nerviosa que dio un respingo y derribó al jinete, un caballero robusto que respondía al nombre de doctor Chisholm. Vivía en Gillerton, y era famoso por su afición a la comida y por su temperamento exaltado. Como el pie se le había enganchado en el estribo, se vio arrastrado un trecho por el fango antes de que el caballo se detuviera de sopetón. Al levantarse, se volvió hacia mí hecho una furia, qué demon... hacía yo alardeando por allí con mis maldi... elefantes, obstaculizando la caza, etcétera. Respetuosamente le contesté que lo sentía, ignoraba que la cacería iba a pasar por allí, a lo cual el doctor Chisholm replicó que en ese caso yo debía estar sordo. Volvió a montar y se alejó al galope.

El asunto me dejó muy preocupado, y temí que el doctor Chisholm se quejara al señor Harrington. No volví a tener noticia de ello. Sin embargo, poco después tuve ocasión de recordar el incidente y pensar en sus consecuencias.

El mes de enero de 1768 fue sumamente frío, con un viento del norte, glacial, y fuertes nevadas. Todas las mañanas, en el camino de Thornhill a la mansión, mi padre y yo encontrábamos cadáveres de mirlos y tordos congelados, y por la tarde, cuando el sol se ponía entre una franja violácea, parecía cobrar el color de la sangre. Varios caballos habían enfermado del moquillo, y yo temía por la seguridad de los elefantes, que sin protección de lana o pelaje se encontraban plenamente expuestos a los rigores del frío; y aunque los mantuve en el cobertizo tapados con mantas de caballo, se mostraban lánguidos y abatidos. Comprendía su ánimo decaído, porque estaban acostumbrados al calor de las Indias. Cuando se intensificó el frío, con una fina nieve en polvo que entraba por las rendijas del portón, encendí dos pequeñas estufas, si bien no me abandonaba la preocupación de que derribaran alguna por accidente y prendieran fuego a la paja. Por esa razón me quedaba con ellos por la noche, levantándome de la cama para echar leña al fuego o avivar las brasas con el soplillo.

Mi padre, lleno de confianza, esperaba que el tiempo cambiara con la luna nueva, que, me parece, caía a mediados de mes, y, en efecto, poco después dejó de helar; sin embargo, volvió el frío, con más fuerza que antes, y el mismo viento cortante. El señor Harrington no había ido a Bristol, porque la señora Harrington estaba a punto de dar a luz; y recuerdo que, para probar la intensidad del frío, llevó a cabo un experimento, colocando al aire libre tres vasos con líquidos diferentes: el vaso de agua se heló en seis minutos, con la dureza suficiente para soportar una moneda de cinco chelines en la superficie; el vaso de oporto se heló en dos horas, y el de brandy en seis. La persistencia de aquel tiempo ya se estaba convirtiendo en un asunto grave para los agricultores, aún peor que la sequía del verano. Los graneros del señor Harrington estaban bien provistos de heno, pero muchos agricultores pronto se quedarían sin él, o ya no les quedaba, y no estaban en condiciones de comprar más, dado que los precios andaban por las nubes; además, en los campos se habían helado los nabos hasta el punto de formar bloques compactos, lo que dejaba sin alimento a las ovejas. La gente rezaba para que viniera un tiempo más benigno, pero

cuando llegó el deshielo, a mediados de febrero, los nabos, pastosos e inútiles, se habían podrido en el suelo y muchas ovejas habían muerto de inanición.

Antes del deshielo los dos elefantes enfermaron, tal como yo había temido. El primero fue *Timothy*, a quien me encontré con la cabeza gacha y los ojos cerrados; y cuando le ofrecí una zanahoria, no se la comió. Luego cayó enferma *Jenny*, y cuando los vi tendidos a los dos temí que se hubieran tumbado para morir. Con ayuda de mi padre les abrí la boca y les eché por la garganta cordiales de leche, menta y miel. Por entonces acababan de sangrar a los caballos, y mi padre era partidario de hacer lo mismo con los elefantes; tenían una vena apropiada, consideraba él, en la articulación de la oreja. Yo era reacio a la sangría, por temor a que fuera imposible restañar el flujo; no obstante, como mi padre insistía, acabé cediendo. Sangramos primero a *Timothy*, y enseguida dimos con la vena. La sangre era oscura y muy densa, y logramos extraerle tres pintas justas. Cuando le tocó a *Jenny*, erramos la vía al primer intento pero la encontramos al segundo, y aunque su sangre era menos espesa y fluía lentamente, le sacamos dos pintas. Cabe mencionar que la vieja historia de que la sangre de elefante es más fría que la de cualquier otro animal es completamente falsa, porque es tan cálida como la del caballo.

Después de eso, poco más podíamos hacer. Mi padre se marchó, y yo me quedé con ellos. Unas veces les ponía la mano en el pecho para comprobar que sus enormes corazones seguían latiendo con estruendo, y otras les hablaba, cosa que, si bien no los ayudaba en absoluto, parecía aliviar mi inquietud. Para que no se colara el frío en el cobertizo, no dejaba entrar a nadie más que a mi padre, el señor Harrington y Joshua, que me obligaba a arrodillarme para decir una plegaria por ellos.

Poco después de su recuperación, mi padre cayó enfermo. Primero se quejó de dolores punzantes en las piernas, luego, de calor y mareos. Como siempre había gozado de buena salud, me inquieté pero no demasiado, porque, como he dicho, seguía pensando aún en los elefantes. Se fue a casa, se acostó y le subió la fiebre. Como eso ocurría a mitad de la jornada, mi madre se alarmó mucho y empezó a pensar

en llamar al médico —el mismo doctor Chisholm que he mencionado antes—; sin embargo, antes de hacerlo, consultó a la señora Perry, como solía hacer siempre en cualquier asunto. La señora Perry acudió prestamente y, mirando a mi padre, declaró que la fiebre no era grave, que apostaría su vida a que no se trataba más que de un severo resfriado con un poco de paludismo. Todo eso lo sé por mi hermano, Jim, que estaba en casa porque con aquel tiempo no había mucho que hacer en los jardines. A medida que pasaba la tarde, mi padre siguió decayendo, y al anochecer, pese a las reiteradas palabras de aliento de la señora Perry, mi madre, con toda aquella nieve, mandó a mi hermano a Gillerton, donde vivía el médico. Como el doctor Chisholm estaba cenando, le dijeron a Jim que esperase. Pasaron más de dos horas antes de que apareciese el doctor Chisholm —limpiándose la boca con una servilleta— para preguntar de qué se trataba. Mi hermano se lo dijo.

—¿Y cómo se llama tu padre? Ah, sí, es el padre del cuidador de elefantes, ¿verdad? Bueno, esperemos que no haya cogido la temida fiebre del elefante. No puedo ir ahora, joven, pero me pasaré a verlo más tarde.

Al volver a casa, mi hermano dio este mensaje a mi madre:

—El doctor Chisholm viene más tarde.

—Pero ¿no ha podido venir inmediatamente?

—No, está cenando, pero vendrá después. Dice que padre puede tener la fiebre del elefante.

Mi madre, muy asustada, exclamó:

—¿Qué es eso?

A lo que mi hermano le contestó que era una enfermedad que los elefantes contagiaban a los seres humanos.

Como yo me había quedado a dormir en el cobertizo, no me enteré de nada de eso; poco después de amanecer, se presentó Jim, me contó lo de la fiebre del elefante de mi padre y me dijo que debía ir enseguida, con un trozo de colmillo de *Timothy*. Al parecer, la señora Perry creía ahora que mi padre sólo podría salvarse si se le daba una poción medicinal compuesta de colmillo en polvo. Aquello era una auténtica locura, no me creí ni una palabra; y aunque fuera cierto,

Timothy no se habría quedado quieto permitiendo que le serrara el colmillo. Jim mencionó entonces que, mientras volvía de Gillerton entre la nieve, lo había seguido una luz. Qué clase de luz, le pregunté; no sabía, era una luz que bailaba, como un fuego fatuo. Probablemente, me dije, no sea más que la capa helada de la nieve reluciendo al resplandor de la luna nueva; pero sabía que Jim lo consideraba un presagio de la muerte de nuestro padre.

Me apresuré a ir a casa. Mi padre yacía en el dormitorio helado, y mientras mi madre gemía y se estremecía, la señora Perry se balanceaba, murmurando ensalmos y conjuros.

—Sabía que iba a pasar esto. ¡Los elefantes! ¡Los elefantes! ¿Dónde está el colmillo?

Cuando dije que no había traído ningún colmillo, mi madre me rogó que volviera corriendo y trajera un trozo, porque la vida de mi padre pendía de un hilo. Repuse que no podía hacerlo, que el elefante era propiedad del señor Harrington; a lo cual me respondió gritando que se lo pidiera al señor Harrington. Hice lo que pude por tranquilizarla y luego atendí a mi padre, que ardía de fiebre, y en ausencia del doctor Chisholm, que seguía sin aparecer, resolví sangrarle. Tras coger un cuchillo, le descubrí el brazo.

—¡No va a servir de nada! —exclamó la señora Perry—. ¡Tiene la fiebre del elefante!

Entre gemidos, mi madre dijo que yo no era médico, que debíamos esperar al doctor.

—¿Cuánto tiempo más? —repuse—. No podemos esperar.

—¡Tenemos que hacerlo!

—Pero si esperamos..., cuanto más esperemos..., no podemos esperar.

Aguardamos unos minutos, le tomé el pulso, que era irregular y acelerado, y entonces dije que no debíamos retrasarlo más, que teníamos que hacerle una sangría. Le extendí el brazo pero mi madre gritó:

—¡Ah! ¡Ya le oigo! ¡Ah! ¡Ahí viene! —Corrió a la ventana y rascó el cristal para quitar la placa de hielo; pero estaba equivocada—. ¡Ay, Tom, debes ir a buscarlo!

—¡Pero si ya ha ido Jim!

—Entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué? ¡Ay! ¡Ay! —Mi pobre padre había emitido una especie de gemido, y ella, desesperada, se había abalanzado sobre la cama—. ¡Ay! ¡Timothy! ¡No me abandones! ¡No me dejes!

Mientras me retiraba, cuchillo en mano, observé el pálido rostro de Jim y me pregunté si, cuando habló con el doctor Chisholm, le transmitió con suficiente énfasis la desesperada naturaleza del estado de nuestro padre. Pero otra sospecha me asaltaba, que el médico hubiera decidido no hacer caso de su enfermedad debido a lo que había pasado con los elefantes durante la cacería. Sin embargo, quizá resulte injusto pensarlo, porque acabó viniendo a casa hacia mediodía, aunque para entonces era ya demasiado tarde. Al parecer lo habían llamado con urgencia para atender a un caballero, el señor Rogers, que había resbalado en la nieve y se había magullado un tobillo.

Pasaré por alto los tristes detalles de la muerte de mi padre. El entierro tuvo que retrasarse dos semanas debido a que el suelo estaba tan duro como la piedra, ni con un pico se lo podía abrir; durante ese tiempo, rígido y congelado, yació en su cama. Mi pobre madre estaba muy trastornada y no entraba en la habitación bajo ningún concepto; pese al frío extremo, tampoco dejaba que se encendiera fuego alguno en la casa, y cuando Jim y yo lo bajamos por la escalera, exclamó: «¡Ah, no le hagáis daño!». Después del entierro, me suplicó que no volviera a trabajar con los elefantes, por temor a que me transmitieran esa misma fiebre mortal. Es más, mi madre estaba segura de que me la contagiarían. Entre lágrimas, dijo que había sabido desde el principio que los elefantes eran peligrosos y que no podían traer nada bueno; porque un ángel se lo había comunicado en sueños a la señora Perry, que a su vez había advertido a mi madre y ella a mi padre, pero ninguno habíamos hecho caso, y ahora el mejor marido que ninguna mujer hubiera tenido jamás yacía muerto y frío, y yo también moriría, eso era más que seguro, y ella se quedaría sola con Jim, que no servía para nada, y no sabía qué iba a ser de ella. Intenté tranquilizarla; pero nada le servía de consuelo, porque no viviría mucho tiempo más.

La historia de que los elefantes habían sido la causa de la muerte de

mi padre se extendió rápidamente debido a las malas lenguas; sobre todo a la de la señora Perry, pero por la de otros también; de modo que durante un tiempo imperó la creencia de que si acercarse a esos animales era peligroso, respirar una simple partícula de su aliento (que, en el aire glacial, les salía de la boca como bocanadas de humo) resultaba fatal. Los consideraban una peste ambulante, y todos los rehuían menos yo; en realidad, a mí la gente también solía rechazarme, diciéndome que, si hubiera cortado simplemente un trozo de colmillo a *Timothy*, mi padre seguiría con vida, y que no debía de haberlo querido mucho. Acusación de lo más injusta, porque quise a mi padre tanto como cualquier otro hijo al suyo. Estaba muy preocupado por lo que a mí se refería, pero también por los elefantes: cuando los miraba y ellos, en efecto, me devolvían la mirada con sus ojos melancólicos y arrugados, sentía una especie de sobrecogimiento. ¿Cómo sobreviviréis, pensaba, con esa fama homicida? Al mismo tiempo, había algo que me hacía dudar: no ya la fiebre del elefante en sí, sino el hecho de que esa enfermedad pudiera haberle causado la muerte a mi padre. Interrogué a mi hermano Jim, que me repitió las palabras exactas empleadas por el doctor Chisholm: «Esperemos que no haya cogido la temida fiebre del elefante». Dije a Jim:

—Entonces no sabemos a ciencia cierta si ha muerto de la fiebre del elefante.

Jim convino en que no lo sabíamos seguro.

Un domingo, al salir de la iglesia, tres semanas después del entierro de mi padre, me armé del valor suficiente para preguntarle al doctor Chisholm. En aquel momento salía del camposanto con su esposa y otra señora. Esperé a que se acercaran.

—Discúlpeme, ¿podría hablar con usted si tiene un momento, señor?

Murmuró una disculpa a las señoras.

—¿Sí, joven?

—Es sobre la muerte de mi padre.

—Lo siento, ¿quién era tu padre?

—Timothy Page.

—¿Timothy Page?

—Sí, señor. Murió hace tres semanas. Está enterrado ahí.

Se había fundido la nieve en la superficie de la tumba, y el montón de tierra que indicaba la última morada de mi padre era de un color pardo rojizo.

—Ah, sí, claro —dijo, y con cierta impaciencia añadió—: Bueno, ¿de qué se trata?

Y entonces le pregunté si era seguro que mi padre había muerto de fiebre del elefante y, en ese caso, si los elefantes también podían contagiar a otras personas con la misma fiebre.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿La fiebre del elefante? ¡Tonterías y patrañas! ¿De dónde has sacado esa estupidez?

—Señor, mi hermano me dio a entender —balbuceé— que mi padre tenía la fiebre del elefante, señor.

—De ninguna manera —repitió—, tu padre murió de escarlatina.

Le habría hecho más preguntas, pero con aquellas señoras escuchando me sentía incómodo y nervioso, de modo que le di las gracias y me marché.

Mi madre me esperaba frente al camposanto. Cuando oyó lo que el doctor Chisholm había dicho, se molestó mucho y se negó a creerme, y a él también; es decir, se negó a creer lo que yo le conté que él había dicho. Seguía convencida de que mi padre había muerto de la fiebre del elefante, y de que yo también moriría de eso, y de que el señor Harrington la echaría de la casa y acabaría como una indigente. Una vez más me imploró que renunciara a los elefantes. Le dije: «Pero si yo no los cuido, ¿quién lo hará?». Replicó que eso no era problema suyo y me suplicó que tuviera piedad de ella, porque no viviría mucho tiempo. Unos días después, el señor Harrington me manifestó su pesar por la muerte de mi padre y me aseguró que no necesitaba preocuparme de mi madre, que podía seguir viviendo en la casa y que él se ocuparía de mantenerla.

—A propósito, Tom —añadió—, me ha contado Lizzy que circula una extraña historia sobre cierta dolencia llamada fiebre del elefante. Quizá te interese saber que he hablado con el doctor Chisholm y el señor Coad, quienes me han asegurado que no existe tal enfermedad.

Esa explicación supuso un gran alivio para mí, aunque no alteró ni

un ápice las convicciones de mi madre.

La muerte de mi padre convirtió a Bob Brown en jefe de las caballerizas de Harrington Hall, y yo no confiaba ni en él ni en Dick Shadwick para que me ayudaran con los elefantes. Martin, demasiado mayor, no tenía mucha energía, y Jim, mi hermano, era demasiado tímido. No obstante, cuando necesitaba ayuda, a veces llamaba a Lizzy. Estaba muy ocupada en la mansión, porque la señora Harrington había dado a luz a gemelas y Lizzy tenía que asistir a la anciana niñera además de dedicarse a quitar telarañas. Pero se escabullía bastante a menudo. Las razones para venir al cobertizo probablemente tenían tanto que ver conmigo como con los elefantes, porque ella y yo éramos novios ahora y pasábamos juntos el mayor tiempo posible.

El señor Harrington solía preguntarme cuánto habían crecido los elefantes, y el primero de marzo de 1768, Lizzy y yo determinamos sus dimensiones, que eran las siguientes:

HEMBRA

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro: 13 pies, 8 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro: 8 pies justos
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola: 9 pies, 5 pulgadas
- Trompa: 5 pies, 4 pulgadas
- Diámetro de la pezuña: 10 pulgadas

MACHO

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro: 15 pies, 10 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro: 9 pies, 6 pulgadas
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola: 11 pies, 1 pulgada
- Trompa: 6 pies, 2 pulgadas
- Diámetro de la pezuña: 1 pie, 2 pulgadas
- Colmillo derecho: 19 pulgadas
- Colmillo izquierdo: 16 pulgadas

Al comparar estas medidas con las tomadas poco después de su llegada a Inglaterra, observamos que ambos animales habían crecido de manera considerable. Cada colmillo de *Timothy* era seis pulgadas más largo, lo que me permitió realizar nuevos cálculos acerca de su edad; porque si los colmillos habían crecido a un ritmo anual de tres pulgadas desde su nacimiento, se deducía que debía de tener en torno a los seis años. No obstante, había cierto misterio en eso, porque el señor Coad me dijo que *Timothy* era mucho mayor, que su edad podía oscilar entre los doce y trece años; lo que me llevó a concluir que a un elefante sólo le empiezan a crecer los colmillos en torno a los seis años.

Que *Timothy* estaba entrando en la madurez era evidente por el comportamiento de su miembro masculino, que la mayor parte del tiempo mantenía oculto pero que a veces, y sin previo aviso, se hinchaba hasta adquirir un tamaño realmente considerable. Esa cachiporra, de un tono tirando a morado o rojo rubí, quizá llegaba a los tres pies de longitud en plena distensión, aunque su torcida forma distorsionaba su envergadura. Con ese obstáculo, caminaba torpemente, las patas traseras más separadas que de costumbre, arrastrando la punta de la cachiporra por el suelo y rezumando orina, dejando un rastro como el de una serpiente y levantando una nube de polvo, como si fuera echando humo. Era inevitable que tal aparato suscitara curiosidad y multitud de comentarios. Su congestión se produjo por primera vez una templada y lluviosa mañana de abril de 1768, cuando *Timothy* se encontraba en el patio y yo estaba limpiando el interior del cobertizo. Oí risas y gritos de mis compañeros, y cuando reparé en lo que tanto les divertía, yo también me eché a reír, aunque me sentí algo cohibido. La noticia se extendió rápidamente, y pronto aparecieron varios jardineros con rastrillos, horcas y palas en la mano, seguidos de otros varios criados de la mansión, que se llevaban la mano a la boca soltando risitas tontas y hacían señas y comentarios procaces. No me parecía muy apropiado que convirtieran al elefante en un espectáculo, tan agobiado como estaba, así que le ordené que volviera a su alojamiento; me obedeció pero, según aprecié, a regañadientes. Una vez atrancada la puerta se puso en dos patas, barritando estruendosamente y retrocediendo hasta las paredes del

cobertizo.

A la semana siguiente, el fenómeno de la congestión se repitió de manera persistente, y *Timothy* fue volviéndose cada vez más inquieto y obstinado. Además, su forma de ser, antes afable y obediente, pareció haber experimentado un cambio radical. Con *Jenny* se mostraba malhumorado y agresivo, la empujaba y se topaba con ella, le olisqueaba la grupa y hacía intentos de cortejarla y abordarla, aunque ella no estaba dispuesta a aceptar sus atenciones; y cuando se lo reproché, sus ojos parecieron inyectarse de una mezcla de cólera y desafío. Resolví purgarle, y preparé tres grandes bolas de ruibarbo y sen; pero ahí empezaron mis dificultades. Por lo que respecta a dar bolas de purgante a un caballo, mi padre no estaba de acuerdo con la idea de utilizar el hierro, salvo en casos de extrema necesidad; porque el caballo se asusta en cuanto lo ve y en futuras ocasiones había que vendarle los ojos. En cambio, mi padre me había enseñado una práctica más delicada: la de que, una vez abierta la boca del caballo y apartada la lengua a un lado, se le introdujera la bola con la mano hasta depositarla en la raíz de la lengua; seguidamente, ya con la lengua liberada y la mano fuera, se le debía levantar la cabeza para facilitar el paso de la bola por el garguero. Si la bola se le quedaba porfiadamente atascada en el gáznate, había que alzarle la cabeza aún más y darle un poco de agua.

Aunque tuviera que reclutar la ayuda de *Lizzy* o de los otros mozos, esa práctica no era de las que podía utilizarse con *Timothy*, porque estaba con el genio tan atravesado que no permitiría que le abrieran la boca en contra de su voluntad. Con la intención de disimular el olor, rebocé la bola con aceite dulce y se la ofrecí como si fuera una golosina, pero él resopló con el mayor de los desdenes; y cuando le dispuse el purgante en un cubo de agua azucarada, lo apartó de una coz. Después de eso, me pregunté si debía mantenerlo confinado, pero privarlo del ejercicio diario en una época del año en que arboledas y bosques eran un festín de vegetación, le habría puesto en un estado aún menos manejable. Confieso que no sabía qué más podía hacer, y sin mi padre no tenía a nadie que me diera un buen consejo. Aunque dudaba que éste hubiera resultado de mucha ayuda en esta ocasión;

porque su experiencia se limitaba a los caballos, y los elefantes son mucho más peligrosos y temibles, y muestran un comportamiento muy singular, como enseguida describiré.

A finales de aquella semana, nos encaminamos hacia una extensa e intrincada arboleda, propiedad del señor Harrington y situada al otro extremo de Thornhill. El aire era plácido y silencioso, y con el sol dispersando una niebla blanquecina que se cernía tenuemente sobre los campos, todo auguraba una jornada espléndida. Los pájaros gorjeaban alegremente y cuando llegamos a la arboleda creo recordar que oí varios ruiseñores en pleno canto, porque si bien alguna gente cree, en su ignorancia, que los ruiseñores sólo cantan de noche, a menudo lo hacen de día. Aquella arboleda en concreto, por la razón que fuera, estaba más frecuentada por ruiseñores que cualquier otra en los alrededores de Thornhill. No obstante, era evidente que en la cabeza de *Timothy* sólo prevalecía una idea, y mientras *Jenny* pastaba hizo muchos y decididos intentos de montarla. Al rechazar ella sus insinuaciones, echaba hacia atrás la cabeza y barritaba tan fuerte que los árboles parecían temblar, y el aire vibraba con oleadas de sonido. Seguía con el acceso de bramidos durante al menos cinco minutos, después de lo cual arrancaba gruesas ramas, desgajándolas del tronco y rompiéndolas hasta hacerlas pedazos. Nada de eso parecía causar la menor impresión en *Jenny*, que seguía pastando y fingía no hacer caso, ni siquiera a los ruiseñores, que continuaban su cántico sensual desde la profundidad de los matorrales. Finalmente, *Timothy* pareció tranquilizarse, aunque siguió congestionado y lleno de resentimiento; sus orejas aleteaban frenéticamente, y la cachiporra oscilaba de un lado a otro, soltando continuas rociadas.

Cuando volvíamos atravesando el pueblo, apareció la habitual jauría de perros callejeros y sus ruidosos saludos. Formaban una turba difícil de manejar, que a menudo nos perseguía hasta los confines de la población, que marcaban el límite de su territorio. En el pasado, los elefantes nunca les habían hecho caso, tratándolos con un divertido desdén —como una pareja de gigantes habría tratado a un escarabajo—, pero aquel día, uno de los perros, un pequeño chucho blanco con el rabo retorcido, que sin duda se consideraba el jefe de la manada, se

armó de todo su valor y, ladrando frenéticamente, se lanzó a la carga contra las patas de *Timothy*. Sin apenas cambiar el paso, el elefante agachó la cabeza y, con un violento vaivén de la trompa, arrojó al perro por los aires, que tras describir una trayectoria de veinte yardas se estrelló contra la fachada de la iglesia. Detuve a los elefantes, desmonté y me acerqué al desdichado perro, que no se movía; la fuerza del impacto le había roto el espinazo. Me acerqué al macho, me planté frente a él y le ordené que se arrodillara; se negó. «¡De rodillas! ¡Arrodíllate!», grité, pero no lo hizo, pese a conocer la orden bastante bien. Sus ojos hervían de cólera.

Nunca había tenido miedo de él, pero en aquel momento, mientras se erguía ante mí con las orejas enteramente desplegadas, pensé que mi vida pendía de un hilo. Algo había cambiado en su interior: había olvidado, o estaba a punto de olvidar, que yo era su cuidador, y en cambio me veía como un extraño. Hice lo posible por ocultarle mi miedo y en cambio alcé el *ankus*, que llevaba con una cuerda al cuello, y lo sostuve frente a sus ojos como una cruz.

—¡De rodillas! ¡Arrodíllate! —grité—. ¡De rodillas, *Timothy*, arrodíllate!

Y entonces mis palabras, o la visión del *ankus*, calaron en la bruma que envolvía su mente, y se arrodilló, para mi gran alivio, como es de suponer. Lo reprendí severamente, diciéndole que tenía que comportarse mejor, que debía controlar sus emociones, ¿cómo iba a hacerse digno de confianza si no? Aunque lo molestaran los perros, eso no era razón (le dije) para recurrir a la violencia. No me cabe duda de que era consciente de mi enfado, porque parecía escuchar con atención, la trompa caída, la cabeza gacha. Y de pronto se echó de costado y quedó tendido en el polvo: la viva imagen de la contrición.

Aquello era puro teatro, dije para mis adentros; pero su conducta me alarmó bastante, porque si bien me había obedecido esta vez, ¿volvería a hacerlo a la siguiente? Poco inclinado a brindarle otra ocasión de acabar con mi vida, resolví mantenerlo a buen recaudo en el cobertizo hasta que su estado de ánimo mejorase. Para mi sorpresa, entró en el recinto de bastante buena gana, pero en cuestión de una hora ya le había vuelto a dar el ataque, y empezó a bramar y barritar

furiosamente, retrocediendo y arremetiendo contra las paredes y tirando de las vigas con la trompa. Resulta difícil describir, a alguien que no lo ha presenciado, el poderío y la fuerza de un elefante macho, incluso de un ejemplar que aún no ha alcanzado su pleno desarrollo, como *Timothy*. El cobertizo estaba construido con una buena piedra, pero temblaba con la violencia de sus arremetidas, y a menos que no interviniera con rapidez, su destrucción parecía inevitable. Además, si se escapaba en tal estado, sería casi imposible volver a capturarlo. En tan desesperada situación, recordé algo que había mencionado el señor Coad sobre el uso de bebidas espirituosas para apaciguar a elefantes enfurecidos. Corrí a las bodegas y, con ayuda de algunos criados, cogí varios barriles de ron y logré llevarlos al cobertizo, aunque con gran dificultad. Derribó de una coz el primer barril, sin entender de qué se trataba; bebió con ganas el segundo y el tercero, y a medida que el alcohol le iba haciendo efecto fue calmándose hasta quedar aturdido. Estuve entonces en condiciones de pasarle unas cadenas por las patas para sacarlo del cobertizo y conducirlo a los jardines, donde lo encadené al tronco de un gran olmo y allí lo dejé hasta que volviera a estar en sus cabales.

Ahí no acabó el asunto; porque el perro, según descubrí, era del vicario, el reverendo Amey, que había venido a Thornhill no hacía mucho. Era un hombre engreído y presuntuoso como un pavo, de no más de treinta años pero ya calvo; y cuando se enteró del incidente agitó sus deprimentes alas y se presentó muy ofendido en la mansión. La mala fortuna quiso que el señor Harrington se encontrara en Bristol; por consiguiente se desahogó, en cambio, con la señora Harrington, quien envió a Lizzy a decirme que, en vista de que los elefantes se habían vuelto tan difíciles de controlar, debían quedar confinados hasta el regreso del señor Harrington.

—¿Los dos elefantes? —le pregunté (porque parecía injusto castigar a *Jenny*, que era del todo inocente de cualquier fechoría)—. ¿Por qué los dos?

—Porque así lo quiere la señora Harrington, Tom. Ya sabes cómo odia a los elefantes.

Eso no lo sabía. En realidad, me resultaba difícil imaginar que

alguien pudiera odiar a los elefantes. Y pregunté a Lizzy por qué. Se encogió de hombros.

—No sé por qué; quizá los considere desagradables. Sobre todo ahora —añadió.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? —inquirí—. ¿Quieres decir por culpa de *Timothy*?

Esbozó una sonrisa maliciosa.

—Es monstruosa, ¿no te parece? Cuatro veces más grande que la de un caballo. ¿Crees que deberíamos tomarle las medidas para el señor Harrington?

Los demás mozos, que disfrutaban con cada ocasión que fuera en detrimento de mis intereses, se regodeaban con lo que había pasado, profetizando que *Timothy* acabaría con los colmillos cortados, o que lo castrarían o venderían; así, esperé con cierto temor el regreso del señor Harrington, que no estaba previsto hasta al cabo de otros diez días. Entretanto, *Timothy* permaneció encadenado al olmo, amenazando violentamente a todo el que se acercara. Seguía soltando orina por la cachiporra, y un extraño líquido negro y brillante, que nunca había visto antes, le supuraba por ambos lados de la cara, entre los ojos y las orejas, y le corría por los carrillos. A menudo bajaba la cabeza y apretaba la punta de los colmillos contra el tronco del olmo, con lo cual la purulencia (como llegué a llamar aquella secreción) fluía aún más copiosamente. La purulencia tenía un olor fuerte y dulzón, un tanto parecido al alquitrán caliente. Comía muy poco, desdeñando las zanahorias que le tiraba, y apenas ingería líquido, aunque a veces bebía más de quince galones al día.

Esos signos eran tan notables que empecé a preguntarme si podría tener algún tipo de enfermedad. Mi padre me mencionó una vez una antigua enfermedad de los caballos conocida como fuego feroz; no llegaba a recordar los síntomas exactos, pero el remedio era un ridículo brebaje de sapos vivos, topos, heces de golondrina, trapos y suelas de zapatos viejos que debían cocerse en un puchero de barro y machacarse hasta quedar reducidos a polvo fino. Cuando abrí el ejemplar de mi padre de la *Ópera maestra* de Markham, no encontré referencia alguna al fuego feroz; sin embargo, en el capítulo XXXI, el

viejo Markham trata el tema del frenesí y la locura en los caballos, ambas afecciones causadas, según sostiene, por mala sangre, que en casos extremos infecta no sólo el corazón y el cerebro sino también los panículos; los posibles remedios pueden ser sangría, castración y perforación de la piel del cráneo con un hierro candente para dar salida a los malos humores. Además, Markham expone su propia cura, que consiste en hacer que el caballo trague de una vez estiércol de gallina o beba la raíz de una planta conocida como *Virga pastoris* machacada con agua; en cuanto al acomodo del caballo, advierte que la cuadra debe estar tranquila pero no cerrada, y que se limite la alimentación a puré caliente de malta con agua.

Podrá imaginarse lo útil que me resultó todo esto al tratar a *Timothy*, porque apenas me atrevía a acercarme a él más allá del alcance de su cadena, y la perspectiva de hacerle tragar estiércol de gallina o de que ingiriese alguna medicina balsámica (cuando ni siquiera sabía qué planta era la denominada *Virga pastoris*), por no mencionar lo de perforarle el cráneo con un hierro candente, no podía siquiera considerarse. Además, aunque sin duda *Timothy* era presa de un peculiar frenesí, yo no estaba ni mucho menos convencido de que ése fuera de la misma clase que el descrito por Markham. El elefante y el caballo son criaturas tan diferentes, que no hay razón para suponer que la enfermedad sufrida por uno sea semejante a la padecida por el otro; y en la *Ópera maestra* no veía referencia alguna a la extraña secreción que corría por los carrillos de *Timothy*, ni a la congestión de su cachiporra.

Nada más volver, el señor Harrington vino a verme con serio semblante.

—Tom —me dijo—, me han dicho que nuestros elefantes han matado al perro del vicario.

Le expliqué que no era cierto; que la hembra era inocente, y que tampoco era culpa del macho, sino de su estado de continua inflamación, que lo había llevado a comportarse de forma antinatural. Además, añadí, el perro era muy pendenciero.

El señor Harrington me miró.

—Veo que te falta poco para hacerte abogado.

—¡Discúlpeme, señor, pero como se encuentra en un estado de locura temporal, no se lo puede considerar responsable!

—¿Y el reverendo Amey se contentará con esa explicación? —inquirió, reduciéndome al silencio—. Bueno, quizá deba aplazar el juicio hasta que vea al acusado.

Timothy estaba en pie a la verde sombra del gran olmo, con la cabeza gacha, como avergonzado.

—Parece bastante inofensivo —observó el señor Harrington—. ¿Qué pasará si nos acercamos más?

—No estoy seguro, señor; es difícil saberlo. Ahora se aviene un poco más a razones que antes.

Nos acercamos unos cuantos pasos, ante lo cual *Timothy* alzó la cabeza mirando con ojos desafiantes y emitiendo un breve bramido.

—Vaya..., esas manchas negras..., ¿es que sangra? —preguntó el señor Harrington.

—No, señor, eso es de una secreción, la purulencia, que le oscurece la piel. Creo que es la principal causa de su desasosiego.

Procedí a describirle los síntomas mientras él observaba al elefante.

—Y esa locura temporal, como tú la llamas, Tom, ese paroxismo, esa pasión: ¿crees que no es enfermedad, sino señal de su creciente madurez?

—Sí, señor.

—¿No le ha mordido ningún bicho?

—¿Mordido, señor?

Tras lo cual el señor Harrington me contó que había una forma de locura llamada, según creo, hidrofobia, es decir, miedo al agua, que afecta principalmente a perros, y en Londres ya había visto una vez un perro así, un terrier, corriendo frenéticamente, con la boca llena de espumarajos y atacando a todo el que fuera lo bastante estúpido para acercarse.

—Estoy seguro de que no le han dado ningún mordisco, señor.

—Sin embargo, ha atacado a un perro, y se niega a beber agua.

—Sí, señor. Pero no le han mordido, estoy seguro. Atacó porque el perro lo provocó.

El señor Harrington me observó con atención, como para

convencerse de que decía la verdad.

—Si le ha mordido un animal, Tom, no hay remedio; de eso podemos estar seguros; no hay cura en este mundo. Sé el cariño que tienes a los elefantes, pero por su propio bien sería mejor compadecerse de él y matarlo de un tiro inmediatamente.

Me quedé tan horrorizado que casi perdí el habla, salvo para balbucear una vez más que no había recibido mordisco alguno y que creía que su locura sería una tormenta pasajera, que pronto amainaría.

—¿Pronto?, ¿cómo de pronto? —quiso saber el señor Harrington—. ¿Cuánto tiempo tendrá que estar encadenado a ese árbol?

Ésa era la pregunta que yo me estaba haciendo a mí mismo, desde luego. Le contesté, más por esperanza que por otra cosa, que la purulencia se secaría en la próxima luna llena, para la que faltaba una quincena. El señor Harrington asintió con la cabeza.

—Espero que estés en lo cierto, Tom. Escribiré al señor Coad y le preguntaré si ha oído hablar alguna vez de este comportamiento. Pero en cuanto a cómo y cuándo vaya a recuperarse, considero prudente no conducirlos ni a él ni a la hembra por el pueblo, con el fin de evitar nuevas provocaciones. No quiero ofender innecesariamente al vicario.

Ante eso, sentí una oleada de alivio.

—Sí, señor. No, señor.

Unas semanas después, el señor Harrington me dijo que había tenido noticias del señor Coad, y que la conducta del elefante no era enfermedad sino señal de madurez, porque tanto los elefantes machos como las hembras tienen una época de celo en la que suelen manifestar violencia y mal humor en grado sumo. El señor Coad, en las Indias, había visto elefantes en ese mismo estado, y con las sienes supurantes, y si bien el elefante solía estar dos meses en celo, se recuperaba enseguida, «lo cual —añadió el señor Harrington— es excelente». Procedió a hacerme una serie de preguntas. ¿Cuánto tiempo pasaría, en mi opinión, hasta que la hembra aceptara los requerimientos del macho? ¿Cuándo alcanzaría ella la madurez? Contesté que, si bien no había, por el momento, señal física alguna de que fuese a entrar en época de celo, el acuciante interés del macho parecía sugerir que podría estar a punto de hacerlo.

—¿Y crees que los colmillos le crecerán mucho más?

Al recordar los colmillos del elefante que murió en el *Dover*, dije que pensaba que crecerían bastante más. El señor Harrington reveló entonces sus intenciones:

—Llevo pensando algún tiempo, Tom..., en realidad, lo tengo en la cabeza desde que llegaron los elefantes..., en las enormes sumas de dinero que se gastan en traer el marfil desde El Cabo a este país. Es un comercio difícil, costoso y lleno de riesgos innecesarios, porque los elefantes pueden desarrollarse y criarse aquí; nuestro clima es perfectamente adecuado. ¿Por qué no deberíamos tener una provisión de marfil inglés, producido por elefantes ingleses? ¿Qué inconveniente hay? Es cierto que los elefantes consumen una enorme cantidad de alimento, pero el valor del marfil sería muy superior a los gastos. —Hizo una pausa—. Estos dos elefantes constituirán la base de la primera manada inglesa de cría, una estirpe de la que podrán salir otras manadas.

Me inundó el entusiasmo; lo consideré una grandiosa empresa, que además tendría el éxito asegurado. Imaginé manadas de elefantes, descendientes de *Jenny* y *Timothy*, pastando a todo lo largo y ancho de Inglaterra. Serían los fundadores de una dinastía. Sin embargo, no dejaba de preguntarme qué sería de los elefantes machos una vez despojados de sus colmillos.

—Los colmillos les vuelven a crecer —afirmó el señor Harrington—. Una vez que alcanzan determinada longitud, se les caen, como la cornamenta a los ciervos en otoño. El señor Coad me ha asegurado que con frecuencia se encuentran colmillos desparramados por la jungla. Por consiguiente no hará falta matarlos; y tengo entendido que los elefantes viven doscientos o trescientos años. Así que podrá recolectarse marfil durante muchos años. —El señor Harrington era un hombre serio, que rara vez sonreía, pero ahora lo hizo—: Son animales valiosos, Tom. Los primeros de su especie en Inglaterra. Llevará su tiempo, pero fíjate en lo que te digo, dentro de cien años todas las grandes fincas de Inglaterra tendrán sus elefantes y estaremos vendiendo marfil a Francia, España y el resto del mundo.

Con esas palabras se marchó. Confieso que me quedé un tanto

sorprendido al enterarme de que los elefantes mudaban los colmillos, porque los de *Timothy* eran más parecidos a dientes que a cuernos. Pero poco después, en efecto, perdió varios dientes, que fueron sustituidos por otros nuevos que crecieron en su lugar; y eso me convenció de que el señor Harrington tenía razón, y de que podría ganarse una fortuna con la producción de marfil, muy solicitado para la manufactura de artículos tales como piezas de ajedrez, bolas de billar, teclas de piano, reglas de cálculo y cajas de rapé.

Capítulo 4

Cuando la purulencia remitió, el arrebató de *Timothy* también se atenuó, y al poco su disposición fue tan afable y cordial como cualquiera podría haber deseado. Lo observé con mucha atención, porque sabía que no tardaría mucho en estallar otra tormenta, y estaba resuelto a que no me cogiera desprevenido. No obstante, a medida que pasaban los meses, su comportamiento seguía siendo irreprochable, de modo que me olvidé. Ocurrió entonces que, un día de la siguiente primavera, rompió la puerta, salió del cobertizo y lanzó un cubo vacío a través del patio. Esa inesperada muestra de irritación me refrescó bien la memoria, y, sospechando lo que estaba a punto de ocurrir, lo encadené al olmo. Seguidamente trabé a *Jenny*, sujetándola con una cuerda al mismo árbol, con la esperanza de que, antes de que la purulencia abrumara a *Timothy*, *Jenny* y él pudieran aparearse. Pero eso fue un gran error por mi parte, porque si bien *Timothy* pronto dio muestras de excitación, pareciendo dispuesto a actuar según lo previsto, tal como atestiguaba su hinchado y supurante miembro, *Jenny* mostraba una actitud tímida y gazmoña y no dejaba de retroceder. Él la perseguía, apresurado, dando vueltas al árbol, y a medida que su cadena y la cuerda de ella se acortaban, ambos iban acercándose cada vez más al tronco hasta que finalmente quedaron inmovilizados: él barritaba frenéticamente a un lado del árbol; ella chillaba de miedo, al otro. Cómo liberarla del apuro sin poner en peligro mi persona constituía un verdadero problema, pero Lizzy me ayudó procurando distraer a *Timothy*. No sé si hubiera servido para algo su apareamiento, en caso de haberse consumado, porque, que yo hubiera notado, *Jenny* aún no había evacuado su primera sangre.

Fue instructivo observar el comportamiento de *Jenny* durante aquel periodo. Cuando la llevaba a dar un paseo por los jardines, poco a poco iba desplazándose hacia el árbol al que su hermano estaba atado con el

fin de comprobar cómo estaba; después de haberse dado esa satisfacción, continuaba su paseo. Por extraño que pueda parecer, estoy seguro de que sabía por qué estaba encadenado, y también agradecía que se le evitaran sus violentas atenciones. Se mostraba sumamente afectuosa conmigo, rozándome a menudo con la trompa y a veces emitiendo un peculiar sonido que, a falta de una expresión mejor, podría describirse como una especie de murmullo de tripas, o grave susurro, no muy diferente del exagerado ronroneo de un gato. En el elefante, ese profundo arrullo es señal de suma complacencia. Pero también había ocasiones en que notaba que me observaba de una manera curiosa, de forma muy parecida a la mía, y cuando nuestras miradas se cruzaban me daba la impresión de que nuestros pensamientos se encontraban en el aire y se juntaban como átomos invisibles.

Me gustaría decir que fue entonces cuando logré enseñarla a barrer el patio. Pero en realidad, yo no la enseñé; lo aprendió sola, cogiendo la escoba una mañana después de que yo la dejara, y agitándola de acá para allá. La elogí efusivamente y le di una golosina, lo que la animó a seguir barriendo para convertirse pronto en una barrendera excelente, aunque en su entusiasmo a veces limpiaba con demasiado vigor. En una ocasión rompió el palo de la escoba, algo que la dejó bastante perpleja; se quedó mirando los dos trozos y luego trató de juntarlos, y cuando no lo consiguió, pareció quedarse abatida. Enseñarle a barrer despacio, suavemente, utilizando la escoba como una pluma, me llevó más de dos semanas. Cuando *Timothy* se recuperó de la purulencia, observó cómo trabajaba *Jenny*, y, decidiendo imitarla, igual que ella me había imitado a mí, le arrebató la escoba; sin embargo, no comprendía el motivo de barrer, y hacía amplios y violentos movimientos en el aire. *Jenny*, molesta por la pérdida de la escoba, intentó recuperarla y se desencadenó una breve disputa que llegó a su fin cuando les ordené que me la entregaran. La cuestión se resolvió cuando proporcioné una escoba a cada elefante; a partir de entonces, todas las mañanas barrían el patio en común, levantando una enorme polvareda.

Aquel acceso de secreción se alargó durante seis semanas, y fue mucho más riguroso que el primero. La purulencia le chorreaba en

abundancia por los carrillos, y la rociada de la cachiporra le tintaba de un color verdoso la cara interna de los muslos. El alquitranado olor parecía estar en todas partes; hasta por la noche me acechaba en los orificios de la nariz. Pero después volvió a estar como una malva. Recuerdo un día que cojeaba de la pata delantera derecha. Esperé a Lizzy, y entonces, después de ordenarle que se tumbara, le limpié el polvo y la suciedad alojada en la planta de la pezuña, haciendo un reconocimiento por si veía la cabeza de algún clavo. La planta del pie de un elefante es tan dura como un tablón, y el clavo estaba tan profundamente incrustado y tan firmemente remachado, que no podía sacarlo con los dedos. En torno al clavo, la carne estaba demasiado caliente para tocarla. Cogí un cuchillo y unas tenazas, y expliqué a *Timothy* lo que iba a hacer, es decir, quitarle el dolor de la pata. Se quedó tumbado, sin moverse y sin apartar los ojos de Lizzy, que se había puesto en cuclillas junto a su cabeza, mientras yo hundía la punta del cuchillo en la planta con objeto de tener suficiente agarre para sacar el clavo. Aquel clavo casi mediría tres pulgadas, y debía de llevarlo incrustado bastante tiempo; cuando lo saqué, del agujero brotó una cascada de un líquido desagradable. Mientras yo realizaba la operación, Lizzy jugaba a palmas palmitas con la trompa de *Timothy*, y le agradecí que lo entretuviera. Cuando terminé, el elefante se puso en pie con cierta dificultad y le mostré el clavo.

—Mira, esto es lo que te hacía daño, ¿lo ves?

Lizzy se echó a reír.

—Tom, no te entiende, ¿sabes?

—Pues claro que me entiende —afirmé.

En un centelleo, *Timothy* alargó la trompa y me quitó el clavo de la mano; lo examinó atentamente y se lo mostró a *Jenny*, que lo cogió y observó a su vez, antes de devolvérselo. Él lo lanzó a lo lejos, y pasó la trompa por los hombros de Lizzy.

—Ahí lo tienes; te está dando las gracias —le dije.

—No está hablando conmigo, Tom —repuso ella—, no me está dando las gracias, simplemente me está saludando. No habla inglés, ¿sabes? No entiende inglés.

—Entiende más de lo que crees, habla en elefante.

Lizzy hizo un gesto de impaciencia.

—¿Por qué siempre haces que los elefantes parezcan algo que no son?

Me sorprendió la pregunta, y mientras me esforzaba por encontrar una respuesta, siguió reprendiéndome por pasar tanto tiempo con los elefantes.

—Te dedicas a ellos en cuerpo y alma.

—Bueno, Lizzy; pero hay que atenderlos.

—Pero no son lo único que importa en el mundo. No haces otra cosa que cuidarlos. No los dejas ni un momento.

—No hay nadie más que cuide de ellos, ¿qué debo hacer, si no? Dependen de mí. ¿Quién más iba a sacarles un clavo del pie?

Lizzy sacudió la cabeza.

—No me refiero a los clavos..., es que... son animales, Tom, ¿no crees? No haces más que hablar de ellos como si fueran personas.

—Son criaturas inteligentes, Lizzy, más que el resto de los animales; su compañía es interesante.

—¿Son más interesantes que tu propia especie, más interesantes que los seres humanos?

Lo pensé.

—Más que algunos, y menos que otros, probablemente. Son interesantes, pero de diferente manera.

Ésa es una conversación que me parece recordar, entre otras tantas; Lizzy insistía a menudo sobre el mismo tema. Es difícil acordarse exactamente. ¿Cuándo mantuvimos ésa, y en qué orden? ¿Qué tiempo hacía? ¿A qué se dedicaban los elefantes mientras nosotros hablábamos? A veces sólo recuerdo fragmentos de conversación, o comentarios concretos: por ejemplo, su observación sobre lo curioso que sería si los seres humanos tuvieran trompa en vez de nariz, mientras, en el mismo momento, me cogía de la nariz y le daba un tirón. En otra ocasión, me acompañó a la arboleda de los ruiseñores y nos sentamos con la espalda apoyada en un tronco mientras veíamos pastar a los elefantes. Diminutas orugas grises colgaban de finos hilos en el aire suave, y alrededor revoloteaban moteadas mariposas, mientras un pájaro carpintero de cabeza roja y cuerpo verde, que había

aterrizado en el tronco de un roble muerto, tamborileaba ruidosamente. De pronto me dijo que cerrara los ojos, y cuando le pregunté por qué, me contestó que ya lo vería, y cuando le pregunté qué vería, simplemente se echó a reír y dijo que, bueno, entonces nunca lo sabría. Así que la obedecí y cerré los ojos; después de lo cual me dio unos trozos de azúcar húmedo que guardaba en los bolsillos. Agaché la cabeza para lamer el pegajoso azúcar de la palma de su mano, mientras ella también lo lamía, con su hábil lengua, y con las lenguas juntas empezamos a besarnos, sólo para levantar la vista y descubrir que ambos elefantes nos miraban fijamente, asombrados.

Semanas después, durante el mismo verano, me quedé dormido en el altillo del cobertizo y cuando me desperté estaba de pie frente a mí. Era un día luminoso y parecía que me estaba tapando la luz. Dijo:

—Te he estado observando, Tom.

—¿Y qué?

—¿Quién es *Jenny*?

—¿*Jenny*?

—Llamabas a *Jenny* —explicó—, en sueños.

—Debes de haber oído mal.

—No he oído mal, pronunciaste su nombre tres veces, o cuatro, muy claramente.

Me resistía a decirle quién era *Jenny*, por temor a que se riera.

—Decir un nombre no va contra la ley.

—Sé de quién se trata, de tu novia. Es *Jenny Bush*.

Jenny Bush era una chica que vivía en *Gillerton*.

—No es *Jenny Bush*, te lo juro, *Lizzy*. ¿Cuándo me has visto con *Jenny Bush*?

Una pareja de golondrinas había construido un nido de barro y paja en el techo del cobertizo, en la juntura entre una viga y el travesaño. Uno de esos pájaros pasó entonces gorjeando por el altillo hacia el nido.

—No te creo, ¿quién es?

—Nadie.

—Entonces, ¿por qué dices su nombre? Y con ese tono. —Me imitó—. «*Jenny*.»

—No ha sido así. Estaba soñando.

—¿La estabas besando? ¿Qué estabas haciendo con ella? ¡Tom! Dímelo.

Su rostro, enmarcado por su larga melena negra, se hallaba en la penumbra y no veía claramente su expresión: a su espalda deslumbraba la luz.

—Te juro que Jenny Bush no es mi novia.

—No, pero te gustaría que lo fuese. Eso es lo que importa. Si no la has besado, te gustaría besarla.

Me incorporé sobre el codo y me hice una pantalla en los ojos con la mano.

—Nada de eso, me gusta mucho más besarte a ti que a ella.

—Ah, sí, ¿eh? ¿Entonces por qué no decías mi nombre?

—No sé.

Sacudió la cabeza.

—Y yo tampoco; además, por qué supones que tienes derecho a besarme, sobre todo después de llamar a Jenny Bush por su nombre. ¿Por qué iba a dejar que me besaras?

—Pero, Lizzy, no estaba llamando a Jenny Bush.

—¿A quién, entonces? Tom, no voy a dejarte salir de aquí hasta que me lo digas. Te tendré prisionero. Si me lo dices, dejaré que me beses. O a lo mejor dejo que me beses.

Pensé que sería mejor decírselo, si quería un beso. En realidad era algo que no hacía daño a nadie.

—Vale, te diré quién es si me prometes que no te vas a reír.

—¡Vaya, así que existe! ¿Quién es? ¿La has besado?

—¡Pues claro que no! Si supieras quién es, Lizzy...

—¡Estoy esperando a que me lo digas! Bueno ¿es fea y vieja?

—No, es muy guapa, pero... prométeme que no se lo dirás a nadie, ¿eh?

—¿Por qué tengo que prometer nada? No, no te lo prometo..., ¿a qué viene tanto secreto?

Seguimos así durante un tiempo, mientras las golondrinas subían y bajaban, una y otra vez. Al final Lizzy se sentó y dijo que lo prometía. Señalé a *Jenny* con la cabeza.

—Se llama así.

Se me quedó mirando.

—¿Cómo? ¿La elefanta? ¿La elefanta se llama *Jenny*?

—Es el nombre que le he puesto, así es como la llamo en mi cabeza, en privado.

Se echó a reír. Su pelo cayó hacia delante; luego, con un amplio movimiento de cabeza, se lo echó hacia atrás.

—Debes tomarme por idiota.

—Que no, Lizzy, en absoluto.

—Para creerse eso..., yo no me lo creo. Y entonces —añadió (señalando a *Timothy*)—, ¿cómo se llama él? ¿También lo llamas por algún nombre, en tu cabeza?

—*Timothy*.

—¡*Timothy!* ¡*Timothy y Jenny!*

Se partía de risa, balanceándose de un lado a otro.

Lamenté habérselo dicho; protesté diciendo que no era tan raro, que si caballos y perros tenían nombre, ¿por qué no habían de tenerlo los elefantes?

—Pero no nombres de personas, como *Timothy* y *Jenny*. No estoy nada segura de creerte. No me digas que es cierto... Ah, ya veo que sí. Es tan horrible como lo de *Jenny Bush*, o casi. Y puede que sea peor. Así que estás enamorado de una elefanta.

—No estoy enamorado de ella.

—Lo dirás tú —replicó—. Pero si te hubieras oído, murmurando su nombre...

Le pedí el beso que había prometido, pues había dicho que me lo daría si le decía quién era *Jenny*. Pero contestó que no lo había prometido, que sólo había dicho que a lo mejor me dejaba darle un beso, y ahora que sabía que *Jenny* era la elefanta no estaba segura de permitirme que la besara: porque ¿cómo podía saber, mientras la besaba, que no estaba besando a la elefanta? Para eso no había respuesta, o yo no la encontré; aunque podía haberle contestado que, de igual modo, yo no estaba seguro de lo que a ella se le pasaba por la cabeza.

—Bueno —concluyó Lizzy, inclinándose hacia delante y dándome

un beso.

Yo la besé a mi vez, y... Ah, qué placeres los de aquellos momentos, y los de después, el suave trinar de las golondrinas y las grietas de luz brillando entre las tejas mientras le quitaba del pelo hebras de paja.

Capítulo 5

Voy a describir ahora los acontecimientos que condujeron a la marcha de los elefantes de Harrington Hall. Aunque la mayoría de las noches dormía en el cobertizo, de cuando en cuando me quedaba en casa de mi madre, en Thornhill. Después de ver el fantasma de mi padre llevando un caballo y un carro por la calle, le daba terror la oscuridad. Una de esas noches, una de mucha lluvia de junio de 1769, unos fuertes golpes me despertaron de mi primer sueño, y cuando abrí la ventana y miré a la calle había un hombre (cuyo nombre no importa) abajo. Entrecortadamente me dijo que debía ir enseguida, que los elefantes se habían escapado y campaban a sus anchas por los jardines de la mansión. Por la urgencia de su voz, estaba claro que lo decía en serio.

Apenas puedo explicar el pleno alcance de mi horror ante esa información. Con sus tiernas verduras y bonitas flores, sus arreglados senderos y recortados setos, el huerto y los jardines constituían uno de los mayores deleites de la señora Harrington. Al final de un paseo cubierto de hierba había mandado construir una especie de enramada, con un asiento de madera, y todos los días pasaba horas ahí con sus dos niñas. Los estragos que podrían causar los elefantes en aquella pequeña parcela de paraíso, arrancando cualquier cosa con la trompa para metérsela en la boca, atiborrándose de comida, me inquietaban profundamente. Mientras me ponía las botas, pregunté al hombre cuánto tiempo llevaban los elefantes en los jardines; contestó que no lo sabía, pero que había un gran revuelo. Lo que yo no entendía era cómo pudieron salir del cobertizo, que yo había dejado atrancado y cerrado con llave, y luego del patio, también cerrado, para pasar a los jardines, que estaban cercados por tres lados por una alta tapia de ladrillos, y por el cuarto, por una zanja baja.

Acudí corriendo a la mansión. Llovía a cántaros. El señor

Harrington estaba de pie en la terraza que daba al jardín, con una escopeta en la mano y Joshua a su lado; atisbaban entre la oscuridad, hacia un punto de donde procedía un griterío. Me dirigí apresuradamente hacia aquel alboroto, distinguí el voluminoso contorno de los elefantes, arrinconados contra una pared por un irregular semicírculo de veinte o más antorchas esgrimidas por diversos criados, entre los cuales se encontraba mi hermano Jim, el jardinero jefe, señor Judge, y mi compañero de cuadra, Dick Shadwick. Esos hombres, cuyos asustados rostros relucían al resplandor de las crepitantes antorchas, iban armados con palas, bieldos y bastones. A veinte pies de distancia, uno junto a otro, los elefantes, igualmente aterrorizados y con las orejas extendidas, la cabeza hacia atrás y la trompa a medio enroscar, parecían a punto de iniciar una embestida fatal. Cuentan que todo elefante tiene la costumbre de enroscar la trompa antes de embestir, y por una buena razón, porque si resulta gravemente herido en ese apéndice es incapaz de beber y tomar alimento, con lo que acabaría muriendo. Le di unos toques en el brazo al señor Judge, grité que se retirase con los demás en aras de su propia seguridad. Preso de una intensa cólera, me contestó:

—Di al señor que traiga la escopeta, podemos mantener a raya a esos cabr... aquí hasta que llegue.

—Señor Judge...

—¿Es que no me has oído? ¿Dónde está el señor? —Y a los hombres —: ¡No les quitéis ojo, manteneos firmes! ¡Se están revolviendo, se mueven, quietos ahí, no cedáis!

—¡Se lo repito, señor Judge, tienen que retroceder!

—¡Vete de aquí, joven cabr...! ¿Dónde está el señor?

Al cabo entró en razón, y, de mala gana, se inició la retirada y me dejaron solo en la oscuridad. Los elefantes se volvieron hacia mí, pero sin las antorchas no podía verles la expresión de la cara; y tampoco sabía cómo me veían ellos a mí. ¿Quién sabe cuánto ven los elefantes en la oscuridad? ¿Igual que los seres humanos, o menos? ¿O reconocen algunas cosas por el olfato, porque desde luego poseen un agudo sentido olfativo? Abrí los brazos y me acerqué a ellos despacio, cantando y diciendo soy yo, Tom, sólo soy Tom, no tengáis miedo,

Jenny, Timothy, estáis a salvo. Ya estáis a salvo, no van a haceros daño. Os quiero, os quiero, estáis a salvo. Enroscaron la trompa en un saludo amistoso y yo alcé las manos en contestación. Las dos trompas parecieron deslizarse por mis costados, como si quisieran asegurarse de que yo era realmente Tom, su cuidador. Entonces, espontáneamente, *Timothy* se arrodilló en el barro y yo monté en su húmedo cuerpo, y con *Jenny* detrás, la trompa apoyada en la grupa de su hermano, salimos de los jardines mientras el señor Harrington y los criados empuñaban las antorchas y las armas y observaban en silencio desde la terraza. No estuvieron mucho tiempo callados, porque una vez que pasamos de largo estalló un confuso rumor de gritos que nos persiguió todo el camino hasta el cobertizo. Allí intenté calmar a los elefantes, aunque siguieron de pie, temblando, juntando las trompas y escuchando cómo caía la lluvia durante horas.

Antes del amanecer, los dejé y salí a comprobar los daños que habían causado. La lluvia había amainado pero el aire era frío y húmedo, y en los jardines goteaba hasta la última lámina de vegetación. Incluso a media luz era bastante fácil seguir el camino tomado por los elefantes desde el momento en que entraron en los jardines por una puerta de la tapia; y cuando se abrió el día, la luz reveló una escena de plantas pisoteadas y arbustos destrozados, algunos de ellos yacían de lado con las raíces mirando al cielo. Las encharcadas huellas me condujeron al huerto, donde el alcance de los destrozos era, si acaso, aún mayor: hileras de patatas desenterradas, lechugas hechas pedazos, judías verdes y alcachofas arrancadas y arrojadas a un lado. La enramada de la señora Harrington había escapado a la destrucción, pero eso no servía de consuelo. El señor Judge estaba en la terraza, los brazos en jarras y el rostro sombrío y fatigado. Le dije que lamentaba en grado sumo lo que había sucedido, mientras esperaba una buena bronca como respuesta; en cambio, emitió un suspiro y dijo que podía haber sido peor, no había habido muertos.

—¿Estaba cerrado con llave el cobertizo?

—Y atrancado. Igual que la puerta del patio.

—En ese caso, ¿cómo salieron?

Contesté que no lo sabía.

—Bueno —concluyó suspirando el señor Judge—, mejor será que no vuelvan a salir, por su propio bien.

El señor Harrington también me preguntó, esa misma mañana, cómo se habían escapado los elefantes, y le contesté lo mismo, que no lo sabía, que los había dejado dentro del cobertizo. Me preguntó si podrían haber salido por sus propios medios, y le contesté que eso era imposible.

—En otras palabras —repuso él—, ¿los ha soltado alguien, a propósito? ¿Quién haría una cosa así?

Yo tenía sólidas sospechas, pero ni la más mínima prueba, así que le dije que no tenía ni idea. Me miró, y frunció el ceño.

—Tom, ya causan bastantes estragos en el bosque para que encima destrocen los jardines.

—Sí, señor.

A partir de entonces, vigilé muy de cerca a los elefantes, y apenas los dejaba solos, de día o de noche, salvo para ir a la caseta del retrete.

Nada de todo eso habría tenido importancia de no haber sido por un desafortunado accidente, que ocurrió a la semana siguiente, y debo reconocer que buena parte de la culpa fue mía. Ya desde hacía un año, Joshua venía pidiendo permiso para montar en los elefantes. Yo había prometido al señor Harrington que nunca se lo permitiría, como el pequeño bien sabía; sin embargo seguía insistiendo, con cualquier pretexto que le venía a la cabeza.

—Soy buen jinete, Tom —me decía—. Tú siempre me dices que monto muy bien. Ya tengo ocho años, ¿sabes?

Yo le replicaba que montar en elefante era enteramente distinto que cabalgar en un poni; además, su padre lo había prohibido.

—Ah, pero ya hace mucho tiempo que mi padre dijo eso, cuando yo era pequeño. Ahora sí me dejaría montar. Sé que lo permitiría.

—En ese caso, Joshua —le contestaba yo—, tendrás que obtener su consentimiento.

Y con eso pareció acabar el asunto. Pero al día siguiente, cuando vino a su clase de equitación, ya había descubierto una nueva línea de ataque.

—Seguro que a mi padre no le importaría que me sentara en uno de los elefantes, Tom. No para montar, sólo para quedarme sentado en su lomo. ¿Qué hay de malo en eso? Mi padre no ha dicho nada sobre sentarme, ¿verdad?

Me eché a reír y le dije que sentarse y cabalgar venía casi a ser lo mismo.

—Bah, Tom, eres un plomo. No eres más que un simple mozo de cuadra. ¿Por qué tendría que tener en cuenta tu opinión?

Se produjeron muchas escaramuzas de este estilo, pero Joshua no logró salirse con la suya porque yo había dado mi palabra al señor Harrington. Una tarde, sin embargo, me aseguró que había obtenido permiso de su madre.

—Pero no de tu padre —repliqué.

—Mi padre está en Bristol, Tom, ¿cómo voy a conseguir su permiso? Mi madre ha dado su aprobación. Sólo será un momento, ¿qué inconveniente hay?

Le contesté que estaría más satisfecho si la señora Harrington me lo dijera personalmente; ante lo cual se fue sin pronunciar palabra para volver unos minutos después y decirme que había hablado con ella y que no le importaba. Cuando le repetí que prefería que ella me lo dijera en persona, empezó a perder la paciencia: «No puede venir, Tom, no quiere venir, está ocupada, se está vistiendo». Ante lo cual cedí, creyendo que como su madre le había dado su consentimiento, al señor Harrington no le importaría, así que ordené a *Jenny* que se arrodillara, y Joshua se subió gateando a su cuello.

—Haz que se levante, Tom.

Así lo hice. Con aire triunfal, se quedó sentado, con los pies apoyados en la base de sus orejas.

—¿Adónde vamos? ¿Por qué no hay riendas?

—No vamos a ninguna parte.

—¿Por qué eres tan aburrido, Tom? Eres tan soso como un escarabajo.

Y empezó a picarla con los pies, instando a la elefanta a que avanzara y diciéndole ¡arre! como si fuera un caballo.

Jenny no hizo caso pero se puso en pie y me miraba a la espera de

recibir instrucciones, y yo la conduje despacio por el patio.

A partir de entonces, lo confieso, solía permitir que Joshua se sentara en el cuello de *Jenny*, y a veces lo dejaba solo mientras atendía a *Timothy*. Eso fue un gran error por mi parte porque, apenas una semana después de que los elefantes se escaparan a los jardines, se cayó y se dislocó el brazo izquierdo. No presencié el incidente, pero oí un grito y lo vi tendido en el suelo. Se puso en pie con dificultad, sujetándose el brazo, que le colgaba en un ángulo extraño. Después de dejar a *Jenny* en su cuadra, lo acompañé a la mansión, y entonces me rogó que no dijera a su madre que había montado en elefante.

—Pero tu madre sabe que has estado montado en los elefantes, ¿no es así?

—No —contestó, lívido—, no lo sabe. Y tú no debes decírselo, no se lo cuentes, Tom, o me mataré yo mismo.

Le prometí que no diría una palabra a menos que me lo preguntaran directamente.

Al acercarnos a la mansión, salieron la señora Harrington y la nodriza con las dos niñas pequeñas sujetas con unos cordones para que no se cayeran, y Lizzy detrás, a un paso, y entonces Joshua gritó que se había caído del poni y se había hecho daño en el brazo. Mientras Lizzy me lanzaba una mirada penetrante, porque había visto a Joshua montar en la elefanta, la señora Harrington fue corriendo hacia Joshua.

—¿Cómo te has caído?

—Montando a *March* —contestó (*March*, ya debía haberlo dicho, era el nombre de su poni).

—¿No estarías montando uno de los elefantes?

—No, madre.

—Tom Page, ¿estaba montando un elefante?

Mi expresión probablemente decía bastante, y la señora Harrington se apresuró a exclamar:

—¡Ah, y además habiéndolo yo prohibido expresamente! ¿Cómo lo has permitido?

Ante eso, Joshua, aunque presa de grandes dolores, saltó:

—¡No es culpa de Tom, madre, la culpa es sólo mía, no de Tom!

Pero la señora Harrington siguió recriminándomelo en tono autoritario, diciéndome que no sabía cómo iban a fiarse de mí en lo sucesivo y que había que hacer algo con los elefantes. Me alarmé mucho, pero más adelante le di al señor Harrington una sincera explicación de lo sucedido, y después de escucharme con atención como era su costumbre, me dijo que no era culpa mía, salvo por ser demasiado crédulo con Joshua.

—Ha sido una buena lección para él, porque ha tenido su justo castigo —afirmó, y, mirándome a los ojos, añadió—: Pero que no vuelva a ocurrir. ¿Me has entendido, Tom?

—Sí, señor.

Unos días después, en una agradable tarde de verano, los elefantes pastaban en un prado no lejos de la mansión. Lizzy me había acompañado y estábamos tendidos en un terreno de hierba alta, escuchando a los saltamontes y contemplando el cielo azul, cuando me empezó a hablar de la señora Harrington. Dijo que la señora estaba decidida a vender los elefantes, porque tenían mala intención y eran un peligro para los niños, y a medida que fueran haciéndose mayores se volverían cada vez más peligrosos. Contesté que la señora Harrington estaba malgastando saliva, que su marido nunca vendería los elefantes porque, al contrario, se proponía crear una manada de cría.

—¡Ay, Tom, pero esa idea la desechó hace mucho! —respondió ella—. El señor Harrington está indeciso sobre los elefantes. Suponen un gasto enorme, cada uno come lo mismo que doce caballos. ¿Cómo va a mantenerlos? No representan ningún beneficio para él, lo único que hacen es comerse su fortuna.

—¿Eso ha dicho el señor Harrington?

—Unas veces dice una cosa, y otras la contraria. Y la señora Harrington es muy insistente. Tiene mucho miedo. No puede dormir. No habla de otra cosa.

—¿De qué tiene tanto miedo?

—De que los elefantes vuelvan a escaparse. De que hagan daño a los niños. O de que ocurra alguna otra cosa.

Sentí crecer el odio en mis entrañas.

—La señora Harrington ha sido contraria a los elefantes desde el principio.

—Es madre —repuso Lizzy—. Piensa en sus hijos, eso es todo. Tiene miedo. Todo el mundo tiene miedo de lo que puedan hacer los elefantes, incluso yo tengo a veces un poco. ¿Acaso es tan raro? Cuando *Timothy* tiene la purulencia es aterrador.

—Está encadenado.

—Sigue dando miedo. Cabe la posibilidad de que se escape. Si yo fuera el señor Harrington... A veces pienso... —dijo, incorporándose sobre el codo y acercándose a mí; pero no terminó la frase.

—¿Qué piensas?

—Que puede que sea mejor para ti que se vayan —contestó con bastante reticencia.

El mundo me empezó a dar vueltas. No dije nada.

—Me refiero a que ya no tendrías que estar todo el tiempo pensando en ellos.

—No es eso..., pero... hay que cuidarlos. Nadie más puede hacerlo.

—Es que no dejas que nadie lo intente. Tu vida está supeditada a los elefantes, Tom. Estás encadenado a ellos, eres su esclavo, no tienes tiempo para nada ni para nadie. Es como una fiebre. La fiebre del elefante.

—El señor Harrington no los venderá —dije, apartándome a un lado e incorporándome—: No puede venderlos. Es imposible. Son criaturas inofensivas.

—¿Adónde vas?

—A hablar con ellos.

Los elefantes estaban pastando al otro extremo del prado, tan pletórico de dientes de león que parecían emerger de una especie de nevada veraniega. Mientras venían sin prisa hacia mí, levantando un blanco polvillo con las patas, balanceando suavemente la trompa de un lado a otro, sentí un aturdimiento. Todo el mundo, dije para mis adentros, se ha vuelto contra ellos, mis compañeros de cuadra, mi madre, la señora y el señor Harrington, hasta Lizzy, porque en realidad ninguno los entiende, ni trata de hacerlo. Pero cómo van a entenderlos, si ni siquiera los conocen, si ni siquiera los miran como es

debido; lo que ven son dos feas y deformes criaturas, medio vaca, medio cerdo, con largas narices y gruesas patas, que consumen tanta hierba como una docena de caballos y no sirven para nada útil. Era injusto decir que podrían ser un peligro para los hijos de la señora Harrington, porque los elefantes adoraban a los niños. Lo que más me irritaba era la acusación de que tenían malas intenciones; porque, si bien no se comportaban como era debido de vez en cuando, carecían de malicia y no tenían noción del mal. La expresión de sus rostros traslucía amor e inocencia.

Como una vieja mascullando encantamientos, me repetía a mí mismo que el señor Harrington no podía venderlos, que no iba a hacerlo. Sin embargo, durante el resto del verano resultó evidente que, en efecto, intentaba venderlos a toda costa, porque invitó a una serie de caballeros para que fueran a verlos, y esos caballeros hacían preguntas sobre su alimentación, sus hábitos, o sobre cualquier otro aspecto, como harían si tuvieran que decidirse a comprar un caballo.

Al aproximarse el otoño, disminuyó el número de esos visitantes, y empecé a sentirme algo más tranquilo; de manera que, cuando cayó el golpe, no estaba tan preparado como debería haber estado.

Fue una tarde a finales de octubre; habíamos vuelto al cobertizo después de una excursión más larga que de costumbre, en la cual los elefantes habían disfrutado bañándose en una de las charcas del bosque. Nos estaba esperando el señor Harrington. Había algo en su actitud que me alarmó, incluso antes de que empezara a hablar. No recuerdo sus palabras exactas, pero empezó diciendo que últimamente le habían informado de que era imposible incitar a los elefantes a que se reprodujeran en cautividad, pues nadie había tenido éxito en esa empresa, ni en El Cabo ni en las Indias. El señor Coad se había equivocado por completo en ese aspecto. En realidad, prosiguió el señor Harrington frunciendo el ceño, él había depositado demasiada confianza en el asesoramiento del señor Coad, porque no era cierto que los colmillos pudieran recolectarse en grandes cantidades. Además, después de haberlo meditado profundamente, había reconocido que suscitar la unión de dos criaturas que probablemente eran hermanos resultaba repugnante, algo que atentaba contra toda

ley moral, y no podía aceptar semejante idea; había estado ciego para no verlo antes. Era su obligación impedir que se produjera dicha unión. Por tanto, había decidido vender uno de los elefantes, el macho, al conde de Ancaster, que estaba creando una *ménagerie* en su propiedad de Grimsthorpe, en el condado de Lincolnshire. Al ver mi expresión de perplejidad, prosiguió:

—Estoy de acuerdo, Tom, habría sido mejor que se llevara a los dos, pero de momento no es posible.

—¡Señor, se sentirán perdidos el uno sin el otro!

—Estarán confusos durante un tiempo, pero eso será todo. Los animales no son como nosotros, Tom; sus capacidades son limitadas, tienen escasa memoria. Viven en el presente, ésa es su ventaja y su maldición. Pronto se olvidarán el uno del otro, créeme. Con los perros pasa lo mismo.

Oí asombrado todo eso, porque me parecía recordar que el señor Harrington me dijo que los elefantes tenían más memoria que otros animales. Tampoco entendía por qué sería tan terrible que *Jenny* y *Timothy* se apareasen; al fin y al cabo, la descendencia de cerdos, ovejas, perros y caballos se aparean continuamente entre sí. Sin embargo, no habría tenido sentido señalar todo eso al señor Harrington, que, según percibí, se había aferrado a esa idea como un pretexto conveniente. Le pregunté cuándo se llevarían al macho, y me dijo que al domingo siguiente, es decir, al cabo de seis días.

—Si lo deseas, estoy seguro de que podrás marcharte tú también. En realidad, el conde me preguntó si sería posible, pero le dije que preferirías quedarte aquí. Fíjate en que ahora todo te será mucho más fácil, con sólo la hembra que cuidar.

Aquella noche no pude dormir, no sabía qué hacer. Sentía grandes deseos de irme con *Timothy* a Lincolnshire; pero si lo hacía, dejaría a *Jenny* con Bob o Dick, que eran mis enemigos. Esto último era una perspectiva demasiado horrible para que pudiera contemplarse, y cuando consideré el carácter de los dos elefantes, me pareció que *Jenny* era más tímida y menos robusta que *Timothy*. Por tanto, decidí quedarme con ella. No obstante, pasé los días siguientes construyendo una jaula robusta para transportar a *Timothy* en su viaje a Lincolnshire,

y cada clavo que incrustaba en la madera era como si me lo hundieran en el corazón. Tuve cuidado de construir la jaula fuera de la vista de los elefantes, para que no sospecharan ni se alarmaran. El sábado por la noche, al amparo de la oscuridad y con ayuda de otros criados, la trasladé sigilosamente al patio y la dejé allí, disimulando luego su aspecto con bastante vegetación y llenándola con cantidades de heno entre el cual oculté manzanas y peras. Pero por la mañana, cuando abrí la puerta del cobertizo, *Timothy* reconoció enseguida la trampa y, emitiendo un agudo y agitado bramido, se alejó hasta el otro extremo del patio. No se lo podía convencer para que se moviera: con las orejas aleteando, zarandeando la cabeza, rechazaba mis halagos; entonces recurrí al ron, que lo dejó aturdido y sumiso. A empujones y arremetidas, un grupo de vociferantes criados le hizo entrar en la jaula. Cuando los caballos lo sacaron de allí, lanzó un solo bramido, una última llamada de angustia, y confieso que sentí tanto dolor como cuando murió mi padre; fue muy parecido a otra muerte.

Después de su marcha, *Jenny* se quedó muy abatida. A veces permanecía quieta, sin moverse, guardando largos silencios, la trompa lacia, o barritando como a la espera de escuchar la contestación de su hermano, que, como nunca se producía, la dejaba sumida en la tristeza. Caminaba sin entusiasmo, levantando cada pie como si fuera de piedra, como si se abriera paso a través de un fuerte viento. Figurándome su estado de ánimo, y cómo me sentiría yo en su lugar si el único miembro de mi especie que conociese en el mundo desapareciera sin explicación alguna, me esforcé en animarla y le ofrecí golosinas, y la llevé a sus lugares favoritos y dejé que se bañase más tiempo de lo que le habría permitido en otras circunstancias. Y por la noche me sentaba a su lado y le hablaba en voz baja, *Timothy* estaría bien cuidado en Grimsthorpe, lo mimarían y lo consentirían, sin duda, en la *ménagerie* del conde, y un día volverás a verlo, desde luego, hay muchas posibilidades de que el conde llegue a quererlo tanto que decida comprarte a ti también, pero pase lo que pase no temas nada, yo estaré contigo, te lo prometo. Así seguía yo, y aunque deseaba que me hablara a su vez, aliviando la carga de dolor que pesaba sobre su entristecido corazón, tenía la impresión (que puede

resultar ridícula, pero también puede que no) de que entendía parte de lo que le estaba diciendo, o al menos captaba la tranquilidad que transmitía mi voz; aunque había otra voz que hablaba todo el tiempo en mi cabeza diciéndome que mentía: porque cómo sabía yo la forma en que tratarían a su hermano, ¿y era realmente probable que la comprara el conde? No, no lo era. Sí era previsible que el señor Harrington acabara vendiéndola, al menos eso esperaba todo el mundo. Yo vivía en un estado de temor e incertidumbre.

Llegó el invierno, y pasó. Entonces, el señor Harrington me informó de que lord Bidborough de Easton, en el condado de Sussex, había convenido en comprarla.

—Me preguntó si estarías dispuesto a acompañarla, ya que conoces bien sus hábitos. Le dije que preferirías quedarte aquí, aunque la decisión de marcharte o no sería sólo tuya; en cualquier caso, yo no te insistiría. No deseo que te marches, pero lord Bidborough es un hombre acaudalado que posee una espléndida propiedad, y, por lo que me han dicho, tiene fama de ser un patrón considerado. No me cabe duda de que recibirás buen trato.

De inmediato le dije que iría. El señor Harrington asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de que procedes como es debido, Tom. Y también de que te irá estupendamente.

Debo pasar deprisa sobre los días que quedaban antes de mi marcha de Harrington Hall. Baste decir que la noticia se extendió rápidamente, y aunque Bob y Dick me congratularon echándome un cubo de agua sucia a la cabeza, otros me ofrecieron sus mejores deseos. El señor Judge me aseguró que los jardines de lord Bidborough prosperarían aún más con el estiércol de la elefanta, que él echaría mucho de menos. En cuanto a mi madre, cuando se enteró de la noticia rompió a llorar, y, retorciéndose las manos, dijo que no volvería a verme más y que maldecía el día en que yo había puesto los ojos en esos animales, pues no habían traído sino mala suerte, y por su culpa había fallecido mi padre, cuya muerte, al parecer, seguía achacando a la fiebre del elefante.

—¿Y qué hay de la pobre Lizzy? Le romperás el corazón.

Me puse hecho una furia: lo que fuera de la pobre Lizzy no era asunto suyo, nunca había habido ningún tipo de acuerdo entre Lizzy y yo en lo referente a matrimonio, si eso era lo que quería decir. Siguió quejándose sobre la falta de corazón de los hombres que jugaban con los sentimientos de las muchachas sin tener en cuenta las consecuencias. En verdad, me sentía un tanto preocupado por Lizzy. Había venido corriendo al cobertizo, sin aliento.

—Me han dicho..., ¿es verdad? ¿Tom? La señora Harrington me ha dicho..., dime que no es cierto.

—¿Qué es verdad o qué no es cierto?

—Que te marchas... con la elefanta..., que os vais a centenares de millas de aquí.

—Sí; la ha comprado lord Bidborough de Easton, en Sussex.

—Pero Tom, *a ti* no te han comprado —replicó—. Lord Bidborough ha comprado a la elefanta, no a ti.

—Lizzy, llevo tres años cuidándola. Ningún otro sabría cuidarla. Me necesita.

—Ya encontrarán otro, sin duda. Tendrá otro cuidador. Si te vas a Sussex no volveré a verte más.

—No está a centenares de millas de aquí. Volveré a Thornhill, eso seguro. Te lo prometo, Lizzy, volveré.

—¿Cuándo? —inquirió ella—. ¿Cuándo? No vas a volver, Tom. Sé que nunca volverás.

Estaba estremecida, temblaba y pronunció esas palabras con gran fuerza y pasión. Confieso que me quedé absolutamente perplejo. Nunca había estado tan seguro, creo, de cuánto me quería; aunque éramos novios, a veces me preguntaba si Lizzy practicaba algún tipo de juego. Ahora percibía que iba muy en serio, lo que me agradó; y sin embargo, si el Amor estaba de su lado, la Razón estaba enteramente del mío. Lord Bidborough me había pedido que fuese a Easton, el señor Harrington no había intentado disuadirme, y nada parecía presagiar que otro cuidador se hiciera cargo de *Jenny*. ¿Quién podía saber cómo la tratarían?

Volví a prometer que volvería a Thornhill, pero le dije que era demasiado tarde para impedir que me fuera a Sussex, el asunto estaba

ya zanjado. Entonces crucé el patio hasta un pequeño almacén, de donde saqué un saco de zanahorias. Me siguió, pegada a mis talones, suplicando.

—Tom, no puedes atarte de por vida a un elefante. No puedes pasarte la vida entera cuidando a la elefanta.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes, es antinatural. No es más que un elefante.

Ante esas palabras, me empezó a hervir la sangre. *No es más que un elefante*. Como si una criatura tan noble y gallarda, tan espléndida, bella e inteligente, no valiera más que un simple sapo, un pájaro, un escarabajo o una rata. Me quedé mirándola, con el saco de zanahorias en la mano.

—Cuando dices que no es más que un elefante, quieres decir que, bien pensado, *Jenny* no tiene importancia. No hay que tenerla en cuenta, es insignificante. Pero no es eso lo que yo creo.

—Tú crees que vale más que un ser humano —me dijo Lizzy en tono acusador.

—A veces sí lo creo —repliqué con frialdad, mientras ella, con labios temblorosos, me volvía la espalda llorando.

Esperaba, estoy seguro, que la tomara en mis brazos y le dijera que la quería y me quedaría en Harrington, y que abandonaría a *Jenny*, que *no era más que un elefante*. O tal vez esperaba que la llevara conmigo a Easton, como mi esposa, y en realidad si no hubiera proferido esa frase fatal, *no es más que un elefante*, así habría sido. Pero esas palabras me enfurecieron más de lo que puedo expresar, de modo que pasé por su lado y arrojé las zanahorias en el comedero de *Jenny*, ¿y qué recuerdo después de eso? Estruendo en los oídos, oscuridad en la visión. Ahora me duele pensar en esa despedida; apenas soporto recordarla. El lector puede juzgarme con dureza, si así lo decide, y sin embargo, ¿acaso no tengo razón? ¿No es evidente que el elefante vale más que muchas personas?

Jenny y yo nos despedimos de Harrington Hall en un día espléndido de primavera del año 1770, con los árboles radiantes y en flor. Quedaba un mes para mi décimo séptimo cumpleaños. Antes de marcharme, estreché la mano a mi hermano Jim, y le dije que cuidara de nuestra

madre, que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Como regalo me dio una serie de pertenencias de mi padre, incluido su mejor sombrero, que me encasqueté en la cabeza, y sus ejemplares de la *Ópera maestra* de Markham y *Los viajes de Gulliver*, que guardé en una bolsa pequeña. Joshua también me dijo adiós, me estrechó firmemente la mano y me aseguró que, pasara lo que pasara, siempre me recordaría. Estaba aún más pálido que cuando se dislocó el brazo. El señor Harrington, a su lado, me deseó buena suerte y me agradeció mis servicios. «Yo siempre le estaré agradecido a usted, señor», afirmé; y lo dije sinceramente. Más adelante me enteré de que había vendido a *Jenny* por la suma de trescientas guineas, con lo que obtuvo un excelente beneficio.

Capítulo 6

El viaje de Somersetshire a Easton duró cuatro días. Podríamos haber avanzado con mayor rapidez, pero en cada parroquia grupos de niños nos recibían como destacamentos de soldados que salen a dar la bienvenida a un ejército. Una vez confiados en que el elefante no era peligroso, corrían a nuestro lado, se acercaban corriendo para hacernos preguntas a gritos, o se apresuraban a ir en busca de sus padres y parientes mayores, que salían de sus hogares y casas campestres para asediarnos con dulces, exquisiteces y tentempiés. A veces la noticia de nuestra llegada se adelantaba a nosotros, y a *Jenny* y a mí nos daban un recibimiento digno de una reina, echando a rebato las campanas de la iglesia. Todo aquel ruido y agitación me daba miedo, pero *Jenny* estaba tranquila y de buen humor, y parecía disfrutar de las atenciones de las multitudes. La primera noche nos alojamos en El Antílope, en Sherborne. Durante la mañana del segundo día cruzamos un país de verdes y suaves praderas, sembrando una gran alarma entre las vacas, que coceaban en el aire y se alejaban corriendo. Una vez más nuestra marcha se vio obstaculizada en cada aldea, pero por la tarde subimos por una elevada colina y adelantamos bastante por la cañada. Hacia el final de la jornada nos acercamos a la ciudad de Salisbury, con su reluciente aguja, y dejando atrás la colina cruzamos un gran río por un vado.

Consideré que lo mejor era evitar Salisbury, y nos alojamos en una posada solitaria cuyo nombre he olvidado. En plena noche me despertaron unos bramidos, salí corriendo, sin más ropa encima que una camisa, y me encontré con tres granujas borrachos que intentaban entrar por la fuerza en la cuadra de *Jenny* con el propósito de llevársela, aunque lo negaron rotundamente. Después de eso pensé que sería mejor vigilarla de cerca, pero la cuadra era tan pequeña que no había sitio para tumbarme y tuve que quedarme en el patio. Hacía una noche

espléndida, llena de estrellas, aunque muy fría cuando cayó el rocío, pero me tapé con el capote y conseguí acomodarme bastante bien. Al tercer día cruzamos Winchester y llegamos a Petersfield, donde nos alojamos en La Conjura, cuyo propietario, un tipo risueño, llevó a la elefanta cantidades de patatas y varios cubos de cerveza, que ella bebió con gran entusiasmo, metiendo la trompa en el cubo y sorbiéndolo de una sola vez. Seguidamente, trabé conversación con un anciano canoso que, al enterarse de mi destino, afirmó que conocía bien Easton. Le pregunté si la mansión y los terrenos eran tan bonitos como me habían dicho, y me contestó que en otro tiempo así había sido; y cuando intenté averiguar lo que quería decir con eso, me contestó que ya lo vería muy pronto con mis propios ojos. Sacarle información resultó tarea difícil; sin embargo, tras abastecerle de cerveza se le soltó la lengua y me confió que lord Bidborough había hecho mejoras en toda su propiedad, según el dictado de la moda, y que había empleado a gente de pueblos de muchas millas alrededor, así como a un regimiento de soldados, para excavar lagos, construir templos y erigir un obelisco.

—Lo llaman «mejoras» —explicó, aclarando que él no lo consideraba una mejora con respecto a lo que antes había.

Como yo nunca había oído hablar de un obelisco, le pregunté qué era; me contestó que se trataba de una columna alta, una aguja de piedra, que se alzaba hasta alcanzar una altura considerable. Y prosiguió, refunfuñando:

—Aunque el *sentido* que pueda tener ese obelisco..., de qué le sirve a alguien..., eso no lo sé..., pero por otra parte —señaló con la jarra en dirección a la trompa de Jenny—, ¿qué *sentido* tiene eso?

Le dije que la trompa del elefante servía para muchas cosas.

—En ese caso —repuso—, el obelisco también debe de servir para muchas cosas; lo único que sé es que todos los lores y señoras de por aquí están erigiendo el suyo. Ningún parque está completo sin un obelisco, créeme. Es la moda.

A la mañana siguiente, uno de los mozos de cuadra de lord Bidborough vino a caballo a nuestro encuentro. Se llamaba John Finch y llevaba doce años al servicio de lord Bidborough. Ocupaba el puesto

de mozo del caballo del huésped, es decir, estaba al cuidado de las monturas de las señoras y caballeros que se alojaban en la mansión. Iba vestido con la librea granate y verde de su señoría. Me dijo que lord Bidborough era uno de los nobles más considerados, y que tenía cerca de sesenta y cinco años, mientras que lady Bidborough, su tercera esposa, era algo más joven. De su primera mujer tenía una hija, Elizabeth, ahora casada con lord Parham de Dicker, en Sussex; de su segunda, un hijo, el señor Charles Singleton (Singleton era su apellido), que en aquellos momentos viajaba por Italia y Alemania, y una hija, la señorita Anne Singleton, de catorce años.

Finch me contó que las «mejoras» de lord Bidborough, es decir, los cambios introducidos en la propiedad de Easton, llevaban casi dos años ejecutándose. La primera etapa de las obras, ya completada, había consistido en la construcción de un lago y el uso de la tierra extraída para levantar lomas y colinas. Eso me sorprendió, y le pregunté cómo de grandes eran las colinas.

—Pues, bueno —contestó—, son colinas como Dios manda.

Después de eso, prosiguió, se habían plantado miles de árboles jóvenes en macizos, bosquecillos y paseos, y al final de una larga avenida de limeros se había erigido un obelisco. Y un templo de piedra, dedicado a la diosa Diana, se estaba construyendo en un altozano junto al lago.

Todo eso aumentó sumamente mis deseos de llegar a Easton, afán compartido por *Jenny*, que caminaba a grandes zancadas, a tal velocidad que Finch tuvo que poner su yegua a galope corto para mantenerse a nuestra altura. Cuando llegamos, al cruzar la verja y acometer el camino de entrada estiré el cuello para ver la mansión, pero una ligera elevación, ya desaparecida desde entonces, la ocultaba a la vista. No obstante, una vez llegados a la cumbre del montículo la vimos alzarse frente a nosotros. Me había imaginado una grandiosa mansión de piedra gris encaramada en un promontorio, y así era; y a su espalda se extendía el lago, que en tamaño superaba todo lo que había imaginado. Lo rodeaba una gran extensión de fango oscuro, reluciente. En el interior de los jardines trabajaban centenares de jornaleros; unos plantaban árboles, otros construían el templo, y aún

otros movían carretadas de tierra o piedras, y cuando avistaron a la elefanta, primero los que estaban más cerca, luego los que estaban más lejos y finalmente toda la mesnada, dejaron el trabajo y soltaron una algarabía y aclamaciones que me llenaron de alegría.

Dimos la vuelta a la mansión, y Finch nos condujo al patio de las cuadras, que por lo menos era cuatro veces mayor que el de Harrington Hall, y allí desmonté. Mientras los caballos, que se hallaban cobijados en sus recintos en tres lados del patio, relinchaban intranquilos ante la presencia de *Jenny*, los mozos le trajeron heno y agua, ante lo cual se mostró muy agradecida. Pronto aparecieron otros criados con librea —doncellas, jardineros, lacayos—, todos consumidos por la curiosidad, pues ninguno había visto antes un elefante. No obstante, se replegaron ante la aparición de un caballero de avanzada edad, vestido con una casaca verde oscura, calzón verde y una peluca con coleta, además de un fino bastón con empuñadura de plata; se trataba de lord Bidborough, que resultó ser tan amable y cortés como Finch lo había descrito. Me estrechó la mano, me hizo preguntas sobre el viaje y me aseguró que estaba muy complacido de acoger a un elefante en Easton. «Es una criatura de lo más extraordinaria, y espero con impaciencia el momento de conocerla mejor», dijo con una voz llena de afabilidad. Lo acompañaba su hija, la señorita Anne Singleton, y su perro favorito, un setter de color marrón y blanco que iba pegado a sus piernas y estaba atento a todos sus movimientos. Más tarde, ese mismo día o el siguiente, me entregaron un traje de librea, y recuerdo que cuando me lo puse me sentí muy orgulloso de contarme entre la servidumbre de su señoría.

Las cuadras del cuarto lado del patio se habían convertido en una sola para dar acomodo a la elefanta; sin embargo, su presencia molestaba y perturbaba hasta tal punto a los caballos que, al cabo de dos días, nos trasladamos a un cobertizo para carruajes. Aunque era bastante agradable, *Jenny* se entristeció y perdió el apetito, casi igual que cuando se llevaron a *Timothy* a Lincolnshire. Una o dos veces pateó el suelo con una pezuña delantera; en otra ocasión se puso a barritar estrepitosamente, y pareció abrir las orejas esperando respuesta. Por entonces pensé que estaría fatigada del viaje; más

adelante, sin embargo, al recordar la premura con que se había dirigido a grandes zancadas hacia Easton, se me ocurrió que quizá se había llevado una decepción, tras esperar que el objeto del viaje fuera reunirse con su hermano. Durante aquel melancólico periodo, su señoría vino varias veces a ver a la elefanta, y me hizo muchas preguntas sobre su salud y su comportamiento, que yo me esforcé en contestar con precisión. Siempre lo acompañaba su perro, y recuerdo que presentó el setter a *Jenny* casi de la misma forma con que hubiera presentado a dos personas:

—Preste atención, sir *Argos*, si lo tiene a bien, quisiera presentarle al elefante de Easton.

A lo que *Argos*, animal sobrio y muy amable, pasó su lastimera mirada de lord Bidborough a *Jenny*, para volverla luego hacia su señoría. La devoción de *Argos* por su amo era tal que, según se decía, dormía en un cajón a los pies de su cama.

Cuando, al cabo de una semana, el estado de abatimiento de *Jenny* no mostró mejoría alguna, resolví sangrarla, lo que ella me permitió hacer sin la menor objeción. Después de haberle extraído tres pintas de sangre, le di a beber yemas de huevo mezcladas con anís y una pizca de cúrcuma y melaza, después de lo cual recobró el apetito y empezó a mostrar un vivo interés por su entorno.

Tanto ella como yo estábamos ansiosos por visitar los jardines, que, según descubrimos pronto, eran magníficos y espaciosos; la longitud de su perímetro sobrepasaba las diez millas en total. En sus límites vivían más de cien cabezas de ciervos, de una especie que yo no había visto antes: más pequeños que los corzos pero muy bonitos, de pelaje moteado, y no los tenían allí para cazarlos sino sólo por su belleza. La avenida de los limeros empieza más abajo de la mansión y discurre más allá del lago hasta el obelisco, que se yergue en un altozano cubierto de hierba, con una perspectiva sobre una gran extensión de Sussex. A poca distancia hay valles profundos, aislados, con bosques de fresnos, robles y avellanos, rebosantes de pájaros cantores; más lejos, campos, pastos, pueblos y aldeas, y aún más allá la tenue línea del mar.

Aquellos valles boscosos fueron una delicia para *Jenny* en su primer

verano en Easton. Al amanecer, cuando seguían envueltos en una sombra azulada, la elefanta se sumía en la neblina, y hozaba y hurgaba, buscando comida y dándose un festín con tal placer que mi corazón brincaba de alegría. Los pájaros acometían sus trinos, y el sol naciente empezaba a penetrar en el bosque, dispersando la humedad y la sombra entre las ramas. A veces miraba alrededor, para asegurarse de que yo seguía allí; y en ocasiones me ponía a jugar con ella, ocultándome detrás del tronco de un árbol, ante lo cual *Jenny* emitía un breve bramido, inquisitivo, ¿estás ahí, Tom?, y yo aparecía ante su vista, estoy aquí, estoy aquí. Solía preguntarme qué haría ella si, a modo de prueba, me diera por desaparecer. ¿Habría encontrado el camino de vuelta a su cuadra, como un perro fiel? ¿O habría seguido paciando por el bosque, continuando por los valles hasta llegar al mar?

Una soleada mañana, mientras volvíamos al cobertizo de la cochera, vi a los mozos que venían en nuestra dirección montando una reata de caballerías. Para evitarlos, llevé a la elefanta por una terraza que se extendía bajo una de las fachadas de la mansión, y entonces se abrió una ventana sobre nosotros y lord Bidborough asomó la cabeza, cubierta con un gorro de dormir.

—Buenos días, Tom; buenos días, señora —nos saludó («señora» suele ser la forma en que su señoría se dirige a *Jenny*, igual que a *Argos* le llama «sir»; en realidad, creo que debe de ser uno de los nobles más corteses que jamás haya pisado este mundo). Preguntó dónde habíamos estado y qué tal le había ido a la elefanta, y le di las gracias y le dije que se encontraba de muy buen humor. Ordené a *Jenny* que alargara la trompa hacia él, cosa que hizo, y tomó la mano de su señoría y se la estrechó con delicadeza. Su señoría pareció tan complacido que desde entonces procuré pasar por allí montado en la elefanta, y su señoría se asomaba desde su alcoba para darnos los buenos días.

Y llegados a este punto debería describir la mansión: construida en 1749, tiene más de cincuenta habitaciones, o eso me han dicho los lacayos, aunque persiste cierta discrepancia sobre el número exacto. ¿Cincuenta y cinco? ¿Cincuenta y ocho? ¿Cincuenta y nueve? Se rumorea que nadie sabe la respuesta, ni siquiera la señora Eakins, el

ama de llaves; resulta imposible llegar a un cómputo exacto, todo intento da un resultado diferente. Entre ellas se cuenta la amplia alcoba que da sobre la terraza; tiene el suelo de mármol y está ornamentada con espejos y pálidas estatuas de divinidades de la Antigua Grecia. Otra estancia es la biblioteca, que contiene tantos millares de libros que los muros quedan completamente ocultos a la vista. No he visto la mayor parte de las habitaciones, pero en una ocasión, poco después de mi llegada a Easton, cuando su señoría y su esposa estaban ausentes, me permití, fingiendo que había errado el camino hacia los cuartos de la servidumbre, el gran atrevimiento de recorrer un pasillo que desembocaba en una sala circular con un techo abovedado. Por una puerta abierta pasé frente a un caballero con armadura, y me encontré en un enorme salón lleno de butacas y sofás; el techo estaba pintado con ángeles y arcángeles, y de las paredes colgaban diversos retratos de damas y caballeros en marcos dorados. Uno de ellos —creo que representaba a su señoría de joven— aún con todo su pelo, moreno; tenía un aire muy noble y apuesto, con un spaniel a sus pies. Otro retrato mostraba a la dama, o quizá fuese una de las anteriores esposas de su señoría, con un largo vestido de seda. La estancia era tan magnífica que podría haberme quedado allí durante horas, pero, por temor a ser descubierto, no tardé en marcharme.

Cuando paseábamos por los jardines, *Jenny* solía mirar hacia el lago, y realizó varios intentos de convencerme para que la condujera en aquella dirección. Conociendo su afición al baño, una característica común, supongo, a todos los elefantes, pedí permiso a su señoría para que se bañara en el lago, y no sólo no puso objeción alguna, sino que expresó su deseo de presenciar tan singular acontecimiento. La señora Bidborough también decidió asistir. Así que una tarde llevé a *Jenny* al lago. Se había desbordado sólo unas semanas antes, y el agua aún seguía muy turbia y oscura. Le hice una señal para que avanzara, después de lo cual se metió, adentrándose cada vez más: hasta las rodillas, los hombros, el lomo. Entonces pensé que se detendría, pero para mi consternación siguió avanzando hasta quedarse enteramente sumergida, salvo la trompa, que mantenía por encima de la superficie

para utilizarla como tubo respiratorio. Al observar la trompa, sinuosa como una serpiente, me di cuenta de por dónde iba nadando. Permaneció más de dos minutos bajo el agua, y emergió al otro extremo del lago, cosa que la dejó bastante confundida. Dio media vuelta, me vio junto a su señoría y su esposa, y nadó hacia nosotros, volviendo a sumergirse y sirviéndose de la trompa para respirar. Si, en general, los elefantes nadan así o si es un hábito particular que ella ha descubierto por sí sola, es algo que no puedo asegurar, pero tanto su señoría como su esposa manifestaron que estaban encantados.

No mucho después de aquel primer baño me preguntó su señoría si la elefanta estaría dispuesta a llevar pasajeros en el lomo. Contesté que se sentiría honrada, y aquel mismo día conseguí madera de fresno y un serrucho y empecé a fabricar un auténtico *howdar* indio, muy parecido al que había visto en el dibujo del señor Coad. Tenía capacidad para ocho personas, cuatro asientos mirando a la cabeza de la elefanta y cuatro al rabo. El *howdar* se sujeta con una apretada cincha y una baticola, y al flanco del elefante se amarra una escalera que permite a los pasajeros montar y desmontar con comodidad, aunque su señoría prefería que la propia elefanta lo levantara hasta su asiento. Más adelante hice un *howdar* mucho más pequeño, una especie de silla acolchada, para su uso personal. El conde padecía a menudo de gota, que por aquel entonces había empeorado bastante, y a veces utilizaba a *Jenny* para inspeccionar las «mejoras» en los jardines. Sostenía que trasladarse en elefante, en aquel pequeño y acolchado *howdar*, del cual decía que era su trono, era incomparablemente más cómodo que montar a caballo. La elefanta disfrutaba mucho prestando ese servicio a su señoría.

A mi llegada a Easton, como ya he mencionado, el lago estaba rodeado por una capa de barro húmedo, pero en verano una extensa alfombra de hierba hacía difícil recordar aquella escena apagada y oscura, e incluso el propio lago, cuya forma describe una serie de gráciles curvas, parecía tan natural como si hubiera existido desde los tiempos de Matusalén. Ese precioso lago se alimenta en un extremo por un riachuelo, y hay algo maravilloso en el hecho de que su corriente, aún más escasa que aquella en que solían bañarse los

elefantes en Somersetshire, fuera capaz de crear tan enorme masa de agua. El río emerge por el otro extremo y fluye a lo largo de un breve tramo antes de caer por un precipicio rocoso y formar una profunda poza. Detrás de esa cascada hay un pinar, que alberga una cabaña de madera conocida como Hermitage, donde vive un hombre al que llaman eremita y que se dedica a meditar sobre la vida. Cerca de allí encontramos el Grotto, que en estos momentos están construyendo con rocas y piedras traídas de una cantera de Derbyshire. Sus muros y techos se adornarán con cristales y conchas, mientras que el suelo estará formado por un mosaico de cantos rodados.

Fue en nuestro segundo verano en Easton cuando su señoría ordenó levantar una Casa del Elefante al oeste de la mansión. Construcción alta y aireada, con ventanas elevadas que ofrecen buena luz y excelente ventilación, contiene un pajar y una pequeña habitación en la que yo duermo. Posee su propio patio vallado, con un gran bloque de piedra que sirve de montadero en un extremo. Por un pasadizo abovedado se llega al lago y al templo; en el arco del pasadizo han puesto una tablilla con el año de construcción: 1772. En la primavera de ese año, *Jenny* y yo nos mudamos a ese espléndido edificio y ahí hemos vivido desde entonces en condiciones más que satisfactorias, por lo cual me gustaría expresar mi agradecimiento a lord Bidborough, mi noble amo.

SEGUNDA PARTE
Sussex, 1773

PRIMERO DE JUNIO. Anoche creí que había terminado de escribir *La Historia del Elefante*, y cuando dejé la pluma mi imaginación me llevó inmediatamente a Londres, donde me pareció ver al doctor Goldsmith y a otros hombres de ciencia y de letras maravillados con el libro. Con esa ilusoria idea me retiré a dormir; y ahora estoy de nuevo sentado al escritorio; porque, habiendo leído la *Historia* de cabo a rabo, veo que está lejos de acabarse, y que la escritura es burda, torpe y está llena de faltas. Seguro que hay mucho más que decir sobre la vida de la elefanta aquí en Easton, mientras que la parte correspondiente a Somersetshire no está nada bien. ¿A qué viene que Lizzy Tindall ocupe un lugar tan importante, cuando apenas pretendía dedicarle una simple mención? O bien se ha introducido en la *Historia* en contra de mi voluntad, o mi pensamiento y mi pluma se han fugado para vivir juntos su aventura particular. En efecto, cuanto más leo, más seguro estoy de que tengo que volver a escribir lo ya escrito, y por tanto necesitaré recurrir al señor Bridge para que me proporcione nuevos suministros de tinta y papel. Ya he ido a verlo una vez, por esa misma causa. En su habitación de la planta baja, estaba sentado ante su escritorio, con la puerta abierta de par en par. Llamé, levantó la cabeza, me vio, volvió a bajarla y fingió examinar unos papeles. Esperé un minuto y volví a llamar a la puerta con los nudillos; entonces me fulminó con una mirada que se extendió desde mi cabeza a las botas (sin duda por si estaban cubiertas de estiércol de elefante), para luego acceder a oír mi petición. Después de lo cual:

—¿Para qué va a utilizarse?

—Estoy escribiendo *La Historia del Elefante*.

Un gruñido de desdén.

—¿Está su señoría al corriente de esa *Historia*?

—Lo está; fue él quien me pidió que la escribiera.

Otro gruñido.

—¿Cuántas hojas te hacen falta?

—Veinte, por favor. Y tres péñolas.

Después de hurgar en un cajón, me entregó diez hojas y una sola pluma.

—Con eso tienes bastante.

El señor Bridge es el mayordomo de Easton y se le conoce como «el Sapo», debido a que tiene la mejilla derecha desfigurada por una enorme verruga pilosa, o lobanillo. Dicha verruga suele ser, a la hora de la cena, un tema de animada conversación en la mesa de los criados; se la han extirpado varias veces, pero es como un taburete de fresno y, pronto, le vuelve a crecer, más sólida y prominente que nunca. Últimamente circulaba el rumor de que una segunda verruga, compañera de la primera, le estaba brotando en la nuca, pero probablemente sea infundado. No obstante, el señor Bridge también tiene modales de sapo, porque al tratar con lord o lady Bidborough se encoge y se arrastra de la forma más abyecta; sin embargo, con los criados, exceptuando a la señora Eakins, el ama de llaves, asume un tono cortante, superior, a poco del desprecio. A nadie le cae bien. Conmigo es excesivamente duro porque sabe que lord Bidborough hace frecuentes visitas a la elefanta y habla conmigo directamente; pero, por supuesto, desconoce el tema de nuestras conversaciones, y eso no le gusta.

—¿Estás seguro de que su señoría sabe lo de esa Historia? —inquirió cuando me di la vuelta para marcharme.

—Estoy seguro —dije.

Le contesté en un tono lleno de confianza, aunque empezaba a temer que su señoría ya se hubiese olvidado de la Historia. Había estado ausente, en Bath, intentando encontrar un remedio para la gota, por la que sufre grandes padecimientos.

PRIMERO DE JUNIO. Por la noche. Al sentarme frente al escritorio oigo un ruido, y veo que su señoría entra renqueando en la Casa del Elefante con una jarra de vino de Oporto en una mano y un bastón en la otra. Su perro, Argos, le pisa los talones. Me apresuro a recibirlo.

—Buenas noches, su señoría.

—Buenas noches, Tom. Buenas noches, señora. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, milord, gracias, milord. —A una señal mía, la elefanta desliza la trompa y, tomándole la mano derecha, con la que maneja el bastón, se la estrecha de arriba abajo. Su señoría sonrío abiertamente y dice:

—Ah, cuánto me alegro de veros a los dos. Siéntese, sir *Argos*, siéntese. Ahí, si le parece bien. Gracias.

El perro, siguiendo la indicación de su mano, se retira hacia la puerta.

—Bueno, Tom, como puedes ver, he traído un poco de vino, que debo tomar, siguiendo instrucciones, para mi condenada gota. ¿Te apetece una copa?

—Gracias, milord. Espero que su gota vaya mejor, milord.

—Gracias, Tom. Bueno, no puedo decir que haya mejorado mucho, pero no ha empeorado, pese a los grandes esfuerzos de mis médicos para que así sea. Y bueno, ¿qué me dices de la señora? ¿Le apetecería tomar un trago?

Acercó una silla a su señoría, que sirve dos vasos de vino —uno para él y otro para mí— y un tercero para la elefanta. La trompa de *Jenny* revolotea en su dirección.

—Despacio, señora, despacio.

Para un elefante, una copa de vino es una simple gota, y en menos de un cuarto de segundo la había sorbido por la trompa y llevado a la boca. Eso deja encantado a su señoría, que sugiere:

—No sé si podríamos realizar una pequeña «mejora». ¿Crees, Tom, que se la podrá convencer para que beba como un ser humano?

Y con eso, antes de que pueda impedirselo, le entrega la copa propiamente dicha, con la esperanza de que la coja por el pie y así pueda llenársela directamente de la jarra. En vez de eso, *Jenny* se apresura a llevarse la copa a la boca, que cierra con fuerza.

—¡Válgame Dios! —exclama su señoría, aterrado—. ¡Impídeselo, Tom..., señora..., se la está tragando entera!

Doy un paso hacia delante:

—Abre la boca, por favor —le ordeno, y obedece.

Al principio no veo ni rastro de la copa; luego..., ¡sorpresa!, la elefanta mueve su lengua gigantesca y por arte de magia la copa aparece a la vista, reluciente, en las profundidades de su boca. Enroscando la trompa frente a mis mejillas, se saca la copa, que me ofrece sujetándola por el pie, sin modificar su expresión de gran regocijo. Su señoría también parece divertido.

—¡Estaba seguro de que se la había tragado! ¡Pero qué bien te ha entendido cuando le has dicho que abriera la boca! ¡Es portentosa, la capacidad de comprensión..., absolutamente extraordinaria! ¡Espero que lo incluyas en tu Historia, Tom!

—Si así lo desea, señor.

—Ni mucho menos, Tom; no es lo que yo desee, sino lo que tú desees. ¡Vaya, es *La Historia del Elefante!*

Su señoría me pregunta entonces cómo va la Historia. Ante eso, el corazón me late con un ruido sordo, y, en vez de contestarle que ya llevo escritas casi treinta hojas, me oigo balbucear que sólo he avanzado un poco.

—Un poco es mejor que nada, Tom. Me interesaría mucho leer lo que has escrito, si me lo permites.

Habría sido lo más fácil del mundo ir a mi habitación, coger de la mesa lo que había escrito y entregárselo a su señoría. Y sin embargo, ante la idea de que lea mis penosas palabras, me siento cohibido y le contesto que la Historia aún no se encuentra en condiciones de que su señoría la vea.

—Bueno, cuando esté lista me complacerá mucho verla, Tom. Estoy seguro de que será una lectura excelente. Cuando esté terminada quizá podríamos encuadernarla e imprimirla. Después de todo, es el único elefante de Inglaterra, ¿no es así?

Ante la perspectiva de que se publique la Historia, el corazón me late aún más deprisa; pero le contesto que hay otro elefante, que vivía con ella en Somersetshire pero que luego vendieron al conde de Ancaster, que tenía una *ménagerie* en su propiedad de Grimsthorpe, en Lincolnshire. Lord Bidborough se queda sorprendido.

—¿Te refieres a una colección de animales salvajes, con monos y así, no una serie de faisanes?

—No, milord..., al menos... no sé absolutamente nada de los monos...

—Vaya, vaya. Y también tiene un elefante, ¿no?

—Sí, milord.

—¿Otra hembra?

—No, milord, un macho. Hermano de ésta.

Su señoría reflexiona un momento, mientras da unos golpecitos en el suelo con el bastón.

—Bueno, escribiré al conde de Ancaster. Sería interesante comparar historias, ¿no le parece, señora?

Eso incrementa mis esperanzas de que, después de más de tres años, averigüe cómo está *Timothy*. La carta llegará a Lincolnshire la semana próxima, o la siguiente, y un criado se la llevará al conde en una reluciente bandeja de plata. Imagino una estancia de techos altos, con una bóveda de piedra, inundada por la pálida luz del sol; en el extremo de una larga mesa, un anciano con peluca, abriendo la carta, leyendo.

CUATRO DE JUNIO. Primera hora de la tarde. Su señoría se presenta en la Casa del Elefante en compañía de lady Bidborough, lord y lady Seely, el señor y la señora Arbuthnot, y el señor du Quesne, además de un caballero de fríos rasgos a quien no he visto nunca.

—Doctor Casey —dice su señoría—, ¿me permite presentarle a Tom Page, mi cuidador de elefantes?; lleva tres años aquí, sabe más de elefantes que cualquier otro hombre vivo, aunque él lo niega, el bribón, ¿no es así, Tom?

—Sí, milord.

—¡Qué les había dicho! —exclama lord Bidborough, encantado—. ¡Pero si casi habla elefante!

Con *Jenny* arrodillada, sujeto el *howdar* y aseguro la escalera a su flanco. Ella se pone en pie y se dirige al montadero. Las señoras montan primero; seguidamente, los caballeros. Hago guardia por si alguno tropieza y se cae. La elefanta enrosca ahora la trompa en torno a su señoría y lo levanta hasta el *howdar*.

—¡Excelente! ¡Gracias, señora! *Argos* —ordena al perro, que permanece erguido no lejos del rabo de *Jenny*—, atrás, sir, retírese,

gracias. No debe estorbarnos. Así está bien, gracias.

El doctor Casey, en voz alta y precisa, pregunta: «¿Cuánto durará el paseo, milord?».

Lord Bidborough: «Señor, eso depende de nuestro Tom. Él es el piloto de nuestra pequeña nave. Él puede hacer que la elefanta vaya más deprisa o más despacio, como ustedes deseen».

Jenny, balanceándome, me sitúa en posición sobre su cuello. Echo una ojeada por encima del hombro para comprobar que todos los miembros del grupo van seguros.

Señora Arbuthnot: «Ah, no nos importa la velocidad con que nos dirigimos al mar con tal de que lleguemos sin ningún percance».

Lord Bidborough: «Le aseguro, señora Arbuthnot, que a lomos de un elefante va usted más segura que montando cualquier otro animal, mucho más que en un caballo. No existe el menor riesgo de que volquemos».

Señora Arbuthnot: «A menos que nos encontremos con un ratón. ¿No es cierto que los elefantes se asustan de los ratones?».

Lord Bidborough: «Tom me ha asegurado que eso es completamente falso, señora Arbuthnot. ¡Gracias a Dios, un ratón no asustará a la elefanta de Easton!».

Risas con eso; a propósito de lo cual dice el doctor Casey: «En ese caso, milord, parecería que nada menos que Plinio se equivoca en su *Historia natural*. Desde luego escribe que los elefantes temen a los ratones».

Añade unas palabras que, en mi pueblerina ignorancia, supongo que será latín.

Lord Bidborough: «En Plinio hay muchas historias curiosas. Por ejemplo, escribe que, en la Antigua Roma, vivía un elefante al que, para divertir al emperador, habían entrenado para caminar por la cuerda floja, cosa que sabía hacer no sólo hacia delante sino también hacia atrás. Y que, en Etiopía, existía una raza de elefantes gigantescos de hasta treinta pies de altura. De lo que extraigo la conclusión de que Plinio no es siempre el más fidedigno de los historiadores, al menos en lo que respecta a los elefantes. ¿Nos ponemos en marcha, Tom?».

—Sí, milord.

Doy a *Jenny* un golpecito en la cabeza y, a paso lento y cómodo, sale de la Casa del Elefante y acomete el sendero de grava que conduce a la avenida de limeros. *Argos* va trotando a nuestro lado.

Lady Bidborough: «Mi marido se ha convertido en una gran autoridad en elefantes, tal como puede comprobar, doctor Casey».

Lord Bidborough: «En absoluto, sólo soy poseedor de unos conocimientos rudimentarios. Tom Page es la verdadera autoridad en la materia. ¡En realidad, está escribiendo una Historia del Elefante!».

Lord Seely: «¡Dios santo! ¡Bien hecho, Tom!».

Señor Arbuthnot: «¡Esperemos que resulte más fidedigno que Plinio! ¿Eh, Tom?».

—Eso espero, señor.

Vuelven a reír; lord Seely, ruidosamente, y me siento intranquilo. Sin embargo, es absolutamente cierto que los elefantes no tienen miedo de los ratones, o, al menos, que a *Jenny* no la asustan. En la Casa del Elefante anidan en el heno y corretean entre sus patas por la noche.

Doctor Casey: «¿Por qué no tiene colmillos su elefante, milord?».

Lord Bidborough: «Es hembra, doctor Casey; eso es todo. ¿No es así, Tom? Las hembras carecen de colmillos».

—Sí, milord, salvo en El Cabo, milord. En El Cabo las hembras tienen unos colmillos cortos.

Lord Bidborough: «Ahí lo tienen, ¿qué les he dicho? La voz de la autoridad».

Lord Seely: «A mí me gustaría mucho tener un par de colmillos. ¡Vaya aire de distinción que me darían!».

Entre muchas risas ante ese comentario, entramos en la avenida de los limeros. Las hojas tiernas brillan y parpadean. A lo lejos, el obelisco es una aguja alta y oscura, un signo de exclamación.

Señora Arbuthnot: «Lady Franklyn, a quien me encontré la semana pasada en la ciudad, me contó una historia de lo más curiosa. Me habló de una mujer de Gloucestershire que recientemente ha dado a luz a una criatura con rabo. El rabo medía seis pulgadas de largo».

Señor Arbuthnot: «Pues a mí me dijo lady Franklyn que el rabo medía más de un pie. De manera que podemos concluir

tranquilamente que apenas rebasaba una pulgada de longitud».

Lord Seely: «¡Excelente historia! ¡La mujer en cuestión debe de haber tenido relaciones con un simio!».

Lady Seely: «¿En Gloucestershire?».

Lord Seely: «En África hay razas que son mitad hombre, mitad mono. El pongo es medio hombre, medio simio, según he leído. El pongo, que procede del Congo. Ja, ja».

Señor Arbuthnot: «Lo más probable es que esa historia sea una invención. Otro cuento sacado de Plinio».

Lady Seely: «¡Tratándose de un rabo, tendrá forma de nabo!».

Diversión general, no compartida por la señora Arbuthnot: «Pues, en realidad, estoy segura de que era cierto, porque le cortaron el rabo: ¡lady Franklyn lo vio con sus propios ojos! Estaba cubierto por una pelusilla blanca».

Señor Arbuthnot: «No debemos dudar de la veracidad de lady Franklyn, pero si hubiera visto el rabo unido a la criatura, antes de que lo cercenaran, me sentiría más inclinado a creer esa historia. ¡Un rabo cubierto de pelusilla blanca me recuerda mucho al rabo de una oveja!».

Lord Bidborough: «Recuerdo que me hablaron (fue lord Monboddo) de un escocés que tenía un rabo como ése y que lo había ocultado incluso a su mujer, y sólo lo descubrieron después de su muerte».

Lord Seely, riendo entre dientes: «¡Extraordinario!».

Doctor Casey: «No debería desecharse enteramente la idea de que nazca un niño con un rabo así, porque ciertos seres humanos se comportan como bestias, de modo que su descendencia adquiere rasgos de animal. Por esa razón, los habitantes de países extranjeros sin contacto alguno con la civilización poseen rasgos más toscos, piel más oscura y más pelo que los habitantes de naciones como Inglaterra. No le ha hecho falta a esa mujer aparearse con un mono o un negro, le habrá bastado hacerlo con un hombre que permita a sus pasiones prevalecer sobre la razón».

Lord Seely: «O con una oveja, ¿eh, doctor Casey?». Emite un sonoro balido.

Más risas, esta vez no compartidas por el doctor Casey.

Señora Arbuthnot: «Ah, eso me recuerda otra historia, ¿no la han oído?, de una mujer de Wiltshire que...».

Lady Seely se estremeció: «Ah, ésa no me la puedo creer, imposible. ¡Me resisto a creerla!».

Señora Arbuthnot: «¡Pero es cierta, me la ha contado toda una autoridad!».

Señor Arbuthnot: «Pero ¿qué clase de chisme de verdulera es ése?».

Señora Arbuthnot, severamente: «Señor Arbuthnot, no es ningún chisme sino la pura verdad. Es la historia de una mujer de Wiltshire, de la ciudad de Hungerford, una mujer afectada de cáncer de pecho...».

Lady Seely: «Yo no puedo creérmela, lo sostengo, me niego a creerla».

Señora Arbuthnot: «... Y se aplicó un sapo a la infección; el sapo se puso a mamar, con lo cual empezó a hincharse y a cambiar de color hasta cobrar un reluciente tinte amarillento, como de mantequilla, momento en que se quedó dormido; y como la hinchazón se había reducido, la mujer se aplicó otro sapo y ocurrió lo mismo, ¡y otro y otro hasta que a fuerza de mamar, el cáncer desapareció por completo!».

Señor Arbuthnot: «Me habían contado esa historia. Parece que los sapos disfrutaban mucho mamando».

Lord Seely, con una sonora carcajada: «¡Dios santo, seguro que sí!».

Lady Seely: «Sin duda yo no podría hacer nada semejante, aunque tuviera cáncer. Un sapo es algo repugnante y espantoso. Es el animal más deforme y asqueroso de toda la Creación».

Lord Bidborough: «¿Y no es posible que a un sapo le resulten de gran belleza otros sapos?».

Lady Seely: «¡Puede que sí, pero yo me alegro mucho de haber nacido persona y no un sapo vulgar y corriente! ¡Pasarse la vida arrastrándose por lúgubres agujeros, fríos y húmedos, debe de ser insoportable!».

Lord Seely: «¿Se imagina que alguien pudiera adoptarla a usted como animal de compañía? Me han hablado de una familia que tuvo un sapo como animal doméstico durante treinta años. Lo llevaban a la mesa y le daban gusanos que sacaban de un tarro de salvado. Me

dijeron que era una criatura de lo más afable».

Cuando llegamos al obelisco, detengo a la elefanta y coloco la escalera, permitiendo así que desmonte el grupo. El cielo se ha encapotado y el verde bosque está envuelto en penumbra, los pájaros no cantan salvo por una gorjeante alondra y por los gritos de un halcón lejano. Las ráfagas de viento agitan la hierba. *Jenny* se dirige tranquilamente a los arbustos más cercanos, se alivia, y arranca una maraña de vegetación que se lleva apresuradamente a la boca, como hace un niño con un pastel, lanzándome una mirada de placer no exenta de culpa. De pronto levanta la cabeza y observa un sendero del bosque. Siguiendo su mirada, veo que la pequeña *Alice* viene andando hacia nosotros. Es una de las grandes favoritas de *Jenny*, hija de *Robert King*, el albañil que está trabajando en el Grotto. Lleva una cesta llena de conchas, que ha recogido en la playa.

—¿Has cogido algunas bonitas? —le pregunto, y ella asiente tímidamente con la cabeza mientras *Jenny* le pasa suavemente la trompa por el pelo.

Cuando las damas y los caballeros vuelven del paseo, están enfrascados en plena conversación.

Lady Bidborough: «*Doctor Casey*, ¿no hubo una vez un papagayo que una noche gritó “fuego” durante una conflagración, y salvó así a todos los miembros de la familia, que estaban durmiendo, de morir quemados? Nadie le había enseñado a decir “fuego”, pero él conocía la palabra, y sabía usarla. Se lo consideró un héroe».

Doctor Casey: «¿No es igualmente probable que el papagayo, alarmado por el humo y las llamas, empezara a chillar ruidosamente, algo de lo más natural, y que esos gritos poco definidos se interpretaran, en medio de la confusión general, como la palabra “fuego”?».

Señora Arbuthnot: «Me han hablado de un papagayo que recitaba a *Milton* con soltura. ¿Lo recuerda, señor *Arbuthnot*? Nos lo contó la señora *Urquart*, era de una prima suya».

Señor Arbuthnot: «¡Si mis recuerdos son correctos, el señor *Urquart* me contó que la prima de la señora *Urquart* estaba convencida de que el papagayo era *Milton* en persona, metamorfoseado por el Diablo!».

Lord Bidborough: «Lo que cuenta sobre los papagayos, doctor Casey, bien puede ser cierto. Pero ¿qué piensa de perros y caballos? ¿Y de los elefantes? Es una opinión muy generalizada que, entre todos los animales, el elefante es uno de los más inteligentes; ¿no concederá al mío una chispa de razón?».

Doctor Casey: «A los elefantes se les da bien la imitación, y pueden realizar ciertos trucos, milord, no cabe duda. Pero eso no significa necesariamente que posean razón».

Lord Bidborough: «Sin embargo, doctor Casey, mis observaciones sobre este elefante me han convencido de que posee razón. Le he visto hacer determinadas cosas que no podría haber realizado sin ciertas facultades de razonamiento».

Lord Seely: «Los perros son criaturas condenadamente listas. Ahora tengo una perrita que rebosa inteligencia».

Doctor Casey, muy cortés: «Milord, mientras que perros y elefantes parecen mostrar señales de razón, su conducta sólo está dictada por el instinto. Es cuestión de teología. Dios únicamente ha dado la razón al Hombre, con objeto de distinguirlo del resto de la Creación. La razón es lo que permite al hombre controlar y dominar las pasiones, que forman parte de su naturaleza más abyecta y brutal».

Señor Arbuthnot: «No voy a discutir el argumento teológico, doctor Casey, y sin embargo, tal como lord Seely afirma, los perros son sumamente inteligentes. Cuando Ulises regresó de Troya, nos cuenta Homero, sólo su perro fue capaz de reconocerlo. ¿Achacaría usted eso al simple instinto? Sin duda hay que conceder al perro la facultad de la memoria».

Lord Bidborough: «¡En efecto, el *Argos* originario!».

Doctor Casey: «El perro bien puede poseer una memoria rudimentaria, pero la memoria no es lo mismo que la razón. La mente del animal es esencialmente pasiva; como un arpa en la cual los vientos del instinto a veces arrancan sonidos que pueden parecer música, pero que distarán de serlo efectivamente. En cambio, la mente de un ser humano es activa; también es como un arpa, y como tal la entendemos y podemos tocarla a voluntad».

Lord Seely: «Doctor Casey, me gustaría mostrarle a mi perra; me

atrevo a sugerir que entonces cambiaría de opinión».

Toda prolongación del tema se hace imposible por la intervención de lady Seely:

—Confío en que tengamos tiempo para hacer una visita al nuevo ermitaño.

—¡Ah, de ningún modo debemos dejar de visitar al ermitaño! —se hace eco la señora Arbuthnot—. Doctor Casey, como filósofo, el ermitaño le resultará entretenido, créame. ¡Es un ermitaño maravilloso!

El doctor Casey contesta que espera con interés la ocasión de conocerlo.

Vuelvo a subir al grupo a lomos del elefante, y nos dirigimos al templo, en donde la estatua de mármol de una diosa, en pie y tensando el arco, suscita mucha admiración.

—Diana cazadora, diosa de la luna —dice el doctor Casey, que adoptando una digna pose empieza a declamar en latín; o en griego, por lo que a mí respecta.

—Muy cierto —conviene el señor du Quesne, suspirando.

—Bravo —exclama lord Seely.

Vamos al Hermitage a través del pinar. Cuando amaina, el viento sólo agita las copas de los árboles, que murmuran como el mar. Gorjean pájaros diminutos, se apresura una ardilla sobre las agujas desparramadas por el suelo. La casa del ermitaño, una tosca cabaña de madera, está en lo más profundo del pinar, en una penumbra permanente. A la entrada se sienta el ermitaño; al acercarnos levanta la vista un momento antes de inclinar la cabeza sobre la Biblia. Viste de negro, tiene el pelo largo y descuidado y una profusa barba.

—Melancólica visión —observa el doctor Casey.

—Bueno —dice lord Bidborough—, es un hombre sencillo que, según me han dicho, ha padecido muchas tragedias. Ahora vive en soledad y contemplación, rehuendo toda compañía. Acércate más, Tom.

Toco con un dedo la cabeza de *Jenny*, que avanza despacio, arrancando una rama con la trompa. El ermitaño sigue inmóvil como una estatua, y parece no haber reparado en nosotros.

—¿No va a hablar? —pregunta el señor du Quesne en un susurro.

Lady Seely:

—No, no habla nunca.

Señor du Quesne:

—¿Nunca?

Lady Seely:

—Ha hecho voto de silencio. Subsiste a base de raíces y frutos del bosque.

Zumba una mosca en torno a los ojos de *Jenny*; la elefanta agita las orejas. Corren hormigas sobre las agujas de pino. El señor du Quesne pregunta si puede desmontar.

—Faltaría más —dice su señoría; ante lo cual el señor du Quesne baja con esfuerzo del *howdar* y se acerca al ermitaño, que sigue estudiando una página de la Biblia.

—El Libro de Job —anuncia el señor du Quesne; y lee, con voz temblorosa, compungida—: «El Hombre nacido de Mujer, corto de días y hastiado de sinsabores, sale como una Flor, y lo cortan: huye como la Sombra y no permanece».

—Por Dios, qué ermitaño tan excelente —observa lord Seely.

La verdad del asunto es que la lectura de la Biblia es una farsa, porque el ermitaño no sabe leer. Atiende al nombre de Isaac Simmons, y vive en la aldea de Easton. Él y su mujer tienen siete hijos. Padece de la pierna y es ermitaño simplemente porque no encuentra otro empleo.

CINCO DE JUNIO. Por la noche. Lord Bidborough entra renqueando en la Casa del Elefante, con *Argos* a un paso detrás de él.

—Ah, Tom, me alegro de encontrarte aquí. —Lleva una jarra de vino en la mano. Dice a *Argos*—: No, sir, el vino no le viene bien para la digestión. Vaya, no está de acuerdo. Tenga entonces, sir, si así lo quiere.

El perro olfatea el vino, frunce el hocico y aparta la cabeza.

—¿Qué le había dicho? —observa su señoría en tono complacido, sirviendo las tres copas habituales, y, poniéndolo en el suelo, dice a la jarra—: Quédese ahí, sir. Bueno, Tom, ¿qué opinas de la discusión del otro día?

—¿Con respecto a qué, milord?

—Pues con respecto a la racionalidad de los animales. Y a la distinción entre hombres y bestias.

A veces no sé si su señoría quiere realmente que le conteste o no, y permanezco en silencio. Él continúa, con su voz seca:

—El doctor Casey es un hombre ilustrado pero, por mi parte, confieso que no estoy convencido de que las diferencias entre humanos y las más elevadas especies animales sean tan grandes como él afirma. No admite, y jamás admitirá, la posibilidad de que los animales sean capaces de pensar por sí mismos. Pero fíjate en *Argos*. Está molesto, se siente apartado, está enfurruñado. O en ella —dice señalando a la elefanta—. ¡Está pensando en este mismo momento! Se pregunta si le voy a dar otra copa; ¿verdad, señora?

Echo una mirada a *Jenny*, que parece tener cierto aire juguetón. Mueve los ojos, de lord Bidborough a la jarra de vino; desvía un momento la mirada hacia mí; vuelve a la jarra. Avanza la trompa, tímidamente, como dibujando un signo de interrogación.

—¡No cabe duda de que el problema, todo el problema de nuestras relaciones con el resto del reino animal, se reduce al lenguaje! El doctor Casey niega a las bestias todo pensamiento concebido de forma independiente; mientras que los animales, sostengo yo, tienen tantos pensamientos como nosotros, pero son incapaces de expresarlos de una manera que los humanos podamos comprenderlos fácilmente. No pueden hablar nuestra lengua; pero nosotros también somos incapaces de hablar la suya. ¿No es ése el verdadero abismo que nos separa? ¡Es una sima, un despeñadero de incompreensión, pero no de pensamiento, ni de sentimiento ni de racionalidad!

Lord Bidborough contempla a la elefanta.

—Es absurdo negarle una gran parte de razón. La elefanta es más racional que muchos seres humanos; en realidad, a su propio modo elefantino, estoy convencido de que es algo filósofa; ¿verdad que sí, señora? Vamos, que si fuera capaz de hablar..., ¡menudo debate interesante mantendrían ella y el doctor Casey!

No digo nada, por temor a interrumpir el hilo de pensamientos de su señoría; pero *Jenny* enrosca delicadamente la trompa en torno a su

bastón.

—No, señora, no. Suélteme el bastón, si lo tiene a bien. Este bastón es mío. —*Jenny* me mira; le hago una seña; suelta el bastón—. Gracias, señora. Le estoy muy agradecido.

Ahora, sin embargo, la trompa ejecuta un movimiento rápido y escamotea en el aire la peluca de lord Bidborough.

—¡Eh!

—Lo siento, milord. —Y a mi señal le devuelve la peluca y se la coloca invertida, es decir, con la coleta cayéndole sobre la nariz.

—En absoluto —dice él, claramente divertido, mientras se coloca bien la peluca—; se aburre, nuestra conversación le resulta tediosa, ¿verdad que sí?, y procura entretenerse. Ilustra exactamente mi punto de vista. Ya sabes, Tom, entre las diferencias que el doctor Casey señalaría para distinguirnos de los animales está el humor. Dicen que los animales carecen de sentido del humor, que son incapaces de reír. ¿Pero acaso no ríe una criatura como el elefante? Es evidente que no expresa la risa como nosotros; pero ¿por qué vamos a sacar la conclusión de que no se ríe o de que es incapaz de reír?

—Yo creo que la elefanta se ríe, milord. Ríe con los ojos. Y a veces con la trompa.

—Estoy convencido de que estás en lo cierto, Tom. Pero ¿cuál es el argumento contrario? El doctor Casey sostendría que, para que la risa fuera verdadera risa, ha de salir de la boca. Ante lo cual un elefante argumentaría, en caso de que fuera capaz de argumentar, que no es así, que nuestra risa no es una verdadera risa. Hummm. —Su señoría se da unos golpecitos en el costado con el bastón y gira la pierna gotosa—. El otro día mencionaste al elefante del conde de Ancaster, ¿verdad, Tom? Aunque parezca una pregunta extraña, ¿no se comunicaron los dos elefantes entre sí? ¿Tuviste alguna vez la impresión de que hablaban el uno con el otro?

—Con frecuencia, milord. Muchas veces.

—Vaya, estoy seguro de que así es; todos los animales lo hacen, con su propia especie. ¡Pero a su manera! —Su señoría pasa la mirada de *Jenny* a *Argos* y luego la vuelve hacia la elefanta—. Una vez me hablaron de un elefante que sabía contar hasta diez: ¿crees posible que

la señora aprenda a contar?

—No lo sé, milord. Puedo tratar de enseñarle, si usted quiere.

—Vaya, vaya..., eso y cualquier otra cosa, es una excelente criatura.
¿Cuántos años crees que tendrá, Tom?

—Creo, milord, que habrá nacido en torno a 1755.

—De modo que tiene dieciocho años. ¿Y cuánto vivirá? ¿Cuánto vive un elefante?

—No lo sé, milord. Un caballero, el señor Coad, me dijo que los elefantes pueden llegar a los doscientos años.

—Sí, eso es lo que dice Plinio, así que probablemente no es cierto. Sin embargo, no deja de ser un extraño pensamiento, ¿verdad? Doscientos largos años. ¿Por qué se iban a conceder doscientos largos años a los elefantes? Nosotros disponemos de sesenta o setenta, ochenta si somos afortunados, mientras que un caballo se muere a los veinte, un perro a los quince, y una cachipolla ha de comprimir toda su vida en el espacio de un solo día. Nace por la mañana, pone huevos por la tarde y ya está muerta por la noche. Y así marcha el mundo. Nada tiene ni pies ni cabeza. ¿Cuántos años tienes, Tom?

—Veinte, milord.

—¿No estás casado?

—No, milord.

Asiente con la cabeza.

—Aquí llevas una vida muy solitaria, te pareces al ermitaño. Pero, por otro lado, supongo que hablas con los demás criados.

—Y con la elefanta, milord.

Pero lord Bidborough no parece escucharme.

—Mi hijo tiene veintidós, ¿sabes? Dios lo bendiga. Pronto volverá del extranjero, en eso confío.

Espero a que añada algo más, cuando *Jenny* alarga la trompa hacia la jarra de vino y, después de quitar el tapón con un rápido giro, intenta llevárselo a la boca. Se lo impido, y le ordeno que me entregue la jarra, cosa que hace pero con expresión contrariada, mientras lord Bidborough sacude asombrado la cabeza y declara que nunca ha visto nada igual y que la elefanta es la criatura más inteligente que existe en el mundo:

—¡Qué lástima, si el doctor Casey hubiera estado aquí! ¡Ésa es la prueba de que está provista de razón! ¡Ojalá lo hubiera visto!

Como recompensa, sirve otra copa a Jenny. Luego, apoyándose en el bastón, dice:

—¿Sabes una cosa, Tom?, se me ocurre que deberíamos hacerle un retrato. Estaría magnífica en un retrato, ¿no te parece?

Inspecciona su enorme volumen y, con una sonrisa, hace una ligera reverencia.

—Señora, quedará usted inmortalizada al óleo. Qué le parece, ¿eh?

Con esas palabras, su señoría se aleja renqueando con su gota, y con *Argos*, su sombra.

DOCE-VEINTICINCO DE JUNIO. Su señoría se ha ido a Londres. No lo he visto marchar, pero cuando pasamos esta mañana por debajo de su alcoba no se asomó. La señora Eakins dice que no se espera su vuelta hasta dentro de dos semanas como mínimo, pues ha ido en busca de una cura para la gota. Se hacen largas esas dos semanas a la espera de noticias de *Timothy*. Todos los días veo al cartero con su paquete de cartas, y me pregunto si en él vendrá la del conde de Ancaster. Debemos tener paciencia, digo a *Jenny*, no hay que contar mucho con ello, no debemos esperarlo, aunque es difícil no tener esperanza ni imaginar que el conde de Ancaster pueda encontrarse en la propia ciudad de Londres y que lord Bidborough y él se vean en algún café.

Mientras los dos nobles ancianos se sientan en butacas de cuero rojo, me poso entre los dos como una urraca doméstica e, inclinando la cabeza a uno y otro lado, oigo hasta la última palabra de su conversación.

—Me han dicho que posee usted un elefante —empieza su señoría.

—Sí, en efecto —contesta el conde—, una criatura de la más extraordinaria belleza. Vive en Grimsthorpe; ¡es mi gran alegría y la de todo aquel que llega a conocerlo!

Lord Bidborough: «Yo también soy dueño de un elefante, una hembra: ¡la hermana de su elefante, según me han informado!».

El conde: «Vaya, no sabía que tuviera una hermana. ¡Qué interesante! ¿Y qué tal va su elefante?».

Lord Bidborough: «Muy bien, gracias; se encuentra en muy buen

estado de salud y con un ánimo excelente —hace una pausa para dar un sorbo a su copa de oporto—. Sería espléndido que los elefantes se reunieran, ¿verdad? ¡Figúrese lo encantados que estarían de volver a verse!».

El conde con encendido entusiasmo: «Estoy de acuerdo; es una idea espléndida, ya lo creo. ¡Debemos ponerla en práctica de inmediato! ¿Prefiere traer su elefante a Grimsthorpe, o que yo conduzca el mío a Easton?».

Durante la ausencia de su señoría intento enseñar a contar a la elefanta; mejor dicho (porque es capaz de contar de manera natural, estoy seguro), intento que exprese la cuenta mediante patadas en el suelo. Para ello, sostengo una zanahoria frente a sus ojos.

—*Jenny*, mira esto; sabes qué es, ¿verdad? —Parpadea despacio—. ¿Qué es?

—Es una zanahoria, Tom.

—Eso es, una zanahoria, ¿cuántas zanahorias hay?

—¿Cuántas?

—Sí. Hay una zanahoria, ¿verdad, *Jenny*? Una sola zanahoria. Ahora levanta la pata y da una patada en el suelo.

—¿Por qué, Tom?

—Me gustaría que lo hicieras.

—¿Qué pata quieres que levante, Tom? ¿La izquierda o la derecha?

—Pues, bueno, no importa. —No da una patada exactamente, sino que flexiona la pata delantera izquierda—. Bien, excelente. Ahora, fíjate —y sostengo en el aire otra zanahoria—. ¿Cuántas zanahorias tengo ahora en la mano?

—Tienes dos zanahorias, Tom. Y tienes otras tres escondidas en la espalda, en la otra mano. ¿A qué viene este juego?

—No es un juego, *Jenny*; la idea consiste en enseñarte a contar, como un ser humano.

—¿Qué es contar?

—Contar, *Jenny*..., es muy útil saber contar de uno a diez. Y complacerá mucho a su señoría. Y ahora, como bien dices, tengo dos zanahorias en la mano; pero si te doy una, ¿cuántas me quedan?

—¿Por qué complacerá a su señoría?

—Complacerá a su señoría porque... —Observo la taimada expresión de sus ojos—. Bueno, no importa, *Jenny*. Complacerá a su señoría porque le confirmará lo inteligente que eres; eso demostrará que las diferencias entre seres humanos y animales no son tan grandes como algunos creen. —*Jenny* se echa una zanahoria a la boca.

—¿Es tan importante? ¿Me puedo tomar otra zanahoria, Tom, por favor?

Llevamos cuatro días practicando este ejercicio, y no puedo decir que hayamos realizado grandes progresos. No es que *Jenny* no sepa contar, sino que no le ve sentido a dar patadas en el suelo; y, desde luego, creo que probablemente tiene razón. Al fin y al cabo, si fuera capaz de contar del uno al diez dando patadas en el suelo, ¿de qué serviría? Hoy, después de otro fracaso, empiezo a devanarme los sesos y me pregunto: ¿qué podemos hacer los humanos que los animales no sepan hacer? ¿Qué puedo hacer yo que *Jenny* sea incapaz de hacer? Bueno, sé cocinar, pienso, sé vestirme, zurcirme la ropa cuando se me hace un roto, pero poco más, aparte de disparar una escopeta, pescar, jugar a las cartas, navegar y montar a caballo (aunque esto último es ridículo, porque la incapacidad del elefante para montar a caballo apenas puede esgrimirse como falta de habilidad por su parte, lo mismo que la incapacidad de una persona para cabalgar sobre un escarabajo o un sapo). Además —digo para mis adentros—, qué fácil resulta invertir la pregunta. ¿Qué no podemos hacer los humanos que los animales sí son capaces de hacer? A lo que respondo: Bueno, pues no podemos nadar como un pez, no podemos excavar como un topo, no podemos volar como un pájaro; no podemos seguir un rastro como lo hace un perro, ni ver en la oscuridad como un búho. Sin embargo, como afirmamos poseer razón, decimos que somos infinitamente superiores.

En consecuencia me parece que no debo intentar que un elefante piense como un ser humano; en cambio, yo debo aprender a pensar como un elefante, aunque no tengo la menor idea de lo que eso significa, del sentido que tendría.

En las dependencias del servicio se chismorrea sobre la encantadora hija de lord y lady Bidborough, Anne Singleton, que ya tiene diecisiete

años, y el señor Church, uno de sus admiradores. El señor Church es bien parecido, o al menos así lo considera la mitad de las doncellas, mientras que la otra mitad sostiene que es cualquier cosa menos apuesto. Yo no tengo opinión al respecto, salvo por la observación de que su barbilla aún no puede haber sentido más que el mínimo roce de la navaja de afeitar, y de que su peluca casi deslumbra por su blancura; corona su cabeza como una capa de nieve esmeradamente rizada. No obstante, su apariencia no importa tanto como su fortuna, porque recientemente ha heredado una propiedad de más de dos mil acres cerca de Horsham, en el condado de Surrey, y la cuestión es si los hermosos alrededores de Easton, junto con la belleza de la propia Anne, lo inducirán a juntarse más a fondo, es decir, mediante una petición de mano.

La señorita Singleton y el señor Church ya han venido dos veces a la Casa del Elefante, con intención de dar un paseo por los jardines. Dos veces he amarrado el *howdar* a lomos de la elefanta para ver a la señorita y al señor subiendo la escalera e instalándose en los asientos: ella atrás, en dirección de la marcha, y él delante, mirando hacia atrás. Sin embargo, cuando salimos se produce un largo silencio: un silencio como una charca que crece hasta formar un lago, un océano, una inmensidad vacía. Al cabo, cuando el paseo amenaza con ser insoportable, el señor Church se aclara la obstruida garganta.

—Ejem... Señorita Singleton..., ¡qué espléndido aspecto tienen hoy los limeros!

Señorita Singleton: «Sí, es verdad..., ya lo creo..., están magníficos... ¡Nunca los he visto tan espléndidos!».

Señor Church: «¿Cuánto hace que los plantaron?».

Señorita Singleton: «No más de tres años».

Señor Church: «Les ha ido muy bien, han crecido tan rápido..., es extraordinario. Aún estarán más bonitos dentro de cincuenta años».

Señorita Singleton: «Seguro que sí».

Señor Church: «Dentro de un siglo, estarán aún más preciosos. Serán grandiosos».

Sigue una larga pausa, después de la cual dice la señorita Singleton: «¿Eso es una corneja o un cuervo?».

Señor Church: «Creo..., me da la sensación de que es una corneja».

Señorita Singleton: «Odio las cornejas, me parecen pájaros de mal agüero».

Señor Church (fervientemente): «Declaro que yo también las odio, en realidad no me importaría que mataran a tiros a todas las cornejas del mundo».

Señorita Singleton: «Y sin embargo tengo un extraño afecto a los grajos».

Señor Church: «No podría estar más de acuerdo con usted, los grajos son unos pájaros de lo más simpáticos».

Otra pausa, aún más larga que la primera, se rompe de nuevo con la voz de la señorita Singleton: «Ah, ¿oye el cucú, señor Church? El otro día me contaron (qué información tan interesante) que los cucús cantan con notas distintas según las regiones; así, en Kent cantan en *la* bemol, en Surrey en *la* sostenido, en Hampshire en *si* bemol y así sucesivamente. Aquí, en Sussex, cantan en *si*».

Señor Church: «Cuando vuelva a Horsham, tendré que escuchar cómo canta el cucú de Surrey».

Señorita Singleton (con inquietud): «No pensará marcharse pronto de Easton, ¿verdad?».

Señor Church: «No..., hasta dentro de unos días, espero. Lamentaría marcharme antes de que volviera su padre. ¿Sabe para cuándo se le espera?».

Señorita Singleton: «Aún no es seguro. Lo más probable es que tarde unos días más, creo».

Otro silencio, roto esta vez por el señor Church: «Me ha dicho milady que su hermano, Charles, va a volver de Italia dentro de poco».

Señorita Singleton: «Sí, es verdad».

Señor Church: «Tengo grandes deseos de conocerlo».

Señorita Singleton: «Espero que le resulte simpático».

Señor Church: «Si es su hermano, resultará verdaderamente imposible que no me caiga bien».

Señorita Singleton: «Mis padres confían en que el viaje le haya instruido. ¿Usted nunca ha pensado en viajar, señor Church?».

Señor Church: «Pues...».

Señorita Singleton (apresuradamente): «¡Ah, discúlpeme..., no quería decir que a usted le haga falta instrucción, ni que deba viajar necesariamente! Sólo que, si yo fuera hombre, ¡seguro que sentiría curiosidad por el mundo! Y sin embargo, ¿qué necesidad hay de ir al extranjero? ¡Al fin y al cabo, se puede viajar cómodamente a través de las novelas!».

Señor Church (tras una larga pausa, y en tono grave, sombrío): «Le agradezco, señorita Singleton, le agradezco mucho que haya dicho que no necesito instrucción; aunque, desde luego, soy muy consciente de mis defectos».

Señorita Singleton: «¡Ah, señor Church, créame, estoy segura de que usted no tiene defectos!».

Señor Church: «Qué amabilidad la suya por decir eso..., ejem, señorita Singleton... , me temo que si yo tuviera que viajar, mi corazón se quedaría en Inglaterra».

Señorita Singleton (con un jadeo): «¡Ah, el mío también estaría aquí!».

En ese momento, estaba yo seguro de que el señor Church se declararía. Sin embargo, siguió un silencio únicamente interrumpido por el suave crujido de las cinchas del *howdar*.

Ése fue todo el contenido de su conversación en el primer paseo; el segundo fue aún más vacío. Después del segundo, tres de las criadas, Susan, Poll y Ellie la Gorda, se apresuraron a venir a la Casa del Elefante, impacientes por tener noticias de la excursión. Susan es una de las doncellas de la casa; tiene unos veintitrés años, pero posee el juicio de alguien bastante mayor. Poll y Ellie la Gorda son más jóvenes, no tendrán más de quince años, y trabajan en las cocinas.

Les relaté brevemente lo sucedido, que escucharon boquiabiertas.

—¡Ay, si no fuera un hombre tan apocado! —dijeron—. Todo modales y nada de pasión. Es frío como una estatua.

Eso me recuerda la observación del doctor Casey de que la razón es la que permite al hombre controlar y dominar las pasiones, pero en cuanto se lo digo, arremeten contra mí.

—Lo que quiero decir —balbuceo— es que, aunque parezca frío, el señor Church es muy apasionado en el fondo.

Se echan a reír.

—¿Y tú qué sabes de eso, Tom? —inquire Susan.

—Que el señor Church se case con la señorita Singleton no es asunto mío, pero seguro que necesita pedir permiso a su señoría antes de declararse. Nada se resolverá antes de que su señoría vuelva de Londres.

Los días se suceden despacio. Su señoría aún no ha regresado. «¿Cuándo vuelve?», pregunta *Jenny* mirándome largamente. «No sé —le digo—. Mañana o pasado, o al otro.» «¿Y entonces tendremos noticias de *Timothy*?» «Sí, desde luego. Seguro.»

En ausencia de milord, he estado ocupado en mi escritura. He escrito, o intentado escribir, una Dedicatoria a su señoría. La he escrito dos, tres, una docena de veces, sin éxito. Pruebo con la palabra «extraordinario», e inmediatamente pienso que debería haber puesto «admirable». ¿Seguro que la palabra «admirable» expresa con precisión el sentido que quiero darle? Tacho «extraordinario» y escribo «admirable»; ¡pero enseguida me doy cuenta de que «admirable» no conviene en absoluto! No, la palabra que debía haber empleado es «excelente», porque es una de las favoritas de su señoría, con lo que desecho «admirable» en favor de «excelente». Cinco minutos después, vuelvo a reconsiderarlo: la veleta está girando hacia su posición inicial, y ahora pienso que «extraordinario» es, a fin de cuentas, el término que necesito; a menos, quizá, que haya otra palabra oculta en la espesura de mi mente. Bueno, pues entonces me sumerjo en la espesura —sacudo la maleza con un palo— y hago salir «magnífico». Así ocurre todo el tiempo: a cada momento hay que cambiar la metáfora, y palabras, frases y expresiones posibles se alinean ansiosas frente a mí, como peones en un día de feria, rogando que los contrate. ¡Cuántas formas hay de escribir lo mismo! ¡Qué difícil resulta escribir cuando todos mis pensamientos giran en torno a *Timothy*!

Tengo que acabar pronto la Historia, lo sé; pero ignoro dónde debe terminar. Hay que traerla al presente. Pero ¿dónde se detiene el presente? ¿En el mes pasado, hace una semana, un segundo? ¿O la semana que viene? Ah, ojalá concluyera la Historia con la llegada de

Timothy a *Easton*, con *Jenny* y él saludándose mutuamente, después de tanto tiempo separados; vaya, qué desenlace tan perfecto.

VEINTISIETE DE JUNIO. Ayer por la tarde, el carruaje de lord Bidborough subió traqueteando por el camino de entrada a la mansión, y esta mañana *Jenny* y yo nos hemos detenido bajo la ventana de su alcoba, y él ha asomado la cabeza, tocada con el gorro de dormir.

—¡Buenos días, señora!

—¡Buenos días, milord!

—¡Buenos días, Tom! ¡Espléndida mañana! Pasaré a veros más tarde, si puedo.

No tarda mucho en aparecer renqueando, gotoso y pisando fuerte. Al parecer, uno de sus médicos de Londres le ha dicho que la causa de su gota se debe a la mala circulación, que la sangre se le ha coagulado en el dedo del pie, y que, por tanto, para diluir el coágulo debe pisar fuertemente con el pie derecho siempre que pueda y por más que le duela; en realidad, cuanto más le duela mejor, porque el dolor es señal de que el coágulo se está deshaciendo. Pese a ello, se encuentra de un humor excelente porque su hijo, *Charles*, ya se encuentra de nuevo en Inglaterra.

—Lo esperamos dentro de poco, y está deseoso de dar un paseo a lomos de la elefanta, si la señora está dispuesta a llevarlo.

Pensando todo el tiempo en *Timothy*, le contesto que *Jenny* se sentirá honrada. Lord Bidborough asiente con la cabeza, da una patada en el suelo, haciendo un gesto de dolor y despertando el interés de *Jenny* (que se lo queda mirando, perpleja, como preguntándose si él también está obligado de algún modo a contar zanahorias).

—No, no tengo nada de comer, ávida criatura —(porque revuelve los bolsillos de su señoría con la trompa)—. ¡Desista, señora!

Su señoría me cuenta entonces que, en la ciudad, asistió a una reunión de la Royal Society, «que como tal vez sepas, Tom, es la principal institución científica del país», y allí volvió a encontrarse con el doctor Goldsmith, quien le confió que estaba preparando una vasta obra, una historia de toda la naturaleza animada, incluidos el reino animal y el vegetal. «Está muy interesado en utilizar tu Historia de la Elefanta en sus trabajos.»

—He escrito una Dedicatoria, milord —repuse con satisfacción.

—¿Una Dedicatoria? —Milord ladea la cabeza—. ¿Crees que requiere una Dedicatoria, Tom?

—Pues... no estoy seguro, milord. ¿Cree que no debería tenerla? No la incluiré.

—No, no, Tom. Lo que quieras. La Dedicatoria no sería necesaria, en mi opinión, para una obra de esta clase, para la historia de un elefante. Por otro lado, con tal de que venga a cuento, no hará ningún daño.

—Gracias, milord.

Su señoría frunce el ceño.

—Quizá deba echar un vistazo a esa Dedicatoria, Tom, con tu permiso.

Después de traérsela, espero con gran ansiedad mientras él se ajusta un par de anteojos en la nariz y empieza a leer:

Al muy noble lord Bidborough de Easton

Milord:

por la presente dedico respetuosamente esta Obra de Historia Natural, que describe la Vida de una Criatura de lo más Extraordinaria, con la esperanza de que, en cierta pequeña medida, pueda contribuir al acervo del conocimiento humano. Si la finalidad de esta Historia fuera capaz de hablar desde el fondo de su corazón, pregonaría con la trompa a los cuatro vientos su enorme gratitud a su señoría por su generosidad y amabilidad al haberla acogido bajo su protección; ante su falta de capacidad para expresarse, la tarea corresponde a la pluma del autor, que se siente honrado de poder escribirla por sí mismo, el humilde y obediente criado de su señoría Thomas Page, cuidador de elefantes.

—Excelente —observa milord—. ¡Excelente, sí! Aunque no hay necesidad del «muy».

—¿Milord?

—Basta con «Al noble lord Bidborough». No es preciso ennoblecerme aún más.

—No, milord. Gracias, milord. Además, milord, con respecto al título de la Historia..., había pensado en «La Verdadera Historia de un Elefante».

—¿«La Verdadera Historia de un Elefante»? Muy bien.

—Se me ha ocurrido también «Historia Natural de un Elefante». O bien «La Vida y la Historia del Elefante». Y «Observaciones sobre un Elefante», milord.

—Vaya..., vaya... —Su señoría carraspea y da vueltas al asunto—, cualquiera de ellos servirá perfectamente, diría yo. «La Verdadera Historia» quizá sea el mejor título. No queremos que nadie piense que es una novela, ¿verdad? —Pasea por la Casa del Elefante pisando fuerte como un centinela—. ¿Has leído una novela alguna vez, Tom? Mi hija no parece hacer otra cosa.

—He leído *Los viajes de Gulliver*, milord. Y *El progreso del peregrino*.

—¿*El progreso del peregrino*? Ah, sí, ya recuerdo, ya me lo habías mencionado, ¿no es así? Bueno, pues no sé si *El progreso del peregrino* es una novela exactamente, o *Los viajes de Gulliver*, si vamos a eso. «Gulliver» es más un elenco de aventuras, ¿verdad? Pero, por favor, me interesa: ¿cuál es tu opinión sobre *Los viajes de Gulliver*?

—¿Mi opinión, milord?

—¿Te pareció entretenido o instructivo ese libro? ¿Una obra edificante?

Cuando leí por primera vez *Los viajes de Gulliver*, a los ocho o diez años, me encantó la historia, y creía que hasta la última palabra era real; en efecto, incluso me figuraba que era Lemuel Gulliver en persona. ¿Quién no se ha imaginado alguna vez estar en la piel de otro, en otro país, en otro camino de la vida o incluso en otra época? Sin embargo, no deseo expresar una opinión que mi señor llegue a reprobar. Le contesto que, de niño, me pareció muy entretenida, y que disfruté sobre todo con la parte final del libro en la que Gulliver se encuentra en un país regido por caballos inteligentes.

—Te gustó eso, ¿eh? —inquire secamente su señoría.

—Sí, milord.

—¿Te gustaría estar gobernado por caballos?

La expresión de su señoría parece manifestar que no aprueba en absoluto esa parte del libro. Estoy confuso.

—Los seres humanos tienen sus defectos, bien lo sabe D... —observa—, pero no son todos tan irremisiblemente malos como el autor de *Los viajes de Gulliver* quisiera hacernos creer. Si viviéramos

gobernados por caballos, ¿sería el mundo un sitio mejor? ¿O por los perros? Me imagino que éstos se volverían unos tiranos. —Reflexiona un momento—. Aunque supongo que tú preferirías vivir en un país regido por elefantes.

—Sí, milord. —Me viene a la imaginación un país gobernado por elefantes, y le contesto con determinación—: Estoy convencido de que los elefantes serían más amables y afectuosos que los caballos y los seres humanos, milord. El país sería más pacífico. Habría menos disputas y peleas, menos embustes y engaños.

—¿Tendríamos entonces un Parlamento de elefantes que aprobaría leyes para que las cumpliéramos nosotros? ¿Y nos convertiríamos en sus esclavos, para hacer lo que a ellos se les antojara?

—Sí, milord, pero sería diferente: seríamos amigos suyos. Nos tratarían con deferencia y respeto.

Pese a la gota, lord Bidborough soltó una carcajada.

—¡Tom, me temo que el mundo se encontraría en apuros si tuviera que arreglárselas sin siervos! ¿Quién recogería las cosechas? ¿Quién construiría edificios o prepararía la comida? Me figuro que tendríamos que obligar a los monos o babuinos a que hicieran de criados. Pero me parece una idea admirable, te lo aseguro. ¡El País de los Elefantes! ¿Qué sentido moral —(patada en el suelo)—, qué costumbres —(patada en el suelo)—, qué religión —(patada en el suelo)— imperaría en ese país imaginario?

Respondo que no lo sé, pero que, con respecto a la religión, existe la historia de que los elefantes a veces adoran a la luna, y se bañan ceremoniosamente en lagos y ríos con objeto de purificar su espíritu.

—Ya sabes, Tom, que no todo el mundo admitirá que los animales tienen alma o facultad espiritual de algún tipo, ¿verdad?

—Sí, milord, pero creo que están equivocados.

—Yo también —conviene su señoría—. De que los animales carecen de alma inmortal se deduce que en el cielo no hay lugar para ellos, y a mí me daría mucha lástima si en el Paraíso no hubiera pájaros ni animales. Ni perros. No lo puedo creer. —De nuevo hace servicio de guardia—. En *Gulliver*, Tom, ¿cómo llaman los caballos a los seres humanos?

—Yahoos, milord. Los caballos son Houyhnhnms.

—Yahoos y Houyhnhnms. Y Gulliver es capaz de conversar con los Houyhnhnms, ¿no es así? Vaya, vaya. Las novelas son extraños artefactos, contruidos sobre premisas débiles y repletos de artimañas e inverosimilitudes. —Mira a *Jenny*—. ¿Sabes, Tom?, en alguna ocasión he jugado con la idea de que el elefante es algo parecido a una novela.

Intento pensar cómo podrá un elefante, de la manera que sea, parecerse a una novela.

—Esas orejas, las patas, la trompa... ¡Es una bestia tan irracional!... ¡Una colección de inverosimilitudes! Si en Inglaterra nadie hubiera visto un elefante ni tenido noticia de algo así, y un viajero tuviese que describir un cuadrúpedo con una nariz de más de cuatro pies de largo, patas como troncos de árbol, pelos como cables y rabo semejante a una fusta, ¿quién iba a creerle? Recibiría una dura condena por embustero; se reirían de él y sería objeto de escarnio. —Su señoría da a *Jenny* unas cariñosas palmaditas en el flanco—. Si D...es el creador de todas las cosas, tal como nos vemos inducidos a creer, es curioso preguntarse en qué clase de estado de ánimo se encontraría cuando resolvió escribir la *Historia del Elefante*. Bueno, Tom, cuando hayas concluido la *Historia*, me gustaría mucho leerla. Estoy seguro de que será una lectura excelente.

—Gracias, milord.

—Hummm. —Más patadas en el suelo—. Maldi... dedo. Me pregunto si te serviría de ayuda determinar una fecha para concluirlo. No es que pretenda darte prisa, pero si tuviera que concluirse, digamos, para finales de julio, de aquí a un mes, ¿te las podrías arreglar? No tiene por qué ser tan extensa como *Los viajes de Gulliver*, ¿sabes? Bueno, que paséis un buen día, los dos.

—¿Milord?

Se vuelve hacia mí y con expresión inquisitiva balbuceo:

—Me estaba preguntando, milord, si por casualidad ha habido respuesta de Lincolnshire.

La pregunta se interpone en el flujo de sus pensamientos, y sorprende a su señoría a contrapié.

—¿Lincolnshire?

—En relación con —(casi pierdo la cabeza y digo «*Timothy*»)—..., en relación, si lo recuerda, milord, ya se lo mencioné —(se me traba la lengua)—..., con respecto al otro elefante, el macho, milord, del conde de Ancaster.

—Ah, sí —contesta él—. Bueno, efectivamente escribí al conde, ¿verdad? Pero no, Tom, aún no ha habido respuesta, que yo sepa. El señor Bridge o yo mismo te la haremos saber cuando la reciba.

—Gracias, milord. —Entonces me arriesgo aún más, pues mi emoción es tan grande que apenas soy capaz de expresarme—. Se me ha ocurrido, milord, que si fuera posible sería estupendo que los elefantes se encontrasen de nuevo.

—Y cómo lo podríamos hacer, ¿eh? ¿Crees que deberíamos invitar al conde de Ancaster a que venga de Lincolnshire con el elefante?

—Sólo era una idea, milord.

—No, no, no digo que sea imposible. Estoy de acuerdo en que podría resultar edificante. Pero, Tom, Lincolnshire se encuentra a cierta distancia de Sussex, ¿no es así?

Guardo silencio.

—Bueno —concluye su señoría, dando una última patada en el suelo—, primero vamos a esperar la carta. No conozco al conde, salvo por su buen nombre.

Mi mente está tensa como la cuerda de un reloj. A cada hora que pasa, más cerca está la carta del conde con información sobre *Timothy*. ¿Por qué no ha llegado aún? ¿Está enfermo el conde, se encuentra en el extranjero? ¿Se ha perdido su carta?

No puedo dormir. Me levanto de la cama y me asomo a la ventana. Aún no se ve la luna, que acecha detrás de un nubarrón oscuro con ribetes plateados; va emitiendo cada vez más resplandor, hasta descubrirse con un estallido luminoso que baña los adormecidos campos. Negros árboles flotan como inflorescencias sobre la tierra gris, una tierra sin sustancia. ¿Está *Jenny* despierta? Me doy la vuelta y miro al centro de la Casa del Elefante. La luna entra sesgadamente por las ventanas; la luz le da en el flanco izquierdo, con el derecho sumido en penumbra. No sé si está despierta o dormida, o soñando. ¿Estará

soñando? Se sabe cuándo sueñan los elefantes —son como los perros — por el movimiento de los párpados, por los temblores que les zarandean y sacuden el cuerpo como alambres invisibles. Lo que sueñan es otra cuestión. ¿Acaso sueña *Jenny* con *Timothy*, con Harrington Hall? ¿O acaso los brazos de sus sueños se extienden más hacia atrás, a través del océano, hacia las Indias?

«*Jenny* —digo—, *Jenny*, ¿estás soñando? ¿Estás despierta?»

«Sí, Tom —contesta ella—, estoy despierta.» «¿Qué estás haciendo?» «Estoy pensando, Tom.» Le pregunto: «*Jenny*, ¿te acuerdas de tu hermano *Timothy*?». Parece que alza la cabeza del suelo. «Sí, Tom, claro que me acuerdo de *Timothy*, no hace tanto, sólo tres años, me acuerdo bien de él. Vivíamos juntos en Harrington Hall.» «*Jenny* —le digo—, esperamos tener noticias de él pronto. Lord Bidborough ha escrito al conde de Ancaster. Sabremos cómo le va en Lincolnshire.» *Jenny* dice: «Lord Bidborough es una buena persona». «Sí —convengo yo—, es una buena persona, una magnífica persona.» Ante la idea de la magnificencia de su señoría me invade una oleada de cálida satisfacción.

Pienso en *Timothy* todo el tiempo. Lo veo resoplando y barritando, jugando en el riachuelo, arrancando raíces con la trompa. Recuerdo su paciencia cuando le quité el clavo oxidado de la enorme planta de la pezuña. Me acuerdo del momento en que pérfidamente lo convencí para que entrara en la jaula, la expresión de su cara cuando comprendió que lo habían engañado. Pienso en la confusión que debió de haber sentido cuando lo liberaron entre extraños. Luego me consuelo imaginándolo bajo la misma luna que aquí reluce. Le habrán crecido los colmillos en estos últimos tres años. Imagino sus colmillos de marfil, del color de la luna, curvándose en su luz.

CUATRO DE JULIO. Esta mañana llega una carta, pero no es del conde de Ancaster, sino de mi madre. No sé quién se la escribe. Es la primera que recibo de ella en más de un año y me dice que mi hermano Jim ha dejado el empleo de jardinero y se ha hecho a la mar en uno de los buques del señor Harrington. Se marchó a Bristol en febrero, y mi madre está llena de melancolía: «Ahora que falta tu padre y Jim en el mar y tú con tus elefantes no tengo a nadie en el mundo y estoy *mu*

desolá y no espero vivir muchos meses así que me despido de ti mi hijo Tom». Eso es tan absurdo que le he escrito a mi vez para decírselo, aunque las noticias acerca de Jim son asombrosas. Siempre ha sido tan tímido y retraído, con sus jaquecas, que pensar en él ahora, viajando por el mundo como Gulliver, viendo marsopas, sirenas, ballenas y no sé qué más —porque a estas alturas ya debe de estar a medio camino de África—, apenas resulta verosímil.

La carta también contiene una cura presuntamente infalible para la gota que la señora Perry le ha dado a mi madre; y por esa razón —por la señora Perry, quiero decir— resuelvo no mencionársela a su señoría. Sin embargo, cuando lo he visto esta tarde tenía tales dolores que he cambiado de parecer.

—Una cura infalible, ¿eh? Pues debería alegrarme, aunque espero que no haya que emplear ventosas ni purgas.

—No, milord.

—¿Ni baños calientes ni fríos? ¿Y no será uno de esos polvos del doctor James?

—No, milord, pero sí hace falta —saco eso a relucir un tanto abochornado—... carne de víbora.

A pesar de sus dolores, lord Bidborough se ríe más de lo que nunca lo he visto reír. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿En serio? ¿De víbora? Por favor, ¿la víbora tiene que estar muerta o viva?

—Pues muerta, milord.

—¿Tengo que llevarla colgada al cuello?

—No, milord, me han dicho que hay que dar friegas en la articulación afectada con un trozo de carne cruda dos veces al día.

Ríe de nuevo.

—Vaya, Tom, he probado tantos remedios, ninguno de los cuales me ha hecho el menor bien, que en la etapa en que me encuentro la carne de víbora puede ser ahora mi única oportunidad. ¿Estás seguro de que no me traerá mala suerte?

—No, milord; es decir, milord, siempre y cuando sea fresca.

—¡Ja! ¿Y si no es fresca?

Guardo silencio.

—Mira —dice él—, veo un problema con esta cura: no dispongo de existencias de víboras frescas.

Le prometo ocuparme de que las tenga.

—Gracias, Tom. Carne de víbora, ¿eh? ¡Y si eso no da resultado, me cerceno el dedo gordo del pie y acabo de una vez con el problema!

Cuando despunta el sol, salgo a cazar víboras. Encuentro una fácilmente, aletargada en una verde ladera, y la mato con una piedra. Al volver me encuentro con Isaac, el ermitaño; está bañándose en la cascada, en una charca profunda plagada de espuma, y sale con dificultad del agua y viene cojeando hacia mí. Le chorrea agua de la barba, y pegada al cuello lleva una sarta de hierbajos verdes, aunque el resto de su cuerpo es muy blanco a la luz del sol. Se seca con sus harapos, y le pregunto si le gusta vivir en el bosque como un ermitaño, a lo que me responde, entre variadas obscenidades, que no le gusta nada en absoluto: que en invierno poco le falta para morir de frío, que incluso en verano el pinar es oscuro y húmedo; que lo acosan hormigas negras y le pican las moscas; que entra agua en su cabaña cuando llueve; que no tiene nada que hacer en todo el día salvo sentarse y mirar fijamente la Biblia; que el señor Bridge le ha dicho que lo despedirán si se le ocurre encender fuego.

—¿Permiten que te bañes? —le pregunto.

—No —contesta, escurriéndose la barba y sonriendo—, y pescar tampoco. ¿Qué es eso?

—Una víbora; para la gota de su señoría.

—Eso no le hará nada —contesta—. Que pruebe con baños de mar.

—¿Por qué no se lo dices?

—¿Decírselo a su señoría? ¿Por qué habría de decírselo? No le debo ningún favor. Además, no puedo hablar; he hecho voto de silencio, ¿no es verdad? Si abro la boca, aunque sea para bostezar, me despedirán.

Pronuncia estas últimas palabras con un tono de gran resentimiento, e Isaac procede a clamar contra su miserable vida y me informa de que por representar el papel de ermitaño sólo le pagan cuatro libras al año, no más que a cualquiera de las criadas. Dice que lleva una vida de perro, y que de ninguna manera pasará otro invierno

haciendo de ermitaño, antes preferiría acabar muerto de hambre en una zanja.

Sus palabras sobre «representar el papel» me recuerdan una cuestión que me ha tenido perplejo desde la visita del doctor Casey y el señor du Quesne: si lord Bidborough es consciente de que el ermitaño es una farsa. Isaac me lanza una mirada maliciosa.

—¿Una farsa? ¿Qué quiere decir eso, una farsa?

—Un fingimiento, un engaño, un cuento —le explico—; que estás representando una comedia, que no eres un verdadero ermitaño.

Contesta que, desde luego, lord Bidborough sabe que es una comedia, y lord y lady Seely también; de eso está seguro.

—Yo estoy aquí para dar tono. Como lo estás tú y tu señora madre. Somos sus esclavos. Pueden hacer con nosotros lo que les venga en gana, malditos sean.

Como desconozco el modo de hacerla llegar a manos de lord Bidborough, llevo la víbora a las dependencias del servicio, donde me encuentro con Poll y Ellie la Gorda, que gritan y salen corriendo por un pasillo, y me pongo a perseguirlas, haciendo ruidos sibilantes y agitando la criatura, hasta que tropiezo con la señora Eakins, quien con expresión muy severa me dice que no asuste a las chicas. Añade que lo mejor será que lleve la serpiente al señor Bridge, que sin duda se la entregará a su señoría.

Siguiendo su consejo voy inmediatamente a ver al señor Bridge. En cuanto me ve con una serpiente colgada del brazo, monta inmediatamente en cólera. ¿Qué es lo que pretendo trayendo eso a la mansión? ¿Se trata de una broma? Mientras sigue despotricando, sin darme tregua para explicarme, su señoría entra en la habitación.

—Vaya, Tom, ¿es mi víbora? Muchas gracias; te estoy muy agradecido.

El señor Bridge, para mi gran satisfacción, se muestra sumamente desconcertado.

ONCE DE JULIO. Para regocijo general, el hijo y heredero de lord Bidborough, el señor Charles Singleton, llegó ayer a Easton después de casi cuatro años en el extranjero, y esta tarde ha venido a la Casa del Elefante. Lo acompañaban lord y lady Bidborough, la señorita

Singleton y el señor Church.

Su señoría, con muletas y el pie vendado, dice:

—Bueno, Charles, éste es Tom Page, ya recordarás que te dije que habla elefante; aunque él lo niega, yo no le creo. Vamos, Tom, dile que le estreche la mano.

Hago una seña a *Jenny*, que puntualmente alarga la trompa y estrecha la mano derecha del señor Singleton. Va ataviado a la moda, con casaca bordada, pañuelo de seda blanca y calzones de terciopelo, y me impresiona su gran parecido a su señoría.

—Te garantizo que Tom contestará a cualquier pregunta que le hagas sobre los elefantes —declara su señoría, mientras el señor Singleton dice que se alegra mucho de conocerme.

—Sin duda que le formularé algunas preguntas a su debido tiempo, tales como: ¿qué dijo el elefante al rinoceronte, qué le contestó el rinoceronte, y quién fue el ganador?

La adivinanza me deja tan sumamente desconcertado que no contesto.

—Ahí lo tenéis —dice en tono triunfal—, ya le he puesto en evidencia.

Eso suscita mucha risa. *Jenny* oscila suavemente la trompa de lado a lado.

—Sigue mi consejo —dice su señoría— y no preguntes por qué la elefanta no tiene colmillos.

—Vaya —sonríe el señor Singleton—, ya había decidido saber por qué no tiene colmillos, pero no voy a preguntarlo, a ver si lo adivino. —Observa a *Jenny*—. O bien los lleva escondidos en los carrillos, aunque lo dudo, o se los han aserrado para hacer bolas de billar; pero, en ese caso, tendría que tener muñones, supongo. —Observa el rabo—. Veo que es una vaca, tal como llamamos en inglés a la hembra del elefante. ¿Podría ser ésa la explicación? —Lord Bidborough ríe de nuevo, mientras lady Bidborough y la señorita Singleton aplauden. El señor Singleton, con gran modestia, explica—: No me resulta difícil. Ya he visto elefantes antes.

—¿En Italia? —pregunta lord Bidborough.

—Sí, en Roma —responde su hijo—. El Papa suele montar un

elefante cuando va de procesión por la ciudad. Los caballos le ponen nervioso, o eso dicen.

—¿Por qué? —quiere saber la señorita Singleton.

—Pues —contesta el señor Singleton— por varias razones: porque es un cobarde y porque sostiene que los caballos son protestantes y, por tanto, no le obedecen.

Ante eso, muchas risas de nuevo. Todos están de lo más ocurrentes, cuando lord Bidborough, naturalmente deseoso de mostrarle los cambios introducidos en Easton, propone dar una vuelta a los jardines. «Porque —dice a su hijo— apreciaría mucho tu opinión sobre lo que se ha hecho en tu ausencia.» El señor Singleton responde que hará lo posible por contestarle con total sinceridad, a lo cual dice lady Bidborough: «Charles, por favor, no seas demasiado sincero; el dedo gordo del pie de tu padre quizá no soporte muchas críticas sobre sus mejoras». «Tonterías —responde su señoría—, mi dedo gordo siempre aprecia una opinión franca. Aunque por lo que respecta al dedo en cuestión, confieso que en las últimas semanas ha soportado tantas opiniones falsas y contrarias que se ha vuelto un tanto sensible.» El señor Singleton contesta que el dedo gordo del pie paterno le inspira mucho respeto: lo tiene en gran estima y se propone rezar todas las noches por él al Santo Patrón del Dedo Gordo, san Gordezno, «que se sienta a la diestra del Dedo Gordo del Padre». Lord Bidborough se ríe entre dientes: «Pues tus plegarias a lo mejor hacen más que las pastillas y los polvos que me han dado. Hay tantos remedios para la gota como curanderos, todos inútiles. Ya lo he probado todo». Señor Singleton: «Por favor, señor, ¿qué color tiene su orina? ¿Es de un ámbar fino, de miel o de paja? ¿Es claro o turbio? ¿Y su olor? Son diez guineas, por favor». Lord Bidborough se ríe una vez más: «Empecemos el *tour*». En este punto, hasta el señor Church logra expresar una ocurrencia: «Espero que sea el corto y no el *grand tour*», y cuando la señorita Singleton sonrío, se envalentona lo suficiente para continuar: «No sé si nos daría tiempo para recorrer toda Italia y Suiza esta tarde».

Acercó a Jenny al montadero y se encaraman al *howdar*; sin embargo, su señoría decide que lo suba Jenny, y al bajarlo, el pie de milord tropieza con el extremo del asiento. Suelta una exclamación de

dolor. Y eso inquieta a milady: «No te encuentras en buenas condiciones para esto, deberías estar en la cama». «Estoy perfectamente —replica su señoría en tono irritado—, no es nada. Ya se pasará. Gracias, Tom» (porque le he pasado las muletas). Entretanto, el señor Singleton, fingiendo aún ser médico, le pide que describa la naturaleza del dolor. «¿El dolor? Es como si un perro te mordiera en el dedo gordo.» «Ah, ¿sí? ¿Un perro de qué raza, señor? ¿Un spaniel? ¿Un galgo? ¿Un mastín?» La raza es irrelevante.» «Bien, señor, su remedio consiste en ahorcar al perro, ¡inmediatamente! ¡Veinte guineas!» «Tendrías que estar en la cama», insiste Lady Bidborough. «Tonterías..., tonterías..., ¡no voy a permitir que el dedo gordo me dicte lo que he de hacer!»

A lo largo de esta conversación gotosa he esperado que su señoría mencionara la víbora, y ahora lo hace. «He estado dándome friegas en el dedo con carne de víbora, siguiendo el consejo de Tom.» El señor Singleton suelta una aguda carcajada: «¿Carne de víbora?». Y dirigiéndose a mí: «¿Eres una autoridad en medicina, además de en elefantes?». «No, señor —explico—, es un viejo remedio de Somersetshire que me ha dado mi madre.» «Sin duda —prosigue él—, tan vieja como el remedio y bruja de gran renombre. He oído hablar de las brujas de Somerset. Hay siete hechiceras de éstas, y todas merecen la hoguera. Padre, cuenta con que el dedo pronto se te va a poner negro y luego se te caerá.» Lord Bidborough, muy divertido, confiesa que no le importa nada que se le caiga; en realidad, quedaría complacido. «Estoy harto del asunto, Charles. He tomado las aguas en Bath hasta casi ahogarme. Me he tragado el polvo del duque de Portland y los polvos del doctor James. Incluso he probado el régimen del doctor Cheyne a base de leche y verduras.» «¡Durante menos de dos semanas!», protesta milady. Su señoría no hace caso de esto último, y dice que los únicos remedios que le han hecho algo de bien son el vino y el brandy. «Y sin embargo, todos los médicos desde Hipócrates han aconsejado abstenerse del vino en casos de gota», señala lady Bidborough en tono áspero. Lord Bidborough: «Lo que demuestra lo inútiles que son todos, ¿verdad? Por lo tocante al vino, prefiero quedarme con la opinión de san Pablo». Milady dice: «El

doctor Cadogan...». Pero su señoría se apresura a interrumpirla: «¡Ese matasanos!». «El doctor Cadogan —prosigue milady— recomienda encarecidamente abstenerse de vino. Sostiene que la gota tiene tres causas: intemperancia, indolencia e irritación. La primera conduce a la segunda, la segunda a la tercera.» Su señoría expresa su desaprobación con un bufido: «¡Y de ese modo logra irritar a todos los que padecen gota, y de paso consigue que empeore su afección!». Su arrebatado provoca un pequeño silencio que rompe su hija: «¿Por qué, padre?, ¿qué dice san Pablo?». «Evitar los excesos, mi querida niña —le dice lord Bidborough—. Demasiado vino es malo para el organismo, pero en pequeña medida es excelente.» Señor Singleton: «¡Qué interesante, no sabía que san Pablo fuese tan gran médico! ¿Estaba infundido de autoridad divina cuando daba su opinión? Podemos tener la seguridad de que, al recomendar la víbora, la bruja de la madre de Tom tiene a Satanás de su parte; pero ¿qué hay de san Pablo?».

Más risas después de eso, y siento un gran alivio cuando la conversación gira en torno a los jardines. Señalando con la muleta aquí y allá, lord Bidborough explica por qué se ha ubicado el templo en un sitio y no en otro; por qué se ha plantado esta arboleda ahí y no allí, por qué se ha dado al lago la forma que tiene: para dirigir la mirada hacia delante; todo se ha hecho por una razón, con las diversas partes organizadas para formar un conjunto armonioso. El señor Singleton declara que todo es admirable; no puede concebir cómo se hubiera hecho mejor, es la labor de un genio. «El genio radica en el carácter del país —replica su señoría—; yo sólo me he limitado a encontrar su voz, allí donde previamente estaba mudo.» El señor Singleton dice: «En realidad, padre, le habéis hecho cantar. Es la Ópera de Easton», y se pone a cantar, lo que se recibe con un aplauso. Cuando llegamos al Grotto nos encontramos con Robert King, muy ocupado en fijar con argamasa conchas y minerales en paredes y techos. Con él, sentada en un terreno cubierto de alta hierba, está la pequeña Alice, la hija de Robert; nos saluda a Jenny y a mí cuando entramos en el Grotto. Le pregunto si ha recogido más conchas, y abre la mano. «¡Vaya —exclamo—, si son dientes de moro!», porque así las llamaban en Somersetshire. Alice parece dudar. «Tom, ¿son de verdad dientes de

moro?» No, le digo, son conchas; es sólo un nombre. Me mira con sus brillantes ojos y dice que espera encontrar las suficientes para confeccionar un collar. «Cuando lo hagas —le digo—, me gustaría mucho vértelo puesto.»

Mientras charlamos, el grupo sale del Grotto, con el señor Church llevándose las manos a la cabeza tras haberse dado un golpe contra el pico de una roca. «No es nada, sólo un golpe, se lo aseguro, nada», dice, contestando a las solícitas preguntas de la señorita Singleton, pero ella insiste en que se quite la peluca para examinar la herida: «Ah, es enorme. Se ve que se está hinchando...». Lo dice en un tono de gran ansiedad. Señor Church: «Le aseguro, señorita Singleton, que no es nada». Señorita Singleton: «¡Pero si es enorme! ¿Se siente mareado?». Señor Church: «Un poco, lo confieso». Señorita Singleton: «Deje que lo sienta..., así... —alargando la mano hacia él y presionando la base de la palma sobre el lugar del golpe—. Oh, es un gran chichón, espero no apretarle mucho, ¿no le duele horrores?». Señor Church: «En absoluto..., ejem..., gracias..., de verdad..., se lo agradezco mucho...». Ese tierno momento no pasa desapercibido para lord y lady Bidborough, que intercambian significativas miradas; tampoco para el señor Singleton, que hace un comentario gracioso a su señoría que no alcanzo a percibir, aunque creo que está relacionado con la posibilidad de que el chichón del señor Church, si lo presionan demasiado, produzca una hinchazón en otra parte de su anatomía.

Después avanzamos entre la sombra del pinar camino de la ermita, y entonces advierto que Isaac viene detrás de nosotros, moviéndose con dificultad entre los árboles, y para darle tiempo a llegar a su cabaña sin que lo descubran, saco a *Jenny* del sendero y tomo un camino más largo. Asustamos a un grupo de ciervos. Al bramido de una de las ciervas, se alejan saltando antes de detenerse para observarnos a lo lejos. Sus pequeños rabos tiemblan en los pálidos cuerpos. Cuando llegamos a la ermita, Isaac está sentado con la cabeza inclinada sobre la Biblia. «¿No he visto a ese individuo hace unos minutos —pregunta el señor Singleton— corriendo por el bosque? Estoy seguro. ¿Ermitaño? ¿Me oyes? ¿Por qué no estabas en tu puesto? ¡Ermitaño! ¡Ermitaño!», y arrancando una piña de una rama se la tira a

Isaac, golpeándolo en un lado de la cabeza. Lord Bidborough sonrío ampliamente: «Vamos, Charles, no está bien hacer eso al pobre hombre: es sordomudo, no debemos atormentarlo», a lo cual replica el señor Singleton que no cree que el ermitaño sea sordo, y le tira otra piña, que rebota sobre la Biblia. Isaac se pone en pie y, dando muestras de una dignidad ultrajada, se mete en la cabaña arrastrando la pierna enferma. «Mira —observa lady Bidborough al señor Singleton—, lo has ofendido muchísimo», aunque lo dice riendo.

Con este buen humor regresamos a la Casa del Elefante; allí desmontan, y, cuando estoy quitando el *howdar*, lord Bidborough vuelve hacia mí balanceándose con las muletas.

—Ah, a propósito, Tom, se me ha olvidado por completo, el pintor empezará pronto. Le he dicho que haga unos bosquejos preparatorios. Además, he recibido respuesta del conde de Ancaster, aquí la tengo —añade, descargando el peso de su cuerpo en el pie izquierdo y sacando la cartera—: Me temo que la información va a decepcionarte un poco.

—¿Milord?

—Ya no tiene el elefante; me dice que se vio obligado a venderlo al poco de su llegada a Lincolnshire.

—¿Lo vendió? —repito como el tonto del pueblo.

—Pero no todo está perdido. Se lo vendió a lord Luttershall, que vive en Northamptonshire, en Langley. Una vez me encontré con lord Luttershall, en la ciudad; un caballero excelente, de muy refinada sensibilidad. Le diré a Bridge que le escriba.

Hasta ese momento, la posibilidad de que hubieran vendido a *Timothy* nunca se me había pasado por la cabeza.

—Milord, ¿acaso el conde Ancaster dice —tartamudeo—..., en su carta, por qué vendió al elefante?

—Pues, no exactamente; vaya, ¿qué es lo que dice? —Lord Bidborough se ajusta los anteojos en la nariz—. Veamos..., sólo que por consideraciones particulares, hummm, que no especifica, se vio obligado a abandonar la idea de coleccionar animales exóticos. No aduce ningún motivo. —Vuelve a guardarse la carta en la cartera—. Vaya, vaya, veremos qué pasa.

—Gracias, milord.

Parece haber terminado, pero entonces añade:

—Sabes, Tom, he estado pensando en tu idea de reunir a los dos elefantes..., ¿dices que son hermanos?

—Sí, milord.

—Bueno —sonríe su señoría—, no hay nada mejor que una reunión familiar. Quizá pueda arreglarse de algún modo. ¿Quién sabe? Quizá esté dispuesto lord Luttershall a vender su elefante.

Con ese comentario se aleja balanceándose. Mi corazón brinca como un ciervo. Digo a *Jenny*: ¿No son unas noticias maravillosas, *Jenny*? *Timothy* se encuentra en Northamptonshire, que no está tan lejos como Lincolnshire; y lord Bidborough se lo comprará a lord Luttershall y volveremos a verlo. Ella dice: No debemos esperar mucho, no hay que tener demasiadas esperanzas, Tom. No sabemos con seguridad si continúa en Northamptonshire. Lord Luttershall puede haberlo vendido a otro, que quizá lo haya vendido a su vez. No debemos albergar muchas esperanzas. Luego aparta de mí la cabeza, bajando los hundidos ojos, como reacia a encontrar mi mirada, como si percibiera que algo no anda bien. Le digo: *Jenny*, ¿por qué, qué ocurre, qué pasa? No lo sé, contesta. No ocurre nada malo, le digo. No lo sé, Tom, dice ella, no lo sé, pero es inútil tener muchas esperanzas.

Su inquietud me preocupa. ¿Qué presiente ella que yo no veo? ¿Hasta dónde llega su entendimiento en todo esto?

DOCE DE JULIO. En los establos me encuentro con John Finch y le digo —no puedo contenerme, la posibilidad me desborda— que su señoría ha decidido comprar otro elefante. Finch está almohazando el caballo del señor Singleton. Emite un silbido.

—¿Es cierto eso? ¿Otro? ¿Dónde está ahora?

—¿El elefante? En Northamptonshire, en Langley.

Le pregunto a cuántas millas está Northamptonshire de Sussex, pero no lo sabe.

—¿Cuándo vas a buscarlo? —me pregunta.

Confieso que esa pregunta no es muy bien acogida, porque me obliga a admitir que su señoría aún no ha comprado el elefante. Finch me pregunta entonces mi opinión sobre el señor Singleton. Le contesto que no tengo nada en contra.

—Pero no mucho a favor —observa.

Para seguir actuando con prudencia, pongo de relieve que apenas lo conozco, pero que parece poseer mucho ingenio y que todo el mundo habla bien de él. Eso es cierto: todas las criadas lo admiran una barbaridad, y afirman que es mucho más hombre que el señor Church (y justificadamente, porque, sin haberse declarado a la señorita Singleton, el señor Church se ha retirado, vilmente, a Horsham). Sigue un largo silencio. Finch dice al cabo:

—Tú llevas aquí tres años, Tom. Yo llevo quince. Conozco a ese individuo desde que era niño.

Cuando intento descubrir qué quiere decir con eso, se encoge de hombros. Pero empiezo a entenderlo, porque ayer por la tarde llevé al señor Singleton y a otros dos jóvenes caballeros, el señor Partridge y el señor Huntly, a dar un paseo por los jardines, en el transcurso del cual me enteré de las verdaderas opiniones del señor Singleton sobre las mejoras de su padre. El obelisco, que él llama el pincho, le provoca admiración, pero la forma del lago es incorrecta, mientras que la cascada es un tenue hilillo en comparación con los caudalosos torrentes que fluyen por los Alpes; y si bien el templo resulta bastante agradable, la estatua de Diana es una burda imitación de la que hay en Roma. Imposible decir cuánto me irritó todo eso. El señor Singleton reservaba su mayor desdén para el Hermitage, donde sus amigos y él se divertieron de lo lindo, acercándose al pobre Isaac mientras estaba profundamente dormido para tirarle de la barba y ver si era de verdad o no. Isaac, con angustiada voz, les gritó que lo dejaran en paz, cosa a la que ellos respondieron con un mortificante aplauso.

—¡Resulta que el ermitaño no es mudo! —observó el señor Singleton.

Eso es sólo el principio, porque esa misma noche los tres jóvenes caballeros vienen a la Casa del Elefante entonando canciones humorísticas y con un barril de cerveza que traen rodando. Lo espitan y llenan un cubo, que ofrecen a *Jenny*. Ella está encantada y lo vacía al instante, con lo que ellos vuelven a llenar el cubo y ella lo vacía de nuevo. Comprendo que quieren emborracharla, pero ¿qué puedo hacer para impedirlo? Observo en silencio mientras llenan un tercer

cubo.

—¿Por qué estás tan serio? —me reprende el señor Singleton—. ¿A qué viene esa cara de pena?

—Señor, no está acostumbrada a esas cantidades de cerveza. Si se emborracha, no respondo de su comportamiento.

Se abalanza sobre mi respuesta como un perro sobre una rata.

—Ah, no respondes; ¿y por qué habrías de responder? Dime, Tom, ¿de quién es el elefante? ¿Es tuyo? ¿Pagas tú su manutención?

—El elefante es de su padre, señor.

—En efecto, y mi padre le da vino, ¿no? Que beba hasta hartarse. Me han dicho que estás escribiendo una *Historia del Elefante*. ¿Es larga, es breve? ¿Tiene más de una página? Como te llamas Tom Page, que es lo mismo que Tom *Página*, seguro que tendrá por lo menos una. ¿Cómo sería la cosa, me pregunto? —Extiende un brazo y declama—: «Historia Natural del Elefante», de Thomas Page. «De la Antigüedad a nuestros días». El elefante es una criatura que supera al resto de los animales en tamaño y fealdad. Tiene cuatro patas y una probóside conocida como trompa, y se asusta de los ratones. Fin.

Me muerdo la lengua.

—¿Ni una palabra? —dice él.

—Disculpe, señor, no tengo nada que decir.

—¿Nada que decir? —se burla—. Vaya, eso es de lo más descortés por tu parte, Tom. Estamos realmente decepcionados, ¿verdad que sí? Nos sentimos abochornados de tanta decepción.

Mientras ríen sus palabras, Jenny suelta un largo pedo incendiario.

—¡Habrase visto —exclama el señor Singleton—, la voz de la elefanta! ¡Habla! ¡Articula!

—¡Simplemente expresa su amor por la buena cerveza inglesa! —declara el señor Huntly.

—Y ahora que hemos oído el trueno —prosigue el señor Partridge—, espero que no nos caiga un chaparrón.

—¡Y yo espero —dice el señor Singleton— que Tom no deje de mencionar el pedo en su Historia!

Al oír eso sueltan unas carcajadas aún más estentóreas. Dan palmadas y empujones a la elefanta como si fuera un cerdo premiado,

y le ofrecen más cerveza. Al cabo de un rato se marchan, muy animados, dejándome bastante furioso.

CATORCE DE JULIO. Hoy he conocido al pintor, el señor John Sanders, hombre de edad indefinida, treinta años a la sombra, cincuenta al sol, con mala dentadura, tez enfermiza y pelo de un anaranjado desvaído mal repartido por la calva, como el pelaje de un zorro con sarna. Padece de tos y estornuda constantemente, lo que achaca al aire del campo, es muy dado a tomar rapé y en consecuencia tiene la ropa llena de manchas parduzcas. Está de continuo mal humor, y apenas nos hemos dirigido una palabra cortés.

Empieza por ordenarme que me ponga con la elefanta en la pendiente cubierta de hierba que hay detrás de la Casa del Elefante. Ahí pretende instalar el caballete, pero debido al desnivel del terreno no encuentra el lugar apropiado y cuando por fin logra instalarlo, dice que no estamos exactamente donde nos ha dicho, que debemos movernos hacia allá (haciendo señas con la mano). Hago que *Jenny* se desplace dos pasos hacia delante, pero eso es mucho; hago que dé un paso atrás, pero no es suficiente; vuelvo al sitio del principio pero sigue descontento. Otra vez nos desplazamos un paso, luego otro, hasta que finalmente coge la plumilla. En ese momento, la brisa (hace un día de viento, racheado) crece y el caballete cae al suelo con estrépito. El señor Sanders suelta una maldición, coloca el caballete en su posición y lanza miradas desafiantes.

—¡Voto al Demon...! Aquí no hacemos nada, no puedo trabajar.

De modo que nos retiramos al patio de la Casa del Elefante, que está más resguardado, y durante un tiempo el pintor se dedica a hacer bocetos, animándose con frecuentes pellizcos de rapé y gritando instrucciones. Que monte sobre su cuello. Que desmonte y me quede junto a la trompa. Que levante la mano izquierda hacia ella, que la mire a la cara. Cuando obedezco esa última orden, mi mirada encuentra la de *Jenny*. ¿Qué estamos haciendo?, pregunta, ¿por qué estamos aquí parados? Estamos aquí, le digo, para que este caballero haga tu retrato por encargo de su señoría. Si tú lo dices, Tom, pero es muy aburrido, ¿cuánto tiempo durará? No sé. ¿Es esto a lo que se refiere su señoría cuando dice que deberían inmortalizarme al óleo?

Eso es, sí, aunque de momento sólo hace esbozos. Bueno, concluye ella, pues es muy aburrido.

Nos quedamos así, inmóviles durante una pequeña eternidad, a lo largo de la cual, salvo por algún ocasional giro de la trompa y el parpadeo de las pestañas, *Jenny* apenas mueve un músculo. El señor Sanders alza entonces la cabeza.

—¿Cómo ha perdido los colmillos? —pregunta.

¿Por qué pregunta lo mismo todo el mundo? ¿Por qué piensa la gente que un elefante sin colmillos está incompleto, como un hombre con un solo brazo o una pierna? Ocultando mi irritación, aunque quizá no demasiado bien, le explico que no ha perdido los colmillos; que, como es hembra, y de las Indias, no tiene colmillos. Al señor Sanders, evidentemente, no le satisface la respuesta.

A mediodía, nos libera durante una hora; a la una en punto reanuda sus bosquejos. Se muestra tan descortés como siempre, y dicta tantas instrucciones contradictorias que acabo soltándole que un elefante no es un mueble cualquiera; a lo que responde que sería mucho más fácil pintar un mueble. No hago caso de su respuesta y, educadamente, le pregunto si puedo echar una mirada a su trabajo; me dice que no podría entenderlo. Me despierta la curiosidad y cuando, poco después, se retira hacia unos matorrales para atender la llamada de la naturaleza, aprovecho la ocasión para echar un vistazo al cuaderno de bocetos. Para mi gran asombro, ha hecho gigantesca a la elefanta — ¡mide sus buenos treinta pies de altura, tan alta como el obelisco, tan imponente como uno de los monstruos etíopes de Plinio! Sus orejas son tan grandes como hojas de ruibarbo, sus ojos, centelleantes como brasas al rojo vivo—, ¡y lo más extraordinario de todo es que tiene un par de colmillos monstruosos! Paso la página: ahí hay otro boceto, en el que también ostenta colmillos, con la cabeza erguida en una postura extraña, antinatural.

Mientras parpadeo tratando de entenderlo, el señor Sanders sale con dificultad de entre los matorrales, abotonándose los calzones y soltando maldiciones porque se ha ortigado. ¿Dónde?; no lo dice, pero es evidente que se trata de un lugar sensible. «¿Dónde hay acederas? ¿Qué demon... estás haciendo?» Le digo: «¡Le ha puesto colmillos!».

Contesta (restregándose furiosamente por dentro de los calzones): «¿Por qué demon... no iba a tener colmillos? ¿Qué derecho tienes tú a decir si debe tener colmillos o no? Vuelve a tu sitio». Estoy tan indignado que no puedo dejar de discutir: «¡Pero, señor Sanders, la elefanta no tiene colmillos! ¡No sería un retrato de verdad! ¡Será un embuste!». Sonríe con desdén. «¿Qué sabrás tú de Arte? ¡Un cuidador de elefantes! Te atreves a decirme...» «No me atrevo a nada pero...» «¿Dónde hay acederas? ¿Por qué demon... no hay acederas cuando se las necesita?»

Me muerdo la lengua mientras él busca acederas desesperadamente, sin éxito. Por fin se calma con varios pellizcos de rapé, y, estornudando prodigiosamente, aventando húmedas rociadas, prosigue con sus bocetos. Mudo e inmóvil junto a la elefanta, mis pensamientos están lejos de ser silenciosos. Si en el dibujo le pone colmillos, murmuro indignado para mis adentros, ¿cómo, entonces, va a ser un retrato de *Jenny*? Imposible; será un retrato de otro elefante, de un animal que jamás ha existido, de un elefante de mentira. Luego pienso que todo saldrá bien porque le enseñaré los bocetos a lord Bidborough, quien desde luego le ordenará que pinte a *Jenny* tal como es. El señor Sanders también está pensando en lo que ha pasado, porque alza la cabeza y, en tono más calmado, dice:

—Es un vulgar error creer que el artista es un mero imitador, un copista, que sostiene un espejo frente a la naturaleza. Por el contrario, selecciona, inventa, dulcifica, embellece. *Mejora* la naturaleza.

—Señor Sanders, yo no pretendo saber nada de arte; pero ¿por qué sería una mejora proveerla de colmillos? No tiene colmillos; ése es el fondo de la cuestión. Lo mismo daría que le pintara rayas, o pieles o alas.

El pintor suelta un gruñido desdeñoso.

—¿Tú crees que su señoría me agradecería el retrato de un elefante con alas?

—Tampoco le agradecería que su elefanta se convirtiera en un monstruo con colmillos.

—Entonces, si su señoría así lo prefiere, joven Page, la pintaré sin colmillos. Me importa un bledo. —Deja la plumilla—. Una vez hice el

retrato de una hija del marqués de Granby. Una chica repulsiva, de labios gruesos, la tez picada de viruela y un llamativo estrabismo. Cuando lo acabé, la bizquera había desaparecido, la piel era tersa como la crema y los labios como un perfecto capullo de rosa. ¿Puso objeciones el marqués? Para él, era un retrato exacto, y me pidió que convirtiera a sus demás hijas en otras tantas bellezas, por diez guineas cada una. Si tuviera que representar el mundo en su verdadero carácter, con todas sus máculas e imperfecciones, ¿crees que tendría mucho trabajo?

Digo para mis adentros que retratar a una elefanta con colmillos, cuando no los tiene, es una falsificación. Una mentira, igual que lo sería llenar la Historia del Elefante con falsas descripciones; sin embargo guardo silencio, por no querer proseguir un argumento inútil. Mientras el señor Sanders sigue con sus bocetos, se me ocurre otra idea, y le pregunto si alguna vez ha trabajado en Langley, en Northamptonshire, donde está la casa solariega de lord Luttershall, con la esperanza de que pueda tener alguna noticia de *Timothy*, pero el señor Sanders contesta que nunca ha estado en Langley.

Al atardecer, lord Bidborough viene a la Casa del Elefante.

—¿Cómo va todo con el señor como se llame, el pintor?

—Milord, ha estado dibujando a la elefanta con colmillos.

—¿Colmillos? ¡Ja! ¿Y por qué razón?

—Sostiene que representan una gran mejora, milord.

—¡No me digas! Estudiaré sus mejoras con interés —responde.

DIECISÉIS DE JULIO. El señor Sanders, después de mostrar sus bocetos a lord Bidborough y recibir instrucciones para que suprima los colmillos, ha empezado a pintar a *Jenny* al óleo. Esta mañana, cuando estamos posando en el patio de la Casa del Elefante, el señor Singleton aparece en el arco. Nos da bruscamente los buenos días, y le deseamos lo mismo.

—Gracias —contesta él—. Bueno, señor pintor, si no tiene inconveniente, me gustaría que dejara los pinceles mientras tomo prestado a este animal durante un rato.

Supongo que quiere acomodarse en el trono de su señoría, pero no: tiene la intención de montar sobre el cuello de *Jenny*.

—Señor —le digo—, no está acostumbrada a los extraños.

—Se acostumbrará enseguida, y entonces dejaré de ser un extraño, ¿verdad? —replica en tono amable—. Mi padre la ha montado con bastante frecuencia, estoy seguro.

—No, señor.

—¿No? ¿Puedes decirme por qué no?

—Nunca lo ha pedido, señor.

—No me digas. Me niego a creer que sea más difícil montar en elefante que a caballo.

Intento explicarle que no es una cuestión de habilidad, sino de que, mientras que al caballo se lo puede manejar mediante el bocado y la brida, el elefante es diferente; que el dominio del jinete, si se le puede llamar así, depende en gran medida de que el elefante esté dispuesto a que lo dominen; que necesariamente debe existir un trato de entendimiento mutuo entre elefante y jinete...

—¿Qué es esto? —me interrumpe.

—Es un *ankus*, señor.

—Que utilizas para castigar a la elefanta cuando se niega a obedecer, ¿no es así?

Le digo que rara vez he tenido necesidad de emplear el *ankus*, porque la elefanta me comprende bastante bien; simplemente lo llevo en señal de autoridad.

—Bueno, pues ahora lo llevaré yo, por la misma razón, y sin duda me entenderá. —Extiende la mano, me lo quito del cuello y se lo doy—. Ahora me gustaría montar, si no te importa. Por favor, dile que me suba a la silla.

Alza las manos y le hago una seña a *Jenny*. Sin embargo, en vez de depositarlo sobre su cuello, lo sostiene en el aire. El señor Singleton lanza miradas furibundas.

—¡Maldi...! ¿Qué pasa?

—No sabe qué hacer, señor.

—Pues dile lo que tiene que hacer. Esto es intolerable.

Le hago la señal; ante la cual desenrosca la trompa y lo deja caer al suelo. Da unos traspiés y recobra el equilibrio, jadeando.

—Tenía entendido que esta criatura te obedecía.

Observo a *Jenny*: está mirando al suelo, parece de lo más recatada e inocente. Debe de haber comprendido mal, explico.

—Haz que se arrodille —ordena el señor Singleton—. Quiero montar por mis propios medios.

Se encarama a su cuello y me dice que le ordene que se levante. Lo hago, y ella obedece. Él se queda allí sentado, con las piernas colgando.

—¡Venga, vamos, arre, maldi...! —dice, al tiempo que la espolea con las rodillas—. Camina, ¿quieres? ¡Camina! ¿Por qué no quiere andar? ¿Qué le pasa a esta bestia? —dice golpeándola con los talones a ambos lados del cuello—. ¿Qué haces para que eche a andar? ¿Cuál es la orden?

Extiendo la mano hacia la trompa y la dirijo hacia la salida del patio. Sin embargo, el señor Singleton me dice que me aparte, que no quiere que yo dirija, que es capaz de montar él solo. Habla en un tono tan cortante y perentorio que no tiene sentido discutir. Me aparto.

—¿A qué velocidad galopa? —inquiere—. Me han dicho que el elefante galopa a la misma velocidad que el caballo, si no más.

—No lo sé, señor.

—Me decepcionas. Mi padre me ha asegurado que sabrías contestar cualquier pregunta sobre elefantes.

—Señor, nunca he tenido ocasión de ponerla al galope. No sé si los elefantes son capaces de galopar.

—Pues a lo mejor lo averiguo yo.

Una vez más empieza a espolear a *Jenny* con las botas.

—¡Anda! ¡Arre! Echa a andar, ¿quieres? —Ella no se mueve y entonces él enarbola el *ankus* y la golpea en el cráneo. Hace un sonido sordo, como de madera—. ¡Anda, maldi... seas! Bueno, pues te castigaré si no quieres andar —y el *ankus* cae de nuevo.

Ella sacude la cabeza. Él da un tercer golpe, y *Jenny* se deja caer al suelo, rodando de costado y arrojándolo contra las piedras. Aunque él se pone en pie con suficiente agilidad, se ha llenado de mugre los calzones. Se queda plantado con los brazos en jarras.

—Vaya, vaya, joven Page, ya me doy cuenta de la clase de carácter que tiene la elefanta. Únicamente tú puedes montarla. Eso es lo que su comportamiento me da a entender, ¿no es así? Nadie más puede

hacerlo, salvo si va de pasajero.

Me devuelve el *ankus* y, con aire de suficiencia, se aleja a grandes zancadas, momento en que me vuelvo hacia *Jenny*, que se ha incorporado, y le pido que se explique. Me escucha, balanceando la trompa de un lado a otro, moviendo intranquila los ojos.

El señor Sanders, que ha sido espectador de toda la escena, echa la cabeza atrás y suelta una sonora carcajada.

Más tarde veo al señor Singleton espoleando a su caballo por los jardines, los cascos levantando trozos de tierra.

VEINTIUNO DE JULIO. Su señoría no se encuentra bien. Anoche sufrió una mala caída; al bajar un tramo de escaleras con las muletas, o bien le cedieron las piernas, o bien resbaló con una de las muletas en los escalones de piedra. Desconozco la gravedad de su estado. Cuando he hablado esta mañana con la señora Eakins me ha dicho que no corría peligro, que un médico le había sangrado y que estaba descansando tranquilamente, pero después he pasado por la huerta, donde Poll y Ellie la Gorda estaban desplumando unos pavos negros. Tenían las manos cubiertas de sangre y plumas. Me han dicho que a su señoría le ha dado un ataque de parálisis, y que a la cabecera de su cama se congregaban no menos de tres médicos, y que habían mandado a buscar a lady Parham, la hija de su primer matrimonio. ¿Qué es un ataque de parálisis? Con una mueca, Poll ha dicho que no puede hablar ni mover las piernas.

—Si se muere su señoría —dijo Ellie la Gorda, limpiándose en las faldas las manos ensangrentadas—, el señor Singleton será nuestro amo y señor.

La enfermedad de lord Bidborough ha dejado al señor Sanders abatido y contrariado. Me habla de un encargo que le hicieron una vez de pintar al perro favorito de cierto caballero de Essex. Poco antes de que él, es decir, el señor Sanders, empezara a trabajar, el caballero quedó fulminado por una apoplejía que le privó del conocimiento; sus deudas, ocultas hasta aquel momento, salieron entonces a la luz, y a él se le retiró el encargo. El señor Sanders acabó perdiendo bastante dinero. «Si lord Bidborough muere, puede que me paguen y puede que no», concluye en tono abatido, y empieza a hablar de su mujer y sus

cuatro hijos, que viven en Streatham, un pueblo de Surrey, y dependen de él para todo lo relacionado con su propia subsistencia.

Le aseguro que la vida de su señoría no corre peligro, de eso no hay duda. Me dice: «¿Qué eres, entonces, médico o cuidador de elefantes?».

Me atenaza el miedo. Si muere su señoría, si el señor Singleton se convierte en el nuevo lord Bidborough, ¿qué pasará? ¿Estará dispuesto el señor Singleton a hablar con lord Luttershall para comprar a *Timothy*?

VEINTIDÓS DE JULIO. La señora Eakins informa de que han sangrado de nuevo a su señoría, y, en consecuencia, ha mejorado un poco. Eso alivia algo mi ansiedad, y sin embargo me preocupa la idea de que, mientras esté postrado en cama, pueda llegar la carta de Northamptonshire. Incluso puede que en estos momentos esté en el escritorio del señor Bridge, esperando que la abran. ¡Y puede incluso que la haya abierto y leído el señor Bridge!

Me armo de valor y voy a ver al Sapo. Está dormitando, con los codos sobre la mesa, la barbilla apoyada en la palma de las manos, comprimidas sus rechonchas facciones. Cuando llamo, no se despierta. Sobre la mesa hay papeles, medio ocultos. Espero, toso; ni se inmuta. Me acerco de puntillas al escritorio. Entre los papeles veo una carta con un sello carmesí. Es muy abultado; seguro que es el sello de un noble. Sin embargo, el señor Bridge no puede estar dormido tan profundamente como parece, porque sin previo aviso abre los ojos y se sienta derecho. Por la presión de las manos, tiene la barbilla de un rojo brillante. «¿Qué demon... haces tú aquí?» Lamento molestarlo, le digo, pero le agradecería que me diera más hojas de papel. «¿Otra vez? ¿Qué? ¿Cómo te atreves a venir aquí? ¿Cuántas hojas esta vez?» «Diez serán suficientes», le contesto, con lo que cuenta seis y me da los buenos días. Me mantengo firme. «Señor Bridge, me pregunto si, por casualidad, no habrá recibido su señoría una carta de lord Luttershall, de Northamptonshire.» Me contesta que las cartas dirigidas a su señoría no son de mi incumbencia. «Y ahora, que pases buen día, lárgate.»

Consulto con *Jenny*. Me pregunta si estoy seguro de que ésa sea la

carta. Digo que me parece que sí. Puede ser la que esperamos. Pero ¿no estás seguro del todo?, pregunta. No, no estoy completamente seguro, ¿cómo podría estarlo? Pero he decidido robar la carta. Se me queda mirando, parpadeando. La señora Eakins cierra con llave todas las puertas. ¿Cómo vas a entrar? Encontraré la forma de entrar, forzaré una ventana. Agita las orejas. No es buena idea, afirma, demasiado peligroso. Al Sapo no le eres simpático, nunca le has caído bien. Si te descubren, te despedirán, o algo peor. Aunque la carta sea de lord Luttershall, ¿quién sabe si contendrá noticias de *Timothy*? ¿Por qué lo vendió tan rápidamente el conde de Ancaster? ¿Por qué dice el conde que se vio *obligado* a venderlo? No lo sé, le digo a *Jenny*, pero puede que los gastos le parecieran exagerados. O puede que fuera la purulencia, sugiere ella, mirándome con tal gravedad que me asusta.

¿Debo robar la carta? Me imagino en la mansión, de noche, acechando en la sombra de los muros, quitándome las botas. Fuerzo una ventana, entro trepando, escucho. No hay ruidos; todos están profundamente dormidos. Con cuidado, me abro paso entre el oscuro mobiliario, únicamente observado por los ojos de las señoras y los caballeros que cuelgan de las paredes. Aguzo tanto el oído que me tira la piel de la cara; y cuando doblo una esquina, cuando me saluda la pálida forma de una diosa de mármol, o la figura del caballero con armadura, visera calada, coraza, espinilleras y espada destellando débilmente, me empieza a dar brincos la rótula de una pierna. Pero sigo adelante, temblando, por un pasillo y luego otro, y llego a la habitación del señor Bridge. Espero, con la mano en el picaporte de la puerta. El señor Bridge duerme en el cuarto contiguo; sus ronquidos, lentos y jadeantes, suben y bajan. Silencioso como un ratón, giro el picaporte. Se abre la puerta. Me adentro sigiloso en la oscuridad, busco a tientas el escritorio; encuentro la carta, me la guardo en el bolsillo y salgo apresuradamente. Cauteloso, vuelvo por el mismo camino, me descuelgo por la ventana y echo a correr, victorioso, de vuelta a la Casa del Elefante. *Jenny*, tumbada en la paja, alza la cabeza. ¿Dónde has estado, Tom? En ningún sitio. ¿Adónde has ido? Duérmete.

Me llevo la carta a mi habitación, enciendo una vela, abro el sello con la hoja de la navaja. Al sacar la carta, ¿qué leo? Pues que lord

Luttershall está encantado de tener noticias de lord Bidborough, y que con mucho gusto venderá el elefante a su señoría.

¡Qué fácil es imaginarse la felicidad! Pero la misma imaginación proporciona una docena de maneras en que el robo de la carta acabe en fracaso. No logro forzar la ventana. O bien fuerzo la ventana, pero no encuentro la habitación del señor Bridge. O bien la encuentro, pero la puerta está cerrada con llave. O bien hallo su habitación y no está echada la llave, pero cuando cojo la carta se despierta. O bien, andando a tientas en la oscuridad, tropiezo con un mueble y se dispara la alarma, y la señora Eakins, o el señor Singleton, me descubren detrás de una cortina. Si ocurriera algo así, ¿qué podría alegar en mi defensa? *Jenny* tiene razón, es demasiado peligroso; no hay nada que hacer sino esperar.

VEINTICINCO DE JULIO. Dicen que su señoría se ha recuperado algo más, aunque continúa privado del habla. Sólo lo he visto una vez, y desde lejos, sentado en una silla de ruedas y asistido por milady y el fiel Argos. Mientras, los dos amigos del señor Singleton, el señor Huntly y el señor Partridge, vuelven a alojarse en Easton. Anoche vinieron a la Casa del Elefante, en compañía de Poll y Ellie la Gorda. Poll coqueteaba con el señor Partridge, mirándolo descaradamente, mientras que Ellie no hacía sino admirar al señor Singleton, comiéndoselo con los ojos. No sé cómo habría terminado aquello de no haber aparecido la señora Eakins, que enseguida se llevó a las dos chicas a la seguridad de sus respectivas camas.

Después, los caballeros empezaron a hablar en voz baja y reposada sobre caballos, cría caballar y apuestas. No me enteré de mucho; sin embargo, el señor Partridge exclamó de pronto:

—¡Hecho! ¡Doscientas guineas!

Y el señor Singleton se dirigió a mí:

—¿Tom Page Una Página? El señor Partridge y yo hemos decidido celebrar una carrera entre el elefante y un caballo, con objeto de determinar cuál es más rápido, como un experimento científico. Está convencido de que el caballo ganará fácilmente, mientras que yo estoy a favor del elefante. Tú serás el jinete del elefante, Tom Page Una Página; porque eres el único ser viviente capaz de montar a tal criatura

—eso en tono sarcástico—, mientras que el señor Partridge montará el caballo.

—Sí, señor —repuse, y entonces se pusieron a hablar de billar.

La carrera se ha fijado para el viernes. El señor Partridge ha declinado las monturas de los establos de lord Bidborough y ha ido a buscar su mejor purasangre. Todo el mundo está apostando, y Finch me ha advertido para que vigile de cerca a la elefanta, pues ha oído que intentarán darle una dosis de veneno. La opinión general es que la elefanta tiene pocas posibilidades de ganar la carrera: avanzará pesadamente, como una bestia de tiro, y el caballo la superará sin dificultad. No sé. Ni siquiera estoy seguro de que *Jenny* quiera correr. ¿Y si se niega? Esta tarde la llevaré a la avenida de los limeros y procuraré convencerla de que corra. Los elefantes no trotan como los caballos; en cambio, cuando necesitan ganar velocidad, mueven las patas más deprisa. *Jenny* alcanza lo que podría denominarse un medio galope corto, antes de ponerse al paso y detenerse. ¿Por qué quieres que corra, Tom?, me pregunta, hace calor esta tarde, vamos al lago. Le digo: Va a haber una carrera entre un caballo y tú. ¿Cuándo será esa carrera?, pregunta ella. El viernes. Mueve la trompa de un lado a otro. En ese caso, correré el viernes, si tengo que hacerlo. Y ahora, Tom, podemos ir al lago, por favor, quisiera bañarme.

Vamos al lago. Mientras nada, sin duda asustando a gran número de peces, pues su señoría ha llenado el lago de carpas, se reúne conmigo el señor Sanders, el pintor.

—El retrato está terminado —anuncia en tono áspero.

Deseando para mis adentros que yo pudiera decir lo mismo de la Historia, le pregunto si ha quedado satisfecho; con lo que quiero decir contento de haberlo acabado. Sin embargo, él lo toma por ¿está satisfecho con el retrato como obra de Arte?

—Puedes verlo, si quieres —me dice—. Nadie lo ha visto todavía.

Comprendo, entonces, que tiene mucho empeño en mostrármelo, y que, en realidad, es por esa razón por la que ha venido a verme al lago, para hacérmelo saber. Le digo que me gustaría mucho verlo.

Seguidamente, por tanto, voy a la habitación del señor Sanders. El retrato está en el centro de la estancia, apoyado en un enorme

caballete y oliendo mucho a alcohol. El señor Sanders espera, escarbándose los dientes y pasándose un pañuelo verde por la frente.

Se me abre y se me cierra la boca como a un pajarillo recién nacido; no se me ocurre nada que decir. El retrato muestra al elefante a un lado de la avenida de los limeros, con el templo a la derecha y la mansión al fondo. A mí, su cuidador, no se me ve por ninguna parte, pero lord Bidborough está erguido frente a la trompa, y le ofrece una reluciente manzana roja. La manzana es demasiado encarnada, las limas demasiado verdes, el cielo demasiado azul. En cuanto a *Jenny*, no tiene colmillos, gracias a D..., pero sigue siendo enorme, un verdadero coloso, y hay algo que no está bien en la forma de las patas delanteras, demasiado gruesas y cortas, y en la curva de la trompa, que parece una trompeta deforme, así como en la inclinación de la cabeza y en la expresión de sus facciones. En definitiva, es irreal, improbable, una invención.

Le digo al señor Sanders que ha captado perfectamente el retrato de la elefanta.

—¿Eso crees?

—Sí. No cabe la menor duda. Es excelente.

—Estará mejor cuando lo barnice, desde luego. Y lo enmarque.

—Lo encuentro excelente tal como está.

Sin embargo, el señor Sanders no parece creerme.

—He tenido grandes dificultades con el rabo —anuncia—. El rabo ha sido un desafío.

¿El rabo? El rabo es una cuerda. Pero no hay nada malo, supongo, en cierta clase de falsificaciones, y cualesquiera que sean los defectos del retrato, el señor Sanders ha llegado a caerme simpático. Durante los últimos días se ha mostrado mucho más hablador, y me ha ofrecido ocasionales pellizcos de rapé y ciertos atisbos de su vida como pintor ambulante (o bien, según se califica a sí mismo, como «artista»). Hasta hace cinco años estaba muy solicitado por sus retratos; el flujo de comisiones se fue haciendo luego cada vez más irregular, hasta que finalmente se agotó; después de lo cual, para mantener a su familia tuvo que dar clases de acuarela a jóvenes damas que no poseían ningún talento para ello, salvo el de chismorrear sobre sus últimos

pretendientes. La sequía acabó cuando un tal señor Peters de East Grinstead, en Sussex, le encargó un retrato al óleo de *Hércules*, el joven gallo. («¿Has oído hablar de *Hércules*?», pregunta el señor Sanders, preocupado; a lo que respondo, mintiendo de nuevo, que todo el mundo ha oído hablar de *Hércules*.)

Al principio, el señor Sanders no sabía si aceptar el encargo de *Hércules*. «Luego pensé que constituía un desafío. Un desafío artístico.» Desde entonces, se ha enfrentado a múltiples desafíos. Hace dos meses se encontraba en Oswestry pintando a un cerdo enorme que, tras haberlo atiborrado y colmado de empanadas y pudines, se había hinchado hasta alcanzar tal corpulencia que apenas podía moverse; dos meses antes de eso, en Devon, hizo el retrato de un toro premiado. Ésa es la historia de la vida del señor Sanders. Está furioso por verse obligado a recurrir a los animales, que no considera temas apropiados para su arte; se consuela al calificarlos de desafíos; al mismo tiempo, se enorgullece de la pericia con que ejecuta tales retratos. Vive entre la esperanza de que un día se reconozcan sus méritos, de que lo aclamen como un gran artista, y el miedo de encontrarse sin trabajo y caer en el pozo de la miseria, arrastrando a su familia con él.

—Me parece admirable —le digo—. ¿Ha pensado en *Argos*, el perro de su señoría?

—¿Para un retrato? —El señor Sanders pone mala cara—. Ya se lo habrán hecho, probablemente.

Le cuento que hay otro elefante, ahora propiedad de lord Luttershall, de Northamptonshire, que su señoría ha decidido comprar y traer a Easton. Cuando su señoría se recupere por completo, le digo, seguro que querrá que le hagan un retrato.

—Si es que se recupera —contesta lúgubrementemente el señor Sanders.

VEINTISÉIS DE JULIO. Pasada la medianoche, voces en la oscuridad. Recuerdo la advertencia de Finch, me visto, y salgo corriendo al patio. Allí está el señor Singleton, con una botella en la mano.

—¿Tom Page Una Página? —Brilla en el cielo una luna baja—. Hace tan buena noche que hemos decidido dar una vuelta en la elefanta.

—¿Ahora, señor?

—Si no hay inconveniente —añade en tono cortante.

En ese momento veo al señor Huntly entre las sombras, acompañado de Ellie la Gorda. No hay señales de Poll. Voy por el *howdar*, lo amarro y conduzco a *Jenny* al montadero. Ellie está muy borracha, en realidad apenas puede andar, y el señor Huntly tiene que ayudarla a subir a bordo.

—Así que nunca has montado en elefante hasta ahora, ¿eh? —le pregunta el señor Singleton. Como no le contesta, le repite la pregunta —: ¿Nunca has montado en elefante?

—No, señor, nunca —responde ella con una risita tonta.

—¿Y qué te parece? —quiere saber él a continuación.

—Muy agradable, señor, gracias.

—Bueno, vamos a ver la aguja. —Ella pregunta qué es la aguja—. Pues, querida mía, es el obelisco, desde luego, y estará muy bonito y pintoresco a la luz de la luna. A lo mejor oímos algún ruiseñor.

Pocas posibilidades hay, digo para mí, porque los ruiseñores llevan seis semanas sin cantar. Cuando pasamos por la avenida de los limeros, la luna arroja al suelo la sombra de los árboles, llenándolo de manchas. Los dos caballeros charlan en voz baja, y Ellie emite algún gritito que otro; al mirar por encima del hombro, la veo desplomada contra el señor Huntly, que está dando un largo trago a una botella. La mirada me vale un reproche del señor Singleton, que está impaciente.

—¿No podemos ir más deprisa?

Doy órdenes a *Jenny*, que alarga las zancadas y se pone a buen paso. Lleva las orejas extendidas, la trompa medio enroscada, y noto su agitación en el aire nocturno.

El obelisco aparece frente a nosotros en la lejanía, oscuro bajo el gris perla del firmamento. No hemos llegado a la mitad del camino, cuando los caballeros cambian de opinión y me dicen que los lleve a la cascada. Un poco más adelante empiezan a discutir, y el señor Huntly les dice que deben regresar. «¿Por qué?», inquiera el señor Singleton. Señor Huntly: «¿No es evidente?». Señor Singleton: «Pues vuelve tú, si quieres». Señor Huntly: «Maldi..., Singleton, sabes que esto no está nada bien. Mírala, está curda. No vale para nada. Que el elefante se detenga». Señor Singleton: «Es mi maldi... elefante, no el tuyo». Señor

Huntly: «Yo me vuelvo. No me presto a esto». Señor Singleton: «Pues vuélvete si quieres».

La discusión continúa durante varios minutos hasta que, finalmente, el señor Huntly se baja de un salto. En la penumbra, calcula mal el descenso y cae de mala manera, pero se pone en pie, suelta una imprecación y se aleja andando.

Seguimos adelante, no tan deprisa como antes; *Jenny* parece menos segura de sí misma. El señor Singleton habla con *Ellie* en tono suave y agradable, y ella le responde con murmullos. «Eres una chica muy tierna, aunque seas una *Ellifanta* gorda. No te importa que te llame *Ellifanta*, ¿verdad? Así te llamaré cariñosamente. Te va muy bien.» Y así sigue. Entonces, un jadeo: «Mira, te he prometido enseñarte la *Aguja*: ¿qué me dices? ¿No te parece una vista espléndida?», y aunque no me atrevo a volver la cabeza, en cierto modo adivino que se ha desabrochado los calzones. «Venga, no es tan extraño, ¿verdad? Eres una chica del campo, no voy a morderte.» Ella no dice nada, y en un intento por espabilarla, porque apenas está consciente, la abofetea en la cara. A la segunda o tercera bofetada, me vuelvo. La agarra del pelo con una mano y la obliga a echar la cabeza hacia atrás de modo que tiene la boca muy abierta, con los dientes de conejo brillando, los ojos desencajados.

—Señor —le digo.

—¿Qué? Maldi... sea, ¿no te he dicho que mires hacia delante?

—Sí, señor.

Llegamos a la cascada. Allí me ordena parar. Lo hago, deseando con toda mi alma que se me haya olvidado amarrar la escalera.

Coloco la escalera y el señor Singleton baja a *Ellie*. La deja de pie, ella se desploma; la incorpora de nuevo.

—Vamos, querida mía, demos un paseo, venga, no hay nada que temer.

Aunque ella parece resistirse, él insiste y la coge del brazo. *Ellie* me lanza una mirada suplicante, desesperada. Cruzan un tramo iluminado por la luna y desaparecen en la oscuridad del pinar.

La luna brilla intensamente, el aire está absolutamente quieto; me pongo a escuchar, pero no oigo nada más allá del continuo estruendo

de la cascada. Cada segundo dura tanto como un minuto. Conduzco a *Jenny* hasta el borde mismo de los árboles. Espero, y me imagino la oscuridad del pinar. Con un movimiento serpenteante, *Jenny* lleva la trompa hacia atrás, buscándome. «¿Qué está pasando, Tom?» «No lo sé.» «¿Adónde han ido?» «No sé, *Jenny*, cállate.»

Un venado de gran cornamenta surge trotando a la vista, muy pálido a la luz de la luna, moviéndose con una extraña rigidez que parece denotar su agitación. Entonces aparece el señor Singleton. Grita algo que no alcanzo a oír, y se aleja a pie. Desmonto, dejando sola a *Jenny*, penetro en la oscuridad. Ellie está tumbada en el suelo. Gime. Intento ponerla en pie, no puede andar. La saco auestas. Tiene la mitad de la ropa arrancada. La ayudo a recomponerse, a subir al *howdar*. De vuelta a la mansión, tiembla y vomita.

Al llegar a la Casa del Elefante habla por primera vez, y dice, con voz enajenada, que no puede dormir en las dependencias de la servidumbre, que las puertas están cerradas con llave.

—¿Dónde, entonces? —le pregunto.

Guarda silencio.

—¿Dónde está mi zapato?

—¿Tu zapato?

—Mi zapato; he perdido el zapato.

Le ofrezco mi cama en la Casa del Elefante. Entra dando traspiés. Quito el *howdar* del lomo de *Jenny* y, al verlo lleno de vómito, lo limpio a fondo.

Cuando me despierto al amanecer, Ellie sigue dormida. La dejo allí y monto a *Jenny* por los jardines, haciendo la misma ruta que seguimos anoche. El sol está subiendo en un cielo azul salpicado de estelas nubosas, y los limeros relucen con sus hojas verdes. El aire parece llenarse con el trino de los pájaros. Pienso que nuestra vida se divide en luz y oscuridad, noche y día; en una estamos dormidos, a merced de los sueños, que nos llevan a donde quieren; en el otro nos decimos que estamos despiertos, esperando controlar nuestros actos. Ahora, aunque estoy despierto, la cabeza me da vueltas, me parece que sigo soñando; en el resplandor de la mañana todo es tan fresco y limpio que me resisto a creer lo que ha ocurrido anoche. Junto a la cascada me

encuentro a Isaac, agazapado entre unos juncos, pescando; a su lado, entre la alta hierba, un pez plateado, dando coletazos, jadeando.

El zapato perdido yace entre unas matas de diente de león, en la linde del pinar. *Jenny* olisquea con la trompa. «¿Qué es esto?» «El zapato de Ellie la Gorda.» «¿Y qué hace aquí?» «Eso no importa; recógelo y dámelo.» Me lo da. «¿Qué le pasó a Ellie la Gorda, Tom?» «Eso no importa.»

Al volver a la Casa del Elefante, vemos que Ellie se ha ido. Le doy a *Jenny* su escoba y se pone a barrer violentamente.

Por la tarde estoy metido en los bajíos del lago, restregando los flancos de *Jenny*, cuando el señor Singleton aparece a caballo. Para mi gran asombro, no hace referencia a Ellie, simplemente me formula una serie de cuestiones sobre la carrera. Al final acaba diciendo:

—Tom, creo que me he metido mucho contigo y me gustaría disculparme; no lo he hecho con mala intención y sinceramente espero que me perdones; en prueba de lo cual...

... Y de un bolsillo de la casaca saca tres guineas. ¡Tres guineas! Comprendo perfectamente que me exige guardar silencio. ¿Debo callarme? ¿Qué ganaría contando la verdad? ¿Qué perdería?

VEINTISIETE DE JULIO. Junto al lavadero encuentro a Susan, que está tendiendo la colada. Llevo el zapato de Ellie en la mano. «Susan, ¿dónde está Ellie?», le pregunto. Se da la vuelta, me ve y rompe a llorar. «Déjame en paz; ya no te hablo.» Perplejo, le pregunto qué es lo que he hecho mal. Se niega a contestar, pero vuelve a decirme que la deje en paz. «¿Dónde está Ellie?», insisto. «¿Le puedes dar esto?» (refiriéndome al zapato) «¡Entonces es verdad!», exclama. Le digo: «¿Qué es verdad?». «¡Que pasó la noche en la Casa del Elefante! ¡Ay, no quiero saberlo!»

Le cuento la verdad. Le digo que efectivamente Ellie durmió en la Casa del Elefante, pero también le explico por qué pasó allí la noche. Le cuento lo ocurrido en los jardines con el señor Singleton. Me escucha, sin mirarme. Seguidamente:

—¿Por qué no hiciste nada para salvarla?

—¿Qué podría haber hecho?

—Eres un hombre. Podrías haber hecho algo, seguro. En cambio, lo

ayudaste a él.

—¿Qué podría haber hecho?

—Podrías habérselo impedido.

—Si me hubiera negado a obedecerlo, me habría despedido, y entonces no habría habido nadie que cuidara de la elefanta.

—Tom —replica ella sacudiendo la cabeza—, su señoría nunca permitirá que te despidan.

—Su señoría está enfermo —le recuerdo.

—Podrías haber hecho algo —insiste.

Y volviéndome la espalda sigue tendiendo la ropa. Entre otras prendas, un par de calzones de terciopelo del señor Singleton, que cuelgan boquiabiertos, goteando.

Jenny está jugando con el heno. No tiene hambre, pero se divierte lanzando al aire montones de heno y viéndolos caer a través de una franja de sol.

Pero, Tom, empieza a decirme, tú eres del todo inocente, ¿verdad?

Sí, convengo, soy inocente.

El culpable es el señor Singleton, ¿no es así? Él es el culpable.

Sí, es él.

En ese caso no lo entiendo. ¿Por qué entonces te echa la culpa Susan?

Me echa la culpa, *Jenny*, porque cree que debía habérselo impedido.

¿Cómo ibas a impedirselo?

No lo sé.

¿Qué ha pasado con el zapato de Ellie?

He encargado a Susan que se lo dé.

Jenny sopla con la trompa en el heno. Junta un montón, sopla y lo deshace. ¿Por qué no cuenta Ellie la verdad?, pregunta. ¿Por qué no acusa al señor Singleton?

Probablemente tiene miedo. Piensa que no la van a creer. La gente pensará que miente. No John Finch, pero otros supondrán que está mintiendo. Y lo más probable es que el señor Singleton le haya dado dinero a ella también.

Jenny me desliza la trompa en torno al cuello. Tom, tú eres completamente inocente, repite.

No me siento inocente del todo. ¿Porque no hice nada por salvarla? No, por esa razón, no; sino porque después de la agresión, cuando Ellie yacía en mi cama en la Casa del Elefante, sentí deseos de estar con ella. De pie frente a la cama observé su pálido rostro. Movía los labios, su respiración era cálida y agitada. Me incliné sobre ella, noté el calor de su cuerpo, aspiré su cálido aliento. Me hervía la sangre. Deseaba meterme en la cama con ella y, con su consentimiento o sin él, reanudar la agresión que el señor Singleton había iniciado. En la creciente oscuridad me sentía como el señor Singleton, arrastrándola hacia los árboles, desgarrándole la ropa, desoyendo sus súplicas de clemencia.

Era la purulencia, Tom; nada más.

Quizá. ¿Quién sabe? Pero entonces hay que hacerse la pregunta: ¿qué diferencia hay entre él y yo? Lo que él hizo, me habría gustado hacerlo a mí o a una oscura parte de mi naturaleza masculina, una parte que permanece muy oculta. ¿Qué diferencia hay? ¿Jenny?

De mala gana, deja de jugar con el heno y levanta la cabeza. La diferencia es bastante evidente: tú no te metiste en la cama con ella.

Sólo porque me faltó valor, le contesto, porque temía las consecuencias. Aparte de eso, no hay diferencia entre los dos.

Tom, no importa el motivo por el que no te metiste en la cama. Lo que importa es que no lo hiciste. Otra diferencia entre el señor Singleton y tú es la siguiente. Él es hijo de lord Bidborough y heredero de una de las más grandes propiedades de Inglaterra. Tú eres hijo de un mozo de cuadra, un cuidador de elefantes, y no eres heredero de nada.

Recuerdo las palabras de Susan.

Soy un hombre, le digo. Soy un ser humano.

Se me queda mirando, sin expresión, un pálido tallo de heno colgándole de la punta de la trompa.

¿Qué es un ser humano?

¿Qué es un ser humano y qué es una bestia? Las distinciones del doctor Casey nunca me han parecido muy claras. Y yo me pregunto: ¿creeré Jenny que es un ser humano? ¿O que yo soy un elefante? Unas veces pienso una cosa, otras la contraria; en ocasiones creo que supone

que soy las dos cosas, hombre y elefante.

Tengo un sueño recurrente. En él, soy un elefante en un país cálido. Me veo la larga trompa, siento el peso de los colmillos. Elevo la trompa y agarro la rama de un árbol; la llevo al suelo y me lleno la boca con sus hojas y frutos. Hay otros elefantes cerca de mí, *Jenny* entre ellos, dándose también un festín. Mientras avanzamos por la jungla nos encontramos con monos grises que se columpian entre los árboles, mortíferos cocodrilos agazapados en los ríos y leones acechando entre la densa maleza. Llegamos a un abrevadero, con orillas de barro resbaladizo. Me meto en el agua con el resto de la manada, sumergiéndome del todo y respirando por la trompa. Mientras salimos con dificultad, con *Jenny* delante de mí, la purulencia me quema en las sienes, y entre las patas traseras la larga cachiporra se agarrota y endurece y empieza a humear. Avanzo hacia *Jenny*, que está barritando, enrosco la trompa sobre su lomo. Ella avanza pesadamente, agitando las orejas. La persigo, dispersando a los demás elefantes. Se pone al trote, pero yo la sigo muy de cerca, una bestia rugiente. La conduzco hacia un sitio tranquilo de la jungla, encerrándola en una verde cámara cercada por enredaderas de donde no puede escapar. Allí se queda, pacientemente, mientras la monto. Cuando descargo, es un rayo que enciende llamas en el cielo, e imagino que me dará hijos, que serán tanto elefantes como seres humanos, y que tendrán cerebros humanos y cuerpos de elefante. Entonces me despierto en la oscuridad y me horroriza que mi mente haya parido una historia tan antinatural.

VEINTINUEVE DE JULIO. Hoy preparo a *Jenny* para correr contra el purasangre del señor Partridge. La lavo, la cepillo y sólo le permito que coma un poco. Le extiendo sobre el lomo un paño verde y granate, los colores de su señoría. Está de muy buen humor, pero aún no sé si querrá correr. «¿Vas a correr?», le pregunto. «Supongo que sí, Tom», contesta con calma. Aun así, no estoy seguro de que vaya a hacerlo.

A mediodía, monto, la saco de la Casa del Elefante y la llevo hacia la avenida de los limeros. Se ha congregado una gran multitud, pues a toda la servidumbre de su señoría —jardineros, leñadores, mozos de cuadra, doncellas, pajes— se les ha dado permiso para presenciar la

carrera. Hay vítores y gritos. Entre las criadas, veo a Ellie la Gorda. Su rostro, lleno y con manchas como la luna, parece fijo en mí. Poll está a su lado.

Su señoría está en la silla de ruedas, a la sombra de un limero, asistido por milady, lord y lady Seely, la señorita Singleton y otros caballeros y señoras. El señor Singleton se aparta de ese pequeño contingente.

—Cuento contigo, Tom Page. ¿Cómo está la elefanta?

—Muy bien, señor —le contesto.

Hace un día de calor. El señor Partridge ya ha llevado su caballo al trote hacia la línea de salida, junto al lago. El caballo es un manojo de nervios, fino como las rejillas para las tostadas; nada más ver a la elefanta se inquieta e irrita, y cuando nos acercamos, corcovea como loco. El señor Partridge lleva espuelas y una gruesa fusta. Maldice a la montura, y tira tan fuerte de las riendas que el caballo se ve obligado a levantar la cabeza, los ojos desorbitados por el miedo. Recuerdo los ojos desencajados de Ellie, abiertos por la violencia del señor Singleton.

Durante los dos minutos siguientes, la rejilla de tostadas se va agitando cada vez más. Rompe a sudar profusamente; le sangra la boca. El señor Partridge le tuerce la cabeza para que mire hacia el recorrido de la carrera. «Vamos; empecemos ya», suelta en tono impaciente. Uno de los pajes debe tocar el cuerno para dar la salida. Está a punto de llevárselo a los labios cuando *Jenny* tensa el rabo y derrama el copioso torrente habitual; la elefanta prosigue con una ruidosa evacuación, cuyo olor basta para que le dé un arrebató al caballo. El paje da un toque al cuerno y el señor Partridge hinca las espuelas. El caballo se pone de patas, lo arroja al suelo y se lanza a correr en la dirección contraria. De modo que *Jenny* echa a andar triunfalmente por la avenida de limeros.

Al final del recorrido me dirijo hacia su señoría, que está en la silla de ruedas. Se esfuerza en decirme algo, pero tiene el lado derecho de la boca torcido o paralizado, y aunque emite algunos sonidos, no son palabras y no le entiendo. Es penoso ver cómo se esfuerza. Está descalzo, con los pies descansando sobre cojines, y por primera vez le

veo el dedo gotoso, muy enrojecido e hinchado, cubierto de protuberancias. No lleva peluca, y la sombra de las hojas parpadean vacilantes en sus cabellos grises. Cuando *Jenny*, espontáneamente, alarga la trompa y le coge la mano, los ojos de su señoría parecen encontrarse con los míos, y entonces estoy seguro de que nunca volveré a tener un amo tan bueno como él.

DIEZ DE AGOSTO. Pasan las jornadas. Hace un tiempo bochornoso, sin brisa y con mucho calor. Al anoecer de los dos últimos días hemos oído truenos lejanos, pero no ha llovido. El señor Sanders se ha marchado de Easton, pero el señor Church ha vuelto de Horsham y, desentrañando al fin los secretos de su corazón, ha propuesto matrimonio a la señorita Singleton. Ella lo ha rechazado. Aunque ese hecho ha causado una estupefacción general, parece que el retraso ha resultado fatal para sus posibilidades, pues los afectos de la señorita se habían trasladado hacia la persona del señor Huntly. Poco importa, porque su señoría ha sufrido otro ataque, más grave que el primero. Le han sangrado y aplicado ventosas muchas veces, pero ya no es capaz de emitir sonido alguno; para comunicar sus deseos, puede agitar una mano, nada más. Yace postrado, los ojos abiertos, mirando las moscas del techo, mientras las doncellas pasan de puntillas frente a la silla de ruedas hablando en murmullos. Los médicos van y vienen.

El lago es un espejo; el aire se ondula por el calor. Los jardines están tan pálidos como el papel. Los ciervos permanecen a la sombra, agitando la breve cola. En los campos de más allá de los jardines, los agricultores pronto iniciarán la cosecha; lo mismo harán en los campos de Northamptonshire, en los alrededores de Langley. ¿Cuándo volveré a ver a *Timothy*?

Encuentro a Susan. Le pregunto si me puede hacer un pequeño favor.

—Bueno, depende del favor que sea —contesta con una rápida sonrisa, con lo cual le digo que en el escritorio del Sapo hay una carta con un sello carmesí, que estoy ansioso por leer.

—¿Una carta sobre qué?

—Sobre el hermano del elefante.

—¿Hermano? ¡Ah!, ¿quieres decir sobre otro elefante? ¿Y quieres

que yo robe la carta? ¿Qué piensas darme a cambio?

Le ofrezco tres guineas y se echa a reír.

—¡Tres guineas!

Yo también me río.

—Tom —me dice—, lo haré por un beso.

Así que le doy un beso, y dice que esta noche buscará la carta. Se lo agradezco mucho.

Atardecer. Más truenos. La tormenta se acerca; unas nubes altas, imponentes, oscurecen el cielo. Mientras esperamos en la Casa del Elefante, *Jenny* se inquieta. «No son más que truenos —le digo—. No te van a hacer daño.» «No me gustan los truenos —dice ella—. ¿Cuándo tendrá Susan la carta?» «Todavía no. Es pronto.» Retumba otro trueno, y cuando se extingue veo por su expresión que está escuchando. «¿Qué ocurre?» «Viene alguien.» Yo no oigo nada, pero los elefantes tienen un oído mucho más fino que los humanos. «¿Estás segura, *Jenny*?» «Estoy segura, Tom. Alguien se acerca.» Me pongo a escuchar: a lo mejor es Susan, que ya tiene la carta.

Es el señor Singleton. Si al verlo siento un sobresalto, aún me alarmo más al ver a su lado a la pequeña Alice King.

—Ah, Tom —me saluda—, ya conoces a Alice, supongo. Venimos a dar un paseo en la elefanta.

—Señor, por favor —dice Alice—, tengo que volver a casa, ya es tarde, mi padre se preguntará dónde estoy.

—Pues, entonces —replica él—, la elefanta te llevará a casa. Tom, pon el *howdar*, por favor. —Los ojos de Alice lo observan con suspicacia—. Te aseguro, Alice, que no hay nada que temer. Te gustará montar en el *howdar*. Irás como una bella princesa india. ¿No es así, Tom?

No digo nada, pero ante la idea de verme otra vez destinado a servirle de cómplice me invade una oleada de aversión. Al amarrar el *howdar* pienso en Susan: «Podrías haber hecho algo». Aprieto la cincha y lanzo una mirada a *Jenny*. «¿Qué debo hacer?» «Debes impedirselo», contesta ella. «¿Cómo?» «No sé. Pero tienes que hacer algo.»

Se encaraman al *howdar*. No amarro la escalera, pero el señor

Singleton se da cuenta.

—Te olvidas de la escalera, Tom.

—Sí, señor.

Apenas hemos salido del patio cuando dice que es una pena que hagamos un recorrido tan corto, ¿es que no le gustaría ver el obelisco?

—Me gustaría, señor, pero mis padres estarán inquietos —contesta ella—. Preferiría ir a casa, señor, si le da lo mismo.

Con voz agradable replica que no le da lo mismo; que, cuando se encuentra en tan preciosa compañía, con una apariencia tan perfecta, con la figura de una princesa india, de ninguna manera puede consentir en llevarla directamente a casa, sería un pecado contra la naturaleza.

—¿Has oído alguna vez el cuento de la princesa y el tigre?

—No, señor —dice ella.

—Pues te lo contaré, si quieres. Es una historia de las Indias. Dirígete hacia el templo, Tom. Bueno, pues la princesa, que era la princesa más bella de todas las Indias, iba paseando sola por la jungla..., ¿sabes lo que es la jungla?, es una palabra india que significa bosque espeso..., cuando se encontró con un tigre feroz. Era el tigre más grande que la princesa había visto en la vida, y, rugiendo, saltó hacia ella. Se dio la vuelta y echó a correr, pero el tigre corría más que ella y enseguida la atrapó. Estaba a punto de devorarla, porque tenía mucha hambre, cuando reparó en lo bella que era, hasta el punto de sentir que se estaba enamorando. Convino en no matarla a condición de que lo besara diez veces, según se lo indicara él. La princesa estaba un poco asustada, pero pensó: si no lo beso, ¿qué pasará? Me matará y me devorará. Así que dijo: «¿Dónde te beso primero?». «Pues en la mejilla», dijo el tigre, y ella lo besó en el peludo carrillo. Luego le preguntó dónde lo besaba a continuación, y él le dijo: en la boca; y ella lo besó en la boca. ¿Qué te parece el cuento? ¿Cómo crees que termina?

—No sé, señor. ¿Cómo se entienden los dos?

—El tigre habla el lenguaje humano, supongo —contesta él, un tanto impaciente—. O la princesa sabe el del tigre. No tiene mucha importancia. El caso es que se entienden muy bien el uno al otro, igual

que tú me entiendes a mí, ya sabes. Pero hagamos —continúa— como si tú fueras la princesa y yo el tigre, y que te cojo así —(volviendo la cabeza, veo que se inclina hacia ella y le pasa el brazo por la cintura)— y estoy a punto de devorarte. De modo que tienes que besarme, como hemos acordado, preciosa mía, empezando por la mejilla. —Le ofrece la mejilla, que ella besa—. Y ahora en los labios, si tienes a bien.

—Preferiría no hacerlo, señor.

—¿Por qué? No es más que una fantasía. Y nos ayudará a descubrir cómo termina el cuento; aunque estoy seguro de que acabará con la princesa enamorándose del tigre. ¿No es así como terminan las mejores historias? Por todos los diab..., Tom, ¿adónde vamos? ¿Es que no me has oído? Dirígete al templo.

—Señor —le digo—, creo que va a empezar a llover.

Lo que es bastante cierto: los truenos son más fuertes y persistentes.

—Pues, entonces —replica—, el templo será un sitio excelente para refugiarnos.

No le hago caso. Ejercicio una fuerte presión en la cabeza de *Jenny*, ordenando que vaya más deprisa; ella responde de inmediato, poniéndose a su mejor paso.

—¡Pero qué demon...! ¿Estás sordo? ¡Te digo que te dirijas al templo!

Me maldice, y trata de golpearme varias veces, pero a la velocidad que vamos poco puede hacer. Alice se agarra a los lados del *howdar* como un pasajero en un mar agitado, mientras el señor Singleton continúa gritando y despotricando.

—¡Detén al elefante! ¡Maldi... seas! ¡Si no te detienes, estás despedido!

Avanzamos corriendo por el camino y cruzamos las puertas de los jardines. Ante nosotros se extiende el pueblo de Easton, un lugar seguro.

Detengo a la elefanta frente a la pequeña casa de Alice y desmonto de un salto. Su padre, Robert, está en la puerta; cojo a Alice, la bajo y se la entrego, dejándola a buen recaudo. El señor Singleton también ha desmontado. Se encara conmigo. «Dame eso; yo mismo montaré esta bestia para volver. —Alarga el brazo para coger el *ankus*, que como de

costumbre llevo colgado al cuello con una tira de cuero—. Dame eso.» «Señor, no puedo permitirselo.» «¿De verdad?», dice con una mueca desdeñosa, y lo coge tan fuerte que se rompe la tira. Con un revés me lo estampa en la cara, golpeándome en la nariz y arrojándome al suelo. «Me ocuparé de que te despidan por la mañana. Seguro que no será difícil encontrar otro cuidador de elefantes.» Después de decir eso, trepa al *howdar* y golpea a *Jenny* en el cráneo con el *ankus* como si fuera un martillo. «¡Camina, maldi... seas!» Ella sacude la cabeza. «¡Camina! ¡Camina!» La golpea con furia. De pronto, *Jenny* echa a andar a grandes zancadas.

Grito a Robert que no deje salir a Alice, y salgo corriendo detrás de *Jenny* y el señor Singleton. Ha caído la noche, y en la oscuridad los pierdo de vista. Al llegar a la Casa del Elefante, la encuentro vacía. Tengo la nariz extrañamente entumecida; me toco con los dedos, noto sangre caliente y el hueso roto. Me quedo bajo el arco, reflexionando sobre mi suerte. Por la mañana me convocarán a la habitación del señor Bridge y me despedirán del servicio de su señoría. Me separarán de *Jenny*, y ella se quedará sola. Nunca la volveré a ver. Nuestra historia está a punto de acabar.

Para entonces la tormenta está casi encima, la lluvia empieza a caer. Continúan los relámpagos, y mientras los fogonazos inundan los jardines con un destello azulado, mis ojos transitan del templo al lago, recorren la avenida de los limeros y vuelven al mismo sitio. Luego se apaga el fulgor y restalla el trueno. En el intervalo entre dos truenos me parece oír un barrido agudo y estridente, muy parecido a un grito, no diferente de los airados berridos que a veces daba *Timothy* cuando tenía la purulencia. Escucho, atisbando entre la oscuridad. La lluvia cae como un torrente. Un segundo grito atraviesa la noche, e intuyendo que procede de las proximidades del templo, me encamino en esa dirección. Pero mis oídos me han engañado, porque cuando llego al templo ni *Jenny* ni el señor Singleton están allí. ¿Adónde la ha llevado?, me pregunto. ¿O dónde lo ha llevado ella?

Vuelvo corriendo a la Casa del Elefante. La nariz me empieza a doler de verdad; paseo de un lado a otro, tratando de serenarme, intentando calmar mi inquietud. Se suceden los minutos; pasa la tormenta,

dejando tras de sí una densa oscuridad; no oigo nada. De nuevo salgo a buscarla. Por la avenida de los limeros camino hasta el obelisco; vuelvo sin dejar de llamarla. Entonces la veo erguida entre la alta hierba, un volumen sombrío al borde del lago. Al aproximarme, alza la cabeza. Aunque aún lleva el *howdar* al lomo, no hay señales del señor Singleton. Enrosca la trompa en torno a mis hombros y me echa el aliento en la oreja. «¿Dónde está? —le pregunto—. ¿Qué ha pasado? — Sus ojos son dos pozos de negrura—. *Jenny* —repito—. ¿Dónde está? ¿Se ha marchado? Volvamos a la Casa del Elefante.»

En cambio, con la trompa me indica que dé la vuelta al lago. Dejo que tome la delantera y la sigo hasta que se detiene. Estamos cerca de la cascada. Lleva la cabeza baja y parece que le tiembla todo el cuerpo. Se niega a dar un paso más. «¿Qué ocurre? ¿*Jenny*?» Me empuja suavemente con la trompa, para que siga adelante. Empiezo a adivinar, y sin embargo, aun así, no veo al señor Singleton hasta que tropiezo con él. Está a la mitad de la cuesta que desciende hacia la charca. En la oscuridad, lo único que distingo son zonas poco claras de pálida luz marcada por su pañuelo y sus calzones. «¿Señor? ¿Señor Singleton?» No emite sonido alguno, o ninguno que yo pueda oír por encima del rugido del agua. Estamos tan cerca del chorro que nos salpican unas gotas. Me agacho, alargo una mano insegura hacia la zona oscura por encima del pañuelo del cuello, se me cierran los dedos sobre algo tan maleable y húmedo como la arcilla, que puede ser su nariz, o más bien, los orificios de su nariz. Retrocedo ante el contacto, antes de obligarme a palparlo otra vez, después le toco los labios, y mis dedos, al rozar y mover el labio inferior, parecen hundirse en su boca. Ya tenía los dedos pegajosos de mi propia sangre, pero ahora el terror me invade de tal modo que soy incapaz de describirlo, porque ni siquiera de niño me gustaba tocar cosas muertas, por el miedo supersticioso a que, de alguna extraña manera, aquello que había acabado con su vida me matara a mí también. El cadáver de un hombre asesinado sangraría de nuevo si se le acercaba el asesino, o eso decía mi madre. Y aunque el señor Singleton me da pavor en su estado de muerte, más me aterroriza la idea de que en cualquier momento pueda removerse y volver a la vida, alzando las manos y atrayéndome

hacia él en un abrazo mortal.

Lo agarro por las botas y lo arrastro un poco cuesta arriba, colocándole la cabeza por encima de los pies, después de lo cual le desabotono la camisa y le paso la palma de la mano por el pecho. Aún tiene la piel caliente, y me parece sentir la pulsación de un latido; pero en eso estoy equivocado, porque se trata de mi propio corazón, que palpita a través de mi mano. «*Jenny* —digo—. ¿Qué ha pasado? ¿Lo has matado tú? ¿Se ha caído o lo has matado?»

Tiene las orejas extendidas; su cara es un borrón de tinta. No me contesta, y sin embargo me parece saber cómo ha muerto el señor Singleton: o bien se ha caído, o ella lo ha derribado con la trompa, y, cuando yacía en el suelo, se ha arrodillado y le ha aplastado el pecho. ¿No es así como los elefantes ejecutan a los condenados en las Indias? Pero ahora, *Jenny* me enrosca la trompa en el cuerpo, me alza en el aire de la noche y me instala en la parte de atrás de su cuello. La trompa me entrega el frío metal del *ankus*, que debía de estar en el suelo por algún sitio, entre la hierba. ¿Qué significa eso? ¿Que acepta mi derecho a poseer el *ankus*, a ser su cuidador? ¿O que admite el crimen y solicita castigo?

Cualquiera que sea la razón, se aleja a grandes pasos, no de vuelta a la Casa del Elefante, sino más allá del pinar, hacia el obelisco. El aire se derrama a nuestro paso, nunca la he visto moverse a esta velocidad. En cuanto llegamos al obelisco, continúa con la misma marcha precipitada hacia la oscuridad del bosque.

Cuanto más nos adentramos en él, más densas se hacen las sombras. Mientras nos abrimos paso entre los árboles, me resulta difícil mantenerme sobre su cuello, porque no hace caso de las ramas. Le grito que se detenga, pero no oye, y tengo que gritar una y otra vez antes de que deje de correr. Bajo las piernas siento la agitación de su cuerpo.

—¿Adónde vamos, *Jenny*?

Se apresura de nuevo.

El bosque se hace menos espeso. Aminora el paso. Encuentra un sendero sinuoso que nos lleva a unos pálidos prados. El cielo ha aclarado, el firmamento es una red de estrellas agujereada de nubes

negras. Un rebaño de vacas dormidas se levantan asustadas y se precipitan bajo la súbita aparición de la luna, que ilumina el plateado cuerpo de un río bordeado de sauces. *Jenny* se deja caer por la desmenuzada pendiente de la orilla y se incorpora a la corriente, siguiendo cada meandro, cada curva. En algunos sitios se estrecha, y vadeamos pozas profundas; en otros se ensancha, y nos deslizamos por lenguas de relucientes guijarros, salpicando. Una vez más le pregunto adónde vamos, y ahora me contesta que no lo sabe. Pronto, sin embargo, oigo un prolongado murmullo, algo parecido al viento entre los pinos, y el aire huele a fresco y salado. Nos encontramos en una blanca orilla, cubierta de encajes de algas marinas. Conchas amontonadas crujen bajo las pezuñas de *Jenny*.

Desmonto. Al llegar al confín terrestre, las olas rompen, una tras otra: líneas de brotes oscuros que de pronto se abren en una flor blanca, reventando en cascadas de pétalos, blancos y negros, que se deslizan a nuestros pies y desaparecen.

Jenny balancea la trompa, buscando.

—¿Qué lago es éste, Tom?

—No es un lago, es el mar.

—¿Qué es el mar?

¿Qué es el mar? ¿Es una extraña clase de tierra fluctuante? ¿O es la tierra una especie de mar que ha cuajado como la cera?

—Es una casa para peces y anguilas —le contesto—. Igual que la tierra es una casa para hombres y elefantes.

—Recuerdo este olor —dice ella—. Era el del buque que nos trajo a este país a *Timothy* y a mí.

Entre el rumor de las rompientes olas oigo un grito, un gemido que se funde en la nada; parece venir de mi propia cabeza. Estamos solos: *Jenny* y Tom, el elefante y su cuidador, con la tierra detrás y el mar delante. Somos los únicos seres que hay en el mundo, Hombre y Elefante. Dos criaturas deformes, con brazos, piernas, apéndices, protuberancias.

—¿Te acuerdas de la travesía? —le pregunto.

—Ah, Tom, fue oscura y horrible, interminable. Cargada de miedo. No puedo hablar de ella.

—Pero la soportaste.

—La soporté contrayendo mi ser hasta hacer de él un fuerte nudo. La aguanté aferrándome al recuerdo de lo que había sido la vida hasta entonces.

Un cangrejo se escurre sobre la mustia seda de la arena. Una tercera criatura, no más fantástica que las otras dos.

—¿Cómo era tu vida hasta entonces? ¿Qué es lo que recuerdas?

No contesta.

La luna se retira detrás de una nube. El agua fría se arremolina en torno a mis tobillos, cosquilleando. Siento su enorme cuerpo a mi lado, respirando.

—¿Volvemos? —le pregunto.

—¿A Easton?

—A las Indias. Si caminamos a lo largo de la costa, acabaremos llegando a Portsmouth, donde hay muchos buques. Yo te cuidaría durante la travesía.

Ahora tampoco responde; me vuelvo hacia ella.

—No sería como la última vez, *Jenny*, con los marineros. Yo no lo permitiría; estaríamos juntos. Lo soportaríamos juntos.

—Moriríamos juntos.

—No moriríamos. ¡No moriríamos, *Jenny*! ¡Aguantaríamos! ¡Y luego, luego...!

Me mira, parpadeando despacio. Surcada de arrugas, su expresión es un libro de dudas.

—No podemos marcharnos así como así. Lo has olvidado, Tom. Te olvidas de que pertenezco a alguien. No soy libre, sino propiedad de su señoría. Nos apresarían, y te acusarían de haberme robado. ¿Cuál es la pena por robar un elefante?

Galeras. Deportación de por vida. Prisión. Me vuelvo hacia el mar. La luna brilla en el agua negra.

—No podemos quedarnos en esta playa eternamente.

—Tenemos que volver a Easton —dice.

—Si volvemos a Easton, me acusarán de haber matado al señor Singleton.

—Nada de eso, Tom. ¿Por qué iban a sospechar de ti? El señor

Singleton ha muerto en un desafortunado accidente.

No puedo pensar. Parece que me han desgarrado el rostro entero. Mi nariz apenas existe como tal.

—¿Qué vamos a hacer, *Jenny*?

—Debemos volver a Easton —repite con toda firmeza—. Vamos a volver a Easton, y quizá podamos irnos con lord Luttershall.

De pronto me alegro al oír esas palabras.

—Sí, iremos con lord Luttershall, y volveremos a ver a *Timothy*, y todo se arreglará.

Me arrodillo para lavarme la cara ensangrentada. Al inclinarme hacia delante, con el mar en el hueco de las manos, el *ankus* oscila en mi cuello, y como nunca me ha gustado ese objeto, me lo quito y lo tiro a lo lejos.

Volvemos despacio a Easton. Hace frío en el bosque, que rebosa humedad. Llegamos al obelisco; los jardines aún están oscuros, pero el cielo empieza a iluminarse. Los últimos búhos ululan su despedida a la noche, un petirrojo gorjea las primeras notas del día.

Ha caído rocío; pienso en el muerto, empapado de agua y relente, yaciendo en el trueno de la cascada. *Jenny* está en lo cierto: no hay razón para que nadie sepa la verdad de su muerte. Se cayó del elefante, con eso basta.

En la Casa del Elefante, una pequeña figura aguarda en el patio: Susan.

—¿Dónde has estado? —exclama—. ¿Tom? Ay, Tom, Tom, ¿qué te ha pasado en la cara?

—Una rama.

—¿Una rama? —Se lleva la mano a la boca—. Tienes la nariz..., la mejilla... hecha pedazos..., ¡es horrible..., horroroso!

—Ha sido con una rama, Susan, una rama de espino. Se curará.

—Te he estado esperando, Tom. Llevo aquí toda la noche, esperándote, sin saber dónde estabas. ¿Dónde te has metido? Tengo la carta. Si la lees ahora, la devolveré antes de que el señor Bridge se despierte.

—¿La has leído?

—Le he echado una ojeada. El sello ya estaba roto.

—¿Y?

Titubea. En su vacilación siento una punzada de temor.

—Tienes que leerla tú mismo, Tom.

Me entrega la carta. Está muy oscuro en el patio, pero voy al otro lado del arco y la leo a la luz del amanecer.

Milord:

Le agradezco su misiva y sus buenos deseos sobre la salud de mi esposa y la mía. Requiere usted noticias del elefante que trasladaron aquí desde la propiedad del conde Ancaster de Grimsthorpe, en Lincolnshire. Ese infortunado animal llegó a Langley en la primavera de 1772, y quedó alojado en unas caballerizas que se habían preparado para acogerlo. Allí lo asistían dos mozos de cuadra que yo designé para que atendieran a sus necesidades, y que hicieron todo lo posible para que estuviera cómodo; sin embargo, desde el principio, pese a las garantías que me habían dado en lo referente a la bondad de su naturaleza, hizo gala de un temperamento voluble e impetuoso, barritaba escandalosamente, rechazaba toda tentativa de amistad, y amenazaba con violencia a todo aquel que se acercara demasiado. Aun con las patas estrechamente esposadas, se lo consideraba demasiado peligroso para sacarlo de su alojamiento; en efecto, nadie osaba entrar en él por miedo a ser atacado; y a veces cargaba contra los muros del recinto, golpeándolos con fuerza colosal, para luego retroceder con la sesera aturdida. Yo mismo presencié tales embestidas, y puedo dar fe de la furia de su comportamiento. Hubo luego un periodo en que, si bien su actitud continuó siendo huraña, se fue tranquilizando; lo que animó a los mozos a reanudar sus tentativas de acercamiento. Me habían asegurado que estaba domado para la monta, pero temo que fuera una información incorrecta, porque cuando uno de los mozos trató de montar en él, bajando sobre su lomo desde las vigas del establo, le dio un ataque de furia y empezó a embestir como un toro salvaje, y de no haber estado sujeto con un arnés no cabe duda de que el hombre habría perdido la vida. En aras de su propia seguridad, los mozos resolvieron a vendar los ojos al elefante, cosa que, según tengo entendido, sólo lograron con gran riesgo y al cabo de numerosos intentos, después de aturdirlo con bebidas fuertes. Sin embargo, una vez que recobró el sentido, con la trompa se arrancó enseguida la venda de los ojos. Creo que entre los mozos se produjo cierta discusión sobre si se le debería atar la trompa, hasta que comprendieron que así no podría alimentarse. Se dio orden para que confeccionaran una amplia capucha de cuero. Una vez que se suministró al elefante una buena cantidad de

alcohol, se le puso la capucha en la cabeza, asegurándosela alrededor del cuello. Frustrado por su incapacidad para quitarse la capucha, y encontrándose en permanente oscuridad, el animal cayó en un estado de apática desesperación, reanimándose de vez en cuando para renovar sus intentos de machacarse los sesos. Se negó a comer, arrojando desdeñosamente a un lado el heno que se le ofrecía. En ese punto me consultaron. Al ver la desdichada condición del animal, y de su alojamiento, sumido para entonces en una densa capa de inmundicia, resolví que le quitaran la capucha. Mi esperanza consistía en que el elefante respondiera con gratitud. Lo que fue, lamento decir, vano deseo, porque en cuanto quedó restablecida su visión, agarró una de las vigas del establo y, con una increíble demostración de fuerza, echó el techo abajo; después de lo cual rompió la puerta y, arrastrando los grilletes, corrió barritando por los jardines y sembrando el terror general. Se organizó un numeroso grupo de hombres, armados con mosquetes, espadas, bieldos y cosas así, con el fin de atrapar al elefante. Valerosamente, esos hombres trataron por todos los medios de obligar a la criatura a que volviera a su alojamiento, pero su furia era tan desmedida y su conducta tan alarmante que sólo consiguieron espantarlo aún más lejos. Finalmente lo rodearon cerca de la capilla; pero cuando el elefante comprendió que su libertad estaba amenazada, los embistió; ante lo cual, uno de los hombres del grupo, manteniendo valerosamente su posición, se sirvió del sable para cercenarle la parte baja de la trompa. El animal profirió entonces un tremendo grito de dolor, que resulta difícil de describir; baste decir que tenía un timbre casi humano. Sacudía violentamente lo que le quedaba de trompa, lanzando torrentes de sangre, y como un acto de misericordia, porque sufría grandemente, di orden de que lo mataran a tiros. Sin demora trajeron fusiles de la casa, mientras se mantenía a raya al elefante. El primer proyectil esférico, que penetró en un pliegue por debajo del omóplato de la criatura, en un intento de encontrarle el corazón, no produjo considerable impresión; como tampoco el segundo y el tercero, disparados al mismo sitio. Al cuarto, sin embargo, el animal quedó inmóvil, como aturdido por alguna conmoción interna, antes de doblar despacio las ancas; sin embargo, continuó con la cabeza erguida, y, para mi asombro, sus ojos parecieron derramar lágrimas de dolor o pesar, que le corrían despacio por la cara. Otras once balas le descargaron en el cráneo antes de que, con un último quejido, se inclinara de costado y expirase. En un intento de explicar el comportamiento del elefante, hice que el señor Edward Deacon, cirujano, de la calle Conduit de Londres, realizase la disección de su cadáver; como resultado de la cual salieron a la luz

dos circunstancias, la primera, que la base del colmillo más corto estaba infectada de un absceso grande y purulento; en otras palabras, la criatura sufría de dolor de muelas, lo que debió de haberle causado gran padecimiento; y, la segunda, que el cerebro mismo estaba infectado, porque las glándulas de la parte delantera del cráneo estaban dilatadas hasta alcanzar el tamaño de las balas de un cañón, e inundadas de líquido. Según el relato dado por los mozos de cuadra, ese líquido brotaba de manera incesante por la parte baja de las sienes de la criatura durante los últimos días de su vida. No puedo asegurar si tales hechos proporcionan sólo en parte una explicación de los violentos actos del elefante; me temo que en su naturaleza había tan arraigada desconfianza hacia la humanidad que no tenía posibilidad de redención, pero eso sería cometer una injusticia contra el animal. El cadáver fue enterrado en los terrenos de la capilla. El cráneo (un tanto estropeado) continúa en mi poder, junto con los colmillos, uno de veintidós pulgadas de largo y el otro de dieciocho. Lamento grandemente tener que presentar a su señoría tan lamentable historia; no obstante, me alegro de que su elefante goce de buena salud...

No puedo seguir leyendo. Tambaleándome, vuelvo al patio y entrego la carta a Susan, que dice algo, no recuerdo qué. La mente se me llena de imágenes desordenadas. La venda en los ojos, la capucha, el tajo de la espada, el chorro de sangre. Oh, *Timothy*, mi *Timothy*, ¿cómo han podido hacerte esto? ¿Por qué llegó a suceder todo eso? ¿Por qué no había nadie que te protegiera? Caigo llorando al suelo y siento la presión de la pata de *Jenny* contra mis brazos. «Todo va a ir bien, Tom —me dice, con voz alta y clara—, todo va a ir bien.»

Alzo la cabeza, asombrado; me observa con sus ojos tristes, hundidos. «Nada va bien —le digo—, nada va bien, todo va mal, nunca se arreglará.» «No —afirma ella, hablando aún con mayor nitidez, con la voz más clara que un ser humano—, créeme, Tom, créeme..., todo se va a arreglar.» Y agacha la cabeza y deja caer la pesada trompa sobre mis piernas.

DOS DE NOVIEMBRE. Ya estamos en noviembre. Lleva más de una semana lloviendo. Se han caído las hojas de los limeros; yacen grises y ennegrecidas bajo las ramas desnudas. Los jardines son una esponja. Una garza solitaria se encoge junto al lago mientras un ciervo brama a lo lejos. Me calo el sombrero, salgo de la Casa del Elefante y me

apresuro hacia las caballerizas.

John Finch, sentado en el banco de una de las cuadras, está sacando brillo al hierro de un estribo. Parece cansado, pero a él no lo han despedido, o aún no.

—Te marchas pronto —dice.

—Mañana —le contesto, quitándome el sombrero, y él asiente con la cabeza.

—¿Y adónde vas?

—A Worcestershire.

Hace unas semanas, esta cuadra albergaba al caballo de su señoría, pero lo han vendido, como también se han deshecho de otros caballos. En realidad, últimamente circulan rumores de que van a vender toda la propiedad. Si es o no así, nadie lo sabe, ni siquiera el señor Bridge. Ni a milady ni a la señorita Singleton se las ha visto en Easton desde el día siguiente del entierro de su señoría, cuando se marcharon a Londres.

Podría preguntar a John Finch si sabe algo del futuro de la propiedad, pero por su expresión noto que preferiría no hablar sobre el futuro. Soy del mismo parecer. Es más fácil quedarse sentado en una cuadra seca, sacar brillo a bocados y estribos, dar aceite a sillas y bridas, fingir que todo está como siempre. Su señoría no ha muerto, no nos vamos a Worcestershire, *Timothy* se encuentra bien, mi nariz sigue tan perfecta como siempre. No, no está perfecta, pero va mejorando poco a poco; eso es lo que digo a cualquiera que pregunte. En realidad, continúa molestándome; siento un dolor intenso, me chorro un líquido desde la base y, cuando estornudo, una punzada me recorre el cuerpo. Respiro por la boca. Ciertas partes de la piel siguen insensibles al tacto, y apenas conservo el sentido del olfato; mientras esto último mejorará sin duda, la nariz nunca recobrará su antiguo aspecto. Me cuelga a un lado de la cara como una trompa roja con un ojo desorbitado, y los desconocidos que la ven, o bien se asustan, o bien se quedan fascinados. Tengo suerte de no haberme quedado ciego, porque faltó media pulgada para que el gancho del *ankus* no se me clavara en el ojo derecho.

Finch sabe, estoy seguro —parece que toda la servidumbre lo sabe

—, que la lesión de la nariz no fue a causa de una rama de espino sino de un golpe del señor Singleton. Sospecho que, además, ha adivinado que la muerte del señor Singleton no fue, ni de lejos, un simple accidente, alguien que se cae de un elefante en una noche oscura; pero nunca me lo ha preguntado directamente. Ahora, en mi último día en Easton, en la calma de la cuadra, estoy tentado de contarle la verdad. La tentación, sin embargo, no resulta difícil de resistir. No es que no confíe en que Finch guarde el secreto, porque siempre me ha parecido una persona muy reservada, sino que yo mismo no conozco la verdad con absoluta certeza. Nadie salvo *Jenny* lo sabe, y se niega a decírmelo, aunque se lo he preguntado bastantes veces. «Eso ya no importa, Tom —dice con voz queda—. Se me ha olvidado.» No la creo, desde luego. ¿Cómo puede haber olvidado esa noche?

—¿Es bonito el paisaje en Worcestershire? —quiere saber John Finch.

—Eso espero. Nunca he estado allí.

—¿Qué sabes de tu nuevo amo?

—¿Del señor Davies? Es comerciante en maderas. No sé nada más.

Finch deja de sacar brillo y alza la vista.

—¿Comerciante en maderas?

—Sí.

—¿Para qué quiere un elefante un comerciante en maderas? ¿Para transportar troncos?

—No lo sé.

Me estudia con la mirada.

—Bueno —me dice—, pues te deseo suerte.

—Gracias.

Lo dejo con su trabajo y me encamino a las dependencias de la servidumbre, con intención de despedirme de Susan y las demás criadas. Un tordo se posa frente a mí, con un caracol en el pico; observo cómo salta para hacer pedazos la concha, martilleándolo sobre una piedra.

Más allá de la terraza veo a *Argos*, con la mirada fija en el camino de entrada, esperando a su amo. Tiene el rabo caído. Pobre *Argos*; desde la muerte de su señoría ha sido un alma perdida, una sombra sin

cuerpo. Lo llamo: «¿Argos? ¿Argos?», y vuelve la cabeza en mi dirección, para volverla de nuevo. Cuando me acerco y lo rodeo con el brazo —tiene el pelo húmedo, lleva tiempo aquí—, no me hace caso alguno. No soy el hombre al que espera. No soy su señoría. Aun así, me satisface hacerle compañía, esperar a su lado. «Qué buen perro eres, *Argos*», le digo. Su señoría mencionó en una ocasión su esperanza de que hubiera perros en el cielo. Puede que ahora esté esperando a *Argos*, igual que *Argos* lo está esperando a él.

Mientras estoy ahí, pienso en los tres felices años que *Jenny* y yo hemos pasado en Easton. Pienso en los jardines, el lago y la Casa del Elefante, que abandonaremos mañana al amanecer; y en realidad da la impresión de que ya hemos dejado este paraíso, que la belleza de Easton queda ya en algún lugar de nuestro pasado, que ya estamos tirando de carretas cargadas de troncos por los embarrados caminos de Worcestershire. También pienso en *Gulliver*, que esperaba quedarse para siempre en el país de los Houyhnhnms, para verse luego desterrado. Aunque no recuerdo por qué lo desterraron. ¿Había cometido algún delito, o existía alguna otra razón? Permanezco bajo la lluvia, incapaz de recordar, mirando el desierto camino de entrada, apretando al perro contra mi pierna. No es una lluvia copiosa; cae suavemente, como hojas de papel de seda. Echo a andar, hacia las dependencias de la servidumbre.

TERCERA PARTE
Londres, 1793

Capítulo 1

El mono está sentado con las piernas cruzadas, fumando en pipa, los ojos cerrados en éxtasis mientras el humo le intoxica el cerebro; el oso descansa en cuclillas y se rasca las pulgas. *Jenny* está erguida y observa, parpadeando despacio, pensando, aunque no sé lo que pensará de su vida en este lugar. Se lo he preguntado muchas veces; no quiere decírmelo. Bueno, no me da lo que yo creo que debe ser una respuesta verdadera. Lo que siempre dice es que estamos aquí, que no tenemos otro sitio adonde ir, porque ella, como los demás animales, es propiedad del señor Cross.

—¿Y si no pertenecieras al señor Cross?

—Tom, no hay perspectivas de que me compre alguien.

—Pero ¿y si la Casa de Fieras tuviera que cerrar?

Lo que es más que probable. El señor Cross ha dejado claro, en numerosas ocasiones, que la Casa de Fieras es una empresa comercial y que si no da suficiente dinero para cubrir gastos, acabará cerrando. En ese caso volverán a vender a *Jenny*, si es que hay alguien dispuesto a comprarla.

—Tom —argumenta ella—, si me venden a otro, pues me venden a otro. Si eso ocurre, pues ocurre. Si no, no. Hay muchas posibilidades.

Llevamos ya seis años con la famosa Casa de Fieras Cross. El primer año estaba situada en Gravesend; el segundo, en Saint Albans; los últimos cuatro, en Londres. A lo largo de este tiempo, muchos animales de la Casa de Fieras han muerto, por diversas causas que no voy a explicar aquí, salvo para decir que a muchas especies de animales no les sienta bien vivir en cautividad y verse expuestas al público durante doce horas diarias. Entre esos animales se cuentan una cebra, una hiena, un águila, una jirafa, un puercoespín, y una serie de leones devoradores de hombres, porque el señor Cross mantiene que, para atraer a las multitudes, una Casa de Fieras como Dios manda

debe contar con un león feroz, preferentemente de rugido estrepitoso. Cuando muere uno, el señor Cross habla con algún mercader para que le procure otro.

El león que se encuentra actualmente en la Casa de Fieras no ruge, para disgusto del señor Cross. El mercader le aseguró que era rugidor, además de devorador de hombres; sin embargo, es una criatura triste, o en eso se ha convertido, con cara de lechuza, carrillos hundidos, mirada fija y pelaje raído y sarnoso. A pesar de ello, se lee en un cartel: «León devorador de hombres. ¡Cuidado!», y la pared del fondo de la jaula está pintada con la figura de un león de fauces ensangrentadas, erguido sobre el cadáver de su desdichada víctima. La gente a veces me pregunta, a mí o al señor Scott: «¿A cuántas personas ha devorado el devorador de hombres?». «Docenas», contestamos. Centenares. En realidad, no sabemos si ha probado carne humana alguna vez. Puede, hace años, en otro país, en otra vida. Su alimentación actual consiste, en su mayor parte, en huesos de caballo, que roe entre gemidos a causa de sus dientes podridos. No durará muchas semanas más.

Al señor Cross le gusta que todas las criaturas de la Casa de Fieras tengan su historia. Al pequeño oso pardo, que vive en la jaula de al lado del Devorador de Hombres, supuestamente se lo encontró en una cueva montañosa de Rusia, y para confirmarlo la pintura de la pared muestra a *Bruin* acechando en una sombría cueva, entre las cumbres nevadas. En la siguiente jaula —«por favor, señor, permítame que lo conduzca por este camino»— hay una enorme serpiente rayada, conocida como *Príncipe de Gales*, procedente, en teoría, de los pantanos de Madagascar. Hagan lo que hagan en los pantanos de Madagascar, ésta se pasa aquí durmiendo la mayor parte del tiempo, sólo despertándose para comer ratas muertas y ratones vivos; a estos últimos, incluso después de ingeridos, se los puede percibir mientras forcejean en el interior de las espirales digestivas del reptil. Llegamos luego al pequeño simio, *Stephen*, de semblante parecido al de una criatura humana, pero horriblemente fruncido por la ansiedad. Hace tristes muecas y trata de ocultarse de la vista pública tapándose la cara con las manos. Su mano derecha es una garra; nadie sabe por qué, pero el señor Cross ha concebido para él una historia compleja acerca de

que lo rescataron en el mar, convirtiéndolo en el único superviviente de un barco corsario español cargado de tesoros, «y ahí, señor, contemple la escena propiamente dicha, en la cual sobrevive al vasto océano, agarrado a un simple mástil entre las olas».

Por último, nos encontramos con *Jenny*, a quien el señor Cross ha puesto el nombre de la *Emperatriz*. El cartel colgado en la parte delantera de su jaula dice lo siguiente: «Antigua propiedad de varios miembros de la nobleza inglesa, la *Emperatriz* desciende en línea directa de los Elefantes Reales. Empezó su vida hace ciento cincuenta años en la corte de un príncipe indio, que con frecuencia la llevaba a expediciones para cazar tigres, en las que mostraba gran valor. Fue capturada después de una larga batalla y traída a Europa...». La pintura la muestra en las profundidades de la jungla india, el príncipe sentado a su lomo en un trono dorado, y un feroz tigre de Bengala rugiendo a sus pies.

Cuando protesté, diciéndole que nada de eso era cierto, el señor Cross sonrió ante mi inocencia.

—¿Crees que deberíamos decir que tiene doscientos años? A la gente le gustan las historias, Tom. Mientras tengan visos de verosimilitud, no importa que sean reales o inventadas.

Su verdadera historia es que tiene treinta y dos años, y gran parte de ese tiempo lo ha pasado en Inglaterra. Su primer dueño fue el señor Harrington, de Somerset, que la vendió a lord Bidborough, de Easton, en Sussex; después de la muerte de este último la vendieron al señor Davies, de Worcester, quien consideró que los costes de su mantenimiento eran demasiado elevados para soportarlos y, por tanto, se vio obligado a venderla al señor Hockaday, de Monmouth; sin embargo, tampoco él podía sufragar los gastos, por lo que terminó vendiéndola a sir John Fortescue, de Northampton, quien se suicidó después de perder su fortuna en una disparatada especulación. Y luego fue cuando el señor Gilbert Cross decidió comprarla para su famosa Casa de Fieras.

El otro cuidador de la Casa de Fieras es el señor Sam Scott. Compartimos aposentos encima de una barbería en White Horse Yard, cerca de Drury Lane; él duerme allí la noche en que yo me quedo en la

Casa de Fieras, y viceversa. No nos repartimos el cuidado de los animales; pero queda entendido que *Jenny* es mi responsabilidad particular. La Casa de Fieras está situada en el Strand, al norte del río. Abre todos los días a las diez de la mañana, y permanece abierta hasta las diez de la noche. Los domingos por la tarde es cuando mayor actividad tenemos, aunque no tanta como hace seis años. Entonces todo el mundo estaba deseoso de ver a los animales, y damas y caballeros vestidos a la moda esperaban formando una cola que llegaba hasta la calle Catherine. La novedad, sin embargo, se agotó, y ahora hay tardes que sólo tenemos diez o veinte visitantes. Últimamente, para convencer a más gente de que entrar es un privilegio que cuesta un chelín por cabeza, el señor Cross contrató a un tragafuegos. Era negro. Largas lenguas de fuego se precipitaban de su boca, y su piel relucía como una charca negra. Salvo por la serpiente, todos los animales estaban asustados, sobre todo *Stephen*, que retrocedía encogido y balbuciente, el brazo sobre los ojos, una visión de lo más lastimera.

El ardid no logró atraer multitudes. Lo cierto es que, en una ciudad que nunca descansa, ya no suscitamos mucha curiosidad, somos una atracción pasada de moda.

—¿Piensa usted —pregunto al señor Scott— que la Casa de Fieras va a cerrar?

—Muy probablemente —contesta, sin la menor preocupación aparente, fumando su pipa. El señor Scott es un gran aficionado al tabaco, y mantiene (como mucha gente) que sirve de defensa contra las infecciones que se propagan por la ciudad; razón por la cual, movido por la prudencia, yo también fumo ahora en pipa.

Durante las primeras semanas de nuestra estancia aquí, vivía tan intranquilo que apenas me apartaba un momento de *Jenny*. Sin embargo, a instancias del señor Scott, que se comprometió a vigilar a la elefanta durante mi ausencia, me puse la casaca y poco a poco me fui aventurando en la ciudad. En mi mentalidad provinciana, me había formado dos imágenes de Londres: una, consistente en edificios elegantes y calles soleadas, llenas de clubes y cafés en los cuales ciertos caballeros discutían importantes asuntos de Estado; otra, compuesta de tabernas, lupanares y oscuros callejones frecuentados por ladrones

y asesinos. Ambas imágenes son bastante reales; lo que no había supuesto, lo que pronto descubrí, era que la ciudad tiene muchas otras estampas. No había imaginado que, como las calles están adoquinadas, habría un perpetuo estruendo de ruedas metálicas, que proseguiría hasta bien entrada la noche; tampoco había imaginado los gritos a cada hora de los serenos, que no obedecían a propósito alguno salvo el de perturbar el plácido transcurso del sueño; ni tampoco el aire pernicioso, que me reseca la garganta y me provoca una tos continua; ni el hedor que surge y ataca los sentidos en el calor del verano; ni las turbias y oscuras nieblas invernales que se alzan furtivamente del río y se asientan durante días en la ciudad, dando al mediodía la apariencia del anochecer, y trayendo consigo fiebres y paludismo. Como tampoco había imaginado que pudiera haber tan enorme cantidad de gente, apresurándose de un sitio para otro, cada individuo entregado a sus propios asuntos secretos. A menudo no hacía otra cosa que pararme en alguna esquina y contemplar el ajetreo con una especie de boquiabierto asombro, preguntándome adónde iría aquella persona, de dónde vendría, qué asuntos se traería entre manos. Cada hombre y cada mujer parecían la encarnación de una historia ambulante, en la cual sólo eran visibles unas cuantas frases, o palabras, con el resto oculto entre una especie de niebla singular; mientras, fragmentos de conversación que se deslizaban hasta mis oídos me intrigaban tanto que, más de una vez, los perseguí con el vano intento de oír más.

Ese aturdimiento se veía complicado por el miedo: no tanto el temor a que me asaltaran y robaran, o a que me birlaran la cartera, aunque eso me asustaba lo suficiente para hacerme caminar con las manos en los bolsillos, como la inquietud de perderme en las interminables calles. En los meses de verano, con frecuencia iba a Saint James Park, o cruzaba el río hacia los jardines de Vauxhall, donde los templos, bosques y enramadas me recordaban a Easton; en realidad, hasta la última hoja de cada árbol y cada brizna de hierba me parecían amigas. Recuerdo haber oído que, no hace muchos años, había en Vauxhall un ruiseñor que, en las noches de verano, cantaba entre la espesura de unos matorrales junto al Grand Walk. Ese pájaro

o, mejor dicho, el canto de ese pájaro se hizo famoso; la gente venía de todas partes para oír su música, que empezaba sin falta al caer la tarde y se prolongaba hasta bien entrada la noche. Las parejas de novios, en particular, se paraban a escuchar, extasiadas. Cuando me contaron esa historia, me entusiasmé ante la idea de que un ave de esas características anidara en la ciudad, que, salvo alondras y jilgueros enjaulados, está habitada principalmente por hordas de gorriones parlanchines y ladronzuelos, y mientras paseaba por el Grand Walk me preguntaba si sería en estos o en aquellos arbustos donde había cantado el pájaro, y decía para mis adentros que, si en otro tiempo había vivido aquí un ruiseñor, bien podría ahora anidar otro. Vana ilusión: porque pronto me enteré por el señor Scott de que el ruiseñor era un hombre, con habilidad para imitar el canto del ave, al que había contratado el propietario de los jardines para que se escondiera entre los matorrales y atrajera a los visitantes, que debían pagar un chelín por cabeza, de igual modo que el señor Cross había contratado al tragafuegos. No obstante, la historia me intrigaba. ¿Era realmente posible que la gente creyera que oía a un ruiseñor?

El señor Scott, que estaba llenando la pipa, labor a la que presta mucha atención, no me contestó de momento.

—Buena pregunta —dijo al cabo—. Sin duda habría sido más fácil poner un pájaro enjaulado al que se hubiera adiestrado para cantar todas las noches. Cantan bastante bien en cautividad, según creo. Sin embargo, puede que consideraran que un hombre sería más solvente.

—Pero a mí me parece —repuse, sin andarme por las ramas— que nadie se dejaría engañar realmente. ¡Es imposible imitar a un ruiseñor!

—Puede que unos se dejaran engañar, y puede que otros no.

—¡Pero el hombre estaba allí, cantando y silbando sin parar! Los que no se dejaban engañar, o quienes sospechaban que no era un ruiseñor, que seguramente serían la mayoría..., ¿por qué no miraban entre los matorrales y revelaban el engaño?

El señor Scott golpeó el pedernal y encendió la pipa.

—Ah, bueno..., mira, no sé; pero ya ves, supongo que habrían contratado a un segundo hombre, supuestamente para proteger al

ruiseñor de toda posible molestia, o para evitar que la gente tratara de averiguar la verdad. Aunque lo más probable, Tom, es que quisieran que los engañasen.

Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

—Si tenían la atención puesta en cortejar a su novia, quizá prefiriesen creer que se trataba de un verdadero rruiseñor.

—Pero si querían que los engañaran, si eran conscientes de que querían que los engañasen, debían saber que los estaban engañando, y en consecuencia no podrían haberlos engañado.

—Pero los engañaban, según parece. —Dio una calada a la pipa—. Bueno, yo no voy al teatro, no me interesa para nada, pero la gente va con mucha frecuencia. Y si están viendo algún acontecimiento que se representa en el escenario, como el asesinato de un hombre, ¿creen que lo están asesinando de verdad? Yo diría que no. Dejan que los engañen para creer que lo están asesinando, aunque saben perfectamente que sigue tan vivo como tú o como yo. Lo mismo con el rruiseñor. Lo creen y, al mismo tiempo, no lo creen. —Otra calada—. ¿Dirías tú que la mayoría de los que vienen a la Casa de Fieras creen verdaderamente que nuestro pequeño mono sobrevivió a un naufragio?

Los jardines están cerrados en invierno, pero en aquellos primeros días encontré consuelo en el río, pensando que el agua que fluía ante mis ojos había surcado antes los campos, pasando bajo los brazos extendidos de los sauces. Uno de esos días, al atardecer, después de caminar por el Strand hasta la Devil Tavern en Temple Bar, oí un ruido familiar y, al alzar la cabeza, vi una bandada de patos que volaba alto, siguiendo el curso del río hacia el oeste. Se había puesto el sol, pero por todo lo ancho del cielo aún brillaban como débiles brasas encendidos fragmentos, hacia los cuales volaban los patos formando una v, y sus tenues llamadas sonaban con tal música en mis oídos que apenas puedo describir las emociones que agitaron mi mente. Me quedé mirando hasta que los patos no fueron más que unas manchas, o menos que manchas; y hasta mucho después de que desaparecieron, mi imaginación los persiguió entre la noche, hasta que me pareció

verlos girar y ladearse, dando media vuelta sobre el tranquilo círculo de una charca iluminada por la luna. No era una charca cualquiera, sino la que yo había conocido veinte años antes en Somersetshire, una charca realmente frecuentada por patos, y en la cual se bañaban a veces los elefantes, cuando trabajaba en Harrington Hall; allí, con una serie de suaves chapuzones, los dejaba descansar en el agua reluciente, apacible y estremecida. Probablemente la tarde fuese del todo distinta, pero en mi memoria era la misma que cuando estaba en ese sitio junto al río. Había marea baja, el denso cieno de las orillas estaba al descubierto, y allí escarbaban varias mujeres en busca de leña u otros objetos valiosos. Entre ellas, una pareja de ratas brincaba y corría de acá para allá; no tienen miedo de los humanos. En el río mismo, una barca de quilla ancha remaba contra corriente, de manera que permanecía en el mismo sitio mientras un barquero sondeaba el fondo con una pértiga ganchuda. Al cabo de unos minutos, el remero levantó los remos, dejando que la barca se deslizara un poco corriente abajo, donde el hombre de la pértiga hizo otro intento. Hay muchas embarcaciones que surcan el río en ambos sentidos, y aunque probablemente haya visto antes tales barcas, nunca les he prestado demasiada atención, ni me he molestado en preguntar qué estaban haciendo. Ahora, sin embargo, el hombre de la pértiga gritó algo, y, sacando del agua una forma oscura, la izó a bordo. Entonces, un hombre que estaba cerca de mí se volvió hacia su acompañante y dijo:

—Ya es el tercero esta semana.

Observé cómo se dirigía la barca al muelle de madera de Temple Bar. Allí la amarraron a uno de los estrechos pilotes del embarcadero, que la marea baja había dejado al descubierto. El cuerpo reluciente, extendido sobre los guijarros, no parecía enteramente humano, podría haber sido el de un mono, o el de una foca, o no ser un cuerpo en absoluto, hasta que distinguí la densa mata de pelo, y el brazo colgante.

La pesca de cadáveres, como he sabido a partir de entonces, es una ocupación habitual. Cuerpos muertos de hombres, mujeres, a veces de niños pequeños, se extraen de las negras profundidades del río; de cuando en cuando, según me han dicho, sacan a una mujer con su

criatura aún aferrada al pecho. Diez cadáveres se descubrieron el mes pasado; ocho, el mes anterior; trece, el precedente a ése. Nadie sabe quiénes fueron esas personas, ni por qué se encuentran en tal número, pero circulan historias, siempre las hay; y revolotean por toda la ciudad movidas por corrientes invisibles. Una de esas historias cuenta que hay personas tan sumidas en la miseria que se arrojan de los puentes, aunque deben de saber que, al hacerlo, perderán toda posibilidad de ir al cielo. Otra, que las han asesinado, aunque de nuevo no está claro por qué motivo. Una de las dos puede ser cierta, o las dos, o ninguna; entretanto, la ciudad sigue su vida sin prestar atención, lo mismo que el río. La ciudad y el río son imágenes perfectas de lo otro: violento, traicionero, poderoso y extrañamente atractivo.

En aquellas primeras semanas a veces me dedicaba a buscar entre la multitud con la vana esperanza de ver la cara de alguien a quien pudiese llamar conocido, por poco que lo fuese. Nunca vi a nadie con la suficiente certeza; no obstante, una vez, mientras cruzaba rápidamente el puente de Black Friars, me convencí de que había visto a una conocida, de Somersetshire, que caminaba sola en dirección opuesta. Mis pasos tiraron de mí, mientras me decía que no podía ser ella; qué estaría haciendo aquí, en Londres, me dije, pero no se me ocurría ninguna razón plausible; sin embargo, cuando me acercaba al final del puente, tuve la sensación de que era ella, o podría serlo, y con la imagen de su rostro frente a mí, di media vuelta y apreté el paso. Pero había desaparecido, y la borré de mi mente.

Aquel mismo año, sin embargo, en verano, mientras caminaba por unas calles poco iluminadas al norte de Cow Cross, la vi o creí verla de nuevo. Llevaba un chal, y estaba parada en medio de una densa penumbra, en la intersección de dos calles. La observé durante algún tiempo desde la otra acera, pero no lograba verle la cara con claridad. Se le acercó un hombre y habló con ella, y se fueron juntos por un pasaje oscuro. Volví a la Casa de Fieras en un estado de gran incertidumbre.

Cuando mi madre me escribía a Easton, ni una sola vez mencionó a Lizzy Tindall, aunque sus cartas siempre transmitían información sobre otra gente del pueblo. ¿Sería posible que Lizzy se hubiera ido a

Londres? ¿Era posible? Podría ser.

—¿Te acuerdas de Lizzy? —pregunté a *Jenny*.

—¿Lizzy? Claro que me acuerdo. La pequeña Lizzy Tindall — contestó *Jenny*.

—Creo que la he visto.

Jenny me miró, sorprendida.

—Me parece haberla visto, aunque lo dudo.

—¿Estás seguro, Tom, de que lo que has visto no era su fantasma?

Pensé en sus palabras, porque, desde luego, decían que había fantasmas en la ciudad, igual que los hay en el campo; se los ve, en especial durante las brumas invernales. No sé si serán verdaderos fantasmas; y tampoco sé, si vamos a eso, qué es un fantasma, si acaso existe tal cosa. ¿Un espíritu desgraciado, expulsado de su alojamiento, o una inestable posibilidad que flota por la mente? Mi madre, en su dolor por la muerte de mi padre, solía decir que veía su fantasma, conduciendo un caballo frente a nuestra casa; pero nadie más vio nunca esa extraña aparición. ¿Qué era lo que veía? ¿Nada o algo?

La noche siguiente volví al mismo sitio y esperé. Cuando apareció, llevaba el mismo chal sobre la cabeza, y no podía decir si era Lizzy o no. En la penumbra apenas distinguía sus rasgos. Y sin embargo sentía una extraña certidumbre. Me acerqué a ella y dije:

—¿Lizzy? ¿Eres tú? Soy Tom. Eres Lizzy, ¿verdad? ¿Lizzy Tindall? Soy Tom Page.

Alcé la mano hacia el chal, pero ella retrocedió, como temiendo un golpe, igual que hace *Stephen*, el mono, en la Casa de Fieras.

—No voy a hacerte daño —le dije—. Créeme. ¿Seguro que no eres Lizzy Tindall, de Thornhill? Trabajabas para el señor Harrington, ¿recuerdas? ¿En Harrington Hall?

—¿Dónde está eso?

—En Somersetshire, en las tierras del sudoeste, como bien sabes, Lizzy —insistí—. Sé que eres Lizzy. Yo soy Tom. ¿No te acuerdas de mí? Fuimos novios. A lo mejor no me reconoces, tuve un accidente en la nariz.

No contestó, pero me llevó por el pasaje, que se llamaba callejón de la Sartén. Cuanto más avanzábamos, más crecía la oscuridad y más

estrecho se hacía el paso, y por un momento temí que me condujera a una emboscada; a más de un hombre han atraído a un callejón para robarle el dinero y la ropa, o algo peor. Torcimos y, por una entrada baja, pasamos a una habitación donde una vieja bruja, acurrucada en una butaca, contaba dinero a la luz de una vela parpadeante. Un perro, tendido a su lado, se puso en pie y ladró ruidosamente. Perseguido por los ladridos, seguí a Lizzy por un tramo de crujientes escaleras que parecían prolongarse más de lo posible; finalmente llegamos al punto más alto de la casa, a un espacio oscuro como boca de lobo. Ni siquiera me veía la mano delante de la cara.

—¿No podemos encender una bujía?

—No tengo.

—¿Ni velas de junco? —Miré alrededor—. ¿No hay ventanas?

—¿Aquí? No.

Hablaba en tono bajo, suave, y con un acento no del sudoeste del país sino londinense. Pero eso, dije para mí, es como el plumaje de los pájaros; en función de nuestro entorno, nos adaptamos y cambiamos. Si llevaba varios años viviendo en Londres, era lógico que hablara como sus conciudadanos.

—Eres Lizzy, ¿verdad? Dime que eres Lizzy Tindall.

—Si quieres que sea Lizzy Tindall, no me importa.

—No. No quiero que seas Lizzy Tindall, porque tú *eres* Lizzy Tindall. Sé que eres Lizzy Tindall. ¿Por qué negar la verdad? Tú debes saber quién eres.

—Pues, entonces, no lo niego. Soy Lizzy Tindall, efectivamente —dijo con indiferencia.

—De Thornhill, en Somersetshire —insistí.

—Como tú digas —concedió con un suspiro—, soy Lizzy Tindall, tu Lizzy Tindall, tu novia, de Thornhill. ¿Qué más tengo que ser?

—Tienes que creer que realmente eres Lizzy Tindall, porque te aseguro que lo eres, sin duda alguna.

—Y lo soy, ya lo creo —dijo.

Sin embargo, seguían mis dudas.

—¿No hay bujías ni velas de junco, en ningún sitio?

—No; ya te lo he dicho. ¿Por qué no me crees?

Se encontraba a unos dos metros de mí, o eso calculé por su voz. Avancé hacia ella con los brazos extendidos, buscando a tientas en la oscuridad sin encontrar nada, aunque me di un golpe en la espinilla con el canto de la cama.

—¿Dónde te has metido?

Emitió una risa sorda, descarada.

—En ningún sitio; estoy aquí, esperando.

Con un amplio movimiento de la mano, la atrapé y la sujeté. Me suplicó y gritó pidiendo ayuda, creyendo sin duda que iba a hacerle daño; de todos modos, le cerré la mano en el cuello. Una vez que se quedó quieta, exploré hasta la última pulgada de su rostro: ojos, labios, nariz, orejas, barbilla, labios. La imagen de sus bien conocidos rasgos surgió en mi mente como un espejo negro: sí, seguro, no cabía duda, era Lizzy. Pero persistía una cuestión.

—¿Cómo viniste a Londres? ¿Qué te hizo salir de Harrington?

—Suéltame, por favor.

—No voy a hacerte daño, ya te lo he dicho. Pero tengo que saber por qué te marchaste de Harrington Hall. Contéstame.

Hubo un silencio antes de que hablara.

—Pues para buscarte, Tom —y apartándome la mano se incorporó y me pasó los dedos por el pelo—; fuiste muy cruel al abandonarme, se me partió el corazón.

Ante eso cedí y la atraje hacia mí. No olía a campo; era como si su cuerpo entero hubiera atraído la mugrienta esencia, llena de humos, de la ciudad; pero, en la oscuridad, encontré bastante fácil imaginar que estábamos, no en aquella buhardilla pequeña y miserable, sino de nuevo en el pajar, con las golondrinas piando en el nido.

Me marché; pero pronto volví, noche tras noche, por el mismo callejón sin salida, pasando por la misma puerta baja. La vieja siempre estaba en su butaca, aunque por el caso que me hacía, yo mismo bien podría haber sido un fantasma; el perro, sin embargo, llegó a conocerme, y en vez de ladrarme, venía a hacerme fiestas, olisqueándome en las piernas los olores de la Casa de Fieras y acompañándome a la buhardilla por las interminables escaleras. Una vez, cuando Lizzy y yo estábamos sumidos en la pasión, entró con sigilo en

el cuarto y empezó a lamerme frenéticamente la planta de los pies. Digo Lizzy, porque, a cada visita, la fuerza de mi deseo por convertirla en Lizzy triunfaba de la manera más absoluta. Al cabo de poco empezó a recordar Harrington Hall y Thornhill, al señor y la señora Harrington, al pequeño Joshua, a Brown y Dick Shadwick, e incluso al señor Gibbons, nuestro venerable maestro de escuela de Gillerton, y cómo lo había engañado haciéndole creer que era un niño gitano. Lo recordaba todo y a todo el mundo. No acierto a saber cómo ocurrió eso, pero creo que, sin ser consciente, fui yo quien la inició en tales conocimientos. Una noche, entre caricias, recordé con dulzura la tormenta, cuando ella se refugió en el cobertizo; a la siguiente, murmuró: «Ay, Tom, ¿no te acuerdas de aquella tormenta, cuando ansiaba que me besaras y tú no lo hiciste?». «Era muy joven todavía — le contesté sin pensar—, deseaba besarte, pero tenía miedo.» «¿De qué tenías miedo?» «No sé... Temía que te enfadaras.» «Oh, Tom, yo nunca podría enfadarme contigo.» En la siguiente ocasión le pregunté si se acordaba de aquel día en el pajar, cuando nos hicimos amantes de verdad, y a la noche siguiente ella lo recordaba bastante bien, igual que se acordaba de cuando me caí de *Timothy* y me rompí el codo, o cuando los elefantes se escaparon por los jardines de la señora Harrington. «Vaya noche —decía ella—, creí que acabarían matándolos...» «Y yo también... ¿Te acuerdas de cómo llovía?» «Claro..., qué manera de caer...» Y así seguíamos. Una vez, cuando me deslicé en su interior, emitió un jadeo. «Vaya, es casi tan grande como la de *Timothy*.»

¡Qué extraño era todo aquello! No creo que estuviera fingiendo, o fingiendo simplemente; en realidad estoy convencido de que en buena parte ella creía verdaderamente que podría ser Lizzy Tindall, que era Lizzy Tindall; en cuanto a mí, no tenía dudas, porque bajo su acento *cockney* me permití oír de nuevo el de Somersetshire, y eso parecía una especie de prueba. Es cierto que cuando la veía en la calle, no hacía ningún intento de quitarle el chal, cosa que podía haber hecho; en realidad, siempre evitaba mirarla de cerca, por miedo a sufrir un desengaño. Pero una noche, mientras nos hallábamos en plena cópula, sumidos en la misteriosa oscuridad, mis oídos parecieron captar el

llanto de un niño, no muy alto pero absolutamente claro y próximo, y cuando me detuve a escuchar, el llanto se oyó de nuevo, aún más cerca.

—¿Dónde está ese niño?

—¿Qué niño, Tom?

—He oído a un niño; ¡hay un niño en la habitación!

—Aquí no hay ningún niño. Tom, por favor, aquí no hay ningún niño. Debe de ser un gato.

—¿Un gato?

—O una rata... en el tejado..., tienen allí sus crías...

—Pero ahí está de nuevo... ¡Escucha! ¡Es un niño, no una rata!

Intentó atraerme hacia ella, arrastrarme de nuevo a la cama, pero estaba resuelto a encontrar al niño que, según pensaba, tenía oculto en algún sitio secreto. Mientras buscaba por todos lados, encontré un cabo de vela que procedí a encender, pues llevaba conmigo la caja de yesca. Forcejeó para evitarlo, abalanzándose sobre mí y abrazándome; pese a todo, logré encenderlo al fin. La llama cobró fuerza y se alargó, iluminando el desnudo ambiente de la habitación, con sus paredes de yeso desconchado, el techo en declive y el suelo agrietado, en el que yacía el perro, con la boca abierta y dejando ver una lengua salpicada de manchas oscuras. Una cortina andrajosa colgaba de un rincón. Cuando la descorrí, no había ningún niño, sino una muñeca de madera, un juguete infantil, de pelo muy rubio y ojos y labios pintados. Lleno de un extraño temor, me di la vuelta, y entonces, cuando la vela iluminó el cuerpo desnudo de Lizzy —la flácida piel del vientre, los pechos caídos, las arrugas que surcaban su boca, de donde corría un hilillo de sangre, pues en el forcejeo debí de haberle dado un golpe con el brazo—, el miedo se me duplicó y centuplicó. Era como una de las mujeres muertas sacadas del río en Temple Bar. Rápidamente apagué la llama de un soplido, y, consciente de que era necesario destruir lo que la vela había revelado, la atacé con una ferocidad que la hizo gritar y forcejear. De esa manera, me pareció hacer que volviera a ser Lizzy.

Cuando le conté a *Jenny* que había encontrado a Lizzy Tindall, después de tantos años, viviendo en Londres, observó:

—Es una buena historia, Tom, es una buena historia.

—Pronto la verás, *Jenny* —le dije, percibiendo sus dudas—. La traeré aquí para que te salude. Ya verás.

Ante lo cual apartó la cabeza, intranquila.

Lizzy se mostró enteramente reacia a visitar la Casa de Fieras. Pese a las veces que insistí, siempre encontraba alguna excusa: o tenía mucho que hacer, o estaba muy lejos del Strand o cualquier otra cosa. «A la elefanta le gustaría volver a verte», le decía. «Ah, la elefanta..., ¿existe de verdad la elefanta, Tom?» «Pues claro, ¿no te acuerdas de la elefanta?» Me pasó la mano por la mejilla. «Sí, sí, Tom, me acuerdo..., la recuerdo muy bien..., pero quiero estar segura, ya sabes, de que es la misma elefanta... No me gustaría ir desde el Strand hasta allí, para que luego sea otro elefante distinto...»

Tal vez no creía en la existencia de la elefanta; sin embargo, a última hora de una calurosa tarde de verano, apareció con un vestido azul de seda y un collar de cuentas. Llevaba una pluma de avestruz en el pelo, dejaba un rastro de perfume y tenía la cara copiosamente untada de afeites. Me sentí cohibido y avergonzado, porque yo tenía un aspecto muy diferente y porque en aquel momento estaba frotando al oso con aguarrás para acabar con las numerosas pulgas que habitaban en su pelaje, y las manos me apestaban a trementina. Se la presenté al señor Scott. «Encantado de conocerla, señora», dijo con una reverencia, ruborizándose; y en ese mismo momento el señor Cross salió como disparado por un resorte de su cabina hasta la entrada de la Casa de Fieras, poniéndose torcidamente una peluca sobre la calva (aunque ¿quién soy yo para hablar, porque también se me está cayendo mucho el pelo?). Después de besarle la mano, se designó a sí mismo como su guía y acompañante.

—Señora, si me permite, estaré encantado de enseñarle la Casa de Fieras.

Después de lo cual, la condujo a hacer la ronda de los animales y le contó una historia fantástica tras otra: cómo, por ejemplo, con riesgo de su vida y de su integridad física, había capturado personalmente al Devorador de Hombres en la jungla, cuando estaba a punto de engullir a otra de sus víctimas.

—Las apariencias son muy engañosas..., si entrara usted ahora mismo en la jaula, le aseguro, señora, que sin duda sería usted afortunada si escapara con vida.

Eso podría haber parecido cómico, pero yo veía que Lizzy estaba cohibida por el servil comportamiento del señor Cross, igual que, en verdad, también lo estaba yo. Había soñado con el momento en que Lizzy y *Jenny* se encontraran de nuevo. Y ahora había que vérselas con el señor Cross, que no hacía más que interponerse, cogiéndola del brazo.

Cuando llegamos donde estaba la elefanta, ya había empezado otra historia inverosímil, esta vez sobre la ascendencia real de *Jenny*. Quise interrumpirlo para decirle que Lizzy ya conocía a la elefanta, que ambos procedíamos del mismo pueblo del sudoeste; pero fue como si se me atragantaran las palabras. En cambio, observé la expresión de *Jenny* (no podía ver a Lizzy, porque estaba delante de mí), esperando con impaciencia que mostrara algún signo de reconocimiento, de alegría incluso, ante una cara familiar. No indicaba nada. Su expresión permanecía impasible.

—Se le da muy bien tocar el tambor —anunció el señor Cross—. Lo aprendió en las Indias, en la corte real, donde se crió hace cien años. Tom, haz que la *Emperatriz* toque el tambor, ¿quieres?

Le hice una seña, y *Jenny*, cogiendo un palillo con la trompa, golpeó dos veces el tambor: tam tam.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó muy complacido el señor Cross—. ¿Ha visto alguna vez tocar el tambor a un elefante, señora?

—Nunca —contestó ella, volviendo la cara de modo que se dirigía tanto a mí como a él—. No, nunca había visto un elefante en toda mi vida. Es..., la elefanta... es una criatura... de lo más..., de lo más admirable.

—La *Emperatriz* es la única elefanta que hay en Europa —declaró el señor Cross, que la condujo a ver al mono.

Los seguí; la cabeza me ardía como un horno, apenas era capaz de dar crédito a mis oídos. ¿Que nunca había visto antes un elefante? ¡Habíamos hablado tantas veces de los elefantes!

—Quince días en el mar —decía orgullosamente el señor Cross—.

Quince días, señora, se lo aseguro, antes de que las olas lo arrojaran a la costa, más muerto que vivo. Un verdadero milagro.

Cuando Lizzy vio a los animales, se dispuso a marcharse; pero antes me dio la mano.

—Adiós, Tom. Lo siento, créeme.

Esas palabras, y el tono de sincera compasión con que las pronunció, me llenaron de confusión, pero antes de que pudiera contestarle ya había desaparecido, perdiéndose con un remolino del vestido en la ajetreada calle, dejando atrás el rastro de su perfume. El señor Cross y el señor Scott se desternillaban, pero no les hice caso, lo que sirvió para que su regocijo se multiplicara por diez. *Jenny* rehuía mi mirada.

Aunque enfadado con ella, y con el señor Cross y el señor Scott —y desde luego conmigo mismo—, lo estaba sobre todo con Lizzy. No podía entender por qué había renegado de sí misma, y resolví obligarla a reconocer la verdad.

Aquella noche, una vez cerrada la Casa de Fieras y con el señor Scott cuidando de los animales, me acerqué a Cow Cross. No había señales de ella en el sitio donde solía estar, pero subí por el callejón y la vieja bruja dormitaba en su carcomida butaca, con dinero esparcido en el mandil y el perro a su lado. Subí las crujientes escaleras y llamé a Lizzy, porque tenía el convencimiento de que la encontraría allí. No hubo respuesta, pero me pareció oír un chasquido. Vacilé; avancé con los brazos extendidos; y a tientas en la oscuridad, sobre la cama, mis manos se cerraron sobre la muñeca de madera. La arrojé a un lado y, con súbita rabia, bajé ruidosamente las escaleras y me planté delante de la vieja. «¿Cómo se llama? Dígame cómo se llama.» «¿Cómo se llama quién, señor?» «¡La de arriba! ¡Su nombre! ¡Debe saber su nombre!» La cogí por los hombros, con intención de zarandearla hasta que me lo dijera. «¿Cómo se llama?» «¿Cómo se llama? No sé.» «¡Su nombre!» Unas monedas se desparramaron y cayeron al suelo. «Se llama Lizzy Tindall, ¿no es así? ¡Dígame que se llama Lizzy Tindall!» Chilló, emitiendo una risa socarrona, como una oca. «¿Por qué lo pregunta, si ya lo sabe?» Salí precipitadamente de allí.

Pasé aquella noche, y muchas otras, buscando a Lizzy por toda la

ciudad. Primero fui a la casa del callejón de la Sartén, y cuando la pesquisa resultó infructuosa, a los burdeles de la calle Turnmill; me detuve frente a un corrillo de putas para preguntarles si conocían a una tal Lizzy Tindall; con lo cual, una del grupo, una bruja pintarrajeada vestida de lechera, contestó que la conocía muy bien, vaya, precisamente la había visto aquella misma tarde por Ratcliff Highway, y que si me presentaba en la dirección tal y tal seguro que la encontraría. Hasta allí me encaminé a toda prisa, pero en aquella dirección nadie había oído hablar de ella, y volví a las mismas suripantas, que nada más verme empezaron a reírse a carcajadas. «Vaya, señor, por poco no la ha visto, no hace ni diez minutos que estaba aquí, preguntando por usted»; y entonces me mandaron a otro lupanar, en Long Acre, donde una horrible mujerzuela, de piernas torcidas y llena de forúnculos, cuyas mustias ubres le colgaban hasta la cintura y con la piel apestando a pescado rancio, me cogió del brazo asegurando que ella era Lizzy Tindall, o la hermana gemela de Lizzy Tindall. Noche tras noche se repitió el mismo juego. La idea de que Lizzy se ocultaba en algún rincón o recoveco de la ciudad, y de que acabaría dando con ella, me impulsaba a seguir, y cuando llegué una vez a la casa del callejón de la Sartén y la vieja intentó impedir que subiera las escaleras, eso me convenció de que al fin la había encontrado. Eché a la vieja a un lado, y, apoderándome de su candela, me lancé escaleras arriba e irrumpí en la habitación, tras lo cual, una maraña de carne se separó en un farfullante caballero y tres bellezas desnudas, a ninguna de las cuales reconocí. Presenté mis sinceras disculpas y me retiré.

A medida que transcurría el verano —no sé exactamente cuándo—, la cruda verdad empezó a despuntar: no era Lizzy Tindall, y nunca lo había sido, y la historia que habíamos forjado, y que tan real parecía, no había sido sino un engaño. En realidad, yo lo había sabido todo el tiempo, o debería haberlo sabido: porque mi Lizzy, la Lizzy que me había ayudado a tomar las dimensiones de los elefantes mientras estaban tumbados en el patio de Harrington Hall, tendría ahora veinte años más que la criatura de la ciudad, sensual, perfumada y vestida de seda, que había visitado la Casa de Fieras. Pero en cierta retorcida

forma yo había creído verdaderamente que era Lizzy.

Como dice el señor Scott: es posible creer y no creer algo al mismo tiempo.

En las semanas que siguieron, fui presa de una cólera violenta que obnubiló mi facultad de ejercer la razón. Me convertí en un granuja, un villano; ninguna palabra es lo bastante fuerte. Dios me perdone, pero cada noche era lo mismo: me daba igual a quién escogía entre los ejércitos de meretrices que ejercían continuamente su oficio, y además de en esas pobres criaturas buscaba continuo refugio en la bebida, de modo que había veces en que, tambaleándome de la taberna al burdel y del burdel a la taberna, mis sentidos estaban tan nebulosos y ofuscados que no tenía ni idea de dónde me encontraba, ni tan siquiera de quién era; de haberme preguntado mi nombre, no habría sabido contestar. Dos veces me robaron por la calle. De algún modo siempre parecía encontrar el camino de vuelta a mi cama de la Casa de Fieras, o del White Horse Yard, donde me despertaba por la mañana con los primeros tijeretazos del instrumento del barbero. El barbero es el señor Pounce; un individuo grueso, risueño y optimista, que no sólo corta el pelo sino también saca muelas, previa solicitud; de hecho, en cierta ocasión a mí me sacó una, que yo creía tan podrida como las del Devorador de Hombres, pero que, según resultó, aún poseía una buena raíz. Mientras me tiraba de la quijada, intentando que no se le escapara el fórceps, gruñía por el esfuerzo, y el sudor le salpicaba la frente, y yo padecía tal dolor que a punto estuve de desmayarme; sin embargo, acogí con agrado el dolor, diciéndome que era un castigo por mi forma de vida repugnante y disoluta, y que una vez que me sacara la muela reformaría mi conducta y me haría ermitaño. Mi resolución falló; a lo largo del día mi rabia siguió creciendo hasta que, al anochecer, volví a ser una fuerza ingobernable.

¿Qué hay en mi naturaleza que suscita esos accesos? Sería bastante fácil hablar de apetitos y espíritu primitivos, y, desde luego, estoy convencido de que había algo de purulencia en mi conducta. Mejor habría sido que me encadenaran a un árbol y no me dieran nada de comer salvo pan y agua. Pero hay algo en la depravación humana que, en mi opinión, supera con mucho cualquier cosa que se haya de ver en

el comportamiento de los animales.

Acabé contrayendo una grave infección, que me afligió grandemente y me tuvo varias semanas postrado. Así pasó la tormenta, y me encontré navegando por aguas más tranquilas; en realidad, aunque resulte extraño decirlo, la ciudad misma parecía un lugar más sosegado. El barullo, el ruido, las idas y venidas de desconocidos, la eterna procesión de landós, carros de dos ruedas y carruajes de todas clases, todo eso dejó de apabullarme y se convirtió en parte integrante de mi vida. Debí de ser por entonces cuando el señor Scott observó por primera vez que, si la Casa de Fieras permanecía abierta mucho más tiempo, me convertiría en «un verdadero londinense», profecía que desde entonces ha repetido en diversas ocasiones.

Tengo mis dudas. Si ser un verdadero londinense consiste en considerar Londres como el verdadero hogar, la raíz del propio ser, dudo que alguna vez llegue a considerarme así. He nacido y me he criado en el campo, aunque ahora el campo, con sus prados y sus bosques, haya venido a ser como una tierra extraña, otras Indias, de radiante color pero extrañamente indistinta e incierta. ¿Cuándo oí por última vez el reclamo del cuclillo, flotando y desapareciendo entre las nieves de los espinos? ¿Cuándo oí por última vez, lleno de emoción y sollozando en la oscuridad, el canto del ruiseñor? Y, desde luego, si llegara a oírlo ahora, ¿estaría seguro de oír a un verdadero ruiseñor, y no a un hombre escondido entre unos matorrales?

Me digo a mí mismo que ésta es una gran ciudad, algunos afirman que es la más grande que el mundo ha conocido jamás; pero es un lugar difícil para vivir, a pesar de todo. Nunca me ha afectado tanto el frío como en Londres. Es decir, el invierno en que murió mi padre quizá fuese más frío; pero no daba esta sensación heladora; la razón es, en mi opinión, que el de Somersetshire es un frío seco, fino, que tonifica los sentidos y saca los vapores de la tierra, mientras que el de Londres es húmedo y crudo y cargado de infección. «Cebolla, su señoría, le ruego que pruebe esta cebolla cruda, señor; es una excelente envoltura contra el frío, e infaliblemente calentará cualquier cuerpo en un periquete.» «Ah, señora, mis más sentidas gracias», pero

cuando se trata de mantener calientes las extremidades, preferiría unos cuantos troncos de leña seca antes que una carretilla de cebollas. Pero aquí apenas hay leña. En cambio, la ciudad depende del carbón en polvo, que no es muy eficaz, que salta, crepita y chisporrotea, y además no siempre resulta fácil de encontrar porque todo el mundo quiere carbón en invierno, y no hay bastantes suministros. Escasos de combustible, el señor Scott y yo calentamos la Casa de Fieras quemando el estiércol de los animales. Las boñigas de *Jenny* parecen quemar mejor, y el olor no es nada desagradable; pero las estufas nunca dan suficiente calor, y los animales sufren. El oso, *Bruin*, tiene un pelaje grueso, y duerme bien; y la serpiente se enrosca y se vuelve piedra, mientras *Jenny*, envuelta en mantas que le cubren el lomo y el cuello, con manojos de paja atados en torno a las patas, permanece en pie y aguanta. El señor Scott ha dado a *Stephen* un capote viejo; le queda muy grande, hasta el punto de que su cabeza casi desaparece bajo el cuello de la prenda, pero debe proporcionarle algo de calor. Castañeteando ruidosamente los dientes, y atormentado por la tos, se acurruca en un rincón y se acaricia la mano atrofiada. Mientras, gime el león.

Hace dos inviernos se heló el río, de orilla a orilla, desde el puente Putney hasta Redriff, y el hielo era tan grueso que la gente instaló puestos para vender ginebra, pan de jengibre y otras mercancías. Se encendieron fuegos, y se asaron carneros y bueyes en espetones. Como las multitudes crecían, el señor Cross concibió la excelente idea comercial de exhibir al Devorador de Hombres en el hielo. Cargado en un carro de alquiler, lo condujeron a la orilla del río. Cuando los caballos sintieron que se les escurrían las pezuñas sobre la capa de hielo, les empezó a entrar el pánico, y a poco se habrían desbocado de no haber estado yo allí para calmarlos, porque al señor Scott no se le dan bien las caballerías. El león permaneció todo el día en el hielo, gruñendo de dolor y lamiéndose las garras, que se le habrían congelado, lo mismo que la saliva, si el señor Scott no hubiera acudido en su socorro. Volvió muy triste y abatido. Temo los inviernos. Pero la primavera y el principio del verano, cuando la brisa trae a la ciudad los olores del campo, me resultan aún más duros; entonces tengo la

impresión de que Londres, como el *Príncipe de Gales*, es una serpiente, y yo soy uno de los ratones que se ha tragado y que digiere a base de lentas convulsiones. Por mucho que forcejee, no hay escapatoria.

Capítulo 2

Si vivir aquí me resulta tan extraño, me pregunto, ¿cómo será para Jenny?

¿Jenny?

Cuando la miro ahora, parece la misma de siempre, tranquila, con su carácter bonachón, y cuando hablo con ella me contesta en su tono amable y candoroso de siempre. Pero no es, no puede ser bueno para ella vivir en una jaula tan reducida, que apenas mide veinte por quince pies, o que nunca vea el cielo ni sienta en el lomo el calor del sol. Tiene la piel muy seca, las articulaciones le duelen más que a mí el codo, el cerebro se le ha embotado hasta el punto del aletargamiento. ¡Cómo deseo poder conducirla a algún prado, donde pueda estirar sus miembros entumecidos; o a algún rincón del bosque, por donde pueda deambular y alimentarse con frescas hojas verdes! ¡Cuánto anhelo verla bañarse otra vez; observar cómo se mete bramando en un fresco río, o un lago, o una charca! No es posible. El río está a una distancia de menos de un cuarto de milla, pero ¿quién se bañaría en ese apestoso barril de peces, el desagüe de la ciudad, del cual incluso beber un sorbo sería mortal, o eso dice la gente? Sin embargo, aunque las aguas del río fueran claras como el cristal, no podría conducirla por la calle sin causar una conmoción, e incluso si pudiera llevarla por ahí sin que se organizara un tumulto, el señor Cross no me daría permiso. No, no es posible.

—No es posible —dice Jenny—. Tengo dueño. Soy propiedad del señor Cross. Estoy contenta, Tom.

—No creo que estés contenta. ¿Cómo puedes estar contenta?

—Hay sitios peores para vivir.

—¡Pero esto es una cárcel!

—Puede parecerlo, pero en mi cabeza no vivo en la cárcel. En mi cabeza soy bastante libre. Veo a la gente que viene a la Casa de Fieras, y

mientras me observan, yo los observo. Aspiro su olor, y me imagino la vida que llevan.

—Pero no puedes estar al aire libre. Como bien dices, no es posible. Ésa es la verdad.

—Es soportable, Tom. Estamos juntos. Me gustan mucho las historias que me cuentas, de ahí fuera. ¿Qué tal te fue anoche?

—Hizo frío —le digo—. Había viento del este. La gente caminaba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha, sin hablar.

—¿Cómo estaba el cielo? ¿Se veía la luna?

A veces me lo pregunta; le gusta que le hable de la luna.

—El cielo estaba claro —le contesto—, aunque había unas cuantas nubes negras. La luna estaba en cuarto menguante, pero aún era grande. Salió ligera por detrás de los edificios y tenía un intenso resplandor. Las nubes eran oscuras, pero la luna les blanqueaba los bordes. Como a las diez de la noche, alcé la vista y estaba envuelta en un halo luminoso.

—¿No es eso señal de mal tiempo?

—Eso dicen. Mi padre así lo creía.

Le cuento una historia sobre el patio de una taberna, en donde unos hombres gritan y jalean a dos enormes ratas patilludas que han obligado a pelear entre sí y ahora están enzarzadas, sin atreverse a abrir las mandíbulas mientras ruedan sobre las piedras; le hablo de la música que sale de una gran mansión en donde se celebra un baile, y de los barnizados carruajes que esperan fuera, atendidos por lacayos con librea, y de los caballos, que patean el suelo con los cascos; le describo un pequeño incendio, a cuya luz parpadeante un golfillo, descalzo y de no más de ocho o diez años, está en cuclillas sobre un niño envuelto en un montón de harapos.

—¿Dónde está su madre? ¿Por qué no se van a casa, en una noche así?

—No sé si tendrán casa, *Jenny*. Puede que estén perdidos.

—¿Y qué va a ser de ellos?

—No lo sé.

—¿Por qué no viven en la gran mansión, donde celebran el baile? —pregunta, mirándome con sus ojos inocentes.

—El mundo no es así. No es posible.

Lo que es posible y lo que no. Es posible que en una fría noche bellas damas y apuestos caballeros se deslicen sobre la pista del salón de baile; pero no es posible que, en la misma noche, un niño y un recién nacido, que tiritan de frío, encuentren refugio. Es posible que cierto elefante viva en una pequeña y oscura Casa de Fieras, y que sea capaz de hablar con su cuidador, igual que es posible que el sol exista para iluminar y calentar este mundo; pero no parece posible que al mismo elefante se le permita salir de la Casa de Fieras para sentir en el lomo el calor del sol. Durante el día le llevo heno y zanahorias, nabos y otras hortalizas del mercado. Le llevo golosinas, como pan de jengibre, azúcar y regaliz; y en ocasiones un barril de cerveza, que le encanta; le froto la piel, le quito las pulgas, le limpio el espacio entre los dedos. Por la noche la preparo para dormir, y dos veces al año, en primavera y otoño, permite que le dé una purga suave, para limpiarle las impurezas de la digestión. Y sin embargo me pregunto: ¿quién cuida a quién? ¿Soy yo quien la cuida a ella, o ella quien me cuida a mí?

—Nos cuidamos el uno al otro, Tom —me asegura—. Nos cuidamos mutuamente. Es soportable.

Si supiéramos cuánto tiempo más pasaríamos en la ciudad, sería más soportable. Si supiéramos que dentro de un año nos iríamos a York, o a Southampton, sería más soportable, y aún más si supiéramos que la Casa de Fieras tendría que cerrar, que nos venderían, aunque nos vendieran a un sitio donde viviéramos en peores condiciones que aquí.

Lo que es tan difícil de soportar es la perspectiva de que no haya perspectiva, de vivir aquí para siempre y morir aquí, como la jirafa. ¡Ay, la pobre jirafa! Cuánto me acuerdo de aquel día de agosto, de calor bochornoso, con sus densos enjambres de moscas, cuando parecía incapaz de mantenerse en pie y se tambaleaba sobre las trémulas patas. El señor Scott y yo intentamos sujetarla, él a un lado, yo a otro, con los brazos levantados; y por un momento pareció que lo conseguíamos. Luego cedieron sus articulaciones y cayó con estrépito sobre el polvo. ¿Qué pensaría, en esos últimos momentos, cuando sus ojos se apagaban y su vida se consumía? ¿Se daba cuenta de lo que

estaba pasando? ¿Sabían los demás animales que vieron a la jirafa muerta mientras la arrastraban frente a sus jaulas..., eran conscientes de lo que había ocurrido? Dicen que, aparte de los seres humanos, las únicas criaturas que tienen cierta premonición de la muerte son los elefantes. En realidad, dicen que, en las Indias, los elefantes tienen sus propios lugares de enterramiento, arboledas sagradas sembradas con los huesos blanqueados de sus parientes muertos; pero ésa puede ser otra historia. Nunca se lo he preguntado a *Jenny*. Tampoco le he preguntado nunca lo que le parecen los cargamentos de huesos de caballo que el señor Scott y yo traemos en carro dos veces a la semana y que yo meto en sacos con una pala y almaceno en la parte de atrás de la Casa de Fieras. Puede que sepa que son huesos, que una vez se juntaron con otros huesos para formar el armazón de criaturas de piel suave y sangre caliente, y tendones y venas, y corazones palpitantes, y quetales criaturas respiraban, se alimentaban, dormían, se despertaban, caminaban, trotaban, brincaban, galopaban y saltaban sobre setos y zanjas en mañanas llenas de sol. Y puede que no lo sepa; o tal vez prefiera no saberlo. Mejor no preguntar.

Poco después de la muerte de la jirafa empecé a inquietarme por el futuro de *Jenny*; en realidad, cuando me quedaba despierto por la noche, escuchando sus largos y estruendosos ronquidos, apenas podía pensar en otra cosa. En un momento dado, me la imaginaba cayendo de rodillas, derrumbándose hacia un lado, y muriendo como la jirafa; al siguiente, yo mismo había muerto y ella se quedaba sola, perdida y sin amigos, una versión empequeñecida de su verdadero ser. Esa perspectiva era aún peor, porque quedaría a merced del mundo brutal de esos seres humanos que creen que los animales no tienen capacidad ni de razonar ni de sentir, y pueden por tanto ser tratados como objetos. Pero había otra posibilidad mucho más halagüeña, que la comprara algún caballero adinerado con una gran propiedad, otro lord Bidborough, a cuyo generoso cuidado *Jenny* disfrutaría de una verdadera libertad. ¿Qué caballero, Tom? ¿Es verosímil? ¿Cuántos caballeros pueden permitirse los enormes gastos de un elefante?

No tuve respuesta a esas preguntas hasta una noche en que una voz tranquila me susurró, como en sueños: «Vamos, Tom, despiértate: ¿te

has olvidado del pequeño Joshua, el hijo del señor Harrington, y de cuánto quería a los elefantes? Ya debe de ser un hombre hecho y derecho, y si su padre ha muerto, como es muy posible, y ahora está a cargo de Harrington Hall, pues entonces, seguro que...». Y, en un momento, mi imaginación, dando un salto hacia delante, me aseguré que ya había comprado la elefanta, y que acabábamos de encontrar el medio de escapar de la Casa de Fieras, y de Londres. Nuestra historia, que parecía haberse detenido, volvía a empezar. Viviríamos otra vez en Harrington Hall, donde habíamos sido tan felices, y todo iría bien.

De modo que empecé a redactar una carta.

Al señor Joshua Harrington, caballero.

Señor: recordará que, hace muchos años – Señor: hace muchos años – Señor: quizá recuerde que, hace más de veinte años, su padre poseyó una pareja de jóvenes elefantes cuyo cuidador era yo – Señor: hace más de veinte años tuve el honor de servir a su padre, el señor John Harrington, como cuidador de elefantes. Quizá pueda interesarle saber que uno de dichos elefantes sigue vivo, la hembra – que uno de tales elefantes, la hembra, sigue con vida, aunque su situación actual en una Casa de Fieras de Londres – en una maloliente Casa de Fieras, dista mucho de ser ideal y suscita la compasión de todo aquel que la ve — pero eso no es verdad— en una maloliente Casa de Fieras, expuesta a la mirada pública, dista mucho de ser ideal para criatura tan noble e inteligente, y...

¿Y qué? Algo me detuvo..., el recuerdo de la carta de lord Luttershall, el temor de que, si enviaba tal epístola, la respuesta, si de hecho la recibía, sería otro bofetón en la cara.

Estimado señor Page: lamento informarle de que el señor Joshua Harrington se ahogó en el mar, hace cinco años. Estimado señor Page: lamento informarle de que Harrington Hall es ahora propiedad de Lord y Lady B... Estimado señor Page: lamento informarle de que el señor Joshua Harrington, aun recordando bien al elefante, no estaría interesado en su adquisición. Estimado señor Page: le escribo en nombre del señor Harrington, que en la actualidad se encuentra en Barbados...

Había una docena de respuestas más verosímiles que la que yo pretendía.

Por consiguiente intenté suprimir la idea, llegué a descartarla, en realidad, aunque permaneció en mi mente como una pequeña porción de esperanza que de cuando en cuando sacaba del aparador para darle un mordisquito, como un ratón a un trozo de queso. Así siguieron las cosas hasta el verano pasado, cuando el señor Cross decidió que, a fin de estimular los ingresos de la Casa de Fieras, debía organizarse un combate entre el oso y el león. El combate se celebró el primero de mayo, a las diez de la noche, con licencia especial de las autoridades. En las semanas previas, el señor Cross se había encargado de enseñar al oso a fingir su muerte. Alentado por el provechoso ejercicio del látigo sobre su hocico, *Bruin* aprendió pronto esa sencilla lección, y a la primera señal perdía el equilibrio, caía al suelo y permanecía inmóvil, de espaldas, con los ojos cerrados, pues el señor Cross pretendía que, al cabo de unos minutos de lucha, el león ganara el combate y se proclamara vencedor. Al señor Scott y a mí nos encargaron pegar carteles por toda la ciudad, a fin de dar publicidad al acontecimiento; y mientras estábamos en ello, recuerdo que dije al señor Scott que temía que el combate acabara de mala manera, con lo cual quería decir que uno de los animales terminara herido.

—¿Acabar? —repuso él—. Por mi parte, me llevaría una buena sorpresa si llegara a empezar siquiera.

Según resultó, su predicción se demostró acertada. Una muchedumbre de más de cien hombres de rostro enrojecido, muchos de los cuales parecían estar borrachos, y todos haciendo apuestas sobre el oso o el león, entraron en tropel en la Casa de Fieras a la hora señalada. Una vez encendidas las antorchas, se condujo a los dos animales a la misma jaula, y allí permanecieron en calma (el señor Scott junto al oso, yo al lado del león), mientras el señor Cross procedía a presentarlos a los espectadores y los comparaba con los héroes de la Antigüedad. Proclamó que el oso era nada menos que Héctor, y el león, Aquiles; pero de su discurso poco se oía por encima de los gritos de la multitud, y pronto se echó a un lado. El combate tendría que haber empezado entonces; lamentablemente, ambos combatientes estaban tan atemorizados por el ruido y las antorchas, que ninguno estaba dispuesto a cumplir con su parte. A un lado de la jaula estaba el

pequeño oso, la cabeza baja, la mente en un estado de absoluta confusión, mientras al otro el Devorador de Hombres se había hecho un ovillo en el suelo, donde lo había pegado el engrudo del miedo. Me puse a horcajadas sobre su cuerpo e intenté ponerlo en pie, pero en cuanto lo conseguí, volvió a derrumbarse; en vista de lo cual el señor Cross, inquieto por el creciente mal humor de la multitud, me apartó de un empujón y cogió una antorcha con intención de asustar al Devorador de Hombres e inducirlo a la lucha. Sólo consiguió prender fuego a la cola del pobre animal, que, dando un frenético aullido, se lanzó a correr por la jaula, en donde el oso había decidido hacerse el muerto y ya estaba tendido de espaldas con los ojos cerrados. La mayoría de aquellos hombres se echó a reír, mofándose tanto del señor Cross como de los animales. Me daba pena el Devorador de Hombres, y pronto lo conduje de vuelta a su cubil, donde se acostó sufriendo en la oscuridad, con el rabo aún humeante.

Aquel espectáculo me resultó tan repugnante y me llenó de tal indignación que volví a albergar ideas sobre Harrington Hall, aunque la aversión a escribir una carta persistía con más fuerza que nunca. Una tarde de finales de verano, cuando el señor Scott y yo estábamos tomando el té, le pedí que me aconsejara.

—¿Cuántos años tendrá el tal Joshua Harrington?

—Unos treinta, pero es muy posible que se encuentre en el extranjero, o que haya muerto. O que su padre siga con vida.

—¿Y no hay nadie más en ese pueblo...?, ¿cómo se llama?

—Thornhill.

—¿No hay nadie más en Thornhill que pueda darte alguna información?

—Nadie. Pero es una fantasía. El señor Cross nunca vendería la elefanta.

—¿El viejo Gilbert? Ése vendería cualquier cosa si el precio fuese lo bastante alto. Tom, si yo estuviera en tu lugar, escribiría esa carta. O me presentaría en persona.

—¿Iría usted personalmente?

El señor Scott sopesó la cuestión.

—Creo que sí. Él podría tirar la carta sin pensarlo dos veces, pero

viéndote la cara, después de tantos años, seguro que se le ablanda el corazón. ¿No te parece? Bueno, ¿cuánto tiempo te llevaría llegar allí? ¿Dos días?

—Dos o tres días. Y lo mismo para volver.

—Bueno, cinco días en total, entonces. Yo me encargaré de cuidar a la *Emperatriz*. Estará perfectamente.

Se llevó a los labios el platillo de té.

—¿No crees que me echará de menos?

—¿Echarte de menos? Se pondrá un poco mustia, desde luego. Pero estará bien. Yo la cuidaré. Dormiré aquí.

Sin embargo, yo no estaba muy convencido. Dejar a *Jenny* durante cinco o seis largos días con sus noches, cuando ni una sola vez la había abandonado ni de noche ni de día, no iba a resultar fácil. Seguro que me echaría de menos; de hecho, ya me parecía verla erguida en la oscuridad, acechando mi vuelta. Además, otro temor me asaltaba, un temor que había ido creciendo desde el combate entre el oso y el león: que la Casa de Fieras se prendiera fuego de algún modo y los animales se quemaran vivos. En la ciudad se producen muchos incendios en las casas, sobre todo en invierno, a veces porque la gente no limpia la chimenea como debería, o por otros motivos. Recuerdo que, en mi primer año en Londres, una mansión de Holborn quedó arrasada hasta los cimientos después de que una sirvienta se quedara dormida sobre una vela.

A pesar de todo, me inclinaba a marcharme. En primer lugar, porque pensé que podría saber algo de mi hermano, del cual, para mi pesar, no tenía noticias desde hacía quince años. En una carta escrita no mucho antes de que muriera, pero que he perdido no sé cómo, mi querida madre decía que otro marino, el capitán Fitzpatrick, que había estado con Jim cerca de la Cochinchina, en las Indias, le había dicho que mi hermano había vivido toda clase de aventuras, desde haber naufragado y ser perseguido por caníbales, hasta acabar capturado por piratas; pero, habiendo sobrevivido a tales calamidades, se encontraba en buena posición para hacer fortuna. Otra historia de viajeros de dudoso valor, pensé. Pues por lo que yo sabía, Jim estaba aquí, en Londres; la ciudad está plagada de antiguos marineros, podríamos

haber estado en la misma taberna, bebido en la misma jarra, gozado de las mismas putas. Sin embargo, me decía a mí mismo, también era posible que se hubiera vuelto a vivir a Thornhill.

—¿Cinco días? —preguntó *Jenny*.

—Estarás segura con el señor Scott.

—¿Y por la noche?

—Dormiré aquí, con todos vosotros. Estarás bien.

Guardó silencio, balanceando despacio la trompa, haciendo y deshaciendo signos de interrogación.

—No se trata del señor Scott —dijo.

—¿De qué, entonces? ¡No quieres que me vaya!

—Carezco de opinión.

—No..., lo sé..., no quieres que me vaya.

Hubo una larga pausa durante la cual se dirigió al fondo de la jaula y se restregó los cuartos traseros con el retrato del príncipe indio.

—Tom, ¿qué te imaginas que vas a encontrar cuando llegues a Thornhill?

—¿Qué me imagino? No me imagino nada.

—¿Qué esperas encontrar?

—Quiero averiguar si Joshua está ahora a cargo de la propiedad y, en ese caso, si estaría dispuesto a comprarte al señor Cross. Y quizá recabar alguna información sobre Jim. Eso es todo.

Me miró a la cara con franqueza.

—¿No esperas encontrar a Lizzy Tindall?

—¿Lizzy Tindall?

Era cierto que en alguna parte de mi imagen de Thornhill me parecía ver la pequeña casa donde habían vivido los Tindall, y donde, sólo Dios sabía, podría seguir viviendo ella. No obstante, el hecho de que *Jenny* me hubiera adivinado el secreto, que yo creía tener a buen recaudo, me sacaba bastante de quicio.

—No tengo especial intención de encontrarme con ella, te lo aseguro.

Parpadeó lentamente, pero no dijo nada, como si dudara de mis palabras. Empecé a rebelarme.

—Si da la casualidad de que nos encontramos, ¿qué mal habrá en

eso? ¿Por qué no deberíamos vernos? ¡Jenny! ¿Qué razón hay?

—No hay ninguna razón.

—Entonces, ¿por qué preguntas? ¿Es que estás celosa?

—¿Celosa? —Sacudió la cabeza—. No soy más que un animal sin mucha lógica.

¡Un animal sin mucha lógica, ésa sí que era buena! La miré fijamente, y, de haber sido humana, creo que se habría ruborizado.

—¡Vaya, Jenny, lo cierto es que estás celosa!

—Lo cierto es —replicó acaloradamente— que no quiero que te hagan daño. Pero yo no soy más que una elefanta.

Ésa era, como ella bien sabía, la frase exacta que Lizzy había pronunciado una vez, y que me molestó tanto que la abandoné sin decir palabra. Me ocupé en llenar el bebedero del león y en barrer el estiércol. No se movió, ni siquiera cuando la escoba le rozó los bigotes. Bien, señor, le dije, aconséjeme. Jenny dice, o piensa, que no debo volver a Thornhill, pues sostiene que podría encontrarme con Lizzy Tindall, pero eso es desviar la atención; no se trata de eso, pues lo principal es reunirme con Joshua Harrington para escapar de la actual situación. Bueno, señor, ¿cuál es su considerada opinión? El león bostezó y volvió a bostezar, revelando cuatro muñones rojizos en sus mandíbulas. Estoy muy cansado, parecía decir, déjame en paz. Me duele el rabo, me duelen los huesos. Necesito dormir.

Durante las siguientes semanas, Jenny transmitió la mayor parte de sus afectos al señor Scott. Siempre que lo veía, al menos si yo estaba mirando, barritaba con placer y se precipitaba hacia él.

—La *Emperatriz* está de buen humor —observó él—. No sé qué le pasa últimamente. Oye..., para ya, ¿quieres?..., vale, vale ya —porque le estaba soplando aire caliente por una oreja.

A mí, en cambio, me trataba con frialdad y cortesía. Hacía como que no me oía, y cuando alcanzaba a oírme fingía que no me entendía.

—¿Qué es lo que pasa, Jenny? —le dije al fin.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Por qué te comportas de ese modo?

—Disculpa, ¿cómo dices?

Repetí la pregunta.

—Tú con el señor Scott. No estoy completamente ciego. ¿Qué es lo que pretendes?

—No pretendo nada. —Tenía una expresión de extraordinaria inocencia, aunque su tono rebosaba arrogancia—. Da la casualidad de que me gusta la compañía del señor Scott.

—En efecto, ya me he dado cuenta, lo dejas muy claro.

—Vaya —exclamó agitando las orejas, llena de consternación—, ¿es que no puedo hablar con el señor Scott? Lo siento, no lo sabía.

—Eso es una estupidez, como sabes perfectamente. Tú no puedes hablar con el señor Scott, y el señor Scott no puede hablar contigo.

—¿Por qué?

—¡Porque no puede! —exclamé con impaciencia—. ¡Jenny!

—Lo siento, Tom. Creí que habías terminado. ¿Qué dices?

—Estás haciendo el ridículo. Y todo para impedir que vaya a Thornhill. Lo entiendo, está muy claro. Estás celosa de Lizzy Tindall.

—Ni lo más mínimo, Tom —dijo con toda naturalidad—. No me opongo en absoluto a que vuelvas a Thornhill y me dejes con el señor Scott. Es un hombre de múltiples y excelentes cualidades, tal como tú mismo has dicho. Nos vamos a llevar muy bien, estoy segura. Le enseñaré a hablar conmigo.

—¡Ah, pero qué absurdo es todo esto! —exclamé—. Sí, me voy a Thornhill, aunque no para ver a Lizzy Tindall, sino con la esperanza de que salgamos de este húmedo pozo de los horrores, infestado de pulgas. ¿O te gustaría quedarte aquí para siempre?

—No soy más que una elefanta —repitió—. No me corresponde decidir a mí. Quédate fuera todo el tiempo que quieras. Yo estaré contenta aquí, con el señor Scott de cuidador.

¡Vaya, eso sí que era una provocación! ¡En su propósito de que no me apartara de su lado, estaba resuelta a ponerme celoso del señor Scott!

Nuestra disputa prosiguió durante más tiempo del que quiero recordar, a lo largo del otoño y hasta ya entrado el invierno. Unas veces me enfadaba con ella; otras, conmigo mismo, por dejar que me influyera su comportamiento femenino, que parecía más humano que

elefantino. Dije para mis adentros: ¿voy a comportarme de manera tan poco razonable, cuando se trata de nuestra única esperanza de escapar? *Jenny* no lo entiende; lo único que considera son los cinco días que estaré fuera, y su miedo infundado a que no vuelva; es incapaz de ver, o se niega a ver, la oscuridad que nos aguarda si no escapamos de la Casa de Fieras. Era verdad, yo sabía, o creía saber, que había cierto riesgo en lo que me proponía; pero en el riesgo estaba la esperanza misma, el pequeño trozo de queso que me gustaba mordisquear. No obstante, en algún momento tendría que poner a prueba esa esperanza, para descubrir si merecía la pena; y ya que las cosas estaban así, cuanto antes lo hiciera, mejor. Con retrasarlo no ganaría nada: mejor saber la verdad ahora mismo, antes que alimentarse de una falsedad.

Capítulo 3

Fue un oscuro día de febrero cuando, con el ánimo lleno de presentimientos, cogí finalmente la diligencia de Bath. El paso de cada monótona milla, con el traqueteo alejándome cada vez más de *Jenny*, me daba la impresión de que el hilo que nos mantenía unidos se iba estirando, haciéndose cada vez más fino hasta que estuviera a punto de romperse, y cuando la diligencia se detuvo frente al castillo de Marlborough casi estaba decidido a volver de inmediato. Me reproché mi cobardía: habiendo llegado tan lejos, me dije a mí mismo, debo seguir adelante por el bien de *Jenny*. Sin embargo, decidí acortar el viaje al máximo; en realidad, había prometido solemnemente tanto a *Jenny* como al señor Scott que el sábado estaría de vuelta en Londres, es decir, no al cabo de cinco, sino de cuatro días (aunque el señor Scott había insistido en que me quedara más tiempo, en caso necesario).

Una vez en Bath, por lo tanto, no me entretuve un solo instante, sino que inmediatamente proseguí el viaje a pie, aunque la jornada ya estaba bastante avanzada. Tras subir a la cumbre de la colina que domina la ciudad, pregunté a un hombre que estaba a la puerta de un establecimiento, la posada del Oso, si la carretera que tenía delante era la que llevaba a Wells (porque sabía que, en las cercanías de Wells, podría encontrar fácilmente el camino a Glastonbury y de ahí a Thornhill). Me contestó que había dos carreteras que iban en esa dirección, y cualquiera me serviría; pero, añadió, al cabo de unas seis millas llegaría a una encrucijada, y allí tendría que asegurarme de tomar la desviación de la derecha, de otro modo equivocaría completamente el camino. Le di las gracias y tomé la carretera, que me condujo a una amplia llanura elevada donde no había más que matorrales y unas cuantas vallas de piedra. Como hacía tantos años que no me encontraba en un país tan agreste, y sin *Jenny* a mi lado, me pregunté si no habría sido más sensato pasar la noche en la posada del

Oso, sobre todo cuando imaginé la posibilidad de que hubiera salteadores de caminos, cortabolsas y otros rufianes; además, pese a lo que me había dicho aquel hombre, empezaba a dudar de que me encontrara en la carretera que me convenía; había algo en su semblante que denotaba falta de convicción. Mientras las sombras caían precipitadamente, la duda fue creciendo, porque no había luna y no veía bien el camino, y aunque estuve atento para localizar la intersección que me habían mencionado, no la encontré. La carretera parecía torcer demasiado hacia el sur, mientras que yo debía avanzar hacia el oeste, y cuando se adentró en un bosque oscuro, la confianza me abandonó. Seguí a pesar de ello, y más adelante distinguí vagamente la forma de un mojón, y al tantear su musgosa superficie, mis dedos parecieron dibujar las letras WELLS XVIII, lo que me dio ánimos. A partir de entonces, fui buscando los mojones, contando los pasos.

Mi intención había sido caminar toda la noche, porque cuanto antes llegara a Thornhill, antes podría volver con *Jenny*. Avancé bastante, aunque hacia el final de la noche se puso a llover y me empezaron a doler las piernas, y, como la distancia entre mojones parecía hacerse cada vez mayor, me permití el lujo de descansar al abrigo de un viejo cobertizo de piedra, donde me puse cómodo y encendí la pipa. Llevaba una hogaza de pan y comí un poco, guardando el resto para el viaje de vuelta. Mientras me guarecía en el cobertizo oí voces y dos o tres hombres pasaron muy cerca a caballo pero sin verme, para mi gran alivio. Al rayar el día me encontré en las cercanías de Wells, y al cabo de una hora del feliz hallazgo de una carretera conveniente, me topé con un corral que reconocí, y entonces supe que me encontraba en mi tierra natal. Apresuré el paso y finalmente me detuve en lo alto de la colina que domina Gillerton.

A lo lejos se distinguía la forma grisácea de Harrington Hall y, algo más cerca, las pequeñas casas de Thornhill agrupadas en torno a la torre de la iglesia, así como los amados bosques y campos y lagunas que obsesionaban mi imaginación desde hacía tanto tiempo. Había dejado de llover, y bajo el cielo gris del amanecer cientos de grajos y cuervos volaban en largas líneas rectas, que las corrientes del viento

desordenaban; y al acercarse, profiriendo sus familiares gritos y graznidos..., ¡ah, qué recibimiento tan agradable y cordial era aquél, o debiera haber sido! Sin embargo, ante la idea de entrar en el pueblo, de encontrarme con alguien que me conociera, me invadió una indescriptible aprensión, que me produjo náuseas en la boca del estómago. Y muy pronto, mientras iba por el serpenteante y hundido camino de carretas que baja de la colina, me encontré con un pastor, un muchacho que, apoyado en su cayado, se puso a examinarme detenidamente. Hice acopio de mis reservas de valor, me alejé de la colina y avancé hacia Gillerton, acometiendo el sendero de Thornhill. Centenares de veces, y sin temor alguno, había hollado esa misma senda, ¿por qué, entonces, me pesaban tanto los pies? ¿Por qué tenía la impresión de que me encaminaba hacia la muerte?

Al entrar en el pueblo, dos niños descalzos intentaban atrapar una gallina que se había escapado a la calle, mientras una chica, con un blusón oscuro, se inclinaba sobre el pozo. Las piernas me impulsaron a seguir adelante; vi una anciana encorvada que iba arrastrando los pies con un haz de leña a la espalda y al instante supe que era la señora Perry, aunque apenas podía creer que la vieja bruja viviera todavía. No reconocí a nadie más; tampoco mostró nadie señal alguna de reconocerme, aunque no dejaban de observarme. Aquí soy ahora un forastero, pensé, soy un extraño, aunque no lo sea en realidad. El pueblo parecía haber cambiado, pero no podía decir de qué modo. Quizá siga siendo el mismo, puede que sólo yo haya cambiado, dije para mis adentros, aunque no estaba seguro.

Harrington Hall, al menos, se parecía mucho a lo que yo recordaba, y esperé en los jardines con la espalda apoyada en un árbol para ver si alguien salía de la mansión. En mi cabeza me contaba la historia de que Joshua venía a caballo hacia mí mientras yo salía de mi escondite para saludarlo, momento en el cual él se detenía y yo me daba a conocer, y ensayaba las palabras que diría. Pasaron unas dos horas, durante las cuales una reducida manada de ciervos manchados se puso a pastar cerca de mí y un picamaderos verde soltó una fuerte carcajada mientras pasaba volando, pero nadie salió de la mansión. Al fin oí el ruido de un hacha y al encaminarme en aquella dirección, me

encontré con un anciano de pelo blanco y dos niños de unos diez años que estaban bajo el mismo olmo al que, mucho tiempo atrás, había encadenado a *Timothy* en sus días de purulencia. Estaban partiendo una rama gigantesca, arrancada por algún temporal. El anciano era el señor Judge, que una vez había sido jefe de jardineros de Harrington Hall. Me acerqué y le pregunté si podía darme cierta información sobre la mansión, pero estaba sordo y hube de repetir varias veces la pregunta antes de que me entendiera. Apoyándose en el mango del hacha y frunciendo el ceño, me preguntó qué era lo que quería saber, y yo le dije que quién era el dueño actual de la propiedad, a quién pertenecía ahora, a lo que él contestó que el dueño era el señor Harrington, caballero.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿No me reconoce, señor Judge?

Bajo el pelo blanco, tenía el rostro muy enrojecido, con manchas oscuras.

—No; ¿debería conocerte?

Cuando le dije mi nombre, trastabilló.

—¿Tom Page? ¿Tom Page? ¿El hijo de Timothy Page, el mozo de cuadra?

—El mismo.

—¡Maldi... sea mi estampa! —Me observó detenidamente, con recelo en sus ojos legañosos—. ¡Tú eras el chico de los elefantes!

—El mismo, sí.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué sorpresa! —Se volvió hacia los niños—. ¿Sabíais eso? Una vez hubo elefantes aquí, en Harrington Hall. ¡Dos elefantes! ¡Unos monstruos!

Alzó la mano para mostrar lo grandes que eran los elefantes. Los niños miraron a la copa del olmo.

—Sí, abuelo —contestó uno de ellos con voz aflautada; no obstante, su hermano y él intercambiaron una furtiva y burlona mirada con la que afirmaban, tan claro como el agua, que no le creían.

—Es cierto —les aseguré—. Sigo cuidando de uno de los elefantes, en Londres.

El señor Judge emitió un gruñido.

—En cualquier parte mejor que aquí, como posiblemente hayas oído.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El amo! ¡El caballero!

—¿El señor Harrington?

—¡Maltratando a la gente pobre!

Con una voz llena de indignación, el señor Judge me contó cómo habían bajado los salarios mientras subían los precios y el alquiler, y a nadie se le permitía recoger leña, ni siquiera en invierno, ni llevar cerdos o vacas a los prados comunes, pese a haber tenido derecho a hacerlo desde los tiempos de Matusalén.

—¡Tenemos derecho a pastar en los prados! —exclamó con furia—. ¡Es un derecho inglés! Nadie cría vacas ya, porque no hay sitio adonde llevarlas a pastar.

—¿Y qué hace la gente para conseguir leche? —le pregunté.

—¿Leche? ¡Nadie bebe leche! ¡Nadie! A menos que la compren, pero al precio que está... —Con la cara aún más enrojecida, dio una patada al hacha—. ¡Lo mismo con la mantequilla! ¡Y el queso! ¡Y la carne! ¡Cree que somos caballos, piensa que deberíamos vivir a base de avena y agua! ¡Es un tirano!

—¿Se trata del señor Joshua Harrington, o de su padre, John Harrington?

—¿El padre? Murió. No, el hijo, de la peor suerte, el hijo. No lo reconocerías. Nos trata como a esclavos.

—Me acuerdo de él, señor Judge, me acuerdo bien.

Farfulló una maldición.

—Calculo que hay más miseria aquí que en cualquier otro pueblo de toda Inglaterra.

No recuerdo con mucha claridad el resto de la conversación, estaba tan abrumado..., ¿cómo era posible que Joshua, de niño tan encantador, se hubiera convertido de adulto en un tirano? ¿En qué momento había ocurrido esa desgracia? Al volver al pueblo, fui al patio de la iglesia a visitar la tumba de mi padre, y me encontré con que se había erigido una gran lápida en su memoria, y también en la de mi madre, que descansaba en la misma tumba desde hacía siete

años. La lápida sólo podía haberla erigido Jim, y eso incrementó mis esperanzas de que viviera ahora en el pueblo; y, así, me dirigí a la vieja casa donde habíamos nacido los dos. En Londres siempre me había imaginado aquella escena, pero en primavera y verano, no como ahora, en los días mortecinos del invierno, con la techumbre de juncos mohosa y podrida. Un chivo de barba blanca y recia alzó la cabeza y fijó en mí su frenética mirada.

Una niña pequeña abrió la puerta, y llamó a su madre, que apareció de inmediato. Era una mujer de unos treinta y cinco años, de rostro fatigado y nariz enrojecida.

—¡Ah, pero si es Tom Page! —exclamó, limpiándose las manos mojadas en el delantal—. Annie, corre a buscar a tu padre y dile que está aquí Tom Page, el que cuidaba de los elefantes!

Resultó que se llamaba Margaret Edwards, pero yo la había conocido de niño con el nombre de Margaret Porter, la hija de Robert Porter, el carretero de Thornhill.

Me invitó a entrar en la casa, que parecía venida a menos; sólo había unos cuantos muebles y hacía mucho frío, sin señales de fuego en parte alguna. A su invitación, me senté en un taburete, que cojeaba sobre el suelo desigual. Apenas podía creer dónde estaba.

—¿No viviste aquí alguna vez? —preguntó Margaret.

—Sí, en efecto.

—Siento que no haya fuego... ¿Qué ha pasado con los elefantes? — Cuando le dije que uno de ellos seguía vivo, en Londres, una amplia sonrisa marcó la expresión de su rostro, y exclamó—: ¡Después de tanto tiempo! ¡Ah, cuánto me alegro!

—Bueno, estos animales son de larga vida.

Mientras hablábamos, su marido entró en la habitación. Bizco, bajo y fornido, John Edwards era unos años más joven que ella y no se acordaba de los elefantes, aunque sí recordaba que le habían contado cosas acerca de ellos. Parecía interesado principalmente en la cuestión de si Londres era de hecho un antro de vicio y degeneración, tal como decía la gente, con docenas de busconas y rameras en cada esquina. Cuando le informé de que había efectivamente busconas y rameras — devolviéndole la frase sin modificarla—, emitió una tenue risita

libidinosa.

—¡Lo sabía! ¡Je! ¡Je! ¿Y cómo son? —Le contesté que tales mujeres eran probablemente las mismas en todo el mundo. Se inclinó hacia delante con ávida expresión, mirándome fijamente con el ojo bizco—. A veces se las conoce como puntos, ¿no? Por los coches de punto, que son de servicio público. ¡Je, je! ¿A cuánto salen?

—A unos seis peniques, normalmente.

—¡Seis peniques! —exclamó, dándose palmadas en la pierna con aire campechano, mientras Margaret se limitaba a sonreír. La niña estaba en cuclillas, mirándonos fijamente.

Al fin me preguntaron qué me había llevado a Thornhill, y como me sentía reacio a divulgar mi propósito principal por temor a hacer el ridículo, mencioné a Jim; pero últimamente no habían sabido nada de él, aunque recordaban que había pasado algún tiempo en el pueblo después de la muerte de mi madre.

—¿No era capitán de algún barco? —preguntó John. Dije que no lo sabía—. Ah, pues lo era..., el nombre del barco..., ¿cómo se llamaba?

—El *Fortune* —dijo Margaret.

—¡Eso..., el *Fortune*! ¡Registrado en Bristol!

—El *Fortune* es uno de los barcos del señor Harrington —informó Margaret—. El capitán era tu hermano. Y puede que lo siga siendo. Iba muy bien vestido.

Hablaba de él en términos muy respetuosos, como si se hubiera convertido en un caballero. Confieso que ese comentario me dolió extrañamente. Enterarte de que el hermano que yo conocía, o creía conocer, que no sabía leer ni escribir y sufría de tales jaquecas que apenas podía salir de casa dos o tres días seguidos, estaba ahora exclusivamente a cargo de un gran buque y de su tripulación, a cuyos miembros impartiría órdenes que serían obedecidas de inmediato, y de que ese buque, sin duda, estaría navegando por el mundo entero, era algo completamente inesperado. Se trataba de mi único pariente vivo, y siempre había contado con reunirme con él en algún momento de la vida y renovar nuestra amistad; porque, desde luego, habíamos sido amigos además de hermanos. Pero ahora, como capitán del *Fortune*, me parecía un extraño, y me pregunté qué me diría si el

destino volvía a reunirnos.

También pregunté a John y Margaret por el señor Harrington, y sobre eso tenían mucho que decir, pues ambos venían a confirmar en gran medida la información del señor Judge. Al parecer, poco después de la muerte de su padre, Joshua Harrington cayó bajo la influencia de nuevas ideas en materia de agricultura que lo indujeron a cercar las tierras comunes con el pretexto de mejorarlas; no obstante, aquello tuvo el efecto de privar a mucha gente de gran parte de sus medios de subsistencia. Los que tenían un comercio apenas eran capaces de llegar a fin de mes, mientras que aquellos que no lo tenían, es decir, casi todos los vecinos, se vieron desprovistos de tierras adonde llevar a pastar sus vacas, cerdos u ovejas, tal como habían venido haciendo hasta entonces; tampoco se les permitía recoger leña ni broza, ni siquiera espigar después de la cosecha. Sugerí que el señor Harrington quizá no comprendiera el sufrimiento que sus mejoras habían causado; ante lo cual dijo Margaret con amargura:

—Ah, lo entiende perfectamente, pero no tiene corazón. Si se le abriera el pecho, se encontraría un agujero en el sitio donde debería tenerlo.

Cuando asimilé esas palabras, comprendí que carecía de sentido presentarme ante el señor Harrington, y que mis esperanzas eran vanas. Antes de despedirme de John y Margaret, sin embargo, pregunté tímidamente por Lizzy Tindall.

—¿Lizzy Tindall? —repitió John—. ¿Y quién puede ser ésa?

—Vaya, qué tonto eres, se refiere a la hija de Anne —dijo Margaret—, sólo que ya no se llama Lizzy Tindall, ahora es la pobre señora Shadwick.

—¿Shadwick?

—Ahora vive en Gillerton. Estoy segura de que le gustará verte.

Aquél fue otro golpe, y más duro, para el que, lo confieso, no estaba preparado. ¡Dick Shadwick! Los recuerdos de todas las vejaciones que Jenny y yo habíamos padecido por obra suya irrumpieron en mi memoria.

En cuanto pude, les di las gracias y me marché. Ahora mi camino pasaba por Gillerton, y aunque no tenía deseo alguno de volver a ver a

Dick, porque no habría cambiado, y de eso estaba seguro dado que su carácter era inmutable, mantenía una fuerte curiosidad con respecto a Lizzy. Si tan sólo pudiese ponerle los ojos encima por un momento, o intercambiar unas breves palabras con ella, pensé, me quedaría satisfecho para el resto de mi vida.

Una mujer a la que pedí indicaciones, murmuró:

—No eres su marido, ¿eh? —Cuando le contesté que no, que era simplemente un antiguo conocido, me dijo—: Si no está en casa, la encontrarás en el trabajo, lo más probable.

Me pregunté si se referiría a Harrington Hall, imaginándome que Lizzy debía seguir trabajando allí, pero la mujer señaló a lo lejos, más allá de los campos, hacia un bosquecillo de avellanos.

En los días de mi juventud, un sendero llevaba directamente de los prados al bosque; ahora, un seto vivo cortaba el paso. Me abrí camino entre sus espinas y crucé la siguiente extensión del campo. Habían arado recientemente esa parte, y después de la lluvia se me pegaban a las botas gruesos terrones, pero tenía el viento a la espalda y me impulsaba como a una nave. Una vez que pasé a duras penas entre una segunda cerca de setos vi un grupo de jornaleros cavando una larga zanja en torno a una zona del bosque, desconozco con qué propósito. Metidos hasta la cintura en la zanja había unos veinte hombres, mujeres y niños, agachándose e incorporándose para echar cantidades de lo que parecía tanto agua como tierra. Todos tenían el mismo matiz parduzco que la propia zanja, como si corriera barro por sus venas. Me acerqué a una mujer que estaba en la parte más cercana de la zanja y le pregunté si podía decirme si la señora Shadwick se encontraba allí, con lo que llamó a otra mujer, «¡Betty! ¡Betty!», y Betty dejó la pala y salió trepando de la zanja. «¡Quiere ver a Lizzy Shadwick!» Betty me miró con ansiedad: «Es sobre Dick, ¿verdad? ¿Lo ha visto?». Contesté, para su evidente decepción, que no lo había visto, que no sabía nada de Dick, pero que conocía a Lizzy desde hacía muchos años, cuando trabajaba en Harrington Hall. Ante mis palabras, dijo: «Usted no puede ser Tom Page». Me sorprendió mucho que aquella mujer, Betty, a quien no había visto en la vida, supiera mi nombre. «Lo soy.» «Me ha hablado de usted algunas veces, y de los elefantes.» Su voz y sus

modales no parecían muy amistosos, y cuando le pregunté si Lizzy estaba presente, Betty no me contestó al principio. Luego dijo: «Será una gran conmoción para ella, deberá ir con cuidado».

Giró sobre sus talones y caminó cierto trecho a lo largo de la zanja. La seguí, preguntándome cuál sería Lizzy entre las que cavaban. Betty se detuvo ante una mujer que trabajaba duramente, oscurecida por el barro.

—Lizzy, querida, deja eso ya, aquí hay un conocido tuyo que ha venido a verte.

La mujer alzó la cabeza, y sí, era Lizzy, era Lizzy de verdad, lo supe en aquel preciso momento, no podía ser nadie más; ¡pero qué mala cara tenía, qué mejillas tan hundidas! Los ojos le sobresalían de las órbitas.

—Lizzy, soy yo, Tom Page, ¿cómo estás? —la saludé, inclinándome para tenderle la mano y ayudarla a salir de la zanja, pero ella no hizo caso y se echó a reír. Algo en su risa me hirió en lo más vivo. No era su risa de antaño.

—¡Tú qué vas a ser Tom Page! —exclamó con desdén—. ¡Te pareces a él, pero eres demasiado viejo! ¡Si fueras Tom, yo lo sabría!

—Soy Tom, Lizzy. Te lo aseguro.

—Lizzy, cariño —dijo Betty—, puede que sea Tom, ¿sabes?, sólo que ha cambiado.

Por mucho que yo hubiera cambiado, no podría haberlo hecho tanto como ella. Apenas puedo describir su aspecto, con la ropa hecha jirones y salpicada de barro, el pelo gris enmarañado y apelmazado. Pero no eran tanto los detalles externos de su apariencia como lo que había más adentro. Cogió mi mano con la suya llena de barro y tiré de ella, subiéndola por la pared de la zanja. Se le desprendía barro de las botas y la parte baja de las pantorrillas. Se fue acercando a mí hasta que su rostro no estuvo a más de tres pulgadas del mío.

—No, no, tú no eres Tom —declaró—. Eres demasiado viejo.

—Los dos nos hemos hecho mayores, Lizzy, eso es todo. Y una vez tuve un accidente en la nariz.

—¿En la nariz? —Soltó otra carcajada, y alzó la mano, como para tocarla, pero se detuvo en seco—. ¿Quién te lo hizo? ¿Hombre o

mujer?

—Fue un hombre.

—¿No sería Dick?

—No, no fue Dick; fue alguien que no conoces.

—Dick es mi marido —dijo en tono grave—, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe. Eso es cierto, ¿no? Dicen que es verdad. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad.

—Efectivamente, es cierto.

—¿Por qué no está, entonces? Si eso fuera verdad, estaría aquí, ¿no es así?

—Pronto estará de vuelta, querida Lizzy —terció Betty—. Volverá en el primer barco, en cuanto le sea posible, eso seguro.

—No, no —repuso ella—, estás confundida, Betty, nunca volverá. No va a volver jamás, se ha desposado con una de esas mujeres nativas. Tiene un hijo pequeño.

—No es verdad, Lizzy, no es verdad.

—Lo que has dicho es mentira; he visto la carta.

—Eso no es verdad, te lo juro.

Era un asunto que no estaba nada claro. Esperé, y al poco Lizzy volvió a mirarme.

—Pues muy bien —dijo—, a lo mejor eres Tom Page, y has vuelto. ¿Has venido a cavar? Te hará falta una pala, ¿sabes? No puedes cavar una zanja sin pala. A menos que utilices las manos.

Mi corazón estaba a punto de estallar.

—He venido a verte, Lizzy. ¿Te apetece dar un paseo por aquí?

—¿Un paseo? —Sacudió la cabeza, un poco como lo hacía años atrás—. Tú no eres mi marido, ¿sabes?

Tras un poco de persuasión, sin embargo, consintió en que la condujera al bosquecillo, fuera del alcance de los oídos de Betty y los demás jornaleros. Era uno de los bosques que ella y yo habíamos frecuentado con los elefantes; ahora, mientras estábamos entre los avellanos, con algunas manchas de nieve a nuestros pies, me habría gustado reavivar los recuerdos de Lizzy de aquellos días más felices, pero sentía la lengua clavada en el cielo del paladar. El viento pasaba

entre medio de los dos, los árboles no daban refugio. Le pregunté por su marido.

—¿Dick? —dijo débilmente.

—Sí; ¿dónde está?

Con una mano, hizo un gesto de abatimiento.

—¿Estás buscando a Dick?

—No —le dije—. No, Lizzy, he venido a disculparme. Debo pedirte perdón por lo que te hice.

Emitió una carcajada breve, nerviosa.

—¿Y qué fue eso, Tom? ¿Qué me hiciste?

—Fue en el establo, poco antes de que me marchara a Easton.

Entre los avellanos, vi que los jornaleros habían dejado de cavar y nos estaban observando, sin duda con la esperanza de captar algunos fragmentos de nuestra conversación.

—Lizzy, ¿no te acuerdas..., antes de que me fuera a Easton con el elefante hembra..., de lo que sucedió?

Se pasó la embarrada mano por la cara, como apartando una tela de araña.

—Me acuerdo muy bien de los elefantes.

—Uno vive todavía, la hembra. Sigo cuidándola.

—En Harrington Hall, no. Ya no hay elefantes allí.

—No, allí no, en Londres. Pero ¿no recuerdas lo que pasó cuando me marché?

—¿Qué pasó, Tom? —hablaba con voz tranquila, la expresión atenta—. ¿Qué es lo que me hiciste?

—Perdí la razón. Te agredí. Te di una bofetada.

—¿Y por qué me abofeteaste, Tom?

Al calor de su pregunta, y pese al viento helador, sentí que enrojecía. No quise contestar. ¿Cómo debería haberle contestado? ¿Podría haberlo hecho? ¿Decirle que había sido la purulencia? Pero no creo que hubiera sido eso. ¿Que pretendía hacerle daño? Puede ser. Pero por qué querría hacerle daño, no sabría decirlo realmente. ¿Por qué un hombre actúa de una manera y no de otra? ¿Es porque sigue el dictado de su propia naturaleza, o porque se opone a ella?

—No lo sé, Lizzy, pero estuvo completamente fuera de lugar, no

estuvo bien por mi parte, y por eso es por lo que ahora te pido perdón.

—Entonces te perdono —dijo simplemente—. No fue nada, Tom. Pero me rompiste el corazón, por preferir a la elefanta en vez de a mí, eso fue lo que me partió el corazón y no lo he olvidado, jamás lo olvidaré. Te marchaste y me dejaste aquí. Por eso fue por lo que yo..., por lo que Dick... —Se contuvo y alzó los ojos hacia mí. Estaba temblando—. Ahora vives en Londres. Es una ciudad magnífica, según dicen.

—Londres es muy grande, y ruidosa —le dije.

—La elefanta está bien, supongo...

—Bastante bien, dadas las circunstancias. Es una criatura muy sabia.

Hubo un breve silencio durante el cual ninguno de los dos fue capaz de hablar. Sus ojos eran muy grandes, y tuve la sensación de que, al mirarlos, le estaba viendo el corazón. Entonces dijo algo en voz tan baja que no llegué a entender.

—¿Cómo has dicho?

—Tu mujer y tú, ¿tenéis hijos?

—No. Ella..., es decir..., no, no tenemos hijos.

Me lanzó una lastimera sonrisa, y bajó los ojos hacia las manchas de nieve, que parecían muy blancas en contraste con el oscuro barro pegado a sus botas y sus piernas. La cogí del codo y le dije..., no sé lo que le dije, pero Lizzy temblaba cuando salimos del bosquecillo. Nos despedimos junto a la zanja.

—Me alegro de que la elefanta esté bien —dijo con voz jovial—. Sí, me alegro mucho de que esté bien, aunque fuera la causante de todo. Tenía nombre, lo sé.

—Jenny —le dije.

—Jenny. Lo recuerdo. Lo recuerdo. Lo recuerdo.

Cogió la pala y, apoyándose en ella, bajó fácilmente a la zanja. Al momento siguiente se puso a cavar como si yo no existiera, o me hubiera marchado hacía tiempo.

Seguí la zanja con dificultad hasta donde estaba Betty. Me contó que en el invierno de hacía tres años, el mismo en que el Támesis se heló en Londres, habían pasado muchas penalidades en Somersetshire, con

multitud de familias hambrientas. Habían atrapado a Dick Shadwick mientras robaba un ciervo en los terrenos de Harrington Hall, a consecuencia de lo cual fue desterrado durante siete años al otro extremo del mundo. Le pregunté si era cierto que se había casado con otra mujer.

—Eso es lo que Lizzy imagina —repuso ella—, aunque vaya usted a saber si es cierto..., pero da igual que sea verdad o no, nunca volverá.

—Entonces lo siento mucho por ella. ¿Por qué no se fue con él?

Betty dijo que era una travesía larga y peligrosa, y entonces tenía dos hijos pequeños.

—¿Y ahora? —pregunté, temiendo la respuesta, que era que los dos habían muerto. Cuando le repetí que lo sentía mucho, Betty me miró con abierta hostilidad.

—Que le vaya bien, señor Page. Lizzy es una buena persona y ha sufrido mucho.

Condenado de ese modo, me alejé lenta y pesadamente, el rostro entumecido por el viento y los terrones de barro pegados a las botas como grilletes. Era a última hora de la tarde, pero mi único deseo era volver con *Jenny*, y cuando cayó la noche seguí andando unas seis horas hasta que me venció el cansancio, y entonces, como empezaba a caer un fuerte chaparrón, me cobijé entre unos arbustos. Allí intenté dormir, pero no podía quitarme a Lizzy de la cabeza. La lluvia se filtraba entre las matas y tenía la mente tan llena de horribles ideas que me incorporé de un salto y eché a correr en la oscuridad, sin la menor cautela; dos, tres, media docena de veces tropecé, perdí el equilibrio y me caí en los charcos sólo para volver a ponerme prestamente en pie y seguir corriendo. A unas cinco millas de Bath, mientras avanzaba jadeante, me asaltaron tres ladrones, armados con cuchillos y garrotes, que surgieron de entre las sombras. Intenté huir, pero me alcanzaron y uno de ellos me derribó de un golpe en la cabeza. Cuando recobré el sentido me encontré tendido en el lodo; se habían llevado mi capote, que contenía no sólo mi pipa y el tabaco y la media hogaza de pan, sino también mi bolsa, donde estaban los cinco chelines con los que contaba para la diligencia. Además, me habían roto algunos dientes y tenía el rostro lleno de contusiones y muy

hinchado.

Con la cabeza atravesada de punzantes dolores y la ropa bien untada de barro, entré tambaleándome en Bath, en donde durante día y medio intenté persuadir a la gente de que me prestara dinero para el viaje, pero en las condiciones en que me encontraba todo el mundo me tomaba por un vulgar mendigo. Creí que una joven dama de rostro amable iba a compadecerse de mí, pero un cuervo, un clérigo rollizo, me ordenó a voz en cuello que me alejara, declarando que mi historia, como él la calificó, no era ni más ni menos que un puñado de embustes. Eso me puso aún más furioso, con lo que me mantuve en mis trece y le hice saber que, si así lo deseaba, estaba dispuesto a jurar sobre la Biblia que hasta la última palabra que había salido de mis labios era la pura verdad, a raíz de lo cual agarró firmemente del brazo a la joven y la apartó de allí. Ahí tenemos la caridad cristiana, murmuré para mis adentros con gran amargura. También recurrí a otras personas, y un hombre se mostró lo bastante generoso como para darme seis peniques, tres de los cuales gasté en una hogaza de pan y una jarra de cerveza, reservándome los otros tres para eventualidades; así me despedí de la ciudad de Bath y me dirigí a pie a Londres, de la que me separaba una distancia de no más de noventa o cien millas.

Marché durante todo el día, y por la noche, en algún punto cerca de Marlborough, encontré un viejo cobertizo en el que nadie me molestó y donde estuve cómodo y abrigado, aunque muy inquieto mentalmente. El día siguiente, sábado, el día que le había prometido a *Jenny* que volvería, seguí caminando. Varios carruajes pasaron por mi lado en dirección a Londres y mientras se perdían traqueteando a lo lejos, maldije mi mala fortuna. El viento soplaba sin cesar y me calaba hasta los huesos. Cerca del pueblo de Hungerford entré en una posada, la Juan de Gante, donde bebí una jarra de cerveza y me calenté al fuego; mientras estaba en ello, el posadero decidió entablar conversación conmigo, preguntando si tenía la cara así de hinchada por guiñar demasiado el ojo a las mujeres (porque en aquellos momentos apenas podía ver con un ojo). Cuando le conté el percance, me dijo que tenía suerte de haber escapado con vida, pues por aquellos

parajes los salteadores de caminos gozaban de la peor fama. En realidad, él no viajaría solo durante las horas de oscuridad bajo ninguna circunstancia; vamos, si no hacía ni dos semanas que dos criados de lady Finey, que cabalgaban de noche y sin escolta de Amesbury a Hungerford, perdieron los dedos índices y pulgares. Asustado, le pregunté qué quería decir exactamente, y con una sonrisa de oreja a oreja me explicó que entre ladrones era una superstición corriente que un dedo cortado (que guardaban en una bolsa de cuero colgada al cuello) los protegía de todo mal mientras se dedicaban a sus fechorías. A tales dedos los denominaban velas de ladrones. No estaba seguro de creerle y puede que mostrara una expresión confusa.

—Oh, eso es bien sabido; pero usted no es de esa región, según veo —prosiguió, y ese comentario incrementó aún más mi confusión, porque ¿de dónde era yo, en realidad? Tres días antes, habría afirmado sin vacilar que era de Somersetshire; ahora ya no lo sabía.

Aquella noche, con las advertencias del posadero bien frescas en mi mente, busqué otro cobertizo o un lugar seguro, pero no encontré ninguno, y me vi obligado a refugiarme en un bosque; al no tener el capote para abrigarme, me arropé con hojas secas, pero no sirvió de nada. Como la noche se iba haciendo cada vez más fría, con las nubes desapareciendo y las estrellas brillando entre las negras ramas mientras soplaba un fuerte viento del norte, me empezaron a castañetear los dientes (los que me habían quedado) de manera bastante ruidosa y renuncié a todo intento de dormir. Mejor morir de pie que morir de frío sobre el costado, encogido como un escarabajo pelotero, pensé. Caminé con mucha cautela, árboles y arbustos parecían cargados de peligros, y cuando pensaba en los dedos cortados apretaba firmemente los puños.

El domingo por la mañana me sentía todo entumecido, el calzado se me caía a pedazos y por dentro tenía los talones agrietados y sangrantes, pero cada paso que daba me acercaba más a *Jenny*, y esa idea me levantaba el ánimo. La moral me remontó aún más cuando, al sentarme en un terraplén a comer las últimas migajas de pan, el repique de campanas de la aguja de alguna iglesia empezó a propagarse por los húmedos prados y el sol asomó su cara por detrás

de las nubes. Lo tomé por una señal de que la Fortuna me era ahora favorable, cosa que demostró ser bastante cierta, porque mientras iba caminando por un tramo recto de la carretera pasó un hombre en un carro que, al percibir mi agotamiento, me llevó más de veinticinco millas, aunque fui dormido casi todo el camino. Me dejó cerca del Gran Parque de Windsor; así llegué al río al anochecer del domingo y vi frente a mí los edificios de la ciudad de Londres, y de ese modo volví a la Casa de Fieras, donde para mi gran alegría encontré a *Jenny* sana y salva. No olvidaré jamás el momento en que abrí la puerta y volví a verla; alargó la trompa hacia mí con una ronroneante vibración, mientras sus ojos resplandecían de placer y curiosidad.

—¡Tom! ¡Has vuelto!

Intenté sonreír, pero la hinchazón de la cara apenas me lo permitió.

—He vuelto, he vuelto y me alegro mucho de verte.

—Sabía que volverías hoy —dijo—. Sabía que estabas llegando.

—¿Cómo podías saberlo?

—Anoche pasaste mucho frío. Lo sabía. Esta mañana sentí que estabas cada vez más cerca. Hace una hora que esperaba tu llegada. — La punta de su ronroneante trompa me exploró la ropa—. Te has rebozado en el barro.

—En un barrizal.

—Huele bien. —La trompa, moviéndose hacia arriba, me rozó los labios—. ¿Qué ha pasado? ¿Has visto al pequeño Joshua?

—No.

De pronto me sentí más cansado de lo que creía haberme sentido en toda mi vida. Le cogí la trompa y me la enrosqué en el cuello. Ella esperaba.

—¿Y entonces? ¿Te has enterado de algo sobre tu hermano? ¿Dónde está tu capote?

—Ay, *Jenny*, *Jenny*... Luego te lo cuento.

—Cuéntamelo luego, entonces, Tom. Por ahora, me alegro de que estés de vuelta. He estado pensando en ti todo el tiempo.

—Eres el elefante más maravilloso del mundo. Eres la amiga más extraordinaria, mi única amiga, la única amiga verdadera.

—Tú eres mi Tom —repuso ella, simplemente—. Tom Page, Tom

Page.

Capítulo 4

El precio de aquella pequeña excursión fue una fiebre que me mantuvo sudando y dando vueltas en la cama durante días, en los cuales apenas sabía si me encontraba en Londres, en Somersetshire o en otro país. En su punto álgido me asaltó el extraño miedo de que *Jenny* no fuese sino un producto de mi imaginación, y que ni ella ni la Casa de Fieras existieran ni hubieran existido jamás. Cuando intenté argumentar que era tan consciente de su existencia como de la mía propia, una voz, que hablaba en el interior de mi cabeza, me preguntó cómo sabía eso, y cuando contesté «Lo sé porque lo sé, porque la he visto hace poco», la voz repuso: «Crees que la has visto, Tom Page, pero en realidad no la has visto, ella sólo es un producto de tu imaginación». «Pero sí la he visto —exclamé a voz en grito—, estoy seguro, he hablado con ella», y la voz contestó, en tono muy severo: «Tú no has hablado con ella, Tom Page, ningún ser humano puede hablar con un animal, va contra la ley natural». «¿Y quién eres tú?», pregunté; ante lo cual la voz guardó silencio y me sentí mejor, y caí en un intranquilo sueño en el que me encontraba en el Strand, frente a la Casa de Fieras. Las puertas estaban cerradas con cerrojo y no podía entrar; y aunque aporreaba con los puños y gritaba, nadie me abría. Vaya, me pregunté en mi fuero interno, ¿es que no me van a dejar entrar?, y al momento vi una escalera apoyada contra la fachada del edificio. Trepé por ella y de ese modo llegué a una pequeña y polvorienta escotilla, que abrí con cierta dificultad con ayuda de una palanca extrañamente torcida. Desde allí se me ofrecía una vista panorámica de la Casa de Fieras, y en su interior el señor Scott iba sentado sobre el cuello de *Jenny* y estaba dando una vuelta por la jaula. Así que comprendí que el señor Scott era ahora su cuidador, y yo me veía privado para siempre del cariño de *Jenny*.

Mi madre siempre sostenía que los sueños son una especie de

profecía, cosa que yo no creo, pero que tampoco dejo de creer enteramente; y en mi febril estado aquel sueño terrible me causó gran impresión. Tendido en la cama, ardiendo en un momento determinado y temblando de frío al siguiente, llegué a convencerme de que era verdad, de que el señor Scott me había incitado deliberadamente a viajar a Somersetshire con el único objeto de convertirse en mi ausencia en el cuidador de *Jenny*. No pude evitar el recuerdo de todas las pequeñas muestras de afecto que le dirigía, como la ocasión en que lo seguía a todas partes con los ojos, y aquella otra en que le enroscó la trompa en el cuello para luego pasársela suavemente por la mejilla. ¡Qué estúpido había sido al dejarlos solos!

Debí de quedarme dormido otra vez, porque cuando me desperté afuera estaba oscuro y se oía un extraño clamor en la calle. Al oír los gritos y preguntarme por su causa, oí las palabras «fuego» y «Strand», y se apoderó de mí la súbita convicción de que la Casa de Fieras era presa de las llamas. Saltando de la cama, corrí a la ventana. Un resplandor rojizo y parpadeante se cernía sobre los tejados, y en mi imaginación me pareció ver las llamas mientras se rizaban sobre los muros y se extendían por las vigas, dando luego un salto y prendiendo en la melena del Devorador de Hombres, semejante a la hierba seca, y en la paja que envolvía las patas de *Jenny*.

Descalzo, sin llevar nada encima salvo el camisón, corrí hacia White Horse Yard y a lo largo de Drury Lane, y cuando llegué al Strand olí el humo. Resultó que el fuego estaba a poca distancia de la Casa de Fieras, y había varios edificios en llamas, entre ellos el de una bien conocida casa de lenocinio que yo mismo había frecuentado unas cuantas veces. Frente a ella se congregaba un grupo de suripantas en diversos estados de desaliño, que tosían, sofocadas, y miraban boquiabiertas el fuego, que crepitaba y rugía sin parar. Había hombres que corrían de acá para allá con cubos de agua que echaban a las llamas, pero en realidad nada podía hacerse para extinguir aquel incendio; el calor era tan intenso que resultaba imposible acercarse mucho sin acabar asándose vivo. Lo que no vino mal, sin embargo, porque de pronto una viga en llamas que colgaba de un hilo en uno de los pisos altos cayó y se aplastó contra el empedrado en medio de una

lluvia de chispas. Golpeado en el hombro, un viandante cayó ardiendo al suelo; le echaron agua al instante y le apagaron las llamas, aunque la ropa le siguió humeando. Otro hombre, con la cara ennegrecida y la mirada frenética, corría de acá para allá llorando con la voz quebrada por su mujer, o quizá fuera su hija. Entretanto, los ocupantes de las casas adyacentes, temiendo que se extendiera el fuego, se afanaban por bajar a la calle arcones, mesas y el resto de sus pertenencias.

Yo sentía el mismo pánico con respecto a la Casa de Fieras, pero frente a sus puertas me encontré con el señor Scott, que fumaba una pipa con su calma habitual. Más tarde se reía entre dientes al contarme lo pasmado que se quedó al verme únicamente con el camisón puesto, y que durante la fiebre chillaba y farfullaba que había que sacar a los animales, que todos iban a quemarse vivos, que no había momento que perder, etcétera. Cuando trató de razonar conmigo, y me señaló que el viento empujaba las llamas en otra dirección, lo maldije, le asesté un puñetazo en la cabeza y corrí al interior de la Casa de Fieras, donde intenté sacar a *Jenny* de su jaula. No recuerdo nada de eso, sólo que me desperté a plena luz del día tumbado en un lecho de paja, cubierto con el capote del mono y bajo la mirada vigilante de *Jenny*.

La fiebre pasó, pero durante bastante tiempo me sentí incapaz de contarle a *Jenny* mi viaje a Harrington Hall. Cuando al fin me fue posible hablar sobre el tema, no mencioné a Lizzy Tindall. No puedo olvidar su rostro ensombrecido, me persigue incluso ahora: se alza como un fantasma en la húmeda zanja y me mira fijamente con una expresión que, con más fuerza que las palabras, dice: «Llévame contigo a Londres ahora, Dick nunca volverá, llévame a Londres». ¿Qué le habría contestado yo? ¿Qué podría haber dicho? Está casada, aunque su marido la haya abandonado; no habría sido posible traerla aquí. Y sin embargo, aquella cara, aquellos ojos..., volver ha sido un error. Me atormentaba a mí mismo con grandes reproches por haberlo hecho.

Mi estado de ánimo en aquellos días estaba aún más decaído por los conciertos, que constituyen otro de los desesperados planes del señor Cross para estimular la prosperidad de la Casa de Fieras. «¿Conciertos..., por favor? ¿Conciertos de *animales*?» «Sí, señor,

ciertamente; aunque, en honor a la Verdad (y le ruego que tome nota de la V mayúscula), sinceramente cabe añadir que no contienen música en absoluto.» «Sin música, vaya, ¿cómo puede haber concierto sin música? ¡Explíquese!» «Bueno, señor, con su venia, haré lo que pueda.»

Fue un mes después de mi vuelta de Somersetshire cuando el señor Cross vino a la Casa de Fieras con un violín de baratillo. El señor Scott y yo debíamos enseñar al mono a tocar algunas melodías, según dijo, para acompañar al tambor de la *Emperatriz*, mientras que el oso, *Bruin*, debía aprender a bailar al ritmo de ambos. «Rule Britannia», interpretada por un mono y una elefanta, con un oso bailando, seguro que atraería multitudes.

Enseñar a *Jenny* a aporrear el tambor con un palo había sido bastante fácil; llegó a dominarlo en cuestión de minutos. Instruir a *Stephen* en la técnica del violín resultó mucho más complejo. Durante la primera lección, logramos ponerle el arco en la mano izquierda (tenía que ser la izquierda, porque la derecha, tal como he mencionado, la tiene atrofiada y parece la garra muerta de un pájaro); sin embargo, no tenía la menor idea de por qué se le pedía que sostuviera el arco, y en cuanto nos apartamos, lo dejó caer al suelo. Lo recogí, volví a ponérselo en la mano, cerrándole los huesudos dedos bajo los míos; seguidamente, el señor Scott se arrodilló frente a nosotros, tendiéndonos el violín, y yo empecé a deslizar el arco sobre las cuerdas. El sonido asustó al pequeño mono: abrió la boca de par en par mientras su esmirriado cuerpo temblaba y se estremecía. Sin embargo, aquello era una especie de progreso, y el señor Scott decidió recompensarle con una pipa de tabaco, acercándola a sus labios. Yo estaba seguro de que se iba a quemar, y, efectivamente, en cuanto aspiró el ardiente humo, empezó a asfixiarse y cayó jadeando al suelo.

A partir de entonces, ha avanzado tanto con el violín que mantiene el arco sin dejarlo caer, y lo rasca y lo sierra mientras el señor Scott o yo sostenemos el instrumento y guiamos el arco. La mayor parte de las veces, el arco se mueve en el aire, y cuando se posa sobre las cuerdas, el sonido que les arranca consiste en una serie de frenéticos y horribles maullidos. El arte de tocar el violín está tan lejos de sus capacidades,

que si nos pasáramos toda la eternidad enseñádoselo, nunca tocaría nada parecido a «Rule Britannia». Sin embargo, para mi gran sorpresa, ha llegado a dominar por completo el arte de fumar en pipa, y se pasa las horas con la pipa en la boca, aunque no tenga tabaco. La pipa se ha convertido en su objeto favorito, su pasión, su razón de vivir: cuando se la intentamos quitar, para llenarla de tabaco, se resiste: la oculta detrás de la espalda y corre al rincón de su cubil, donde se pone en cuclillas y nos enseña los dientes en lastimosa amenaza. «Vamos, señor..., venga, *Stephen*..., no sea tan malo..., guarde esos dientes feroces, señor, y entregue su pipa. Insisto, *Stephen*.» El señor Scott suelta una estrepitosa carcajada y, en realidad, yo también me río; la angustia de *Stephen* es tan humana, que resulta difícil no reírse. Unas veces accedemos a que se la quede, pero otras se la quitamos, arrancádosela de los dedos estrechamentecerrados; después de lo cual se pone a aullar y chillar, y se echa al suelo. Se la llenamos con unas cuantas hebras de tabaco y se la devolvemos. «*Stephen*..., toma... ¿ves?, es tu pipa..., te la devolvemos.» Hundido en la miseria, no quiere abrir los ojos. «*Stephen*..., toma...» Entonces alza la vista y su pequeña cara se transforma, pasando del suplicio a la alegría en un instante. ¿Y por qué no debería *Stephen*, cuya vida está llena de temores, disfrutar de ese simple placer?

En cuanto a *Bruin*, se le da tan bien bailar como a *Stephen* tocar el violín; lo que equivale a decir que no baila en absoluto, pero entiende que debe hacer algo, y, por tanto, cuando empieza la cacofonía se tumba en el suelo y comienza a rodar de un lado para otro, haciendo horribles muecas y llenándose el pelaje de paja y estiércol. Lo hace porque espera complacernos, de modo que le recompensamos con un terrón de azúcar o cualquier otra golosina, y también porque tiene miedo. De manera que *Bruin* se revuelca, *Stephen* rasca el violín y *Jenny* aporrea el tambor, y la gente se ríe y el señor Cross está encantado y se frota las manos de alegría; mientras, yo, dirigiendo el huesudo brazo de *Stephen* y observando el lamentable espectáculo, imagino la vida que estas criaturas habrían llevado entre las de su propia especie si no las hubieran capturado. Radiantes imágenes de junglas, montañas y llanuras pasan por mi mente como nubes iluminadas por el sol. Es una

visión que me cuesta sobrellevar, y me escuecen los ojos de vergüenza: porque incluso cuando escribo «entre las de su propia especie», siento cierto parentesco con tales criaturas. Habitamos el mismo mundo; respiramos el mismo aire, bajo el mismo cielo. Tenemos dos ojos, dos orejas, dientes, cerebro, corazón. Nacemos en estado de desamparo; crecemos y aprendemos a valernos por nosotros mismos; sentimos placer y dolor; nos hacemos viejos y morimos. ¿Por qué buscan siempre los filósofos las diferencias en vez de las semejanzas? Una pulga no establece grandes distinciones a la hora de elegir alojamiento: prefiere un oso, pero se embarcará alegremente en la piel de un mono, un león, un elefante o un ser humano.

Poco después de uno de esos conciertos, mientras pasaba un pequeño cepillo entre los dedos de *Jenny*, oí que me llamaban. Levanté la vista y vi a un encorvado anciano con casaca y sombrero.

—Tom —dijo—, porque eres Tom, ¿verdad? ¿Tom Page? ¿Cómo estás? Pensé que debías de ser tú. Vaya —porque yo no sabía qué decir—, ¿es que no me reconoces? ¿Te acuerdas?... Estuve en Easton... hace años..., pinté un retrato de la elefanta. John Sanders.

Se quitó el sombrero, que relucía de gotas de lluvia, y entonces lo reconocí, desde luego; aunque el matiz rojizo de su pelo se había apagado y parecía algo más bajo de lo que recordaba, y aún se cernía en torno a él un aura de rapé. Me estrechó afectuosamente la mano.

—Sí, me habían dicho que aquí había una elefanta —prosiguió—, y me propuse venir a verla. Pensé que debía de ser la misma.

Me preguntó qué había pasado después de la muerte de lord Bidborough y la venta de la propiedad de Easton, y le conté que a la elefanta y a mí nos fueron vendiendo de un dueño a otro, a lo largo de los años, hasta que finalmente el señor Cross compró la elefanta.

—Así que te quedaste con la criatura, ¿eh? ¿A las duras y a las maduras?

—Eso es.

Pareció reflexionar.

—¿Y qué hace tu mujer aquí, o qué piensa de la ciudad de Londres?

—No estoy casado.

—¿Y por qué habías de estarlo? Al casarte, dejas de ser un hombre

libre, créeme. —Llamó a su esposa, que observaba cómo el señor Scott arrojaba un ratón a la serpiente—: Edith..., ven aquí..., tenía razón..., ¡es la misma elefanta!

La señora Sanders, mujer robusta y corpulenta, con un aparatoso paraguas que había formado un charco en el suelo, dijo que estaba muy complacida de conocerme, porque su marido le había contado toda clase de historias sobre la elefanta.

—Me contó que una vez estuvo a punto de morir pisoteado..., ¿no es cierto, John?

—A decir verdad, estaba asustado todo el tiempo —repuso el señor Sanders—. Cada momento que pasaba pintando, la elefanta no estaba en una jaula, como aquí..., ¡sino fuera, al aire libre! ¡Sólo estaba Tom para mantenerla alejada de mí! Te aseguro que la mano me temblaba como una hoja. ¡Oh, fue un milagro que llegara a terminar el retrato! Muchas veces me he preguntado qué habrá sido de aquel cuadro.

—John, siempre es lo mismo —dijo la señora Sanders—. Has hecho tantísimos retratos y nunca sabes dónde se encuentran, ¿verdad?

—Pero aquél era un buen retrato —le contestó él—. Uno de los mejores que he hecho jamás, diría yo; puede que el mejor. Como mínimo, es el único que he hecho de un elefante. No me importaría volver a verlo, aunque supongo que nunca tendré ocasión.

Se oyó un fuerte aullido del mono. Me disculpé y fui a ver lo que pasaba. Resultó que a *Stephen* se le había caído la pipa al suelo, haciéndose añicos. Sentado sobre los fragmentos, se balanceaba de delante atrás emitiendo pequeños quejidos y sollozos, como un niño ante su juguete roto. Sus arrugadas mejillas estaban surcadas de lágrimas.

—¿*Stephen*? No es más que una pipa, *Stephen*. Yo te traeré otra.

No me entendió; por el contrario, pensando que iba a robarle los restos de la pipa, los recogió y se retiró al rincón más alejado de la jaula, a rumiar su pena.

Saqué mi pipa, la deposité en el suelo y, dejándolo a solas para que recobrara la calma, volví con el señor y la señora Sanders. Hablamos durante diez o quince minutos, y le pregunté cómo iba su arte. Contestó que «seguía labrando la misma tierra», aunque ahora era

más difícil conseguir encargos. Había parcelas en barbecho. En pintura había cambiado la moda; en gran medida, el trabajo sobre animales se había agotado, y ahora todo el mundo centraba su interés en los paisajes. Así que se había convertido en pintor de paisajes, pintaba vistas de abadías y castillos en ruinas, crepúsculos y lagos.

—¿Conoces el castillo de Richmond, en Yorkshire? Lo he pintado hace poco. La abadía de Jervaulx. Acepto lo que me viene. Si me pidieran que volviera a pintar animales, no me negaría.

—Nunca se niega a nada —terció la señora Sanders—. ¿Verdad, John? Oye, ¿por qué no pintas a uno de estos animales. Fíjate en el león. ¡Te está pidiendo que le hagas un retrato!

Le echamos un vistazo. El Devorador de Hombres, lamiéndose una de las garras, parecía enteramente abatido.

—Podrías hacerlo si quisieras —afirmó la señora Sanders—. Lo harías mejor que quien haya pintado esas mamarrachadas.

Por «mamarrachadas» se refería a las pinturas que adornaban las paredes de la Casa de Fieras.

—Mucho mejor —añadió.

El señor Sanders guardó silencio durante un momento.

—Sería un Desafío, desde luego —concedió al fin—. Un Desafío Artístico. Captar el aire de un león. El Rey de las Bestias.

—Eso sería un triunfo personal —le aseguró ella—. Un triunfo que podrías marcar con una pluma en el sombrero.

El señor Sanders observó su sombrero con cierta expresión de duda, dándole vueltas entre las manos.

—Ya que estamos aquí, John, bien podrías preguntarlo —instó la señora Sanders—. Por preguntar, no se pierde nada. Si no lo preguntas, nunca lo sabrás.

Le dije que fuera a ver al señor Cross, que estaba en su pequeña cabina. En su ausencia, la señora Sanders habló de sus hijos. Al parecer, les iba bastante bien. En cuanto a sus hijas, una estaba casada, con dos niños, mientras que la otra había enviudado recientemente, pero ahora que estaba con ellos en casa iba sobrellevándolo y recobrando el ánimo. De sus dos hijos, el mayor era empleado de un banco en el centro de la ciudad, y el pequeño, maestro de escuela en

Highgate. En general, se alegraba de que ninguno hubiera decidido seguir los pasos de su padre para ser artista.

—No es cosa fácil, el arte —me dijo—. No es como la gente cree. No se puede depender del arte, no hay garantías. No ofrece suficiente estabilidad.

El señor Sanders volvió casi enseguida. Parecía aliviado de que el señor Cross hubiera declinado encargarle un retrato del león.

—En realidad no me apetecía hacerlo. No lo habría hecho. He terminado con los animales.

—Bueno, has hecho bien en preguntar —apostilló con firmeza la señora Sanders—. Pero cuéntale al señor Page lo de las máscaras mortuorias.

—Ah, eso es lo último —dijo el señor Sanders, mencionando el nombre de un rico caballero, sir John F..., regidor de la ciudad de Londres, cuya máscara había hecho últimamente—. No es difícil, una vez que sabes cómo hacerlo. Tomas primero la impresión en yeso de París, antes de vaciarla en bronce. Espero que la tendencia vaya en aumento. De boca en boca, así es como funcionan estas cosas. He pensado en poner anuncios, pero resulta caro.

—Al principio practicó conmigo..., ¿no es verdad John? —La señora Sanders emitió una risa de júbilo—. ¡Me sentí morir! ¡Yeso hasta en las orejas!

El señor Sanders asintió con la cabeza y, en tono de leve melancolía, confesó:

—No es algo que me hubiera propuesto hacer alguna vez: máscaras mortuorias. No me parece que puedan considerarse arte.

—Hay que aceptar lo que la vida nos ofrece, John —dijo la señora Sanders, mostrándole su apoyo—. No hay que andarse con tantos miramientos, no siempre se puede elegir. Nos va muy bien. Tenemos bastante suerte, comparados con muchos otros.

Vivían en el campo, a unas ocho millas al sur de Londres, en el pueblo de Streatham. La señora me dio su dirección y me dijo que, si podía escaparme, sería muy bien recibido para comer con ellos el domingo, y que llevara a mi esposa.

—No está casado —puntualizó el señor Sanders.

—En ese caso —dijo la señora Sanders—, será muy bien recibido él solo.

Le di las gracias, pero dije que, como tenía que cuidar de la elefanta, sería imposible dejarla en domingo, que era el día de la semana que más ajetreo teníamos.

La señora Sanders miró a *Jenny*, que esperaba tranquilamente a que acabara la conversación.

—¿Seguro que no puede dejar medio día sola a la criatura? ¿No puede atenderla alguien más?

Insistió tanto que, al final, fui a ver al señor Cross y, para mi consternación, no puso objeciones de peso. De ese modo acordamos que iría a su casa el domingo, no el siguiente sino al otro, a eso del mediodía. La señora Sanders anunció que asaría una pieza de carne, si es que me parecía bien. Contesté que me parecía estupendo.

—Entonces, ya está —concluyó—. Quedamos a la espera de su compañía. Ah, qué agradable es encontrarse con buenos amigos, ¿verdad, John?

—Sí que lo es —convino el señor Sanders, con una tenue sonrisa.

Cuando el señor y la señora Sanders se marcharon, encontré al pequeño *Stephen* fumando en su nueva pipa: con los ojos cerrados, señal de que estaba en éxtasis, aunque su expresión era la de un alma en pena. Lo dejé y volví con *Jenny*, que sostenía el pequeño cepillo con que antes le frotaba los dedos.

—¿Tom?

—*Jenny*, el señor y la señora Sanders me han invitado a comer el domingo. ¿Debo ir?

—Pues claro que debes ir, Tom, si te apetece.

—Tendría que dejarte sola parte del día. ¿No te importaría? La hija del señor y la señora Sanders, que se ha quedado viuda, vive ahora con ellos.

Su trompa osciló hacia arriba. Me observó con cierta inquietud.

—A lo mejor no está allí —sugerí.

—Tom —me respondió en tono serio—, si quieres casarte, debes hacerlo. Lo entiendo.

Me eché a reír.

—Teniendo en cuenta que ni siquiera la conozco, es un poco pronto para hablar de matrimonio. Será probablemente fea, de piel cetrina y labio leporino. Además —añadí, extendiendo los brazos y mirándola a los ojos—, ¿cómo podría casarme con ella? ¡Oh, *Jenny*! ¿Cómo podría casarme con otra alguna vez, si ya estoy casado?

Esa contestación pareció satisfacerla, porque alargó la trompa y me rozó afectuosamente la oreja. Luego me dio un golpecito en la sien, como reprendiéndome por la absurda observación.

Capítulo 5

En los días que siguieron a aquella sorprendente visita, pensé muchas veces en el señor y la señora Sanders. Resultaba muy extraño que hubiera dicho que *Jenny* le daba miedo cuando estuvo en Easton; por mucho que rebuscaba en mi memoria, no recordaba verlo asustado. Tampoco me explicaba la observación de la señora Sanders sobre los viejos amigos: no parecía que su marido y yo hubiéramos sido buenos amigos alguna vez, o que nos hubiésemos acercado siquiera a esa condición. Sin embargo, no cabía duda de que la invitación a comer en su casa el domingo era un claro ofrecimiento de amistad.

Desde las calamidades del viaje a Somersetshire, me había sentido muy reacio a dejar sola a *Jenny*. No obstante, aquel domingo hizo un espléndido día de sol, y llegué a Streatham al cabo de dos horas de marcha, y allí me lo pasé muy bien. La señora Sanders preparó una paletilla de cordero con alcaparras y patatas en salsa, y después tomamos tarta de grosellas y natillas. Me convencieron entonces de que probara un pellizco de rapé del señor Sanders, cosa que me dejó con los ojos llenos de lágrimas y procuró gran cantidad de entretenimiento al resto de los comensales; cuando la señora Sanders se vio asaltada por un violento acceso de hipo, incluso su hija viuda, Jane, que había estado muy callada, pareció sonreír. El señor Sanders me enseñó después la máscara de yeso de París que había hecho a la muerte del marido de Jane, objeto que me suscitó una gran admiración.

Volví andando a la Casa de Fieras muy animado, y aquella misma noche empecé a buscar la *Historia del Elefante* que había escrito en Easton. Como en un primer momento no la encontré, me puse muy nervioso, por si me la habían robado. ¿Quién iba a robar algo que no tenía ningún valor? Pero para mí era bastante valiosa, tanto por las muchas horas que había dedicado a escribirla, hacía ya tanto tiempo,

como por los recuerdos que contenía. Para mi gran alivio, acabé encontrándola, aunque observé que la tinta se había disipado en gran medida, y que un escarabajo se había dado un atracón con las hojas, devorando letras e incluso palabras enteras, y excavando un túnel casi hasta el final, donde la Muerte estaba escrita en la forma de su esqueleto gris, achatado y de nariz respingona. Esto, dije para mis adentros, es la Historia del Escarabajo dentro de la Historia del Elefante.

Mientras me dedicaba a pasar sus menguadas páginas, me venían a la cabeza toda clase de ideas curiosas. Pese al título, la Historia ya no parecía contener tanta verdad como debería. Ciertas cosas (según decía) habían pasado; pero parecían tan improbables como las aventuras de Gulliver. ¿Acaso yo, Tom Page, vi de verdad dos elefantes junto a un leopardo muerto y un babuino de barba blanca y testículos azules en el muelle de Bristol? ¿Acaso la mano del mismo Tom Page sostuvo en verdad la pluma que trazó estos signos, y aquéllos, en esta trémula hoja de papel? Sin embargo, a medida que iba leyendo, también pensé en lo diferente que podría haber sido mi vida. De haberme casado con Lizzy, me habría quedado en Thornhill como cualquier mozo de cuadra en Harrington Hall, o ella se habría venido conmigo a Easton y habríamos tenido hijos, varones y hembras, como el señor y la señora Sanders, y vivido en una casa pequeña. O podría haberme ido con *Timothy* a Grimsthorpe, salvándolo de la locura. O podría no haber hecho caso del consejo de mi padre y hacerme a la mar en busca de aventura, como mi hermano, para convertirme en un hombre acaudalado. Otra idea me pasó por la cabeza: que no hubiera ido a Bristol, hacía tantos años, y no hubiera conocido a *Jenny* y *Timothy*. En realidad, *Jenny* y *Timothy* podrían haber muerto en el barco que los traía desde las Indias, ¡o quizá no los habrían capturado ni subido a bordo! ¡A cuántas posibilidades nos enfrentamos a cada paso! ¡Hasta podría no haber nacido! ¡O podría haber nacido elefante, en vez de humano!

Sin embargo, de nada me arrepiento durante mucho tiempo seguido. Las lamentaciones vienen como nubes pasajeras; navegan por el cielo y ocultan el sol, y luego desaparecen. El pasado, pasado

está; en cuanto al futuro, hay que permitir que se escriba por sí solo. *Jenny* me sobrevivirá, porque si bien no puede ser cierto que los elefantes vivan hasta los doscientos años, nadie duda de que la duración de su vida natural es muy superior a la de los seres humanos, y de ese modo, aunque me resulte penoso contemplar la perspectiva, debo creer que encontrará otro cuidador. Sin embargo, mucho antes —y esto también debo creerlo— llegará el momento en que ella y yo nos vayamos de la Casa de Fieras, o que la Casa de Fieras se vaya de Londres (porque desde luego no podemos seguir aquí eternamente, con el señor Cross perdiendo dinero y con el poco pelo que le queda, pues, como dice riendo el señor Scott, es una buena cuestión preguntarse cuál desaparecerá primero, porque en ese último aspecto al señor Cross sólo le quedan tres o cuatro hebras grasientas que orgullosamente extiende por la calva u oculta bajo la peluca) y nos encontremos de nuevo con los ruiseñores.

Hasta entonces, intentaré seguir el ejemplo de *Jenny*, es decir, evitar falsas esperanzas y vivir el tiempo presente, extrayendo el provecho que pueda de cada momento. Una rata gigantesca y peluda, que cae por un agujero del yeso desvencijado del techo, me corre por el pecho: «vaya, buenos días, su señoría». Una sirvienta, asomándose por una ventana, vacía un orinal y su contenido nauseabundo me salpica los pies: «Vaya, buenas tardes, señora». Dos serenos se detienen ante la Casa de Fieras y me despiertan con sus gritos: «Ah, que pasen buena noche, caballeros».

Al fin y al cabo, esta ciudad tiene mucho que ofrecer. Nuevas y viejas historias, nuevas versiones de viejas historias abundan por doquier; forman parte de la moneda común, intercambiadas como cualquier otra mercancía. Una visita al mercado no sólo provee de zanahorias y patatas, sino también de la historia de un carnicero borracho que se cayó a una alcantarilla y no lo encontraron sino al cabo de diez días, y eso sólo porque su perro captó su olor y se puso a ladrar en la boca del sumidero, dando la voz de alarma. Esta historia es probablemente falsa, o no enteramente cierta.

—No importa, yo me las creo todas —dice *Jenny*—. Me gustan tus historias, Tom. Cuéntame otra.

Así que le cuento la de la joven obligada a trabajar en un burdel de Lambeth, que en el cumplimiento de su trabajo se vio abordada por su sudoroso padre, a quien reconoció durante el acto gracias a un prominente lunar en el lóbulo de la oreja. O bien, dicen algunos, gracias a otra parte de su anatomía. Esto, de nuevo, probablemente sea menos que cierto, pero la cuestión de lo que sea verdad o no lo sea me parece a mí de poca importancia. Quizá sea cierto, es posible; y de esa posibilidad es de la que disfrutamos tanto ella como yo.

Pasado ya el verano, navegamos ahora por la época otoñal. Caen gotas, chispea, llueve a cántaros, diluvia; entre nubes lanza el sol algún rayo de su luz, pero no por mucho tiempo. Hojas de árboles lejanos se arremolinan en el aire, y carretas y carruajes pasan traqueteando por las encharcadas calles. Hace dos tardes, entre chaparrones, me acerqué al mercado a comprar un saco de manzanas para *Jenny*; al volver, me junté con una pequeña multitud que se había congregado en torno a un borracho que intentaba bailar al compás de un órgano. Daba bandazos y sacudidas, ponía los ojos en blanco y tropezaba en los húmedos adoquines, para luego recobrar el equilibrio. La gente aplaudía y se lo tomaba a risa. De pronto, una mujer lisiada, descalza, con apenas un diente en la boca, irrumpió en el círculo y se unió a él, y el hombre la cogió de la cintura y la estrechó contra sí en un abrazo. Estoy seguro de que no se conocían; eran unos completos desconocidos. Pero mientras los veía tambalearse de un lado para otro, cada vez más jadeantes y aturcidos, recordé la observación de la señora Sanders de que hay que coger lo que la vida nos ofrece. Tiene razón, sin duda. No tomar lo que ofrece la vida sería un grave error, y aceptar lo que la vida nos ofrece debe de ser uno de los secretos de la felicidad. ¿No es eso lo que a su manera estaban haciendo los dos danzarines? Y, por supuesto, ¿no es eso lo que, a su modo, me ha enseñado *Jenny*? Si mi inquietud persiste, creo yo, quizá sea simplemente por las cosas tan distintas que la vida ofrece a personas diferentes.

El borracho y la lisiada continuaron trastabillando de un lado para otro, hasta que al fin se desplomaron, sin aliento. Todos los aclamaron y vitorearon, dispersándose al fin. Me dirigí a la parte oriental de la

plaza, en busca de naranjas; no encontré, pero observé una especie de objetos negruzcos, curvados y de poco tamaño, en una carretilla que se hallaba debajo de uno de los arcos. Como nunca los había visto antes, pregunté al verdulero qué fruta era. «Plátanos —me contestó—. Son plátanos.» Sorprendido, repuse que siempre había creído que los plátanos eran verdes —porque recordaba que, muchos años atrás, me lo había dicho el señor Coad—, con lo cual se enardeció y declaró rotundamente que eran plátanos cuando los bajaron del *Rose*, que había atracado en Deptford aquella misma mañana como colofón de su travesía desde las Indias, y desde entonces no habían cambiado, seguían siendo plátanos. «Y quien diga lo contrario es un burro o un embustero», afirmó en un complaciente tono de desafío, que yo me apresuré a declinar diciendo que estaba seguro de que, como él afirmaba que eran plátanos, no podían ser otra cosa, y yo nunca había pretendido sugerir lo contrario. Eso le aplacó; se mostró más amable y me explicó que cuando los plátanos llegaban a estas costas, después de semanas en el mar, por regla general estaban podridos; sin embargo, aquellos especímenes en particular, contra toda posibilidad, habían sobrevivido al viaje en razonables condiciones. «A los marineros no les gustan —añadió—. Creen que traen mala suerte.» Cuando le pregunté a que sabían los plátanos, me contestó que las opiniones variaban. Tenían un gusto extraño, diferente al de cualquier otra fruta, porque no eran ni dulces ni amargos. No tenían pepitas, o no las suficientes para ser tenidas en cuenta, y muy poco zumo. La piel no se comía. «La piel se tira. Lo que se come está en el interior de la piel.» Cogió uno y le quitó la negra piel, y reveló la pálida carne, pastosa y fragante.

Compré seis, aunque costaron tres chelines, y los llevé a la Casa de Fieras, donde, por una vez, había un buen número de visitantes. Frente a la jaula de *Jenny* había varias personas; entre ellas un niño pequeño a quien, ante la presencia del elefante, casi se le salían los ojos de las órbitas. No tenía más de tres años, calculo, y de pronto imaginé que era yo viendo un elefante por primera vez. Qué criatura tan magnífica, pensé, ¡tan enorme, tan gris, tan tranquila, tan sabia! ¿Cómo iba a lamentar que fuese parte de mi vida? Y sin embargo tenía una extraña

expresión, como si estuviera tan concentrado pensando en algo que ni siquiera me hubiera visto.

Dejé en el suelo el saco de manzanas e invité al niño y a su madre a que entraran en la jaula, asegurándoles que no correrían ningún riesgo. Cuando entraron, di un plátano al niño, que se lo tendió a la elefanta. Cuando *Jenny* lo cogió y se lo llevó a la boca, su rostro se iluminó de asombrado deleite. Alargó la trompa por segunda vez, tomó con suavidad la mano del niño y se la estrechó.

—La *Emperatriz* te da las gracias —le dije—. ¿Quieres montar en ella?

El chico se quedó boquiabierto —a causa de la emoción había perdido la facultad del habla—, pero su madre dijo:

—¡Ah, señor, qué regalo tan especial sería para él, si pudiera hacerlo!

En un momento se vio alzado por los aires hasta quedar sentado sobre su cuello.

—Agárrate a las orejas y no te pasará nada —le dije, y el chico alargó los brazos y se agarró a sus orejas.

No estuvo mucho tiempo allí. *Jenny* lo bajó, y su madre y él, después de expresar su agradecimiento, se marcharon.

—¿Cómo es que ese niño —dije a *Jenny*—, tan tierno, inocente y amable, puede acabar siendo como la mayoría de los hombres? ¿Qué salvajismo hay en la naturaleza humana, esperando salir a la luz?

No contestó, pero me miró fijamente.

—¿Qué es esa fruta, Tom? ¿Tienes más?

Metiendo la mano en la manga de la casaca, saqué cinco grandes dedos negros.

—¿Te acuerdas? Son plátanos.

—Me acuerdo, Tom —dijo ella—. Me acuerdo muy bien.

Le di los plátanos, uno por uno, y ella se los llevaba a la boca, los mordía, y su placer era tal que me sentí verdaderamente feliz.

Se acercaba el final del día. Encendí la pipa.

—¿En qué estabas pensando, *Jenny*? —le pregunté—. Cuando he llegado, hace un poco... ¿En qué pensabas?

Balanceó la trompa despacio y contestó mientras saboreaba los

plátanos.

—No estaba pensando, Tom. Sino escribiendo.

—¿Escribiendo? ¡Jenny, tú no sabes escribir!

—Escribo en mi cabeza —repuso—. ¿Acaso no es cierto que todo lo escrito empieza en la cabeza?

—O en el corazón. Bueno..., a ver, ¿cuántas páginas has escrito?

—No escribo en páginas. Todo está en una página.

Parecía cohibida.

—Una larga página.

—¿Qué estás escribiendo? ¿Un poema?

—Una historia.

—¿Una historia. ¿Qué clase de historia?

—Estoy escribiendo la Verdadera Historia de Tom Page, cuidador de una elefanta, que nació en el año de 1753 en el pueblo de Thornhill, en Somersetshire.

—¡Ah! —Me quité la pipa de la boca y la miré con curiosidad—. ¿Y dónde termina esa Historia? ¿Aquí? Aquí no, espero.

Describió un expresivo giro con el extremo de la trompa, a un lado y a otro.

—Desde luego que no, Tom; hay muchas posibilidades —aseguró Jenny.

CUARTA PARTE

El Repository, un edificio de hormigón al sur del río Támesis, no da indicaciones de lo que alberga. En un sueño, pulso el botón del interfono, digo mi nombre; el portal se abre con suavidad. Avanzo por un pasillo, embaldosado con losetas blancas y negras, hasta la recepción. Sobre un mostrador sin nadie que lo atienda, hay un formulario para los visitantes; me pide el nombre, la dirección y el objeto de mi investigación. Marco la casilla de «Particular». Me pide el tema de estudio; tras cierta vacilación, escribo:

«Animales exóticos del siglo XVIII».

No hay nadie a quien entregar el formulario. Lo dejo sobre el mostrador, empujo una puerta y me encuentro en el interior del mausoleo.

Huesos. Esqueletos de pájaros, animales, reptiles cuelgan en pasillos como ropa en una enorme lavandería. Los pasillos se van estrechando en la distancia, cien, doscientos metros, más allá; ni siquiera alcanzo a ver dónde acaban. Desaparecen en una creciente penumbra.

El aire, seco y con control de humedad, parece que no circula. En cuanto al olor, resulta difícil definirlo, pero no será otra cosa que la quintaesencia del hueso.

Ante mis pies, el suelo se inclina suavemente hacia delante, de modo que al dar los primeros pasos siento que estoy bajando poco a poco, además de una súbita inseguridad. En el techo, una cámara graba mi avance —alguien, el guardián del edificio, me vigila desde otra estancia—, pero ésa no puede ser la razón: estoy acostumbrado a las cámaras de vigilancia. Deben de ser los propios esqueletos. Hay muchos, muchos más de los que había imaginado o creído posible; cada especie representada por docenas, incluso centenares de especímenes, todos similares entre sí. En esa gran compañía, soy lo

único que tiene vida. Da la impresión de que los esqueletos vigilan.

Pero también me estoy vigilando a mí mismo. ¿Quién soy yo para perturbar el aire muerto de este osario? ¿Con qué derecho estoy aquí?

Cada paso parece un acto sacrílego. Ojalá me hubiera puesto zapatos con suela de goma, no de cuero.

Camino por un pasillo de tigres, lince, leones, guepardos, pumas, miembros de la familia felina que enseñan los inútiles colmillos. Giro a la derecha y me encuentro con huesos de caballos y cebras, semejantes a garrotes, mazos y porras, con bocas que relinchan en silencio. Prosigo y paso frente a peces pequeños, peces grandes: conjuntos de pinchos y agujas, sin ojos ni aletas, aunque algunos aún blanden sus viejas armas: lanzas, dagas, sables, aterrador arsenal en otro tiempo. Cuanto más avanzo en este inframundo, más crece mi aprensión. Los esqueletos parecen estar más hacinados, los pasillos cada vez más estrechos; es difícil moverse sin tocar los huesos que sobresalen. Hay menos luz, también; circulo por una especie de anochecer interior, por una sombra compuesta de capas en la cual los únicos colores son los matices de gris. Podría pasarme horas buscando; también podría equivocarme de camino y desaparecer para siempre.

Pero encuentro los elefantes con bastante facilidad; reconocibles al instante, cuelgan en una larga procesión lunar detrás de tapires y jabalíes. Sus cajas torácicas son arqueados flancos de buques encallados. Su espina dorsal es una línea de picos en la roca de una playa. Pocos conservan los colmillos, que quizá les hayan sido arrancados, pero algunos aún tienen muñones incrustados en las grandes placas esculturales de sus cráneos.

Cada esqueleto lleva una etiqueta, semejante a un antiguo billete de equipaje, en la que está escrita la identidad de la especie en cuestión, el sexo del animal y la fecha y forma de su muerte. Los primeros elefantes que examino son *Loxodonta africana*, el elefante africano; pero al fin llego a los elefantes asiáticos. *Elephas maximus*.

Macho, m. India, 1959. Muerto a tiros.

Macho, m. Siam, 1937. Muerto a tiros.

Macho, m. Ceilán, 1935. Muerto a tiros.

Hembra, m. Assam, 1924. Muerta a tiros.

Los tiros resuenan en mi cabeza. Un disparo tras otro disparo tras otro disparo tras otro disparo.

Hembra, m. Rajastán, India, 1913. Muerta a tiros.

Hembra, menor, m. Birmania, 1903. Muerta a tiros.

Una etiqueta tras otra. Mientras avanzo despacio, me doy cuenta de que los esqueletos están colgados con arreglo a una secuencia cronológica. Cuanto más me adentro en la procesión, más atrás en el tiempo me remonto.

Así llego al siglo XVIII, y a una sola forma gris, colgante. Alzo la mano, con el corazón acelerado, a la etiqueta atada en torno a una de sus curvas costillas.

Hembra, m. Londres, Inglaterra, c. 1799. ¿Neumonía?

Una cara enorme, una duna de curvas, con dos huecos oscuros como órbitas oculares. ¿Es ésta, fue ésta una vez, mi *Jenny*?

No hay respuesta. Pero una tenue vibración me incomoda. ¿Qué es eso? Entonces me doy cuenta: bajo mis pies, no mucho más abajo, debe de transitar una línea del metro. Cuando el temblor aumenta, parece que veo pasar el tren por debajo de mis pies, llevando su cargamento de pasajeros a través de la oscuridad en sus vagones intensamente iluminados. Hombres, mujeres, niños, ninguno de ellos consciente de lo que hay sobre sus cabezas, y cada mente un pequeño vagón luminoso, con sus propias imágenes. Ansío ir sentado en ese tren, deseo que me lleve a la próxima estación. Pero no es ahí adonde el sueño va. La vibración se intensifica, convirtiéndose en un zumbido, para luego perderse y desaparecer, y de nuevo me encuentro en el extraño crepúsculo. Toco suavemente la osamenta con el dedo; se mueve, y el movimiento se transmite por el alambre del que cuelga de manera que el siguiente esqueleto del pasillo oscila a su vez. Empujo de nuevo, más fuerte ahora, y la elefanta se mueve, y un siglo de paquidermos empieza a oscilar al unísono, crujiendo de atrás adelante, y por un momento casi se hace posible revestir esos gastados huesos con carne y piel, imaginarlos de nuevo con vida. Pero la

oscilación pronto decae, como el paso del tren; la imaginación falla. Si existe tal cosa como el espíritu, ¿por qué asumir que permanece en los huesos? Desde luego, el espíritu de *Jenny* se encontraría mejor al lado de Tom, deambulando por cálidos campos, ¿no es así? ¿Dónde, si no, podría estar?

Y de pronto tengo miedo. Mientras estoy frente a esas descarnadas reliquias, el sueño ha suscitado una funesta posibilidad: que el amor de Tom y *Jenny* haya fracasado, que Tom se haya casado con Jane, la hija viuda del señor y la señora Sanders, y se hayan ido a vivir a Kent, a una pintoresca casita de madera. Tienen tres niños pequeños, a quienes Tom adora. Trabaja de mozo de cuadra para el reverendo Andrew Gould, vicario aficionado a la caza del zorro. Mientras *Jenny*, sola y abandonada, muere de neumonía por el frío de algún invierno londinense.

¿Es posible? Lo es.

¿Es verdad?

Neguémonos a creer en ese sueño. Rechacemos tranquilamente esa posibilidad, y probemos otro enfoque. Sabemos —según la información de *The Times*— que Gilbert Cross, el propietario de la famosa Casa de Fieras Cross, murió el 10 de febrero de 1794. Sabemos que falleció sin hijos y agobiado por las deudas, y que la Casa de Fieras cerró poco después. A efectos de la venta se llevó a cabo un censo de los animales: incluye un oso, un mono, una serpiente y un león, pero no dice nada de una elefanta. La elefanta ha desaparecido. ¿Cómo puede desaparecer un elefante? Difícil decirlo. Pero cabe observar que del 14 al 17 de febrero, según el Diario Meteorológico llevado por William Bent, de Paternoster Row, gran parte de Londres se vio presa de una densa y pegajosa niebla durante la cual, al parecer, resultaba difícil ver de una acera a otra.

Venid conmigo a esa ciudad perdida, inmovilizada por la niebla. Pasad por apagadas calles y olvidados callejones. Es el 16 de febrero, a media noche, y nos encontramos en el Strand, frente a la Casa de Fieras. Se han encendido las farolas de la calle, pero la niebla atrapa y retiene los arcos de luz. Mientras esperamos a que ocurra algo, de pronto se abre una doble puerta y salen Tom y Sam, con *Jenny* detrás.

Entre la bruma es un coloso. Los dos hombres intercambian unas breves palabras y se estrechan la mano. Luego, cogiéndolo con la trompa, *Jenny* eleva a Tom por el aire húmedo para depositarlo sobre su cuello, y a grandes zancadas toma la dirección de Charing Cross.

Pocos son los testigos de su avance. Un par de fatigados serenos, un borracho que se tambalea sobre el adoquinado, dos prostitutas viejas que tosen a la entrada de una joyería. Un caballo, que tira de una calesa en la que un apuesto joven acaricia a su nueva amante después de una velada en el teatro, casi choca con la elefanta; asustado, da un brusco viraje ante el fantasmal coloso y se aleja a toda velocidad. La elefanta prosigue la marcha, alargando la zancada: pasa por Charing Cross, por Whitehall, llega a la calle Parliament, sigue por la de Abingdon. Por más calles luego, y después aún más, y al fin llega al río con su pasajero, deslizándose entre la niebla como una oscura serpiente.

Hay un puente sobre el río, y a la entrada una barrera de peaje, e incluso con esa niebla nocturna ahí está un hombre solitario, el sempiterno guardián, el custodio de las puertas del cielo. Lleva un farol, un globo de nebulosa luz. Cuando la elefanta emerge de la tiniebla, se tambalea, alzando el farol, pero para entonces el animal se mueve a tal paso que no parece tocar la tierra. Con Tom bien pegado a su cuello, pasa volando sobre el puente, abriéndose camino entre la niebla, que se cierra a su paso.

Y entonces, ¿qué? ¿Quién sabe? Al parecer, la niebla oculta para siempre a Tom y *Jenny*. Pero hay otras historias que pueden ser ciertas, o al menos contener alguna sombra de verdad.

Tales historias relatan que, en la primavera y principios del verano de mediados de la década de 1790, un hombre y un elefante recorrieron las verdes campiñas del sur de Inglaterra, donde en cada pueblo eran recibidos con admiración y regocijo. El elefante era hembra, y aunque famosa por su prodigioso apetito y enorme fuerza, lo que al parecer impresionaba más a la gente era su mansedumbre y buen carácter. Una de esas historias cuenta que un anochecer, cerca de un pueblo pequeño, el hombre y la elefanta avanzaban despacio por un sendero que llevaba a una charca. A una orden del hombre, la

elefanta se dejó caer y yació de lado para que la lavaran y restregaran. Una vez aseada, el hombre se sentó en la orilla mientras la elefanta se salpicaba de agua y bañaba a placer. Una ancha luna había surgido a la vista, y a ojos de los habitantes del pueblo que presenciaban la escena, la reluciente elefanta también formaba parte de su luz.

En ningún sitio se menciona el nombre del hombre, pero según las historias era natural de Somersetshire, y poseía una extraordinaria habilidad para comunicarse con la elefanta. Es este último detalle, por encima de todo lo demás, lo que seguramente confirma que el hombre y la elefanta eran Tom y *Jenny*. Qué alegría debieron de sentir al escapar de la ciudad. Qué júbilo, al transitar por los tranquilos senderos boscosos mientras cruzaban prados blanqueados de cardamina, siguiendo por campos de larga y plateada hierba surcada por veloces golondrinas. Aunque tales historias no dan indicación alguna de cómo concluyó su viaje, en general parecieron seguir en dirección oeste, y cuando menos es posible que su destino inmediato fuese el puerto de Bristol. Quizá, por tanto, sólo quizá, en algún momento de finales de mayo o primeros de junio de 1794, Tom y *Jenny* se embarcaron para las Indias.

Si así fue, el barco no debía ser otro que el *Fortune*, navío de doscientas toneladas bajo el mando del capitán James Page, hermano de Tom. En la travesía se nos aparece en una serie de imágenes: navegando por el angosto río pantanoso y balanceándose hacia las embravecidas aguas de mar abierto; bamboleándose y cabeceando entre una tormenta eléctrica en el golfo de Vizcaya; escorándose, chirriando y gimiendo a lo largo de la costa de África. Dobla el cabo de Hornos y entra en los estrechos de Madagascar, y los vientos huracanados lo sacuden y zarandean como un pequeño juguete. Sin embargo, como su nombre sugiere, es un buque afortunado, a todo sobrevive, y antes de que desaparezca alcanzamos a verlo por última vez cuando surca el mar de Omán. Hace un día espléndido, el aire es suave como la leche, el mar, una nacarada luminiscencia, y Tom y *Jenny* están en cubierta, uno al lado del otro, frente a la baranda de proa, con las orejas extendidas de *Jenny* haciendo eco a las grandes velas rizadas. También nosotros estamos en cubierta; y Tom parece

vernos de pronto, murmura algo a *Jenny*, y los dos miran, curiosos, perplejos, en nuestra dirección. Aunque nos gustaría mucho hacer algún gesto, establecer comunicación, no hay nada que podamos hacer. Porque ahora un marinero encaramado en el trinquete emite un fuerte grito, y Tom y *Jenny* desvían la vista de nosotros, y atisban por encima del luminoso mar hacia la sinuosa línea escrita en el lejano horizonte.



Christopher Nicholson

(Londres, 1956). Creció en Surrey y se educó en la Tonbridge School en Kent. Después de la universidad trabajó en Cornwall para una organización benéfica. Posteriormente fue guionista de radio y productor, y realizó varios documentales, principalmente para el Servicio Mundial de la BBC en Londres. Se casó con la artista y dibujante Catharine Nicholson, que falleció en 2011.

Durante los últimos veinticinco años ha vivido en el campo, entre Wiltshire y Dorset. Además de *Invierno* (2015) ha publicado tres libros: *The Fattest Man In America* (2005), *The Elephant Keeper* (2009) y *Among the Summer Snows* (2017); estos dos últimos serán publicados próximamente por Gatopardo ediciones

Inglaterra, 1766: después de un largo viaje desde las Indias Orientales, un barco atraca en Bristol, Inglaterra. Lleva un cargamento de animales exóticos y dos elefantes en pésimas condiciones. John Harrington, un comerciante de azúcar, compra ambos animales y los confía al hijo de su caballerizo mayor, Tom Page, un muchacho de doce años. El vínculo que se establece entre el niño y los elefantes es inmediato. Así comienza *El cuidador de elefantes*, una hermosa y cautivadora historia sobre la lealtad, la violencia, la libertad y el cautiverio entre un elefante y un ser humano.

«Intensamente conmovedora...,
una novela excepcional.»

Boston Globe

«Una auténtica joya.»

The Guardian

«Una novela fascinante.»

David Lodge

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybille Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Virginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

34. Un alma cándida

Elizabeth Taylor

35. Un poco menos que ángeles

Barbara Pym

36. Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía

Henry James